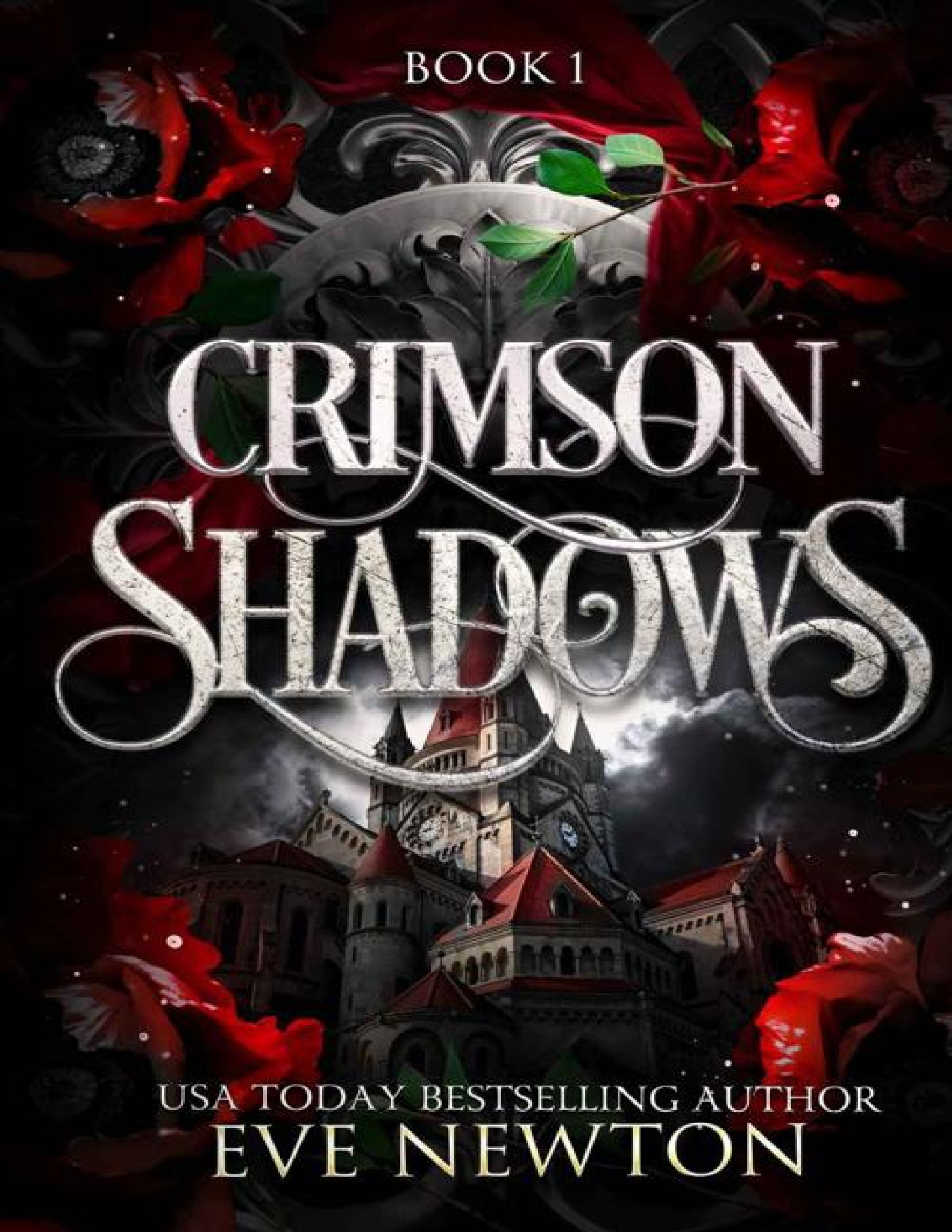


BOOK 1

CRIMSON SHADOWS



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
EVE NEWTON

CRIMSON SHADOWS

ROMANCE PARANORMAL DEL HAREM INVERSO

DESCENSO INMORTAL

LIBRO 1

EVE NEWTON

Copyright © 2024 por Eve Newton

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

Nota Del Autor

Prólogo

1. Adelaide
2. Adelaide
3. Adelaide
4. Adelaide
5. Corvus
6. Adelaide
7. Adelaide
8. Adelaide
9. Zephyr
10. Adelaide
11. Corvus
12. Zaiah
13. Adelaide
14. Ignatius
15. Adelaide
16. Corvus
17. Zephyr
18. Adelaide
19. Adelaide
20. Adelaide
21. Zaiah
22. Zephyr
23. Ignatius
24. Adelaide
25. Adelaide
26. Zaiah
27. Corvus
28. Adelaide
29. Ignatius
30. Adelaide
31. Zephyr
32. Adelaide
33. Zaiah
34. Adelaide
35. Ignacio
36. Corvus
37. Adelaide
38. Adelaide
39. Zephyr
40. Adelaide
41. Adelaide

Otras Obras de Eve Newton

NOTA DEL AUTOR

Esta es una novela de romance paranormal inverso de harén oscuro para jóvenes universitarios. Todos los personajes principales tienen 21 años.

Los chicos de Immortal Descent son esencialmente los villanos y este libro contiene contenido adulto y gráfico, por lo que se recomienda discreción al lector. Este es el LIBRO 1 de 3. Terminarás con más preguntas que respuestas... ¡eso es lo que hace una trilogía! ;-)

No es una lectura extremadamente oscura, pero hay algunas advertencias de contenido para este libro/serie. Se pueden encontrar exclusivamente en mi sitio web. Por favor, revísalas para este libro, ya que hay algunas escenas que requieren discreción: <https://evenewton.com/immortal-descent>

Únete a mi grupo de Facebook para recibir actualizaciones en tiempo real sobre futuras lecturas: <https://facebook.com/groups/evenewton>

Escanéame para ver las advertencias de contenido

PRÓLOGO

ADELAIDE

UN TRUENO RETUMBA, DESPERTÁNDOME DE GOLPE A MEDIANOCHE. PUEDO OÍR EL RELOJ DE LA repisa de la chimenea en la planta baja dando la hora.

Feliz decimotercer cumpleaños para mí.

La lluvia azota contra la ventana de mi dormitorio, creando sombras inquietantes en las paredes. Siempre me han gustado las tormentas; parecen encajar con la forma en que veo el mundo, en tonos de oscuridad más que de luz, lo cual es extraño porque mi apellido, Légère, significa luz. Pero esta noche se siente diferente. Hay una carga en el aire que no tiene nada que ver con los relámpagos que parten el cielo antes de que el trueno retumbe, haciendo que parezca que el suelo va a abrirse.

Me hundo más bajo mi edredón, tratando de sacudirme la inquietud que me recorre la espalda. Es solo el clima. No hay nada que temer.

Pero en el fondo de mi alma, sé que es diferente. No puedo explicarlo, pero algo no está bien.

Doy un respingo cuando se oye un golpe fuerte e insistente en nuestra puerta principal.

Mi corazón se acelera. ¿Quién es?

Me deslizo fuera de la cama, mis pies descalzos tocando la alfombra delgada.

Los golpes continúan, volviéndose más urgentes con cada segundo que pasa.

La curiosidad supera mi buen juicio. Podría ser alguien en problemas ahí afuera en esta tormenta. Me arrastro hasta la puerta de mi habitación y la abro con cuidado, haciendo una mueca ante el leve crujido. El rellano está oscuro, pero un rayo de luz se derrama por las escaleras desde la entrada de abajo.

Camino de puntillas hasta la parte superior de las escaleras, agachándome para mirar hacia la puerta principal.

Mi madre mira a través de la mirilla y maldice, su acento francés fuerte debido a su enojo. Abre la puerta un poco, con la cadena tensa mientras aprieta más su bata.

—¿Qué haces aquí? —sisea a través de la abertura.

La voz de un hombre responde, baja y urgente.

—Por favor, necesito verla. No puedes mantenerme alejado para siempre.

Me esfuerzo por ver más allá de mamá, pero la abertura en la puerta es demasiado pequeña.

—Tienes que irte —espeta mamá en voz baja—. No puedes estar aquí.

—Puedo, y estoy aquí —insiste el hombre—. Déjame entrar para que podamos hablar.
Un escalofrío me recorre al oír su voz. Es escalofriante, imperiosa. Tengo miedo.

—Vete —dice mamá e intenta cerrar la puerta, pero el hombre golpea su mano contra ella, y la cadena se rompe. Mamá jadea y retrocede mientras yo miro hacia abajo, paralizada de horror. El extraño en la puerta tiene el cabello oscuro y la piel pálida. Su ropa está empapada, formando charcos de agua de lluvia a sus pies en nuestra alfombra de bienvenida desgastada y empapada.

La voz de mamá baja a un susurro, pero aún puedo distinguir sus palabras.

—No puedes entrar.

El hombre hace un sonido de frustración.

—Déjame entrar, Edie, no puedes mantenerme alejado de ella.

—Puedo y lo haré. Ella está protegida. Es una niña.

—Soy consciente de ello —sisea el hombre—. Me estás manteniendo activamente alejado de ella, Edie, y esto va a terminar mal para todos.

—¿Eso es una amenaza, Rand? ¡Vete al infierno donde perteneces!

El extraño da un paso adelante, pero parece chocar contra una barrera invisible, y veo a mamá tensarse. Él maldice, pero luego su rostro decae.

—Por favor —dice, con la voz quebrada—. Te lo suplico. Solo cinco minutos.

—He dicho que no.

—¡Maldita seas, Edie!

En un movimiento fluido, mamá alcanza algo en el cajón de la mesa lateral cerca de la puerta. No puedo ver qué es, y fuerzo la vista y estiro el cuello para ver mejor. Debería estar corriendo, escondiéndome, pero no puedo moverme. Estoy clavada en el sitio. Mamá empuja el objeto hacia la cara del hombre, y él sisea fuertemente, un sonido antinatural que se desliza por mis nervios como uñas en una pizarra.

Mis ojos se abren de par en par cuando mamá lo levanta más alto, y veo lo que es. Una cruz de madera.

El extraño retrocede tambaleándose, con los labios separados y los dientes al descubierto. Por una fracción de segundo, podría jurar que veo... ¿colmillos?

Parpadeo con fuerza, segura de que debo estar viendo cosas. Los colmillos no son reales. Son cosas de películas y disfraces de Halloween. No es algo que veas en un hombre aleatorio en tu puerta en medio de la noche.

¿Verdad?

—No vuelvas, Rand. Ella está muerta para ti —dice mamá, con voz acerada.

Le cierra la puerta en la cara, el sonido retumbando a través de nuestra pequeña casa adosada de dos habitaciones en el norte de Inglaterra. Por un largo momento, ella simplemente se queda allí, con la frente presionada contra la puerta de doble acristalamiento barato. Puedo ver sus hombros temblando ligeramente.

Quiero llamarla, preguntarle qué está pasando. Pero el miedo me mantiene clavada en el sitio.

Finalmente, mamá se endereza. Se da la vuelta, y su mirada sube por las escaleras. Nuestros ojos se encuentran, y veo un destello de miedo pasar por su rostro.

—Addy —dice suavemente—. ¿Qué haces levantada?

Abro la boca, pero no salen palabras. ¿Qué puedo decir? ¿Que lo vi todo? ¿Que estoy asustada y confundida?

Mamá sube las escaleras lentamente, su rostro una máscara de calma forzada.

—Deberías estar en la cama, cariño. Es tarde.

—¿Quién era ese hombre? —logro preguntar, mi voz apenas por encima de un susurro.

La expresión de mamá se tensa por un momento antes de suavizarse.

—Nadie de quien debas preocuparte.

—Pero...

—Sin peros —interrumpe suavemente, acariciando mi cabello negro azabache que cae liso por mi espalda y besando la parte superior de mi cabeza—. Feliz cumpleaños, Adelaide, pero necesitas dormir. Tenemos un gran día planeado, ¿recuerdas?

Me acompaña de vuelta a mi habitación, su mano en mi hombro se siente más pesada de lo habitual. Mientras me meto en la cama, mi mente da vueltas con preguntas. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué quería conmigo? ¿Y qué vi realmente cuando mamá levantó esa cruz?

—Buenas noches, cariño —dice mamá, demorándose en la puerta—. Que tengas dulces sueños.

Pero cuando cierra la puerta, dejándome sola en la oscuridad, sé que no hay posibilidad de tener dulces sueños esta noche. No con la imagen de esos colmillos imposibles grabada en mi memoria.

Permanezco despierta durante horas, escuchando la tormenta rugir afuera y el ocasional crujido de las tablas del suelo mientras mamá camina de un lado a otro en la planta baja. Cada sombra parece esconder un secreto, cada ráfaga de viento trae una amenaza susurrada mientras los calambres en mi vientre empeoran. Con un gemido, me doy la vuelta y luego me levanto de la cama. Arrastrándome hacia el baño al final del pasillo, siento la humedad entre mis piernas y sé que me ha llegado el periodo. Lo he estado esperando, y ahora está aquí.

—Feliz cumpleaños a mí —murmuro mientras busco en el armario las compresas que mamá me compró—. Feliz puñetero cumpleaños.

ADELAIDE

EL RECUERDO de aquella noche de mi decimotercer cumpleaños inunda mis pensamientos. El tictac del reloj sobre la repisa de la chimenea parece anormalmente fuerte en el tenso silencio de nuestra sala de estar. Estoy sentada en el borde del sofá, mis dedos tamborileando un ritmo ansioso en mi muslo mientras miro fijamente al hombre sentado frente a mí. El mismo hombre que vi hace ocho años en una noche tormentosa como esta.

Su cabello oscuro y piel pálida parecen absorber la tenue luz de la habitación. Está impecablemente vestido con un traje negro a medida que probablemente cueste más que toda nuestra casa. Sus ojos, tan oscuros que son casi negros, están fijos en mí con una intensidad que me hace querer retorcerme.

—Adelaide —dice, su voz un murmullo bajo e hipnótico—. Sé que tienes preguntas...

Resisto el impulso de bufar. —¿Quién es usted? —le interrumpo, aunque tengo la horrible sensación de que ya sé la respuesta. Me parezco mucho a él.

Se inclina ligeramente hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas. —Mi nombre es Randall Black —dice, haciendo una pausa como para evaluar mi reacción. Cuando no respondo, continúa—: Soy tu padre, Adelaide.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, pesadas y asfixiantes. Miro a mi madre, que está de pie en silencio junto a la ventana. Su rostro es una máscara de calma rígida, sin sorprenderse por nada de esto. Lo ha sabido todo el tiempo, me doy cuenta de repente.

—Mi padre —repito, las palabras sabiendo amargas en mi lengua—. ¿El mismo padre que ha estado ausente durante los últimos veintidós años?

Randall tiene la decencia de parecer incómodo. —Sé que tengo mucho que explicar —dice—. Pero hubo circunstancias que me impidieron ser parte de tu vida. Circunstancias que estoy aquí para explicar ahora.

Apenas le estoy escuchando. Mi mente sigue volviendo a aquella noche. La noche en que creí ver colmillos brillando en su boca mientras retrocedía ante la cruz que mi madre le puso delante. El recuerdo es tan vívido, tan real, que casi puedo oír la lluvia azotando contra las ventanas, sintiendo el escalofrío que me recorrió la espalda.

—¿Adelaide? —La voz de Randall me devuelve al presente—. ¿Estás escuchando?

Parpadeo, centrándome en él de nuevo. —¿Decía?

Suspira, pasándose una mano por el pelo. —Estaba tratando de explicar por qué no pude estar en tu vida. Tu madre quería criarte como una niña humana, ocultarte quién eres realmente.

Mamá sisea cuando dice esto, pareciendo que la está culpando por las mentiras que están a punto de ser soltadas. —Niña humana —murmuro mientras mi cerebro procesa la información—. ¿Qué más podría ser?

Randall abre la boca para responder, pero un destello de relámpago ilumina la habitación, seguido de cerca por un trueno que parece sacudir los cimientos de nuestra pequeña casa adosada. Doy un pequeño salto, con el corazón acelerado. El reloj de la repisa da las 9:00 PM.

Randall se inclina hacia adelante, colocando un sobre negro sobre la mesa de café entre nosotros. Mi nombre está escrito en él con una elegante caligrafía dorada: Adelaide Légère.

—¿Qué es esto? —pregunto, mi voz sonando extraña.

Los labios de Randall se curvan en una sonrisa que quiero decir que es siniestra, pero no del todo. —Es tu carta de aceptación a la Universidad MistHallow.

Frunzo el ceño. —Nunca he oído hablar de ella. —Miro a mi madre de nuevo, pero su expresión permanece inalterada.

Randall se reclina en su silla, estudiándome con esos ojos anormalmente oscuros. —Eres especial, Adelaide. Eres lo que llamamos una Vesperidae, un ser de dos mundos. Mitad vampiro, mitad humana. La misión de MistHallow es proporcionar educación y orientación a los jóvenes seres sobrenaturales. Es un refugio seguro para aquellos que necesitan aprender control, para almas problemáticas que necesitan enfoque y dirección.

Sus palabras me envuelven mientras lucho por procesar lo que está diciendo. Una Vesperidae. Mitad vampiro, mitad humana.

Las palabras me golpean como un golpe físico. Debería estar conmocionada, incrédula. Pero a medida que la revelación se hunde, todo lo que siento es alivio. De repente, todos los pensamientos oscuros que me han atormentado durante años, los extraños impulsos y deseos que he tratado de reprimir, parecen tener sentido.

—Soy un vampiro de sangre pura —continúa Randall como si esta fuera la conversación más natural del mundo y no una que me ha dejado desconcertada a pesar de mi disposición a creer que no estoy simplemente jodida de la cabeza—. Uno de los más antiguos y poderosos de nuestra especie. Tu madre es humana, lo que te convierte en lo que llamamos una Vesper, un individuo raro y excepcionalmente dotado.

—Así que es un vampiro —digo, con voz monótona—. Un vampiro de sangre pura que decidió tener una hija con una mujer humana. Y luego nos abandonó durante veintiún años.

La expresión de Randall se endurece. —No fue tan simple, Adelaide. El mundo sobrenatural es complejo, lleno de leyes y costumbres antiguas. Tu madre no quería que crecieras en ese mundo.

—Sigue culpándola, pero todo lo que veo son excusas —espeto—. Usted *tuvo* una opción. Si es esta criatura tan poderosa, podría haber luchado más.

—No contra la brujería.

—¿Qué? —Miro a mi madre, quien solo suspira y se encoge de hombros ligeramente—. ¿Eres una bruja?

Ella niega con la cabeza, aparentemente sin palabras.

—Los Vesper son increíblemente raros, Adelaide —interviene Randall en su nombre—. Tienes habilidades con las que algunos vampiros de sangre pura solo pueden soñar. Hay facciones en nuestro mundo que no se detendrían ante nada para controlarte, para aprovechar tu poder para sus propios fines.

Me río, pero no hay humor en ello. —¿Poderes? ¿Qué poderes? Solo soy una chica normal. Bueno, una chica normal con algunos problemas serios, pero aun así. —Pero no puedo negar que sus palabras tocan una fibra sensible en lo más profundo de mi alma moralmente gris. Automáticamente, me froto la muñeca donde delgadas cicatrices plateadas se entrecruzan en mi piel. Por primera vez en años, no siento la vergüenza habitual asociada con ellas. En su lugar, es

como si me hubieran quitado un peso de los hombros. Hay una razón para toda esta mierda.

—La oscuridad que has sentido todos estos años —dice Randall suavemente—, los impulsos que has tratado de reprimir... esa es tu naturaleza vampírica. Ha estado latente, esperando ser despertada.

¿Cómo sabe todo esto?

Se me seca la garganta.

—¿Y MistHallow? ¿Cuál es su papel en todo esto?

—La Universidad MistHallow es un lugar donde jóvenes seres sobrenaturales como tú pueden aprender a controlar y aprovechar sus habilidades. No es solo para Vespers u otros híbridos, sino también para vampiros puros, hadas, elementales y un sinnúmero de otras criaturas de las que solo has leído en historias. —Se inclina hacia adelante de nuevo, con ojos intensos—. En MistHallow, aprenderás sobre tu herencia, sobre el mundo sobrenatural que existe junto al humano. Desarrollarás tus poderes bajo la guía de mentores experimentados.

Me recuesto, mi mente dando vueltas con toda esta nueva información. Una parte de mí quiere descartar todo esto como una broma elaborada o una alucinación vívida. Pero en el fondo, en un lugar que siempre he tratado de ignorar, algo resuena con las palabras de Randall.

Explica tanto. Mi obsesión con la sangre, el dolor y la muerte; mi depresión y malestar durante las horas del día y la noche cuando cobro vida; mi aversión a ser tocada porque mi piel se siente demasiado sensible, demasiado frágil como papel antiguo que se desmoronará si respiras muy fuerte cerca; mi desagrado por otras personas, *humanos*, que no parecen entenderme y me descartan como la chica gótica emo con demasiado drama, la lista continúa.

—Digamos que le creo —digo lentamente, con los ojos en el reloj mientras marca las 9:05 PM—. Digamos que acepto que soy esta... *Vesperidae*. ¿Qué pasa ahora?

Randall señala el sobre negro sobre la mesa.

—Ahora, tienes una elección. Puedes continuar viviendo en el mundo humano, ignorando tu verdadera naturaleza y luchando por encajar. O puedes aceptar tu lugar en MistHallow y aprender a abrazar quién eres realmente.

Miro fijamente el sobre, con el corazón acelerado. Es tentador, tan tentador, simplemente decir que no. Fingir que esta conversación nunca sucedió y volver a mi vida normal. Lo que sea que eso sea. La elección parece simple. Continuar luchando con un horario nocturno cuando la mayor parte de este mundo opera durante el día o ir a un lugar donde hay otros como yo, y no tengo que fingir lo jodida que estoy, lo que requiere más energía de la que normalmente tengo para dar.

Pero incluso mientras lo pienso, sé que no hay elección. Nunca he encajado en el mundo humano. Siempre me he sentido como una extraña, como si hubiera algo fundamentalmente mal conmigo. Y ahora sé por qué.

Con dedos temblorosos, tomo el sobre. Es más pesado de lo que parece, el papel es grueso y caro. Rompo el sello y saco la carta de adentro, mis ojos recorriendo las palabras.

«Estimada Srta. Légère», dice. «Nos complace informarle que ha sido aceptada en la Universidad MistHallow para el Año 3 de 4...»

Miro a Randall, con preguntas ardiendo en mi lengua. Pero antes de que pueda hablar, mi madre da un paso adelante por primera vez desde que comenzó esta conversación surrealista.

—Addy —dice suavemente, su voz llena de emoción—. Sé que esto es mucho para asimilar, y lamento que haya tomado tantos años para que lo descubrieras. Los hechizos de protección sobre ti eran fuertes. Me aseguré de ello. Tu padre no podía verte. Se rompieron hoy, por eso él está aquí ahora. Eres una adulta ahora, y esta elección tiene que ser tuya. Por mucho que desee

poder seguir protegiéndote, esto ha durado más de lo que debería. Sé que sientes dolor viviendo en este mundo, así que ahora tienes la opción de decidir qué quieres hacer.

La miro fijamente, sintiendo traición, pero entendiendo *sus* elecciones.

Las lágrimas brillan en sus ojos.

—Lo siento tanto, cariño. Quise decírtelo tantas veces, pero... algo siempre me lo impedía.

Miro entre ellos, estas dos personas que han moldeado mi vida de maneras tan diferentes. Mi madre, siempre presente, siempre amorosa, pero ocultando este enorme secreto. Randall, mi padre, ausente durante tanto tiempo pero ahora ofreciéndome una clave para entenderme a mí misma. Ni siquiera puedo lidiar con este conocimiento de lo que realmente soy, y no puedo mostrar lo aliviada que estoy conmigo misma con ambos mirándome así.

Me levanto abruptamente, aferrando la carta de aceptación de MistHallow en mi mano.

—Necesito algo de tiempo —digo, con la voz temblando ligeramente.

Randall asiente, luciendo decepcionado pero no sorprendido.

—Por supuesto. Pero no demasiado tiempo. El año comienza la próxima semana.

No respondo. En cambio, me doy la vuelta y salgo a zancadas de la sala de estar, ignorando el suave llamado de mi nombre por parte de mi madre. Subo las escaleras de dos en dos, cerrando la puerta de mi habitación de un portazo con más fuerza de la necesaria.

En el santuario de mi habitación, me hundo en mi cama, mirando fijamente la carta en mis manos. La emoción surge al darme cuenta de que puedo dejar mi trabajo sin salida en la morgue e ir a hacer algo asombroso. Siempre había querido ir a la Universidad y aprender tantas cosas como pudiera, pero tratar de reunir la energía para las clases diurnas era demasiado para mí. Ahora, con vampiros deambulando por los pasillos de MistHallow, tendrá que haber clases nocturnas, y no solo por un par de horas como en el Instituto Técnico de la calle, sino toda la noche sobre todo tipo de temas.

Leo la carta. Describe el plan de estudios único en MistHallow, diseñado para ayudar a los seres sobrenaturales a entender y controlar sus habilidades. Hay cursos de teoría mágica, historia sobrenatural, meditación y enfoque.

Mientras leo, siento que esa chispa de emoción se enciende. Esto es. Esta es la explicación que he estado buscando toda mi vida.

Puede que no quiera tener nada que ver con Randall Black, pero esta oportunidad de entenderme a mí misma, de pertenecer a algún lugar, es algo que no puedo dejar pasar.

Mientras el trueno retumba fuera de mi ventana, tomo mi decisión. Voy a ir a la Universidad MistHallow. Voy a aprender quién y qué soy realmente.

Y tal vez, finalmente encontraré dónde pertenezco.

Respirando profundamente, siento que algo cambia dentro de mí. La oscuridad que siempre he tratado de reprimir, la parte de mí que siempre me ha asustado... ya no parece tan aterradora. En cambio, se siente como una fuerza, un poder esperando ser desatado.

Por primera vez en mi vida, no tengo miedo de quién soy. Estoy emocionada por descubrir más.

ADELAIDE

SUSPIRANDO, sé que tengo que levantarme e ir a trabajar. Vuelta a la realidad. La morgue no espera. Mientras me preparo, puedo oír voces apagadas abajo: Randall y mamá, probablemente desahogando años de tensión no expresada.

No es mi circo, no son mis monos.

Ahora mismo, tengo cosas más importantes en mente.

Metó la carta de aceptación bajo mi almohada y agarró mi bolso. Al bajar las escaleras, Randall me intercepta de nuevo.

—Adelaide.

—No me interesa. Tengo que ir a trabajar.

—Espera —dice, y cuando me vuelvo hacia él, saca algo más del bolsillo de su chaqueta.

—¿Y ahora qué?

No responde; simplemente sostiene el sobre blanco para que lo tome. La curiosidad me vence, así que lo cojo y lo abro.

Entrecierro los ojos al ver la tarjeta bancaria negra que hay dentro, y frunzo los labios cuando saco la carta que la acompaña.

Entonces, casi me ahogo con mi propia saliva.

—¿Qué coño es esto? —escupo, mirando fijamente más ceros de los que probablemente veré en toda mi vida de trabajo en la morgue.

—He estado apartando dinero para ti desde antes de que nacieras —dice Randall con el tono más suave que le he oído hasta ahora.

—Apartando dinero —murmuro, tratando de no entrar en pánico. Hay demasiado aquí para que pueda siquiera contemplar estar en posesión de ello—. No, gracias —añado secamente, devolviéndoselo.

Él no lo toma. —Es tuyo. Haz con él lo que quieras. Gástalo todo de una vez o no. No me importa, no es mío —afirma con altivez.

—Randall. —La voz de mi madre, afilada y cortante—. Así no es como hacemos las cosas.

—Bueno, así es como las hago yo —replica, sin apartar la mirada de la mía—. Adelaide es mi hija, y merece saber que tiene opciones, especialmente ahora.

Ignorando su discusión, vuelvo a mirar la tarjeta negra. Imágenes de cómo me imagino que será esta Universidad MistHallow destellan en mi mente: pasillos oscuros llenos de secretos, profesores que podrían enseñarme cosas que mi profesor de ciencias del instituto nunca pudo, estudiantes como yo, y probablemente todos son ricos, mimados y privilegiados. Tengo exactamente dos opciones. Cortarme la nariz para fastidiarme la cara o tomar lo que me está dando y que le den.

Elijo que le den.

He estado sin un duro toda mi vida. Si algún imbécil quiere darme unos cuantos millones de libras, ¿quién soy yo para impedirselo? Me hace preguntarme cuánto dinero tiene... eso me lleva a preguntarme qué edad tiene. ¿Son los vampiros inmortales como en los mitos? ¿Lo soy yo? ¿O soy medio inmortal? Lo que sea que eso pueda implicar, quién coño sabe. Tengo preguntas. Él puede responderlas. Lo sabe, y me mira expectante. Pero ahora mismo, no quiero darle la satisfacción de responderlas.

Agarro la tarjeta con fuerza y me la meto en el bolsillo antes de que ninguno de los dos pueda decir nada. —Está bien. Me la quedaré —murmuro—. Pero esto no nos hace estar en paz.

Randall asiente una vez. —Entendido.

Sin esperar a que se desarrolle más incomodidad, salgo a zancadas de la casa y me subo a mi bicicleta. El aire de la noche es frío, cortando a través de mi abrigo mientras pedaleo furiosamente hacia la morgue. Mi mente zumba con mil pensamientos sobre MistHallow: cómo será, a quién conoceré. O si todo esto es un sueño del que me despertaré. Sé que si ese es el caso, estaré destrozada. Responde a tantas preguntas de mi vida, y siempre he estado dispuesta a creer que existe algo más allá fuera. No pensé que yo sería una de ellos.

Mis dudas aumentan mientras pedaleo. ¿Es Randall legítimo? ¿Y si todo esto es una gran broma? ¿O tal vez está delirando? ¿Por qué mi madre le sigue la corriente si ese es el caso?

—¡Agh! —gruño mientras todas estas preguntas inundan mi mente. Fui tan rápida en aceptarlo todo porque es lo que quería que fuera real, pero ahora, en la dura oscuridad de la noche, no parece posible.

¿O sí?

Cuando llego, la morgue está muerta, como siempre. Nadie quiere realmente trabajar con cadáveres en medio de la noche excepto los bichos raros como yo y el jefe de los forenses, Wesley.

La morgue está inquietantemente silenciosa cuando atravieso las pesadas puertas dobles, aparentemente más de lo habitual. El familiar olor a desinfectante mezclado con algo menos agradable me golpea, pero apenas lo noto ya. Este lugar ha sido mi santuario durante el último año, un lugar donde los muertos no juzgan y los vivos rara vez se aventuran.

Mientras me recojo el pelo en un moño apretado, oigo un golpe sordo proveniente de la sala principal de exámenes. Curiosa, me dirijo hacia el sonido.

La escena que me recibe al abrir la puerta me deja helada.

Wesley está de pie sobre un cuerpo en la mesa de examen. No es inusual, pero esta vez, la visión me hiela la sangre y hace que se me erice la piel. La mano de Wesley está aferrada a un objeto de madera que está enterrado profundamente en el pecho del hombre muerto.

Observo, paralizada de horror, cómo el cuerpo sobre la mesa comienza a desintegrarse. Se deshace como ceniza en el viento, sin dejar nada más que un fino polvo gris sobre la superficie de acero inoxidable.

Un jadeo ahogado se escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo.

La cabeza de Wesley se levanta de golpe, sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa al encontrarse con los míos. Durante un largo momento, nos quedamos mirándonos fijamente, sin que ninguno de los dos se mueva.

—Addy —finalmente rompe el silencio, con la voz tensa—. Yo... esto no es lo que parece.

Quiero reírme de lo absurdo de su declaración, pero el miedo ha paralizado mis cuerdas vocales. *¿Qué demonios acabo de presenciar?*

Por desgracia, he visto suficientes episodios de *Buffy la Cazavampiros* como para saber lo

que acabo de presenciar. Una estacada.

Wesley da un paso hacia mí, y yo retrocedo instintivamente.

—Déjame explicarte —dice, levantando la mano.

Pero mientras se acerca, algo cambia en su expresión. Frunce el ceño, inclinando ligeramente la cabeza como si escuchara algo que yo no puedo oír. Sus fosas nasales se dilatan y sus ojos se entrecierran mientras se enfocan en mí con una intensidad que me hace estremecer.

—¿Qué eres? —murmura.

Eso rompe el hechizo de mi parálisis. Sin pensarlo, me doy la vuelta y corro, con el corazón latiendo salvajemente. Oigo a Wesley llamándome, sus pasos resonando en el pasillo mientras me persigue.

Salgo disparada de la morgue hacia el fresco aire nocturno, jadeando, dirigiéndome hacia mi bicicleta donde la dejé. Mientras forcejeo con las llaves para desbloquear la cadena, las puertas de la morgue se abren de golpe y Wesley se detiene mientras mira a su alrededor buscándome. Mis manos están resbaladizas por el sudor, y las llaves caen al suelo antes de que haya tenido la oportunidad de abrir el candado.

—Mierda —murmuro—. Mierda. Mierda. Vamos.

Wesley me ve y se dirige hacia mí. Parece que no tiene prisa.

—Addy —dice mientras por fin la llave entra en la cerradura.

Dejando caer la cadena y las llaves al suelo, salto sobre mi bicicleta y pedaleo furiosamente, sin atreverme a mirar atrás.

El viento azota mi cabello mientras recorro las calles vacías a toda velocidad. Mi mente da vueltas. ¿Qué acabo de ver? ¿Era eso... era eso un vampiro? ¿Y Wesley? ¿Quién es? ¿Por qué *estaqueó* a ese vampiro?

Mientras doblo la esquina hacia mi calle, veo una figura familiar saliendo de nuestra casa. Randall. Me alegro de verlo.

Freno bruscamente frente a él, casi cayéndome de la bicicleta en mi prisa.

—Randall —jadeo, luchando por recuperar el aliento.

Sus ojos se agrandan al ver mi aspecto desaliñado.

—¿Adelaide? ¿Qué ha pasado?

Antes de que pueda responder, oigo un coche girando hacia la calle. Me doy la vuelta para ver el viejo sedán negro de Wesley acercándose a nosotros.

Sin pensarlo, me coloco detrás de Randall, buscando protección del hombre con el que he trabajado durante meses pero que ahora se siente como un extraño.

La postura de Randall cambia instantáneamente. Se endereza, su presencia de repente parece llenar toda la calle.

Wesley conduce hacia nosotros, con la ventanilla bajada mientras nos mira fijamente.

Es surrealista, como sacado de una película de terror.

El coche de Wesley disminuye la velocidad hasta casi detenerse mientras pasa junto a nosotros, con sus ojos fijos en Randall. La tensión en el aire es sofocante mientras esta escena se desarrolla a cámara lenta. Contengo la respiración, esperando a medias que Wesley salte de su coche y ataque.

Pero no lo hace.

Después de lo que parece una eternidad, el coche de Wesley acelera y desaparece al doblar la esquina. Dejo escapar un suspiro tembloroso.

Randall se vuelve hacia mí, su rostro una máscara de preocupación y enfado.

—¿Qué ha pasado? —exige saber.

Las palabras salen de mí atropelladamente.

—Vi a Wesley en la morgue. Estaba... *estaqueó* a alguien. ¿Un vampiro? El cuerpo simplemente se convirtió en polvo.

La expresión de Randall se vuelve pétrea.

—Maldita sea —murmura mientras sus ojos oscuros escrutan mi rostro—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Niego con la cabeza, todavía tratando de procesar todo.

—¡No, no estoy bien! ¡Lo vi estaqueando a alguien, y luego fue como si supiera sobre mí, sobre lo que me dijiste. ¡Vino tras de mí! —Me paso las manos por el pelo, olvidando que lo llevo recogido en el moño que uso para trabajar.

La expresión de Randall se endurece.

—Un Cazador —escupe la palabra como si fuera veneno—. Debería haberlo sabido.

—¿Un Cazador? —repito, sintiéndome como si hubiera entrado en algún extraño universo paralelo.

Asiente con gravedad.

—Son humanos que dedican sus vidas a erradicar seres sobrenaturales. Especialmente vampiros.

Mi cabeza da vueltas. Esto es demasiado. Vampiros, Cazadores, yo, Randall...

Pero el recuerdo del rostro de Wesley, la intensidad en sus ojos cuando preguntó: "¿Qué eres?" me provoca un escalofrío.

—Tenemos que sacarte de aquí —dice Randall, con tono urgente—. Ya no es seguro para ti.

—Pero, ¿qué pasa con mamá? —pregunto, mirando hacia nuestra casa—. No podemos simplemente dejarla.

La expresión de Randall se suaviza ligeramente.

—Tu madre estará bien. Es humana. No la tocarán, *no pueden* tocarla.

Niego con la cabeza, luchando por procesar todo.

—Esto es una locura. Ayer, era solo una chica normal, aunque un poco rara, trabajando en una morgue. Ahora soy, ¿qué? ¿Una especie de fugitiva sobrenatural? —Mi voz se ha vuelto estridente, y me irrita los nervios. Doy un paso atrás y respiro profundamente para recuperar el manto de apatía que reservo para la mayoría de las cosas.

—Bienvenida a nuestro mundo —dice Randall con sequedad—. Ahora, tenemos que movernos. MistHallow es el lugar más seguro para ti en este momento.

—Pero el semestre no empieza hasta dentro de una semana —protesto débilmente.

—Oficialmente, pero las puertas se abren esta noche.

—¿Qué?

Se encoge de hombros.

—Es una cosa...

—Entonces, ¿qué? ¿O esperabas que me lanzara a esto sin pensarlo dos veces, o ibas a secuestrarme?

—¿Qué? ¡No! —dice, pareciendo un poco molesto—. Quiero decir, las puertas se abren esta noche y permanecerán abiertas durante la próxima semana. Luego se cierran. Los estudiantes son libres de llegar cuando quieran, pero cuanto antes, mejor, lo admito.

—¿Por qué? —Estoy intrigada a pesar del miedo que aún corre por mis venas.

—El primero que llega, es el primero en elegir alojamiento.

—¡Y no se te ocurrió decírmelo antes! ¡No quiero acabar en el puto sótano! —Mis manos vuelven a ir a mi pelo, y me arranco la goma, dejando que mi cabello caiga en cascada por mi

espalda, llegando prácticamente hasta la parte superior de mi trasero.

Se ríe entre dientes.

—No acabarás en el sótano, Adelaide. Eres mi hija.

—¿Y? —siseo.

—Olvídate del sótano, tenemos que movernos, o este imbécil de Wesley volverá, y esta vez, sabrá lo que eres. Te vio conmigo.

Quiero discutir, exigir más explicaciones, pero el recuerdo de Wesley hundiendo esa estaca en el pecho de ese pobre hombre sin darle ninguna oportunidad de defenderse me hieló el alma.

—De acuerdo —cedo, el miedo impulsando mi decisión—. Necesito hacer la maleta y al menos despedirme de mamá.

Randall asiente secamente.

—Date prisa.

Me apresuro a entrar en la casa, encontrando a mamá en el pasillo, con las manos envueltas alrededor de una taza humeante de té. Sus ojos están enrojecidos, y me mira con tristeza y resignación.

—¿Has oído todo eso? —pregunto.

Mamá asiente, con los ojos brillantes. —Sabía que este día llegaría eventualmente. Aunque esperaba que tuviéramos más tiempo.

Me apresuro hacia ella y la rodeo con mis brazos, inhalando su familiar aroma a lavanda y hogar. —Lo siento, mamá. No quiero dejarte.

Ella se aparta, acunando mi rostro entre sus manos. —Oh, Addy. No tienes nada de qué disculparte. Esto es lo que eres. Lo he sabido desde el día en que naciste. Solo quería protegerte durante el mayor tiempo posible.

—¿Pero qué hay de ti? ¿Estarás a salvo?

Mamá sonríe, aunque es una sonrisa rígida y falsa. —Estaré bien, cariño. Los Cazadores no tienen interés en los humanos, como dijo tu padre.

No quiero señalar que podrían ir tras ella en busca de información. Quizás eso solo pasa en las películas. Realmente necesito buscarme otro pasatiempo; gimo internamente al darme cuenta de que estoy basando todo lo que sé sobre esta situación en lo que veo en Netflix.

Pero entonces la realidad de la situación me golpea como un puñetazo en el estómago. —Mamá, tengo miedo —susurro.

Ella me atrae hacia sí nuevamente. —Lo sé, cariño. Pero eres fuerte. Más fuerte de lo que crees. Y MistHallow es donde perteneces. Donde aprenderás a ser quien realmente eres.

Asiento contra su hombro, tratando de memorizar todo sobre este momento: su calidez, su aroma, el sonido de su latido.

—Ve a hacer tu maleta —dice suavemente—. Te prepararé algunos sándwiches para el viaje.

Subo corriendo las escaleras, abro mi armario de golpe y agarro puñados de ropa. Los meto desordenadamente en mi bolsa más grande, junto con mi portátil, cargadores y algunos libros preciados. Cojo la foto enmarcada de mamá y yo de mi mesita de noche y la coloco en medio de mi ropa para protegerla.

Randall aparece en el umbral de mi puerta. —Tenemos que irnos, Adelaide. Ahora. Los tiburones están rodeándonos.

Cierro la cremallera de mi bolsa y asiento, con el corazón acelerado. Esto está sucediendo de verdad. Randall recoge la bolsa mientras yo me echo la mochila al hombro, y me detengo en la puerta, mirando hacia atrás y preguntándome si volveré a ver este lugar alguna vez.

Lentamente, bajo las escaleras, mis pensamientos son un torbellino de emociones y

confusión. ¿Estoy haciendo lo correcto al irme ciegamente en la noche con Randall? No sé nada sobre él. Esto podría ser una trampa. Tal vez él es un Cazador. Descarto ese pensamiento. Mi madre conoce los detalles y no me dejaría caer en una emboscada. ¿O sí? Después de todo, me ha mentido durante dos décadas. Sacudo la cabeza y me digo que pare. Ella tenía sus razones, y si todo esto resulta ser cierto, lo entiendo. Probablemente yo habría hecho lo mismo para proteger a mi hijo. No la culpo.

No, culpo al maldito Randall Black.

Lo miro con furia antes de volverme hacia mamá y abrazarla una última vez. —Te quiero —susurro.

—Yo también te quiero, cariño —responde ella, con la voz cargada de emoción. Me entrega una fiambarrera llena de sándwiches y patatas fritas, y sonrío—. Gracias. Te llamaré cuando pueda. Suponiendo que pueda —frunzo el ceño y le lanzo una mirada inquisitiva a Randall.

Él arquea una ceja. —¿Por qué no ibas a poder?

Por qué no, en efecto.

Sigo a Randall hacia la noche, con el corazón retumbando en mis oídos. Un elegante coche negro está parado junto a la acera, con el motor ronroneando suavemente.

—Entra —dice Randall, abriendo la puerta del pasajero para mí antes de arrojar mi bolsa en la parte trasera.

Dudo por un momento, mirando hacia atrás a nuestra pequeña casa adosada. Mamá está de pie en la puerta, con lágrimas brillando en sus mejillas. Quiero correr de vuelta, decirle que he cambiado de opinión. Pero el recuerdo del rostro de Wesley, la intensidad en sus ojos, su pregunta y la persecución me impulsan hacia adelante.

Me deslizo en el asiento de cuero de forma automática, guardando mi mochila a mis pies. En algún momento, todo esto me alcanzará, y entonces sé que será un caso de caer y arder. Solo espero que el daño no sea demasiado extenso.

Mientras nos alejamos de la acera, estiro el cuello para mantener a mamá a la vista el mayor tiempo posible. Cuando doblamos la esquina y ella desaparece de mi vista, siento como si una parte de mí se hubiera quedado atrás.

—¿Dónde está exactamente MistHallow? —pregunto, tratando de distraerme del creciente dolor en mi pecho.

—En cierto modo, en el bosque de Kielder —responde Randall, con los ojos fijos en la carretera—. En el Parque Nacional de Northumberland. Está... bien escondido —Me mira con una expresión de complicidad.

—En cierto modo —murmuro. *¿Qué demonios significa eso?*

No tengo ni idea, así que asiento, sin confiar en mí misma para hablar más. La realidad de lo que estoy haciendo empieza a calar. Estoy dejando todo lo que he conocido para ir a una escuela para seres sobrenaturales. Con un hombre que acabo de conocer y que dice ser mi padre.

Addy, ¿en qué te has metido?

ADELAIDE

EL COCHE se desliza suavemente a través de la noche, con las luces de la calle pasando en un ritmo hipnótico. Miro por la ventana, observando cómo las calles familiares de mi ciudad natal dan paso al campo desconocido. El silencio en el coche es denso y pesado, cargado de preguntas no formuladas y verdades no dichas.

Randall se aclara la garganta, rompiendo el silencio. —Sé que esto es mucho para asimilar, Adelaide.

Resoplo, sin poder evitarlo. —Eso es quedarse corto.

Él suspira, apretando las manos en el volante. —Entiendo que estés enfadada conmigo. Tienes todo el derecho. Pero espero que me des la oportunidad de explicártelo todo.

Me giro para mirarlo, realmente mirarlo por primera vez. Su perfil es afilado y aristocrático. En la tenue luz del coche, su piel parece casi translúcida. Es extraño cómo puedo ver partes de mí misma en sus rasgos: la forma de su nariz, sus ojos, su pelo, esa mirada de superioridad de la que me han acusado de tener.

—Está bien —digo, cruzando los brazos—. Explica.

Randall toma una respiración profunda. —¿Por dónde empezar?

—¿Cuántos años tienes?

Él resopla. —Vaya, de acuerdo, directo a la yugular. Tengo mil quinientos años.

Me quedo boquiabierta.

No creo que me haya quedado *boquiabierta* antes en toda mi vida, pero aquí estoy... boquiabierta ante él. —Repite eso —balbuceo.

—Uno y medio —murmura con una sonrisa lenta.

—Joder —gimo, dejando caer mi cabeza entre mis manos—. Esto es como una especie de broma enferma.

—Lamentablemente no. Soy viejo.

—No me digas, Sherlock. Eres como de principios de la Edad Media.

—Joder —murmura—. Cuando lo pones así.

—Sé hacer matemáticas. Se me da bastante bien. No eres viejo; eres antiguo.

Se ríe, y me siento relajándome. No estoy segura si es porque estoy empezando a aceptar verdaderamente esta realidad bizarra o si es solo lo absurdo de la situación, pero me encuentro riéndome con él.

—Así que has visto mucho en tu vida —digo, tratando de asimilar su edad.

Randall asiente. —Más de lo que puedes imaginar. He sido testigo del ascenso y caída de imperios, del nacimiento de nuevas tecnologías, del cambio del mundo.

—¿Y dónde encajo yo en todo esto? —pregunto lo que me ha estado quemando en la mente

desde que apareció en nuestra puerta.

Se queda callado por un momento, con los ojos fijos en la oscura carretera que se extiende ante nosotros. —Tú, Adelaide, eres algo verdaderamente especial. Una Vesperidae: mitad vampiro, mitad humana. Es una ocurrencia increíblemente rara.

—Pero ¿por qué? —insisto—. ¿Por qué engendraste una hija con mi madre?

La expresión de Randall se suaviza ligeramente. —Amaba a tu madre, Adelaide. Todavía la amo, a mi manera. Pero nuestros mundos eran demasiado diferentes. Ella quería una vida normal para ti, lejos de los peligros del mundo sobrenatural, y no es como si tuviéramos elección. Los vampiros pueden procrear con otros vampiros en ocasiones. Esos vampiros también son bastante raros y muy poderosos, pero los nacimientos de especies mixtas son... únicos.

—¿Pero existen más como yo? —Sacudo la cabeza. *Como yo.*

—Un par, no más.

—¿Los conoces?

—Sé de ellos. No ha nacido un Vesperidae, o Vesper, durante varios siglos.

Trago saliva ante la enormidad de esa noticia mientras Randall mira por el espejo retrovisor por centésima vez. —¿Nos están siguiendo?

—No, aún no.

—Aún no.

—Han descubierto tu verdadera naturaleza. Vendrán. —Su declaración contundente no hace nada para calmar mis crecientes nervios mientras viajamos más profundamente hacia el norte del campo inglés.

Tiemblo, mirando hacia la oscuridad más allá de las ventanas del coche. La realidad de mi nueva situación está empezando a calar de nuevo. Pero esta vez, no es solo una fantasía que deseo que sea verdad. Ahora sé realmente que todo esto es real. No solo estoy dejando mi hogar, estoy huyendo del peligro, de personas que aparentemente quieren darme caza.

—Entonces, estos Cazadores —digo, rompiendo el tenso silencio—. ¿Qué quieren exactamente de mí?

La mandíbula de Randall se tensa. —Como he dicho, los Vespers son increíblemente raros y poderosos. Algunos Cazadores querrían estudiarte y experimentar contigo. Otros simplemente querrían eliminarte, viéndote como una abominación.

Un escalofrío recorre mi espalda. —¿Experimentar conmigo? ¿Eliminarme? Dios mío.

—Por eso MistHallow es tan importante —continúa Randall—. No es solo una escuela, es un santuario. Está protegida por magias antiguas que la mantienen oculta de aquellos que querrían hacer daño a los seres sobrenaturales. Por eso quiero que estés allí, Adelaide.

Asiento lentamente, tratando de procesar todo. —¿Y qué aprenderé allí? ¿Cómo ser un vampiro?

Randall se ríe. —Entre otras cosas. Aprenderás sobre tu herencia, cómo controlar tus habilidades, la historia y las costumbres del mundo sobrenatural. Pero más importante aún, estarás entre otros como tú.

La idea es a la vez emocionante y aterradora. Toda mi vida me he sentido como una extraña, nunca encajando del todo, y ahora me dirijo a un lugar donde finalmente podría pertenecer. Pero también significa dejar atrás todo lo que he conocido.

Me reclino en mi asiento, soltando un largo suspiro. —Es mucho para asimilar.

El asentimiento de Randall roza lo compasivo, pero dudo que tenga esa emoción después de tanto tiempo. —Lo sé. Lamento que todo esté sucediendo tan rápido. Pero después de lo que viste esta noche con Wesley, no tenemos el lujo del tiempo. Me alegra que hayas tomado esto

con calma, Adelaide. Me muestra tu fortaleza.

Recuerdo la morgue, a Wesley clavando la estaca a ese vampiro. Un escalofrío me recorre. —¿Estacas, decapitación, fuego? ¿Todas estas cosas pueden matarte?

—¿A mí? No. ¿A ti? Sí.

—¿Soy inmortal?

—Sí y no. Con tu lado humano al mando, envejecerás.

—¿Y si mi lado vampiro toma el control? —Mi voz es apenas un susurro, pues ni siquiera me había dado cuenta de que esto era una opción.

—Entonces serás como yo.

Reprimo el gemido que casi se me escapa. *Ser como él*. Anciano, hastiado, un poco aterrador. ¿Es eso lo que quiero para mi vida?

—Entonces, ¿qué puede matarte? —me aventuro a preguntar.

—No mucho.

—¿Pero algo sí? —Ahora está siendo demasiado evasivo para mi gusto. Quiero respuestas.

Suspira. —No estoy siendo deliberadamente obtuso, Adelaide. Se desconoce.

—¿No se ha probado?

Sonríe con ironía. —Se podría decir eso.

—¿Es por eso que Wesley no se detuvo antes?

—Es probable —dice Randall con gravedad—. Pero los Cazadores son implacables una vez que han identificado un objetivo. Pero no te preocupes, estarás a salvo en MistHallow.

Volvemos a caer en silencio mientras el coche avanza velozmente en la noche. Observo cómo cambia el paisaje, volviéndose más salvaje y escarpado. Ahora nos adentramos en el Parque Nacional de Northumberland, las carreteras se vuelven más estrechas y sinuosas.

Me hundo en el asiento de cuero, mi mente dando vueltas con todo lo que he aprendido. El campo pasa rápidamente por la ventanilla, oscuro y desconocido.

—Cuéntame más sobre MistHallow —digo, rompiendo el silencio que se ha instalado entre nosotros—. ¿Cómo es?

—Es bastante diferente a cualquier otro lugar en el que hayas estado. El campus en sí está escondido en lo profundo del bosque de Kielder, oculto por una poderosa magia que lo mantiene invisible a los ojos humanos. Los edificios son una mezcla de antiguas estructuras de piedra e instalaciones más modernas.

—¿Y los estudiantes? —pregunto, curiosa por saber con quién estudiaré.

—Un grupo diverso —responde Randall—. Vampiros, hadas, elementales, cambiaformas y otros seres sobrenaturales de los que probablemente nunca hayas oído hablar.

Intento imaginar una escuela llena de criaturas de las que solo he leído en libros o visto en películas. Parece surrealista.

—¿Qué hay de los profesores? —pregunto.

La expresión de Randall se vuelve seria. —Algunos de los seres sobrenaturales más sabios y poderosos del mundo. Muchos de ellos han estado enseñando en MistHallow durante siglos.

Siglos. La palabra aún me produce un sobresalto. Todavía me cuesta entender la idea de vidas tan largas.

Después de lo que parece una eternidad, Randall se desvía de la carretera hacia un camino de tierra que se adentra en un denso bosque. Los árboles se ciernen sobre nosotros, sus ramas creando un dosel que bloquea la poca luz de luna que había.

—Uhm —murmuro.

—Ya casi llegamos —dice Randall suavemente.

Miro por la ventana, intentando vislumbrar esta misteriosa Universidad, pero todo lo que veo es oscuridad y árboles. Entonces, de repente, atravesamos una nube de niebla brillante, y el bosque se abre.

Jadeo.

Ante nosotros se alza un enorme castillo, sus torres y agujas se elevan hacia el cielo nocturno. Parece antiguo, como algo salido de un cuento de hadas, con hiedra trepando por sus muros de piedra y gárgolas posadas en sus almenas. Pero también hay toques modernos: grandes ventanales de cristal que brillan con una cálida luz y edificios elegantes que parecen fusionarse a la perfección con las estructuras más antiguas, todo iluminado con focos que dudo que funcionen con electricidad.

—Bienvenida a la Universidad MistHallow —dice Randall.

Miro asombrada mientras atravesamos unas puertas de hierro forjado que se abren a nuestro paso y subimos por un sinuoso camino de entrada. Hay otros coches aparcados en los bordes, y puedo ver figuras moviéndose.

Cuando nos detenemos, Randall se vuelve hacia mí. —¿Estás lista?

Respiro hondo, tratando de calmar mis nervios. —Tanto como puedo estarlo.

—Solo recuerda que perteneces aquí, Adelaide.

Asiento, aferrándome a esa advertencia de sonido ominoso. Intimidada no alcanza a describir la sensación que me invade cuando salgo del coche.

—Tienes que seguir sola desde aquí —dice Randall, cogiendo mi bolsa de viaje y colocándola a mis pies—. Ve a la oficina de Alojamiento tan pronto como puedas.

—¿Y dónde está eso? —murmuro, mirando alrededor con asombro.

Randall señala un gran edificio de piedra a nuestra derecha, sus ventanas brillan cálidamente.

—Esa es la oficina de Alojamiento. Allí te asignarán tu habitación.

Asiento, sintiéndome de repente muy pequeña y sola. —¿No vienes conmigo?

Él niega con la cabeza. —Este es tu viaje ahora, Adelaide. No puedo llevarte de la mano. Pero estaré cerca si me necesitas. —Me entrega una pequeña tarjeta negra con un número de teléfono.

Tomo la tarjeta y la guardo en mi bolsillo. —Bien. De acuerdo entonces.

Randall me da una pequeña sonrisa. —Estarás bien. Recuerda, perteneces aquí.

Con eso, vuelve al coche y se aleja, dejándome sola frente a este imponente castillo. Respiro hondo, me echo la mochila al hombro y agarro mi bolsa de viaje con más fuerza.

—Allá vamos —murmuro mientras inhalo profundamente e intento calmar mis nervios, que están disparados—. Allá va todo.

ADELAIDE

PERO NO VOY A NINGUNA PARTE. Me quedo clavada en el sitio, con los ojos como platos mientras contemplo la magnífica extensión de la Universidad MistHallow. Cuanto más tiempo me quedo mirándola, más cosas aparecen ante mis ojos. Casi como si se estuviera revelando ante mí, poco a poco. Está haciendo un striptease, y me pregunto cuál será el gran final. La parte central del castillo se alza ante mí, una estructura colosal de piedra antigua con adiciones modernas que parecen desafiar las leyes de la física y la arquitectura por igual. Torres y agujas se alzan hacia el cielo, de alguna manera pasando por alto los árboles como si no existieran, sus siluetas destacando contra la oscuridad de la noche. La hiedra trepa por los muros desgastados, sus zarcillos tejen patrones intrincados que parecen cambiar y moverse bajo la luz parpadeante de las ornamentadas linternas que bordean los senderos.

El campus se extiende ante mí, un laberinto de edificios viejos y nuevos. Por todas partes, hay un aire de magia que hace que el aire a mi alrededor vibre con energía.

Doy un paso tentativo hacia adelante, y luego me estremezco, esperando a medias que alguien se materialice de las sombras y exija saber qué estoy haciendo aquí. Pero nadie aparece, y continúo, con mis ojos moviéndose por todas partes, tratando de captar cada detalle.

Mientras camino, noto cómo el diseño del campus parece cambiar y moverse. Edificios que podría jurar que estaban a mi izquierda de repente aparecen a mi derecha. Los senderos giran y se retuercen de maneras que no tienen sentido lógico. Es como si toda la universidad existiera en algún tipo de plano paralelo, desafiando las leyes de la física y la geografía.

—Mierda —murmuro, con la cabeza dándome vueltas mientras intento entender mi entorno. ¿Es esto a lo que se refería Randall cuando dijo que MistHallow estaba protegida por magias antiguas?

Estoy tan absorta en mis observaciones que casi me pierdo el sonido de un vehículo que se acerca. El ronroneo de un motor potente corta el aire nocturno, y me giro para ver un elegante Rolls Royce negro deslizándose por el camino hacia mí. El coche se mueve con una gracia sobrenatural, su superficie pulida refleja la luz de la luna como un espejo.

Me aparto de un salto, y pasa junto a mí. Alcanzo a ver al conductor: un hombre de rostro severo con ojos que parecen brillar en la oscuridad.

El Rolls se detiene a unos metros delante de mí, y la puerta trasera se abre. Un hombre sale, y se me corta la respiración.

Es devastadoramente guapo de una manera imposiblemente inhumana. Alto y delgado, viste un traje negro perfectamente cortado, camisa negra y una corbata de color púrpura profundo que parece brillar a la luz de la luna. Su cabello es tan negro como el ala de un cuervo, peinado de una manera que parece a la vez descuidada e imposiblemente perfecta. Como yo, una mujer que

odia el sol, su piel es pálida... y ahora sé por qué. ¿Es esta criatura imposiblemente hermosa un vampiro?

Sus ojos realmente me cautivan. Son de un tono púrpura, con remolinos plateados que parecen bailar y cambiar mientras se mueve. Hay algo a la vez seductor y amenazante en él, un aura de poder y peligro que hace que mi corazón se acelere.

Mira a su alrededor, su mirada recorriendo el campus con un aire de propiedad casual. Por un momento, creo que su mirada va a recaer en mí, y siento una sacudida de anticipación y miedo. Pero me quedo sintiéndome aliviada y extrañamente decepcionada cuando ni siquiera me nota.

Sin decir una palabra, se da la vuelta y se aleja a grandes zancadas, sus movimientos elegantes y depredadores. Lo veo alejarse, sintiéndome alterada y desequilibrada. ¿Es algún tipo de realeza sobrenatural?

Con un profundo suspiro, me obligo a apartar la mirada de la figura que se aleja y continúo mi camino hacia la oficina de Alojamiento. El edificio que Randall señaló se alza ante mí, su fachada de piedra cálida y acogedora a pesar de su imponente tamaño.

Cuando me acerco a las pesadas puertas de madera, se abren por sí solas. Dudo por un momento, luego entro, con los ojos abiertos de par en par mientras observo el interior.

El vestíbulo de entrada es una impresionante mezcla de lo antiguo y lo nuevo. Antiguos tapices cuelgan en las paredes junto a pantallas mágicas que parpadean con información. Una enorme araña cuelga del techo abovedado, sus cristales parecen flotar en el aire, proyectando arcoíris de luz sobre el suelo de mármol pulido.

Detrás de un escritorio curvo hecho de lo que parece madera petrificada, se sienta una criatura femenina. Su piel tiene un ligero tinte azul, y su cabello se mueve como si estuviera bajo el agua. Levanta la mirada cuando me acerco, sus ojos completamente azul profundo se fijan en mí con una intensidad que me hace querer retorcerme.

—¿Nombre? —pregunta, su voz melodiosa y ligeramente con eco, como si hablara desde el fondo de un pozo.

—Adelaide Légère —balbuceo, de repente muy consciente de lo fuera de lugar que me siento.

—¿Légère? ¿Légère? ¿Está segura?

Resoplo, a pesar del miedo que recorre mis venas.

—Completamente segura. Es el apellido de mi madre y el mío desde que nací.

—No tengo ningún Légère —parpadea hacia mí. Su mirada escudriña mi rostro—. ¿Nombre de pila otra vez?

—Adelaide —susurro, esperando que esto sea algún tipo de malentendido y que lo esté escribiendo mal.

—Adelaide Black —afirma con los labios azules fruncidos.

—Eh, no...

—Sí —dice, girando la pantalla para que pueda ver una foto mía—. ¿Es usted?

—Se parece a mí —murmuro.

—Entonces usted es Adelaide Black.

—Maldita sea, Randall —mascullo al darme cuenta de que me dio su apellido. Imbécil.

La mujer azul me lanza una mirada extraña, pero sonrío y la dejo hacer lo suyo. Supongo que él necesitaba que yo tuviera su apellido para entrar en esta institución. Aunque un aviso previo habría sido agradable. Pero entonces ella me dirige una mirada divertida y ligeramente compasiva. —Eres toda una rareza, ¿sabes? El personal ha estado alborotado por tu llegada durante semanas.

Genial. Adiós a pasar desapercibida.

—Bien —digo, tratando de sonar más segura de lo que me siento—. Entonces, ¿a dónde voy?

La mujer agita la mano y una pequeña esfera brillante aparece en el aire frente a mí. —Esto te guiará a tu habitación.

Por favor, que no sea en el sótano. —¿Y dónde está eso?

—Sigue la esfera —dice con un gesto desdenoso, y no me queda más remedio que moverme, ya que se está formando una cola detrás de mí.

Extiendo la mano vacilante para tocar la esfera, esperando a medias que mi mano la atraviese. En cambio, se siente sólida y cálida, como una piedra lisa que ha estado al sol.

—Gracias —digo, sin saber qué más añadir.

La mujer asiente, ya dirigiendo su atención al siguiente estudiante.

La esfera comienza a flotar y me apresuro a seguirla. Al salir de la oficina de Alojamiento, echo un último vistazo por encima del hombro, con la esperanza de volver a ver al misterioso hombre del Rolls Royce en la cola, pero no se le ve por ninguna parte.

Realmente estoy aquí, en una universidad para seres sobrenaturales, un lugar donde por fin podría entender quién y qué soy. Un lugar donde, por primera vez en mi vida, podría pertenecer de verdad. Por increíble que parezca, no me arrepiento de haber subido al coche con Randall. El suelo bajo mis pies brilla mientras camino. Me acepta, todo este lugar no piensa que soy rara. De hecho, al ver pasar a una mujer con serpientes por cabello acompañada de un hombre con escamas por piel, no soy la fruta más extraña de este árbol. La sensación de alivio que me produce este conocimiento es alucinante y me marea.

La esfera me guía por un corto camino y a través de un arco que parece aparecer de la nada. Paso junto a otros estudiantes —algunos que parecen humanos, otros que decididamente no lo son— e intento no mirarlos fijamente. Un grupo de chicas con alas de gasa revolotea, su risa suena como campanas de viento. Un chico con pelaje y orejas puntiagudas me saluda amistosamente con la cabeza mientras pasa trotando a cuatro patas.

Ni siquiera tengo miedo. Estoy exaltada y maravillada por cada una de estas magníficas criaturas.

Segundos después, la esfera se detiene frente a una torre gótica adosada a la parte central del castillo. Unas gárgolas talladas miran con desdén desde lo alto de la puerta, que es una pesada estructura de madera tachonada que parece pesar una tonelada.

Respiro hondo, cuadrando los hombros mientras me enfrento a la imponente puerta de madera. Esto es. Mi nueva vida empieza ahora.

Con mano temblorosa, alargo el brazo y agarro el picaporte de hierro en forma de aro. Está frío bajo mis dedos y, por un momento, dudo. ¿Estoy lista para esto? ¿Realmente puedo hacerlo?

Pero entonces pienso en Wesley en la morgue, en el miedo y la confusión con los que he vivido toda mi vida. Pienso en las palabras de Randall: "Pertenece aquí, Adelaide".

Antes de que pueda dudar de nuevo, levanto el picaporte y lo giro. El sonido de la puerta al abrirse resuena en la noche, pareciendo reverberar a través de las mismas piedras del edificio.

Respiro profundamente y doy un paso adelante, enfrentándome a un conjunto de escaleras de piedra que suben por el lado izquierdo de la torre. Al poner el pie en el primer escalón, doy un brinco y ahogo un grito cuando un murciélago viene disparado hacia mi cara y lo esquiva por poco, volando hacia arriba y saliendo por la puerta antes de que pueda recobrar el sentido, con el corazón latiéndome con fuerza.

—Joder —murmuro mientras intento calmarme lo suficiente para subir los empinados escalones mientras malabareo con mi pesada bolsa de viaje y la mochila, siguiendo a la

impaciente esfera que se balancea como una manzana en el agua ante mi lentitud—. Ya voy. Ten paciencia, bolita.

Si no supiera mejor, juraría que oigo una risita mientras subo los escalones lentamente, sin querer dar un paso en falso y caer de culo por donde he venido.

Malditas torres de castillo. ¿Por qué no habrán instalado un ascensor?

CORVUS

DESGLIZÁNDOME bajo los aleros de la torre, me poso boca abajo y envuelvo mis alas negras alrededor de mí mientras contemplo a la mujer que acaba de entrar en la Torre Norte. No esperaba que hubiera alguien aquí. La Torre Norte suele estar reservada para invitados importantes y profesores visitantes, no para estudiantes. Sin embargo, todo en ella grita "estudiante".

Pero hay algo diferente en esta chica. Incluso en mi forma de murciélago, puedo sentirlo. Hay un poder que irradia de ella, crudo e indómito. Llama a la oscuridad dentro de mí, haciendo que mis colmillos duelan de necesidad.

¿Quién es ella? ¿Por qué está aquí? ¿*Qué* es ella?

La curiosidad me vence. Suelto mi agarre de los aleros y me transformo en el aire, aterrizando silenciosamente sobre mis pies en la base de la torre. Mis sentidos agudizados captan su aroma: una mezcla embriagadora de humano y algo más. Algo familiar pero extraño. Paso la mano por mi cabello oscuro, alisándolo después de la transformación, mis ojos azules entrecerrados mientras miro hacia la torre.

Por lo que vi, es impresionante. Su largo cabello negro cae en cascada por su espalda, su piel pálida y ojos oscuros son hipnotizantes incluso después de haberla visto solo por un segundo.

—¿Quién eres, hermosa? —murmuro, debatiendo si seguirla por las escaleras.

Decidiendo no hacerlo, me doy la vuelta y me alejo, alimentando mi curiosidad sobre esta chica. Nunca la había visto antes, y nunca había olido nada ni remotamente parecido a ella. Eso me hace ser cauteloso, así que acercarme a ella, como normalmente haría con la chica nueva y atractiva, no está en mis planes ahora mismo, ya que estoy inusualmente precavido.

Tal vez este lugar está influyendo en mí después de todo.

Sonrío con suficiencia. No es probable. Soy impulsivo y temerario, y si eso no es lo que se supone que debe ser un vampiro de sangre pura, entonces que me disparen. Al doblar la esquina, casi choco con el Profesor Blackthorn, mi maestro de Estudios de Vampiros Antiguos.

—Señor Sanguine —dice, con su tono desaprobador de siempre—. Confío en que no esté causando problemas en la primera noche de regreso.

Esbozo mi sonrisa más encantadora. —Por supuesto que no, Profesor. Solo estaba tomando el aire nocturno.

Sus ojos se entrecierran, claramente sin creermelo. —Hmm. Bueno, intente mantenerse alejado de los problemas. Tenemos algunos estudiantes nuevos muy importantes llegando esta noche.

Eso despierta mi interés. —¿Oh? ¿Alguien que debería conocer?

La expresión del Profesor Blackthorn se vuelve cautelosa. —Eso no me corresponde decirlo. Ahora, si me disculpa.

Pasa junto a mí, sus túnicas ondeando dramáticamente. Lo observo alejarse, mi mente trabajando a toda velocidad. ¿Estudiantes nuevos importantes? ¿Podría esa misteriosa chica ser una de ellos?

Estoy tentado de volver a la Torre Norte, para satisfacer mi curiosidad sobre ella. Pero algo me detiene. Si es tan importante como Blackthorn insinuó, definitivamente es sabio andar con cuidado hasta que sepa más.

En su lugar, decido dirigirme al Bar de Sangre. Es la primera noche de regreso, después de todo, y podría usar un trago.

Cuando empujo la puerta para abrirla, el lugar está muerto. Y no me refiero en el sentido vampírico. Normalmente bulle de actividad ya que las alimentaciones en vivo están estrictamente prohibidas en la propiedad de la Universidad y están sujetas a una orden de expulsión, lo cual es peor de lo que suena. Eres bloqueado, prácticamente desterrado de la comunidad sobrenatural. Es un castigo severo, pero si eres lo suficientemente estúpido como para romper la más mundana de las reglas en un lugar donde se supone que los límites deben ser empujados, entonces mereces que te claven una cruz de madera por el trasero en el mundo real. Dicen que MistHallow es la forja de uno mismo, y no se equivocan. Es un lugar interesante. Muchos vienen aquí para aprender sobre el enfoque y la disciplina con sus poderes y habilidades, pero algunos, como yo, estamos aquí simplemente porque es un lugar de contención para aquellos inadaptados que causan más problemas en el exterior de los que valen. Mis padres decidieron que MistHallow era el mejor lugar para mantenerme fuera de problemas y aprender algo de disciplina. Lo que no saben es que he encontrado muchas maneras de empujar los límites aquí también. Solo que de manera más discreta.

Me acerco despreocupadamente a la barra, asintiendo al camarero. —Lo de siempre, Grim.

Grim, una criatura imponente con piel cenicienta y ojos rojos brillantes, gruñe en reconocimiento. Alcanza bajo el mostrador y saca una botella de líquido carmesí.

—Especial de la primera noche —retumba, sirviéndome un vaso generoso—. O negativo, fresco de la fuente.

Levanto una ceja. —¿Oh? ¿Y quién podría ser la fuente?

Los labios de Grim se curvan en lo que pasa por una sonrisa en su rostro esquelético. —Digamos que tuvimos un donante muy generoso. Pero que quede entre nosotros, ¿eh?

—Siempre —murmuro y doy un sorbo, saboreando el rico sabor cobrizo. Definitivamente es sangre de virgen de alta calidad y saludable. Es un cliché, pero los clichés son clichés por una razón, ¿no?

Mientras disfruto de mi bebida, la puerta se abre de nuevo. Me giro, esperando a medias ver a la misteriosa chica de la Torre Norte. En su lugar, son Lucian y Asher, dos de mis enemigos más agresivos en MistHallow.

—¡Corvus! —exclama Lucian, sus ojos dorados brillando con malicia—. ¿Empezando temprano, eh?

Tomo otro sorbo de mi bebida, deliberadamente lento, antes de volverme para encararlos completamente. —Lucian, Asher. Encantado de verlos a ambos. Les ofrecería comprarles una bebida, pero no estoy seguro de que aquí sirvan a carroñeros híbridos.

Asher, el más alto de los dos vampiros, muestra sus colmillos en un gruñido. —Cuidado, Sanguine. No estamos aquí para tus patéticos intentos de ingenio.

—¿No? —Levanto una ceja, fingiendo sorpresa—. Entonces ilumínenme. ¿Qué trae a dos parásitos como ustedes a mi guarida favorita?

Lucian da un paso adelante, con movimientos fluidos y depredadores. —Solo estamos

revisando a nuestro detestable alborotador —dice, con una voz que destila falsa dulzura—. Asegurándonos de que no estés planeando nada disruptivo para el nuevo año.

Mantengo mi rostro cuidadosamente neutral, aunque mi mente va a toda velocidad. Están buscando información, pero ¿sobre qué? —¿Es así? Y yo que pensaba que ustedes dos estaban demasiado ocupados besando el trasero de los profesores como para preocuparse por el pequeño de mí.

Asher se inclina, sus ojos moviéndose rápidamente como si buscara espías. —Sabemos que tramas algo, Corvus. Siempre lo haces. Esta vez, vamos a atraparte con las manos en la masa y nos aseguraremos de que te expulsen de la vida. Permanentemente.

No puedo ocultar mi diversión ante esto. —Vaya, vaya, ¿no estamos paranoides? Odio decepcionarlos, chicos, pero solo estoy aquí disfrutando de una copa tranquila. No hay planes nefastos esta noche, me temo.

Los ojos de Lucian se estrechan con sospecha. —¿Esperas que creamos eso? Por favor. Siempre estás tramando algo.

Sonríó, mostrando todos los dientes y colmillos. —Tal vez sí, tal vez no. Eso es algo que yo sé y ustedes, bueno, nunca descubrirán.

Por un momento, la tensión crepita en el aire entre nosotros. Puedo ver el deseo de iniciar una pelea ardiendo en sus ojos, y parte de mí lo recibe con agrado. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve una buena pelea.

Pero no voy a dejar que estos dos idiotas me provoquen para que golpee primero. Ni ahora, ni nunca.

—Por mucho que me encantaría continuar esta encantadora conversación —digo, apurando el último trago de mi bebida—, tengo mejores cosas que hacer con mi noche que intercambiar insultos con ustedes dos, imbéciles.

Los ojos de Lucian brillan peligrosamente. —Esto no ha terminado, Corvus. Te estamos vigilando.

Me pongo de pie, irguiéndome en toda mi estatura de un metro ochenta y cinco. Aunque ambos vampiros son más fornidos que yo, no muchos igualan mi altura o mi fuerza de sangre pura. Se necesitarían dos o más híbridos más débiles, aquellos que han sido convertidos en lugar de nacer de vampiros, para derribarme, pero estos dos no parecieron recibir el memo. A menos que estén ocultando algo que desconozco. —Vigilen todo lo que quieran —digo, bajando mi voz a un tono bajo y peligroso—. Pero recuerden, no todas las sombras ocultan secretos. A veces, ellas devuelven el mordisco.

Con eso, paso junto a ellos, ignorando las amenazas murmuradas de Asher. Mi mente está acelerada mientras salgo al fresco aire nocturno. Algo está pasando, algo lo suficientemente grande como para tener a Lucian y Asher nerviosos y buscando culparme por ello. Parte de mí se pregunta si está relacionado con la chica que vi antes.

Necesito saber más, ahora no solo por curiosidad sino por necesidad. Si se está gestando problemas en MistHallow, necesito estar preparado. Ya sea para evitarlo o lanzarme de cabeza, aún no estoy seguro. Todo depende de los jugadores.

Empiezo a caminar sin un destino particular en mente. El campus está más tranquilo ahora, la mayoría de los estudiantes aún están instalándose o ya están recogidos en sus habitaciones. Pero puedo sentir una emoción en el aire, una sensación de anticipación. Algo grande se acerca, y tengo el presentimiento de que esa misteriosa chica está en el centro de todo.

Mientras paso de nuevo por la Torre Norte, me detengo, mirando hacia las ventanas iluminadas. ¿Estará ella ahí arriba ahora? ¿Qué estará pensando? ¿Sabrá el revuelo que está

causando solo por estar aquí?

Sacudo la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. Me estoy adelantando.

Una cosa es segura: dondequiera que vaya esa chica, estaré observando. Y esperando.

Después de todo, ¿qué es la vida universitaria sin un poco de acecho?

ADELAIDE

DESPUÉS DE MUCHO esfuerzo y de hacer varias pausas para descansar del peso de mi bolso de viaje, finalmente llego a lo alto de las escaleras, jadeando pesadamente por la subida. El orbe flota frente a una pesada puerta de madera con una ornamentada aldaba de bronce en forma de bestia gruñendo. El orbe se balancea expectante mientras miro fijamente la puerta y alargo la mano para girar el pomo, pero está cerrada con llave.

—Mierda —siseo—. ¡La dama del agua azul no me dio una llave! —La idea de bajar todo el camino, solo para volver a hacer cola para pedir una llave y luego subir de nuevo todos estos escalones, es un poco más de lo que puedo soportar en este momento. Mi paciencia está al límite, y necesitaba que esto no pasara.

El orbe se balancea agitadamente mientras me quedo ahí parada, mirando la puerta con desánimo. Entonces, se lanza hacia abajo y golpea contra mi mano derecha. Molesta, lo miro con el ceño fruncido mientras golpea repetidamente el dorso de mi mano hasta que la volteo y se estampa contra mi palma.

—¿Tú eres la llave? —murmuro, y salta un par de veces, lo que interpreto como un sí.

Examino la puerta en busca de cerraduras con forma de orbe, pero no encuentro ninguna y resoplo frustrada.

El orbe, claramente harto de mi estupidez en este asunto, vuela fuera de mi mano y choca contra un panel liso de madera, manteniendo la posición hasta que coloco mi mano sobre él nuevamente. Casi puedo sentir el suspiro de alivio del orbe al ver que por fin estamos avanzando.

—Lo siento —murmuro mientras la puerta se abre con un clic.

El orbe vuela hacia el interior de la habitación, y yo empujo la puerta para entrar tambaleándome con las bolsas que han decidido transformarse en bloques de hormigón.

Mis ojos se abren de par en par mientras dejo caer las bolsas y observo mi nuevo espacio vital. No estaba segura de qué esperaba, pero esto supera cualquier expectativa que me estuviera formando. Es una espaciosa habitación circular con un techo alto y abovedado. La luz de la luna se cuela por altas ventanas arqueadas, iluminando el lujoso mobiliario.

Hay una cama con dosel cubierta de terciopelo morado oscuro, un enorme armario de roble y un mullido sillón junto a una chimenea crepitante que parpadea y brilla de forma antinatural. ¿*Magia*? Las estanterías que cubren una de las paredes están llenas de tomos encuadernados en piel.

—Joder —murmuro.

Mientras exploro, noto pequeños detalles que confirman el uso de magia. Las velas en los apliques de la pared se encienden solas a mi paso. Cuando miro el espejo sobre el ornamentado tocador, parece ondular como el agua.

Me acerco al espejo con cautela, hipnotizada por su superficie fluida. Al inclinarme para verlo más de cerca, mi reflejo cambia repentinamente. Por un momento, me veo a mí misma con ojos brillantes y colmillos alargados. Retrocedo bruscamente con un jadeo, parpadeando rápidamente. Cuando vuelvo a mirar, mi reflejo normal me devuelve la mirada, con los ojos muy abiertos y pálida.

—Vale —murmuro, pasándome una mano temblorosa por el pelo.

Un suave tintineo llama mi atención hacia el orbe que flota sobre el escritorio. Noto un sobre grueso sobre la superficie pulida. Cuando lo recojo, el orbe se posa sobre la madera y deja de brillar.

Parpadeo mirándolo.

¿Está roncando?

Sacudiendo la cabeza, sonrío y vuelvo a mirar el sobre en mi mano. Es pesado, hecho de pergamino grueso con mi "nombre" -Adelaide Black- escrito en una elegante caligrafía en el frente. Lo abro, sacando varias hojas de papel.

—Bienvenida a la Universidad MistHallow —leo en voz alta, ojeando el contenido. Horarios de clases, normas del campus, un mapa que parece cambiar y moverse mientras lo miro. Mis ojos se detienen en un párrafo en particular:

"Como Vesperidae, se te requerirá asistir a sesiones adicionales para ayudarte a entender y controlar tus habilidades únicas. Tu mentor, el Profesor Blackthorn, se reunirá contigo mañana por la mañana para discutir tu plan de estudios especializado."

Suspirando, tiro los papeles sobre el escritorio y me dejo caer en la cama. Es ridículamente cómoda, como estar tumbada en una nube. Miro fijamente el dosel, observando cómo los patrones parecen arremolinarse y bailar sobre la tela.

Debería levantarme y deshacer el equipaje, pero después de todo lo que ha pasado hoy, estoy agotada y apenas recuerdo que es mi cumpleaños.

—Feliz puto cumpleaños —murmuro mientras mis ojos se cierran y el sueño me arrastra.

ADELAIDE

UN ZUMBIDO incesante en mi oído me despierta. Al abrir los ojos, me doy cuenta de que estoy rígida, aún con la ropa puesta y muerta de hambre. Me incorporo en la suntuosa cama, me estiro y veo a Orby revoloteando, haciendo ese ruido infernal.

—Cállate —murmuro y me bajo de la cama para mirar por los ventanales que van del suelo al techo sobre el dosel brumoso de los árboles—. Bueno, no puedo quejarme de la vista —murmuro—. Pero ¿dónde está el baño y el comedor?

Orby, siendo útil en todo como siempre, vuela por la habitación hasta un panel en la pared que no habría visto si él, sí, sí, *él*, no hubiera estado bailando frente a él.

—¿Qué hay aquí entonces? —pregunto, agarrando mi bolsa de aseo con la esperanza de que haya un baño... y un ascensor, ya que supongo que el único lugar al que ir es arriba.

Tengo razón.

Sobre ir arriba. No sobre el ascensor. Lamentablemente, solo hay escaleras, pero mucho más civilizadas que las que me llevaron a mi habitación. Anchas y de madera con una barandilla, comienzo mi ascenso, aún más alto, hasta que llego a un glorioso baño anidado bajo la cima de la torre.

—Vaya —murmuro mientras lo observo todo. La ducha es enorme y tiene un panel de vidrio esmerilado que sirve como pared exterior de la torre en un lado. Tiene tres alcachofas.

Pero lo primero es lo primero. Me estoy muriendo por hacer pis y necesito cepillarme los dientes.

Minutos después, me quito la ropa y entro en la lujosa ducha, maravillándome con las múltiples alcachofas, que están todas apuntando hacia mí, haciéndome sentir como si estuviera bajo una cascada. El intrincado trabajo de azulejos dispuesto en mosaicos de azul profundo y blanco es impresionante. Mientras el agua caliente cae sobre mí, cierro los ojos y dejo escapar un suspiro de satisfacción. Por un momento, casi puedo olvidar lo extraño de mi situación y simplemente disfrutar del placer simple de una buena ducha.

Agradecida por el panel esmerilado cuando veo criaturas revoloteando afuera, me río y me pregunto cómo debe ser volar.

Me lavo rápidamente, apremiada por mi estómago rugiente, cierro la ducha y me envuelvo en una toalla esponjosa. Vuelvo a mi habitación, sintiéndome refrescada pero famélica.

—Entonces, ¿dónde voy a comer? —le pregunto a Orby, ahora su nombre, pero entonces recuerdo los sándwiches que hizo mi madre y los saco de mi bolsa. Me siento en la cama con la lonchera y me pongo a comer, el queso y el jamón me caen de maravilla y hacen que las cosas parezcan un poco menos intimidantes.

Aunque solo un poco. No puedo esconderme en esta habitación para siempre, aunque me

encantaría hacerlo. Pero el profesor Blackthorn me está esperando, y necesito bajar y averiguar cómo encontrarlo. Quizás la señora del Agua Azul pueda ayudarme.

Termino mi desayuno, me visto rápidamente con una camisa blanca y pantalones negros. El blanco me hace parecer más pálida de lo habitual, pero creo que eso es lo que busco. No quiero parecer *humana* en una universidad llena de no humanos. Tiene sentido para mí, así que me encojo de hombros y me cepillo el pelo antes de agarrar mi mochila y salir con Orby junto a mi oreja. Cierro la puerta detrás de mí y escucho el clic del cerrojo. Con Orby guiando el camino, bajo las peligrosas escaleras y salgo a la mañana temprana, donde todo el campus está en silencio.

Diría que está *muerto*, pero el pensamiento me hace reír internamente y probablemente sea totalmente inapropiado. La niebla se arremolina a mi alrededor mientras me dirijo de vuelta a la oficina de Alojamiento, donde la señora del Agua Azul me ayudó ayer. Realmente necesito averiguar cómo se llama su especie. Probablemente se sentiría insultada al saber cómo la llamo.

Las puertas se abren para mí y entro, mirando alrededor. Hay algunos estudiantes deambulando, que parecen haber llegado esta mañana, pero aún no se ve ningún miembro de la facultad.

—Señorita Black.

Doy un salto del susto al escuchar la voz suave que viene de detrás y encima de mí. Al girarme, veo al hablante, un distinguido caballero alto que parece tener unos cuarenta y tantos años. Está vestido con un traje gris y una túnica negra flotante.

—Sí, ¿y usted es? —pregunto, haciendo una mueca al darme cuenta de lo grosero que suena.

—Profesor Blackthorn —declara—. Usted está conmigo hoy.

—Sí, eso creo.

—Tenemos mucho que revisar. ¿Ha comido?

—Sí, pero ¿dónde voy a comer? Tenía sándwiches de casa.

Él parpadea.

—¿Tiene el mapa?

Yo parpadeo de vuelta.

—Oh, el mapa, claro... —me muerdo el labio. Está arriba en el escritorio debajo de la carta de bienvenida, que había olvidado por completo.

El profesor Blackthorn se ríe y chasquea los dedos. Un trozo de pergamino aparece en su mano y me lo ofrece. Lo tomo y lo miro fijamente.

—Ahí —dice, señalando un área en el mapa que dice *Comedor*.

—Ah, vale. Muy bien —digo y luego pongo los ojos en blanco. *¿Muy bien? ¿Quién demonios dice eso?*

—Venga —dice el profesor Blackthorn y gira sobre sus talones para guiarme más adentro del edificio.

Siento miradas sobre mí mientras sigo a Blackthorn por un pasillo oscuro iluminado intermitentemente por antorchas de fuego mágico. O supongo que son mágicas. No emiten calor cuando paso junto a ellas. Mi piel hormiguea y el vello de mi nuca se eriza mientras sigo al profesor Blackthorn por el sinuoso pasillo, tratando de no quedarme boquiabierto ante los retratos en constante cambio en las paredes.

—Entonces, profesor —digo, rompiendo el silencio—, ¿qué significa exactamente ser una *Vesperidae*? Todavía estoy tratando de asimilar todo esto.

Él se gira de repente, con el dedo en los labios.

—Silencio, niña. No tan alto.

—¿Eh? —murmuro, pero bajo la voz de todos modos—. ¿Por qué no?

—Usted es un secreto bien guardado y así es como pretendemos mantenerlo. Al menos por ahora.

—¿Por qué?

—Muchas razones —dice de manera críptica. Empuja una puerta hacia un aula de aspecto ordinario, me hace entrar y cierra la puerta.

Se mueve apresuradamente, buscando algo en sus bolsillos mientras Orby vuela por la habitación antes de posarse sobre mi mochila, que apoyo contra una de las mesas. Encontrando lo que sea que estaba buscando, Blackthorn murmura algunas palabras y aparece una caja, más grande que una caja de zapatos, pero no por mucho.

—Esto es todo lo que sabemos sobre los de tu clase.

Aprieto los labios. No parece mucho. —Eh...

—Exacto —dice con ironía—. Creemos que solo descubriste tu naturaleza ayer y llegaste aquí bajo presión, por así decirlo. ¿Cazadores?

—¿Eso es lo que Randall le contó? —me aventuro a preguntar.

Él asiente.

—Bueno, entonces sí. Mi jefe en la morgue estacó a un vampiro frente a mí y luego decidió que yo era la siguiente. Cualquier hechizo de protección que mi madre hubiera puesto sobre mí desapareció, así que debió haber sentido que no era completamente humana. —Quiero decir, parece saber de estas cosas, y no tengo nada que ocultar. Tal vez pueda ayudarme a entenderlo todo.

—En efecto —murmura—. Randall hizo lo correcto al traerte aquí de inmediato. Estás a salvo aquí, pero supongo que tienes muchas preguntas.

—Muchas es quedarse corto —digo, sentándome—. Randall dijo que no había muchos de mi clase por aquí.

—Tres en este momento. Dos que han estado por aquí durante muchos años y, bueno, ahora tú.

—¿Cuántos años?

—Siglos.

—¿Entonces son inmortales?

—Sí.

—¿Pero se les puede matar?

—Estacas, fuego, decapitación, los sospechosos habituales.

—Entonces, ¿qué me hace tan especial? ¿Tengo poderes?

Sonríe. —Poderes, no. Pero habilidades... sí. Tienes fuerza, velocidad y reflejos mejorados, curación acelerada. Puedes consumir sangre para obtener un impulso, lo habitual en los vampiros. Pero lo que te diferencia de los vampiros, y esta es la clave de tu situación única, señorita Black, es que tienes la capacidad de amplificar los poderes de otros cuando estás en contacto físico con ellos.

Miro fijamente al profesor Blackthorn, tratando de procesar lo que acaba de decirme. —¿Puedo amplificar los poderes de otros? ¿Qué significa eso exactamente?

Asiente, con expresión seria. —Significa, señorita Black, que cuando tocas a alguien con habilidades sobrenaturales, sus poderes se vuelven más fuertes. Significativamente más fuertes.

—Pero nunca he notado nada parecido —protesto.

—Por supuesto que no —dice, agitando una mano con desdén—. Nunca has estado en contacto prolongado con otros seres sobrenaturales.

Vale, claro. Eso tiene sentido total. Me hundo más en mi silla, con la mente dando vueltas. —Entonces, ¿qué, soy una especie de batería sobrenatural?

El profesor Blackthorn se ríe. —Esa es una forma de verlo, supongo. Pero eres mucho más que eso. Los de tu clase son increíblemente raros y valiosos. Por eso debemos mantener tu verdadera naturaleza en secreto por ahora.

—¿Valiosos para quién? —pregunto, sintiendo un escalofrío por la espalda.

Su expresión se vuelve grave. —Para muchos, señorita Black. Hay quienes buscarían utilizar tus habilidades para su propio beneficio. Algunos incluso podrían intentar hacerte daño para evitar que otros te utilicen.

—Maldita sea —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Esconderme en mi habitación para siempre y no tocar a nadie?

—En absoluto —dice, negando con la cabeza—. Estás aquí para aprender, para entender y para controlar tus habilidades. Pero debemos ser cautelosos. Por ahora, mantendremos tu verdadera naturaleza confidencial. Asistirás a clases regulares como cualquier otro estudiante, pero también tendrás sesiones privadas conmigo para trabajar en el aprovechamiento de tus talentos únicos.

Asiento, tratando de asimilarlo todo. —De acuerdo, entonces, ¿finjo que soy una vampira, o qué?

—No hay necesidad de fingir, señorita Black. Eres una vampira en esencia. Necesitas mezclarte lo más posible mientras trabajamos en el desarrollo de tus habilidades en secreto.

—Bien —digo, sintiéndome abrumada—. Pero, ¿qué pasa con... la alimentación? ¿Necesito beber sangre?

—Puedes hacerlo —responde—. Mejorará tus habilidades y tu curación, pero no es estrictamente necesario para sobrevivir como lo es para los vampiros completos. Tenemos sangre sintética disponible si deseas probarla, o puedes limitarte a la comida humana si lo prefieres.

No hago una mueca ante la idea de beber sangre, pero sí arrugo la nariz ante la mención de la sintética. Seamos realistas por un segundo. He bebido mi propia sangre. ¿Quién no lo ha hecho cuando se ha cortado y se ha llevado el dedo a los labios... o, en mi caso, se ha cortado los brazos y luego los ha lamido? Lo que sea. Es lo mismo. Siempre he tenido una fascinación por la sangre que ahora tiene sentido para mí y no me hace sentir rara ni asquerosa. Solo asiento mientras pienso, ¿qué pasa con mis colmillos?

—Te estás preguntando si tienes colmillos, ¿verdad? —se ríe.

—Obviamente —replico—. ¿Los tengo? ¿Cómo los...? —Me pongo los dedos índices en la boca para imitar los colmillos.

Resopla y hace descender sus colmillos. —Así.

—¿Cómo? No me ha mostrado nada excepto tal vez cómo presumir.

—Enseña los dientes —dice—, y luego simplemente... —Parpadea, y sus colmillos vuelven a su lugar.

Miro fijamente al profesor Blackthorn, tratando de imitar lo que acaba de hacer. Enseño los dientes y me concentro, pero no pasa nada. Me siento un poco tonta, como si solo estuviera haciendo muecas raras.

—No lo fuerces —dice con suavidad—. Es un instinto, como parpadear. Intenta relajarte y deja que suceda naturalmente.

Asiento y decido olvidarme de los colmillos por ahora. Puedo practicar por mi cuenta en mi habitación frente al espejo como tarea. —Entonces, ¿qué sigue?

El profesor Blackthorn junta las manos. —Ahora, comenzamos tu entrenamiento. Pero

primero, vamos a familiarizarte con el campus y tu horario.

Agita la mano y un trozo de pergamino se materializa, flotando en el aire entre nosotros. Lo alcanzo y lo agarro, examinando el contenido. Es un horario de clases, lleno de asignaturas de las que nunca había oído hablar.

—¿Teoría de la Magia Elemental? ¿Ética Paranormal? ¿Estudios Avanzados de Linajes? —leo en voz alta, con las cejas arqueadas.

—Todos son cursos esenciales para alguien de tu origen único —explica Blackthorn—. También tendrás sesiones privadas conmigo tres veces por semana para empezar a trabajar en el control de tus habilidades de amplificación.

Asiento, sintiéndome aún abrumada. —Bien —murmuro, metiendo el horario en mi bolso—. Entonces, ¿a dónde vamos primero?

—Empecemos con un recorrido —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. Es mejor que te familiarices con la disposición lógica del campus. MistHallow tiene la costumbre de cambiar de vez en cuando. ¡Nos mantiene alerta!

Echándome la mochila al hombro con Orby rebotando a mi lado, salimos al pasillo, y la sensación de emoción y temor me golpea en el estómago como un puñetazo. Esta es mi nueva vida ahora: clases de magia, secretos que guardar y habilidades que no entiendo completamente. Es aterrador y emocionante a la vez.

El profesor Blackthorn me guía por pasillos serpenteantes que cambian y se transforman mientras caminamos. Los retratos en las paredes susurran y se mueven, sus ojos nos siguen al pasar. Salimos a un extenso patio, donde estudiantes de todas las formas y tamaños están deambulando.

—Este es el patio principal —explica Blackthorn—. La mayoría de tus clases serán en los edificios que lo rodean.

Intento no mirar fijamente mientras un grupo de lo que parecen ser hadas revolotea cerca, sus alas brillando bajo la luz del sol. Un chico con cuernos que le salen de la frente gruñe al pasar.

—Recuerde —dice Blackthorn en voz baja—, mézclese. Actúe como si todo esto fuera perfectamente normal para usted.

Asiento, tragando saliva con dificultad. —Claro. Totalmente normal. Solo otro día en la universidad de criaturas mágicas.

Me dedica una sonrisa irónica. —Se acostumbrará más rápido de lo que cree.

A medida que continuamos nuestro recorrido, comienzo a relajarme un poco. El campus es hermoso, y una sensación de paz me invade más rápido de lo que pensaba. Pasamos por la biblioteca, un edificio enorme al que Blackthorn me guía. —En el piso superior, encontrará la sección sobre vampiros —dice en voz baja—. Le sugiero que empiece allí y aprenda todo lo que pueda sobre ese lado suyo, ¿de acuerdo?

Asiento con entusiasmo. Estoy ansiosa por sumergirme en los textos antiguos.

—Sus clases comienzan el lunes por la noche. Tenemos un horario mixto de día y noche para acomodar a todas las criaturas que asisten aquí.

—Eh, he estado deambulando a plena luz del día —murmuro con los ojos muy abiertos—. Si se supone que soy una vampira, ¿no les parecerá sospechoso a los demás?

—No —dice, negando con la cabeza—. ¿Ve alguna luz solar directa allá afuera, señorita Black?

Miro hacia afuera. Está claro pero sombrío, con sombra proporcionada por los enormes árboles que rodean el campus. —Oh, así que solo la luz solar directa es dañina.

Asiente. —Para la mayoría. Algunos son demasiado débiles para soportar la luz del día en

general. Usted no es una de ellos.

—¿Qué le digo a la gente sobre mí? —susurro.

—Les dice que es la hija de Randall Black —afirma—. Eso es todo lo que necesitan saber.

Fácil para él decirlo. No es él quien va a ser interrogado. Pero está bien. Lo intentaré a su manera.

Por ahora.

ADELAIDE

EL PROFESOR Blackthorn me deja sola en la biblioteca y observo el lugar con ojos asombrados y una emoción que me estremece. Este sitio es magnífico en todos los sentidos de la palabra. El techo se eleva muy por encima, sostenido por columnas ornamentadas que parecen retorcerse y moverse cuando no las miro directamente. Hileras e hileras de estanterías se extienden hasta donde alcanza la vista, llenas de tomos de todos los tamaños y colores. Mientras estoy de pie en el vestíbulo de suelo de mármol y miro hacia arriba, veo siete pisos más sobre mí. Respiro hondo, inhalando el aroma de libros antiguos y magia ancestral. Es embriagador. Al darme cuenta de que sigo parada en medio del vestíbulo como una idiota, me recompongo y camino hacia las escaleras. El profesor Blackthorn dijo que la sección de vampiros estaba en el último piso y, como es habitual en MistHallow, no hay ni rastro de un ascensor. ¿El lado positivo? Supongo que cuando termine este año, podrás hacer rebotar una moneda de cincuenta peniques en mi trasero.

Mientras subo, me maravillo ante la gran variedad de criaturas que veo estudiando en las mesas o buscando en las estanterías.

Intento no quedarme mirando, recordando el consejo de Blackthorn de actuar como si todo esto fuera normal. Pero es difícil cuando todo es tan fantástico.

Finalmente, al llegar al último piso, hace más frío y está más oscuro que el resto de la biblioteca. Las cortinas están cerradas e iluminadas con velas, espero que mágicas, con todos estos libros alrededor. La madera oscura y la alfombra mullida de color rojo intenso desafían el aspecto clásico de mármol y madera clara de abajo. Escaneo las estanterías, pero realmente no sé qué estoy buscando. Decido empezar por la 'V' de vampiro, esperando que haya un tomo escondido aquí que me dé una descripción general de estas criaturas de la noche.

No tengo idea por dónde empezar. Dejo caer mi mochila sobre una mesa, y Orby vuelve a dormirse encima mientras examino los cientos y cientos de libros. Abrumada, resoplo y me doy la vuelta para intentar en una sección diferente cuando veo a un hombre mirándome fijamente desde el otro lado de la mesa. Ni siquiera lo había oído acercarse. Sonríe, pero no es una sonrisa amistosa. Es siniestra y hace que mi sangre se dispare de miedo, lo cual me doy cuenta que es un gran error cuando cierra los ojos y respira profundamente, su sonrisa haciéndose más amplia.

Aprovecho y me muevo rápidamente en un esfuerzo por desbloquearme de la esquina en la que estoy atrapada.

Sus ojos se abren de golpe. —Quédate quieta —murmura, sus ojos de un azul sorprendentemente brillante fijos en los míos de una manera intensa que confunde mi cerebro y me clava al suelo—. Mejor —Su voz es melodiosa y tranquila. Me envuelve y calma el pánico que había surgido ante su sigiloso acercamiento. Se acerca más hasta que está de pie frente a mí.

Es alto y se cierne sobre mí mientras me mira con esos ojos hipnóticos. Su cabello castaño oscuro cae sobre su frente, pero de una manera elegante, para nada descuidada. Lleva un traje azul medianoche y una corbata a juego, ligeramente aflojada sobre el cuello de una camisa blanca impecable. Mi mirada se dirige a su cuello, donde un pulso late suavemente.

Sonríe con suficiencia cuando ve dónde se posa mi mirada, mostrándome las puntas de sus colmillos. Así que, vampiro... confirmado. ¿Pero un pulso? Eso es nuevo para mí. Supongo que realmente necesito hacer esta investigación.

—¿Quién eres...?

—Shh —murmura, poniendo su dedo en sus labios.

Contra mi voluntad, cierro la boca, mis ojos se abren de par en par al darme cuenta de que parece tener control total sobre mis acciones. Mi corazón late salvajemente de nuevo cuando la comprensión de que estoy totalmente indefensa en este momento me invade, y mis palmas empiezan a sudar.

Baja la mano a su costado y se inclina más cerca, oliéndome como si fuera un sabroso bocadillo. Quién sabe, tal vez lo soy para él. —Bonita —murmura.

—¿Jugando con tu comida otra vez, Corvus? —murmura una voz grave.

Desvío la mirada, mis ojos aparentemente lo único que puedo mover ahora, hacia la puerta donde el hombre imposiblemente guapo del Rolls Royce está de pie, apoyado en el marco mientras sus ojos encuentran los míos y sostienen mi mirada. Soy incapaz de bajarla mientras me mira fijamente, y trago saliva, sintiendo verdadero miedo por primera vez en mi vida. Si pensaba que huir de Wesley era malo, esto es cien veces peor. Soy un blanco fácil.

El vampiro llamado Corvus se ríe y da un paso atrás mientras gira la cabeza. —Zephyr. ¿Qué haces tan arriba?

—Comprobando cómo está la chica nueva —ronronea, su mirada aún clavada en mis ojos—. Las noticias vuelan por aquí.

—Ya lo creo —murmura Corvus.

Zephyr se une a Corvus frente a mí y finalmente aparta su mirada de la mía, pero solo para bajarla a mi escote. Se lame los labios y extiende la mano para pasar el dorso de su frío dedo por mi cuello y dentro del cuello de mi camisa. Tira suavemente. —Piel como el alabastro —murmura—. Como una muñeca de porcelana... hermosa y frágil.

La repulsión ante su toque me golpea con fuerza. Odio que la gente me toque. Intento moverme, pero estoy inmovilizada por cualquier hechizo que Corvus haya puesto sobre mí.

—¿Os dais cuenta de que es la hija de Randall Black, verdad? —dice una tercera voz masculina, casi con diversión, mientras Zephyr retrocede un poco con una lenta sonrisa que me hace jadear un poco. Es jodidamente guapo, pero Corvus también lo es. Ambos son criaturas increíblemente fuertes, pero mientras sé que Corvus es un vampiro, no creo que Zephyr lo sea, lo que plantea la pregunta de quién y qué es.

Corvus sisea y me mira con furia como si yo hubiera ocultado esta información a propósito. —¿Es esto cierto?

—Sí —grazno.

—Hmm —Da un paso atrás y deshace cualquier hechizo que tuviera sobre mí, haciéndome exhalar de alivio.

Era como un tornillo alrededor de mi alma.

Cuando se aleja, veo al tercer hablante. Un chico realmente lindo con pelo blanco puro y ojos blancos, vestido con pantalones de combate negros y una camiseta negra, me sonríe y parece mucho más amigable que estas otras dos criaturas distantes y amenazantes frente a mí.

—Váyanse ya, chicos —dice—. No querrán ponerse del lado malo de Randall Black por meterse con su hija, ¿verdad?

Corvus y Zephyr intercambian una mirada y luego se alejan de mí con fluidez, como si estuvieran hechos de agua o del mismo aire que nos rodea. El alivio que siento me mareea.

—Mis disculpas, señorita Black —dice Corvus con suavidad, aunque sus ojos aún brillan con un interés depredador—. Solo estábamos dándole la bienvenida a MistHallow.

—Vaya bienvenida —murmuro, encontrando por fin mi voz.

Zephyr se ríe, un sonido grave que envía una descarga de puro deseo por mis venas. —Nos veremos por aquí, señorita Black —ronronea, antes de que tanto él como Corvus salgan de la biblioteca con paso indolente.

Exhalo un suspiro tembloroso, sintiendo las rodillas débiles. El chico de pelo blanco se me acerca. —¿Estás bien? —pregunta, con genuina preocupación en su voz.

Asiento, aún un poco temblorosa. —Sí, gracias.

—No les hagas caso a esos dos. Ladran más de lo que muerden. —Se ríe de su propio chiste.

—Bueno —resoplo—. Perdona si no te creo.

—Sí, probablemente sea mejor que no lo hagas. Corvus y Zephyr son peligrosos y ambiciosos, además de ser una buena dosis de problemas. Pero, ¿acaso no lo somos todos? —Su sonrisa se vuelve más malévola cuando dice eso.

—¿Y tú eres? —le espeto.

—Zaiah. A tu servicio, mi señora. —Hace una reverencia exagerada, y hay algo en toda esta interacción que me está poniendo los pelos de punta. Levanta la mirada con un guiño—. ¿No desearías ser más fuerte para que la próxima vez pudieras resistir la compulsión?

—Compulsión —murmuro. ¿Es eso lo que Corvus me estaba haciendo? Compelerme.

—Hmm. ¿No lo deseas?

Frunzo el ceño. —¿Que no deseo qué?

—¿Ser más fuerte? —Parpadea mirándome.

—¿Qué eres? —pregunto con sospecha.

Sonríe de nuevo, todo amistoso. —Vale, me has pillado. Soy un genio. Un tío tiene que intentarlo, ¿sabes?

—No, no lo sé. Y no vuelvas a hacer eso. No deseo nada, y nunca lo haré.

—Ya veremos —dice con una risa y chasquea los dedos, desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos.

—Joder —murmuro después de este encuentro que me ha dejado desconcertada pero con más necesidad de información que nunca. Me vuelvo hacia las estanterías, solo para descubrir que las pilas se han reordenado y ahora estoy aún más perdida que antes. Una cosa es segura. Necesito ponerme al día y con habilidades dignas de Flash antes de que Corvus o Zephyr vuelvan a por mí. La próxima vez, no creo que salga tan bien parada.

ZEPHYR

APOYADO CONTEMPLATIVAMENTE contra uno de los muchos árboles en este bosque, al sur del campus principal, entrecierro los ojos mirando el piso superior de la biblioteca, visible desde mi posición. Corvus está colgando precariamente sobre mi cabeza en forma de murciélago, pero mientras no me cague encima, me importa un bledo.

—La hija de Randall Black —murmuro, incapaz de sacarme eso de la cabeza.

—El secreto mejor guardado del mundo sobrenatural —dice Zaiah, apareciendo de repente a mi lado.

Le doy un vistazo perezoso, sin sobresaltarme por su repentina aparición como él esperaría. —Sin embargo, *tú* lo sabías y no nos lo dijiste. Djinn astuto.

—¿Cuándo aprenderás? Lo astuto es parte de mi esencia.

Corvus se deja caer de su percha y cambia en el aire para aterrizar a mis pies, completamente vestido, gracias a Dios. —No me digas, genio encerrado. ¿Tienes algo más que compartir? ¿Como qué demonios está haciendo aquí? ¿Cómo es que nadie sabía que existía hasta ahora? Y lo menos importante, ¿qué diablos es ella?

—Es una vampira —Zaiah se encoge de hombros.

—No —dice Corvus con una sonrisa colmilluda, lo que me hace poner los ojos en blanco—. No es una vampira.

—Totalmente una vampira —digo, apartándome del árbol, alisando mi chaqueta y sacudiéndome la suciedad imaginaria de la manga.

—¿Y cómo lo sabrías tú? Los Fae Oscuros no tienen ni idea cuando se trata de no-vampiros.

—¿A quién le importa, de todos modos? —replico, atrapado. Corvus tiene razón. Los Fae Oscuros son completamente inútiles para detectar otras criaturas. Pero no voy a admitírselo—. El punto es que es la hija de Randall Black. Eso la hace intocable y peligrosa.

Corvus resopla. —¿Desde cuándo lo intocable y peligroso nos ha detenido? ¿Papá te dio una lección durante el verano, Zeph?

—Que te jodan —refunfuño, aunque no está lejos de la verdad. Papá es un dolor de cabeza enorme. Rey de los Fae Oscuros, aunque ni de lejos cerca de retirarse o morir, es brutal en su disciplina, esperando ponerme en línea antes de que tenga que dirigir el Reino. Las posibilidades de que eso suceda son escasas o nulas. Desprecio las reglas y las romperé cada vez que pueda. Sin embargo, y hay un gran "pero" en esta conversación... ella es la hija de Randall Black y eso significa algo por aquí, lo admitamos o no.

—Ustedes dos se están perdiendo el punto —interrumpe Zaiah, sus ojos blancos brillando con picardía—. Piénsenlo. La hija de Randall Black, escondida todo este tiempo, aparece de repente en MistHallow. Hay más en esto de lo que parece.

Entrecierro los ojos, considerando sus palabras. Tiene razón, por supuesto. Nada sucede por casualidad en nuestro mundo, especialmente cuando involucra a alguien tan poderoso e influyente como Randall Black.

—¿Qué sabes? —exige Corvus, dando un paso amenazador hacia Zaiah, pero es todo colmillos, y Zaiah lo sabe.

Zaiah levanta las manos, todavía sonriendo. —¿Quién dijo que sabía algo? Pero no soy ciego ni estúpido, y diré esto: esa chica va a sacudir las cosas por aquí. Y personalmente, no puedo esperar a ver que suceda.

Gruño ante la mierda críptica de Zaiah. Típico de un djinn, siempre hablando en acertijos. Pero tiene razón en una cosa: la presencia de la señorita Black en MistHallow va a causar ondas. Grandes.

—¿Cómo se llama? —murmuro.

—Adelaide —responde Zaiah—. En el mundo humano, Adelaide Légère.

—¿Légère? Luz. Y sin embargo, su nombre aquí es Black. Interesante yuxtaposición.

Corvus resopla. —Ooh, ¿alguien fue obligado a asistir a la escuela de verano de los Fae Oscuros estas últimas semanas?

No me digno a responder. A pesar de mi actitud naturalmente rebelde, disfruto aprender.

—Entonces, ¿cuál es el plan aquí? —pregunta Corvus, interrumpiendo mis pensamientos, sus ojos brillando con interés depredador—. Ahora que la he oído, no me voy a alejar de eso.

—Qué asco —murmuro—. Pero no lo haremos. Ni de coña. La pequeña muñequita de luz se volverá completamente Black antes de que termine el primer trimestre.

—¿Percibes su aura? —pregunta Corvus, intrigado.

—Naturalmente —me burlo—. Es pura, no inocente, pero es ingenua, delicada. Está aterrorizada por algo allá fuera, pero más por nosotros. Está feliz de estar aquí, pero confundida y curiosa.

—¿Sacaste todo eso de unos pocos minutos con ella? —pregunta Corvus, ligeramente celoso.

Sonrío, mostrando mis dientes afilados. Puede que no tenga colmillos, pero mis caninos son perversamente afilados como cuchillas y sacarán sangre con la misma facilidad. —Lo hice. La sangre es lo tuyo, las emociones son lo mío. Será fácil de manipular por un tiempo.

—No estés tan seguro —se burla Zaiah—. Se dio cuenta muy rápido de que estaba tratando de hacer que pidiera un deseo. Fue... —Respira fuerte por la nariz—. Irritante.

Levanto una ceja ante la admisión de Zaiah. Es raro que un djinn sea frustrado, especialmente él. Esta Adelaide está resultando más interesante por minutos.

—Vaya, vaya —digo arrastrando las palabras—. Parece que la pequeña muñequita de luz tiene algo de fuego, después de todo.

Corvus se ríe oscuramente. —Razón de más para acercarnos. Me encanta un desafío. Y si estamos tratando con fuego, ya sabes a quién necesitamos.

Me río entre dientes. —Ignatius estará aquí mañana. Tenía... cosas que atender.

—¿La erupción volcánica en Feeore? —pregunta Zaiah con una sonrisa conocedora.

—¿Quién soy yo para decirlo? Pero volviendo a la señorita Black. Hay algo embriagador en la idea de corromper a alguien tan puro.

—Oh, no tienes idea de cuánto estoy deseando que llegue ese momento —murmura Corvus.

Mi mente vuelve al verano que pasé en el Reino de las Hadas Oscuras. Las interminables lecciones sobre diplomacia y gobernanza, las monótonas ceremonias rituales, la constante presión por ser el príncipe perfecto... era asfixiante. Pero también perfeccionó mis habilidades y agudizó mis poderes de maneras que no esperaba. He subido de nivel, y ese es un secreto que

pretendo mantener el mayor tiempo posible.

Flexiono mis dedos, sintiendo las sombras danzar entre ellos. La oscuridad me responde ahora más que nunca, una entidad viva y respirante bajo mi mando. Puedo manipular emociones con más finura y tejer ilusiones tan reales que pueden engañar incluso al ojo más perspicaz. La magia de la naturaleza... bueno, digamos que el bosque alrededor de MistHallow nunca se ha sentido tan vivo para mí. Las palabras de mi padre resuenan en mi cabeza, un mantra grabado en mí durante los últimos veintiún años: —*Somos necesarios, Zephyr. Traemos equilibrio a la luz; le recordamos al mundo sus sombras. Sin nosotros, no hay contraste, no hay profundidad en la existencia.*

—Estás tramando algo —observa Zaiiah, sacándome de mis pensamientos incesantemente divagantes—. Casi puedo ver los engranajes girando en esa mente retorcida tuya.

Sonrío, sin molestarme en negarlo. —Siempre, mi amigo. Siempre.

Corvus se inclina, su interés picado. —¿Te importaría compartirlo con la clase?

Lo considero por un momento. Estos dos, junto con Ignatius, son mis aliados más cercanos en MistHallow, por mucho que me cueste admitirlo. Hemos causado nuestra buena dosis de caos juntos, empujado límites que deberían haber permanecido intactos. Pero esto... esto se siente diferente. Más grande.

—Aún no —decido—. Veamos primero cómo se adapta nuestra Pequeña Muñeca de Luz. Obtengamos una mejor lectura de ella.

—Bien —refunfuña—. Pero no creas que puedes mantenerme al margen por mucho tiempo. Quiero un pedazo de la acción.

Asiento, reconociendo su reclamo. —Tendrás tu oportunidad. Todos la tendremos. Compartir es cuidar, después de todo.

Zaiiah junta las manos, sus ojos blancos brillando de emoción. —Bueno, caballeros, esto promete ser un año interesante. Yo, por mi parte, no puedo esperar a ver cómo se desarrolla todo.

Con eso, parpadea fuera de la existencia, dejando atrás nada más que un tenue aroma a sándalo y magia.

Corvus se queda un momento más, sus ojos escrutando los míos. —Cuídate, Zeph —advierte—. Randall Black no es alguien con quien se deba jugar.

Le doy una sonrisa feroz. —Yo tampoco lo soy, Corvus. Yo tampoco.

Asiente, con un atisbo de respeto en su mirada, antes de transformarse en su forma de murciélago nuevamente y emprender el vuelo. ¿Envidia esta habilidad? A veces. Los Fae, a diferencia de las hadas, no tienen alas, lo cual está bien la mayoría de los días, pero hoy estoy agitado. Adelaide Black ha clavado sus garras en mi alma y tiene un agarre que no la soltará.

Solo por fin, dejo escapar un largo suspiro, sintiendo el peso de la expectativa asentarse sobre mis hombros. Como príncipe heredero de los Fae Oscuros, estoy acostumbrado a la presión. Pero esto se siente diferente. Hay una carga en el aire, una sensación de cambio inminente que hace que mi piel se erice de anticipación.

Cierro los ojos, extendiendo mis sentidos. El bosque a mi alrededor pulsa con vida, cada árbol y brizna de hierba cantando su propia canción única. Puedo sentir las emociones de las criaturas que llaman hogar a este lugar: la satisfacción de un conejo en su madriguera, el hambre de un búho en plena cacería y la nerviosa emoción de los nuevos estudiantes que llegan al campus.

Y allí, justo al borde de mi percepción, algo nuevo: una presencia que se siente a la vez familiar y completamente extraña... Adelaide. Incluso desde esta distancia, puedo sentir el torbellino de sus emociones: miedo, emoción, curiosidad, todo arremolinándose en una mezcla

embriagadora.

Abro los ojos, una lenta sonrisa extendiéndose por mi rostro. Oh sí, esto va a ser divertido.

Con un pensamiento, me fundo con las sombras, permitiendo que la oscuridad del denso bosque me envuelva. Es un abrazo reconfortante, fresco y familiar. Me muevo a través de los árboles sin ser visto, dirigiéndome de vuelta hacia el campus principal.

Mientras viajo, mi mente contrasta MistHallow con mi hogar en el Reino de los Fae Oscuros. Los interminables corredores del palacio de obsidiana, los susurros y complots de la corte, el peso del mundo sobre mis hombros. Es un mundo tan diferente de MistHallow, pero en muchos aspectos, el mismo. Las reglas, la disciplina, el enfoque. Es un desgaste emocional cuando todo lo que quiero hacer es causar estragos y olvidarme de lo que soy y simplemente ser quien soy.

Es una libertad que aprecio, aunque sé que es temporal.

Emerjo de las sombras cerca de la biblioteca, mis ojos inmediatamente atraídos hacia la ventana en el piso superior nuevamente.

Por un momento, me siento tentado a usar mis poderes para observarla de cerca sin su conocimiento. Una simple ilusión podría hacerme invisible, permitiéndome sentarme a su lado sin que ella lo supiera. Pero algo me detiene. Tal vez sea la influencia persistente de las lecciones de mi padre sobre el honor y la moderación. O tal vez sea solo la emoción de lo desconocido, la anticipación de desentrañar sus misterios lentamente, pieza por tentadora pieza.

En su lugar, me doy la vuelta, dirigiéndome hacia mi habitación en el Ala Este. Mientras camino, puedo sentir los ojos de otros estudiantes sobre mí. Algunos llenos de miedo, otros de admiración, y otros más de odio mal disimulado. Los ignoro a todos, acostumbrado a la atención que trae mi estatus.

Las clases comenzarán la próxima semana, y los juegos estarán en pleno apogeo. Tengo la intención de estar en el centro de todo, tirando de los hilos, tejiendo tramas y viendo hasta dónde puedo empujar antes de que algo —o alguien— empuje de vuelta.

Al llegar a mi habitación, me detengo, con la mano en el pomo dorado de la puerta. Pobre pequeña Adelaide, arrojada a este mundo de política sobrenatural y antiguos rencores bajo el disfraz de una amistosa institución educativa. Va a necesitar aliados, amigos en los que pueda confiar en esta guarida de monstruos.

Con ese pensamiento, entro en mi habitación, ya planeando mi primer movimiento en este delicioso nuevo juego. —Cuidado, Pequeña Muñeca. Tu luz está a punto de encontrarse con las sombras más oscuras que MistHallow tiene para ofrecer.

ADELAIDE

SACUDIÉNDOME LA INQUIETUD persistente de mi encuentro con los tres misteriosos hombres de otro mundo, vuelvo mi atención a la tarea en cuestión. La biblioteca parece percibir mi desesperación por saber sobre vampiros y cómo contrarrestar esa espeluznante habilidad de hacerme hacer lo que quieran con solo una palabra, ya que de repente, un libro llama mi atención. Su lomo brilla tenuemente, como si me llamara. Extiendo la mano y lo saco del estante, sorprendida por su peso.

—Vampiros: Una guía completa de los hijos de la noche —leo en voz alta, trazando con mis dedos el título en relieve. Bueno, eso es ciertamente directo.

Me acomodo en un sillón mullido escondido en un rincón, lejos de miradas indiscretas, no es que haya alguien aquí arriba para empezar. Al abrir el libro, las páginas parecen brillar, y me llega una ráfaga de algo metálico. ¿Sangre? Reprimo el impulso de lamer las páginas y sigo adelante.

El libro me atrapa rápidamente. Es fascinante, profundizando en la mitología y biología vampírica. Aprendo sobre su fuerza y velocidad mejoradas, su capacidad de curación rápida y sus sentidos agudizados. Explica la habilidad de compulsión que Corvus usó conmigo, un poder que permite a los vampiros controlar las mentes de seres más débiles. Me estremezco, recordando lo indefensa que me sentí.

—Débil —murmuro, mis dedos rozando estas palabras. Eso es lo que soy: débil. No quiero ser débil. No quiero que estas criaturas vengan por mí porque creen que pueden salirse con la suya haciéndome lo que quieran. Ya pasé por eso en la escuela primaria. Acosada hasta mi primer episodio de autolesión, juré nunca volver a estar en esa posición. Sería más fuerte o, en su defecto, simplemente no me importaría.

Domino la apatía. La mayoría de las cosas no me interesan, pero en los últimos dos días he tenido más emociones corriendo por mí de las que realmente sé manejar. No estoy equipada para lidiar con esto, así que necesito encontrar una manera, rápido, de hacerme más fuerte.

Sigo leyendo, absorbiendo información sobre las debilidades de los vampiros, siendo la luz solar directa la peor y más limitante, su necesidad de sangre y su lugar en la jerarquía sobrenatural, que está jodidamente alto en la cadena alimenticia. Supongo que eso juega a mi favor, al menos en parte. Aprendo sobre los vampiros nacidos de dos vampiros que son fuertes, mientras que los vampiros convertidos son mucho más débiles y están sujetos a más limitaciones y restricciones. Supongo que mi controlador, Corvus, es un vampiro de nacimiento. No hay nada promedio o débil en él.

Leyendo sobre sangre y hábitos de alimentación, empiezo a sentir hambre. Los sándwiches de mamá se acabaron hace mucho, así que voy a tener que levantarme y encontrar el comedor,

preguntándome si puedo esconder algunos extras para picar en mi habitación más tarde, o mejor aún, suficiente comida para no tener que bajar en absoluto hasta mañana. Estoy extremadamente cautelosa después de haber sido sometida a la compulsión y no quiero darles a estos tipos una segunda oportunidad conmigo.

Al menos, no todavía.

A regañadientes, cierro el libro y me pongo de pie, estirando los nudos de mi espalda.

Recuerdo mi mapa mágico que me guía por el campus, así que molestando a Orby, hurgo en mi mochila hasta encontrar el trozo de pergamino doblado.

Al desdoblarlo, cobra vida, la tinta se extiende por su superficie formando un intrincado mapa de MistHallow. Es hermoso y ligeramente mareante, con edificios que parecen moverse y cambiar mientras los observo.

—Bien —murmuro—. ¿Cómo uso esta cosa? —Como si respondiera, un punto brillante aparece en el mapa, pulsando suavemente. Ese debo ser yo.

—De acuerdo, mapa mágico —digo, sintiéndome solo un poco ridícula hablando con un trozo de papel—. ¿Dónde está el comedor?

Un camino se ilumina en el mapa, llevándome desde mi ubicación en la biblioteca a través de pasillos sinuosos y cruzando un patio hasta un gran edificio.

Me cuelgo la mochila al hombro y me pongo en marcha, siguiendo el camino brillante, con Orby a mi lado. Los pasillos de MistHallow están tranquilos, lo cual me viene bien.

Al cruzar el patio, el aire sombrío de media mañana me refresca después de haber estado encerrada en la biblioteca.

Llego al comedor, empujando las pesadas puertas de madera. Dentro, el salón es vasto, con largas mesas que se extienden a lo largo de la habitación. Hay cientos de estudiantes amontonados dentro, lo que me hace darme cuenta de que es más tarde de lo que pensaba. Es la hora del almuerzo, y no podría haber elegido un peor momento para venir a buscar comida.

Al fondo, veo el área de servicio. Al acercarme, me asombro al ver que la comida aparece fresca y caliente ante mis ojos.

Todo huele divinamente, pero mis ojos se fijan en los grandes vasos para llevar de sangre con pajitas sobresaliendo. Esa debe ser la sangre sintética que mencionó el profesor Blackthorn. Alcanzo uno tentativamente y luego me encojo de hombros.

—Qué demonios, Addy. Bien podrías probarlo. —Además, me da toda esa vibra de ella-es-un-vampiro que estoy tratando de transmitir.

Encontrando un lugar vacío en una de las mesas largas, me siento y coloco mis labios sobre la parte superior de la pajita y succiono. El sabor cobrizo golpea mi lengua, y ahogo un gemido de pura satisfacción.

Una sombra cae sobre mí, haciendo que mi corazón dé un vuelco, y levanto la mirada para ver a una chica de más o menos mi edad con cabello morado vibrante y ojos que parecen cambiar de color mientras los observo.

—Hola —dice ella, con voz amistosa—. Eres Adelaide Black, ¿verdad? Soy Lyra.

Asiento, aliviada de que no sea Corvus, Zephyr o Zaiiah. —Sí, soy yo. Encantada de conocerte.

Lyra se sienta frente a mí, su sonrisa amplia y genuina. —¿Te estás adaptando bien? Estaré encantada de mostrarte los alrededores y ayudarte a acostumbrarte al viejo lugar si quieres.

Su entusiasmo es un poco abrumador después del día que he tenido, pero es agradable encontrar a alguien que no parece querer comerme, controlarme o engañarme para que pida deseos.

—Creo que lo tengo controlado —murmuro mientras Orby da vueltas en círculos sobre la mesa frente a mí. Los ojos de Lyra se dirigen hacia él y levanta una ceja—. ¿Tienes un orbe?

—Sí. Es bastante útil.

—Ya me lo imagino —murmura, y su actitud amistosa disminuye un poco.

Vale, nota mental. No se entregan orbes a todo el mundo. Ni siquiera me había dado cuenta.

De repente, Lyra se pone tensa, con la mirada fija en algo detrás de mí. —Oh, oh —murmura—. Problemas a las seis en punto.

Me giro para ver qué está mirando y se me cae el alma a los pies. Corvus y Zephyr acaban de entrar en el comedor, sus ojos recorriendo la sala hasta que se posan en mí. Sonrisas lentas y depredadoras se extienden por sus rostros.

—¿Amigos tuyos? —pregunta Lyra en voz baja.

Niego con la cabeza. —No exactamente. Tuvimos un pequeño encontronazo antes en la biblioteca.

La expresión de Lyra se vuelve seria. —Ten cuidado con esos dos, Adelaide. Son malas noticias.

—Sí, esa impresión me dio —murmuro.

—No dejes que Zaiah te engañe haciéndote creer que es el poli bueno. Es peligroso.

—Lo sé.

Ella sigue hablando como si ni siquiera hubiera hablado.

—Y el elemental de fuego realmente guapo que anda con ellos es amable, pero también ten cuidado con él.

Frunzo el ceño. Me parece que se está pasando al intentar advertirme sobre estos tipos con los que no tengo intención de volver a hablar si puedo evitarlo. ¿Tiene un motivo oculto o solo está tratando de ayudar?

Cuando baja la mirada al orbe y se queda seria por un segundo antes de ajustar sus facciones, me doy cuenta de que no se puede confiar en esta mujer. Fuerzo una sonrisa y asiento a Lyra, pero ahora estoy en guardia. —Gracias por el aviso —digo, manteniendo un tono neutral—. Lo tendré en cuenta.

Mientras Corvus y Zephyr se acercan, siento una oleada de pánico. No estoy lista para enfrentarme a ellos de nuevo, no después de lo que pasó en la biblioteca. Necesito más tiempo para procesarlo, para averiguar cómo protegerme.

—Debería irme —digo abruptamente, levantándome y agarrando mi mochila mientras Orby se eleva en el aire—. Ha sido un placer conocerte, Lyra.

Parece molesta porque la he dejado plantada. —Claro, como sea. Nos vemos por ahí.

Me doy la vuelta para irme, pero Corvus y Zephyr ya están ahí, bloqueando mi camino. Los ojos morados y plateados de Zephyr bailan con diversión, mientras que la mirada de Corvus es intensa, casi hambrienta.

—¿Te vas a algún lado, Adelaide? —pregunta Zephyr, con voz suave como la seda.

Intento pasar entre ellos, pero la mano de Corvus sale disparada, agarrando mi brazo sin apretar. Su tacto me provoca una sacudida, miedo y algo más que no quiero nombrar, pero empieza por "l" y termina en "ujuria".

—Suéltame —gruño, apartando el brazo de un tirón. Para mi sorpresa, me suelta inmediatamente.

—Solo queremos hablar —dice Corvus, sus ojos azules taladrando los míos—. Sin compulsión, lo prometo.

Me burlo. —Claro, porque debería confiar totalmente en la palabra de un vampiro que ya me

ha jodido la mente una vez hoy.

Zephyr se ríe, el sonido me provoca escalofríos por la espalda. —Bueno, ahí te ha pillado.

—Mm, joder la mente —murmura Corvus, y me sonrojo por primera vez en mucho tiempo. Es mortificante.

Miro alrededor, buscando una ruta de escape, pero el comedor de repente parece imposiblemente lleno. Lyra ha desaparecido, dejándome sola con estos dos depredadores.

—Mirad —digo, tratando de mantener la voz firme—, no sé cuál es vuestro juego, pero no estoy interesada. Simplemente dejadme en paz.

—No hay ningún juego, Adelaide —dice Zephyr, su expresión volviéndose seria—. Estamos aquí para hacer las paces.

—¿Hacer las paces? ¿Por coaccionarme y tocarme contra mi voluntad? —siseo.

Los ojos de Zephyr se entrecierran y da un paso atrás, marginalmente, pero me da espacio de todos modos. Sus ojos exploran los míos y asiente imperceptiblemente, como si lo entendiera. —Nos disculpamos, señorita Black.

Agarra a Corvus por el brazo y lo arrastra lejos, mientras este protesta ruidosamente.

Exhalo aliviada, pero ahora estoy más confundida que nunca. Agarrando mi bebida de sangre, salgo apresuradamente del comedor tan rápido como puedo sin derramar el líquido carmesí sobre mi camisa blanca. Me olvido por completo de almacenar comida para el próximo día o dos. Solo quiero volver a mi habitación, donde estoy a salvo y nadie puede tocarme.

CORVUS

OBSERVO a Adelaide salir apresuradamente del comedor, su largo cabello negro ondeando tras ella mientras huye de nosotros. Una parte de mí quiere perseguirla, acorralarla y, bueno, no estoy del todo seguro de qué haría después. Esta chica me tiene hecho un lío. Pero no puedo ir a ninguna parte. El firme agarre de Zephyr en mi brazo me mantiene en mi lugar. Es más fuerte que yo. Ligeramente, pero lo es. Me frustra, y es algo que nunca le diré; su ego ya es lo suficientemente grande. Así que le lanzo una mirada de superioridad y me sacudo para liberarme. Me suelta con los labios fruncidos.

—¿Qué demonios, Zeph? La teníamos justo donde queríamos.

Los ojos de Zephyr se encuentran con los míos, con una seriedad que raramente veo en ellos.

—No, no la teníamos. La asustamos, Corvus. Y no de la manera divertida a la que solemos apuntar. No me sienta bien.

Resoplo.

—¿Desde cuándo te importa asustar a la gente? ¿No es ese nuestro rollo?

—Es diferente con ella. Hay algo... No puedo explicarlo bien. Está ahí, pero es como intentar atrapar agua con las manos.

—¿Qué? —espeto, empezando a cabrearme con sus tonterías.

Zephyr suspira, luciendo exasperado.

—Tiene aversión al contacto físico, imbécil. Y no solo en el sentido de "oh, no me gusta que los extraños me toquen". Es más profundo que eso. Cuando la toqué antes, no lo sentí. Capté algo que interpreté como miedo por toda la situación, pero no, es más que eso. Sus palabras y sus emociones acaban de confirmarlo.

Frunzo el ceño, recordando la reacción de Adelaide: el miedo en sus ojos, la forma en que apartó su brazo de mí como si mi toque la quemara.

—Tu empatía le quita la diversión a todo —murmuro, pero ha logrado intrigarme—. No me gusta jugar limpio, especialmente cuando la muñequita es perfectamente maleable.

Sonríe, con algo de su picardía habitual volviendo a sus ojos.

—Oh, créeme, sé exactamente cómo te sientes. Pero este es un caso en el que debemos pisar con más cuidado.

—Ser más astutos, quieres decir —me río entre dientes.

—Algo así.

Con eso, se da la vuelta y sale del comedor con aire despreocupado, dejándome para reflexionar sobre sus palabras. Sacudo la cabeza, aún no del todo convencido, pero dispuesto a seguirle el juego. Por ahora.

Agarro una taza de sangre sintética y frunzo el ceño. Nunca he probado esta cosa, pero

Adelaide tenía una, y quiero saber qué es lo que ella saborea cuando la bebe. Doy un sorbo y casi me atraganto.

—Puaj —murmuro, pero tengo hambre y la necesidad obliga y todo eso.

Salgo del comedor y me dirijo de vuelta a mi habitación en el Ala Este, donde se alojan la mayoría de los estudiantes de cuarto año, al menos los más peligrosos. Llego a mi habitación, una suite espaciosa que corresponde a mi estatus como uno de los vampiros más fuertes, una de las criaturas más fuertes del campus. La decoración es de madera oscura y rojos profundos, todo muy cliché, pero ya hemos tenido esta conversación antes. Me dejo caer en el sofá mullido, subiendo los pies a la mesa de café.

Estatus. La noble casa de Sanguine es una de las líneas de sangre vampírica más antiguas y respetadas. Normalmente, me deleito en la oscuridad de mi mundo. La fuerza, la velocidad, la habilidad de doblegar a otros a mi voluntad con solo unas pocas palabras, pero el lado político, las interminables poses y puñaladas por la espalda que vienen con ser parte de la alta sociedad vampírica, es algo de lo que podría prescindir.

Esa es parte de la razón por la que estoy aquí en MistHallow. Oficialmente, estoy aquí para continuar mi educación y prepararme para mi futuro papel en la sociedad vampírica. Extraoficialmente, estoy aquí porque es lo más lejos que pude llegar de mis padres dominantes sin abandonar realmente el país.

Cierro los ojos, dejando que mis sentidos se expandan. Puedo oír los latidos de las criaturas en las habitaciones cercanas y oler el aroma persistente de la sangre. Pero debajo de todo eso, ese extraño y embriagador aroma que se aferra a Adelaide. No del todo vampiro, sino algo más.

Me levanto, repentinamente inquieto. Tal vez un vuelo me aclararía la mente. Es la habilidad vampírica que más me emociona: el poder de transformarme en murciélago a voluntad. Hay una libertad en ello que no puedo encontrar en ningún otro lugar.

Camino hacia la gran ventana que ocupa la mayor parte de una pared y la abro. El aire fresco entra, trayendo consigo los aromas del bosque más allá del campus. Sin dudarlo, salgo al borde y me dejo caer hacia adelante.

La transformación es instantánea. En un momento estoy cayendo en picado hacia el suelo, al siguiente estoy volando por el aire con alas de cuero. El mundo se ve diferente así: más nítido, más definido. Puedo ver cada hoja de cada árbol y escuchar el correteo de pequeños animales en la maleza.

Perdiéndome en la simple alegría del movimiento, me elevo más alto, más allá del dosel de los árboles. Como sangre pura, no me afecta tanto la luz del sol como a los vampiros convertidos, pero aun así prefiero la noche. Es cuando me siento más vivo.

Esquivando y zigzagueando, serpenteando por el aire, me aburro antes de lo esperado. Adelaide Black y su misteriosa naturaleza me molestan de formas a las que no estoy acostumbrado. Volando de vuelta a la ventana, entro revoloteando y vuelvo a mi forma humana. La paciencia nunca ha sido mi fuerte, y el plan de Zephyr de jugar a largo plazo no va a funcionar para mí. Necesito acción y necesito respuestas.

Me acerco a mi escritorio y saco un diario encuadernado en cuero. Es donde llevo un registro de todos los detalles interesantes que he aprendido sobre mis compañeros estudiantes: sus fortalezas, sus debilidades, sus secretos. La información es poder, después de todo.

Paso a una página en blanco y escribo "Adelaide Black" en la parte superior. Debajo, anoto lo que sé hasta ahora:

- Vampiro... de algún tipo.

- Hija de Randall Black
- Aversión al contacto físico
- Fácil de compeler
- Huele increíblemente bien

No es mucho para empezar, pero es un comienzo. Golpeo el bolígrafo contra el papel, pensando. Hay tanto más que quiero saber. ¿Cuáles son sus habilidades? ¿Qué tan fuerte es? Y lo más intrigante, ¿por qué ha estado escondida todo este tiempo?

Un golpe en mi puerta interrumpe mis reflexiones. Cierro el diario y lo deslizo de vuelta a su escondite.

Al cruzar para abrir la puerta, veo un rostro familiar. Ignatius, el elemental de fuego que suele andar con Zephyr, Zaiah y yo, está ahí, con esa sonrisa maliciosa en su cara. —¿Me extrañaste, idiota? —dice, sus ojos ámbar brillando ligeramente en la penumbra de mi habitación mientras pasa una mano por su cabello escarlata.

—Como a un agujero en la cabeza, Ig —respondo con sarcasmo, haciéndome a un lado para dejarlo entrar.

Ignatius entra en mi habitación con paso despreocupado, su presencia inmediatamente calienta el espacio. Literalmente. La temperatura sube unos grados mientras se deja caer en mi sofá, apoyando los pies en la mesa de café como yo lo había hecho antes. Me mantengo a distancia. Su piel no puede quemarme hasta las cenizas, pero escuece, y aunque me encanta el dolor tanto como al siguiente vampiro, el dolor por fuego es arriesgarse demasiado.

—Así que —dice, mirándome con complicidad—, se rumorea que tú y Zeph tuvieron un pequeño encuentro con la chica nueva. Adelaide Black, ¿verdad?

Entrecierro los ojos. —Las noticias vuelan.

Se encoge de hombros, con un brillo travieso en los ojos. —¿Qué puedo decir? Tengo el oído pegado al suelo. O, en este caso, a los susurros en el fuego. —Chasquea los dedos y una pequeña llama baila en su palma, que miro con cautela—. Vamos, suéltalo. ¿Cómo es ella?

Dudo, sin saber cuánto revelar. Ignatius es un amigo, pero también es impredecible. Como el fuego mismo, puede ser cálido y reconfortante un momento y destructivo al siguiente.

—Es interesante —digo finalmente.

Ignatius se inclina hacia adelante, intrigado. —¿Interesante? —resopla—. Esa es una forma de decirlo. La hija vampiro de Black tiene que ser más que solo interesante. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Mirando el fuego en la mano de Ignatius, hago una pausa, sin estar seguro de qué decir. Pero de repente me golpea con toda la fuerza de una revelación que ha estado frente a mi cara todo este tiempo. Sé exactamente lo que ella es. Sonriendo lentamente, con secretismo, le dirijo a Ig una mirada inexpresiva. —Nada, amigo. Es un enigma.

Pero uno que acabo de descifrar.

ZAIAH

MIENTRAS LA NIEBLA se espesa alrededor de la Universidad MistHallow, floto invisible, etéreo e intrigado fuera de la ventana de la Torre Norte de Adelaide Black. Podría verme si se inclinara a concentrarse y separar la niebla de mi forma, pero dudo que lo haga. Esta chica es un enigma que despierta mi curiosidad. La he estado observando desde que llegó a MistHallow, intrigado por las olas de cambio que ya está provocando en este estanque estancado de política sobrenatural.

Como djinn, estoy acostumbrado a observar desde los márgenes. No debemos interferir directamente, solo conceder deseos y dejar que el caos se desate. Pero hay algo en Adelaide que me hace querer romper todas las reglas. Tal vez sea la forma en que resistió mi intento de engañarla para que pidiera un deseo antes. No muchos pueden hacer eso, especialmente alguien que siento que no es tan fuerte como podría ser todavía. Randall Black la ha mantenido en secreto todo este tiempo, pero me pregunto si su verdadera naturaleza fue suprimida de alguna manera. Eso significaría que no es completamente vampiro. Hay algo más mezclado. ¿Humana? ¿Bruja? ¿Cambiaformas? Algo.

La observo mientras camina por su habitación, su orbe mascota agitada por su estado de ánimo. Miro con recelo al orbe mientras se acerca zumbando a la ventana y se queda suspendido, casi como si me viera. Para ser justos, probablemente lo hace. Esas cosas están por encima de mi nivel de pago, hablando mágicamente, y solo se les dan a los estudiantes VIP más "I". Claramente, Adelaide Black es una de esos. No es que esperara menos de la hija de uno de los miembros fundadores de la Universidad MistHallow. Ella es tan "I" como se puede ser.

Con un pensamiento, sintonizo mis sentidos con su longitud de onda, dejando que me inunde. Es una oleada embriagadora, como sumergirse en un mar turbulento. Su energía es tan cruda, tan intensa. Es refrescante después de años de lidiar con las emociones apagadas de seres sobrenaturales longevos.

Adelaide deja de caminar y toma su bebida de sangre, dando un pequeño sorbo y pareciendo saborear su gusto. —Estúpidos y arrogantes idiotas sobrenaturales —murmura—. ¿Quiénes se creen que son?

Me río en silencio. Si ella supiera la mitad. Corvus y Zephyr se creen la gran cosa, pero tienen el poder y el trasfondo necesarios para respaldarlo.

Suspira y saca un libro de su mochila. Mientras Adelaide se acomoda para leer, absorbo su esencia, atrayéndola hacia cada célula de mi forma disipada. A los veintiún años, apenas soy más que un bebé en términos de djinn. La mayoría de los de mi especie son seres antiguos con siglos o incluso milenios de experiencia. ¿Pero yo? Soy una anomalía, un djinn nacido en la era moderna. El único. Eso me hace también la gran cosa.

Mis padres, ambos djinn poderosos por derecho propio, se sorprendieron cuando llegué a la

existencia. La reproducción de los djinn es rara, ocurriendo solo una vez cada pocos siglos. Tener un hijo en esta era de tecnología y escepticismo era inaudito.

Desde el momento en que nací, fui diferente. Mientras otros djinn se aferraban a tradiciones antiguas y reglas rígidas sobre la concesión de deseos, yo abracé el caos del mundo moderno. ¿Por qué limitarse a lámparas y anillos cuando podías esconderte en teléfonos inteligentes o anidar en la nube?

Flexiono mis músculos mágicos, sintiendo la familiar oleada de poder. Como djinn, puedo manipular la realidad misma, doblando el tejido de la existencia a mi voluntad. Pero es más que solo conceder deseos. Se trata de entender la intrincada red de causa y efecto, ver las ondas que cada acción crea en el estanque de la realidad.

Con un pensamiento, creo una pequeña dimensión de bolsillo dentro de la habitación de Adelaide y me muevo hacia ella. Para ella, nada ha cambiado. Pero en este espacio oculto, puedo moverme libremente, experimentando con mis poderes sin temor a ser detectado.

Conjuro un vórtice arremolinado de arena, cada grano un futuro potencial, un posible resultado. Así es como veo el mundo: no como una realidad fija, sino como un paisaje siempre cambiante de posibilidades. Es lo que hace que conceder deseos sea tan complicado, y tan divertido.

Vuelvo mi atención a Adelaide. Todavía está leyendo, ajena a mi presencia o a la dimensión en miniatura que he creado en su habitación. Me pregunto qué desearía si se le diera la oportunidad. ¿Poder? ¿Conocimiento? ¿Amor?

Es tentador revelarme, ofrecerle tres deseos como en las viejas historias. Pero así no es como funciona, no realmente. Los deseos son cosas complicadas, nacidas de los deseos más profundos del corazón. Pero necesitan ser expresados en voz alta y concedidos por un ser místico. Se están haciendo y cumpliendo constantemente, moldeando el mundo de maneras sutiles.

Mi trabajo es empujar esos deseos. Encontrar los deseos ocultos y sacarlos a la luz, a menudo con consecuencias inesperadas. Es un juego de estrategia y caos, y amo cada minuto de él. Esa es la belleza de ser un djinn. No se trata de poder cósmico o magia que altera el mundo. Se trata de los pequeños cambios, el efecto mariposa que puede convertir un pequeño deseo en un huracán de consecuencias.

Me convierte en algo así como un paria en nuestra comunidad, lo cual está bien. Es por eso que estoy aquí en MistHallow en primer lugar. La institución que acoge a inadaptados, a los despistados y a los rebeldes. Bastante revoltijo de criaturas termina aquí, pero eso es lo que lo hace aún más interesante. No sabes con quién te vas a encontrar.

Mientras me concentro intensamente en nuestra chica, noto que se ha quedado dormida, el libro deslizándose de su agarre. Estoy tentado de usar mi magia para arroparla, para suavizar el ceño de concentración de su frente. Pero eso sería cruzar una línea que no estoy listo para atravesar todavía. En su lugar, simplemente observo mientras duerme inquieta, sus sueños sin duda llenos de colmillos y magia y el extraño nuevo mundo en el que se ha encontrado.

Floto más cerca, estudiando su rostro. Hay poder oculto bajo la superficie. Poder que podría rivalizar incluso con los seres sobrenaturales más antiguos si se aprovechara adecuadamente. Es embriagador estar cerca, como estar al borde de una tormenta.

De repente, el impulso de unirnos me está aguijoneando. Es arriesgado, rompiendo las reglas de no interferencia que me han inculcado desde el nacimiento, pero que ignoro casi a diario. Quiero que ella sea mía como yo soy suyo. Siento un anhelo por ella que me hace doler. Es repentino, peligroso e irracional, pero lo que un djinn quiere, un djinn lo obtiene.

Con un movimiento de mi mano, envío un hilo de magia hacia la forma dormida de Adelaide.

Es sutil, tan sutil que ni siquiera los seres más poderosos de MistHallow lo notarán hasta que sea demasiado tarde para que ella haga algo al respecto. Ahora está unida a mí, y nada cambiará eso a menos que yo lo rompa. Pero sé que está ahí, una pequeña ondulación que podría convertirse en un tsunami.

Mientras retiro mi magia, siento una emoción de excitación. Es por esto que me encanta ser un djinn en la era moderna. Los antiguos se contentan con esperar siglos para que sus intromisiones se desarrollen. Pero yo quiero ver resultados *ahora*, estar en medio de la acción mientras sucede. Gratificación instantánea.

Miro el reloj en la mesita de noche de Adelaide. Se está haciendo tarde, y mi horario nocturno está completamente desajustado. Debería volver a mi habitación y ajustarme según sea necesario. Pero antes de irme, decido dejar una última sorpresita.

Con un chasquido de dedos, creo una pequeña botella ornamentada en el escritorio de Adelaide. No es una lámpara de djinn tradicional, sino una versión moderna del concepto. En su interior, remolinos de posibilidades esperan, listos para conceder un deseo, pero solo si ella descubre cómo usarla.

Es un riesgo dejar un rastro tan obvio de mi presencia, especialmente con esa molesta esfera flotando por ahí, olfateándome. Pero algo me dice que Adelaide va a necesitar toda la ayuda posible en los próximos días. Si es lo suficientemente inteligente como para resistir mi primer intento de engaño, tal vez sea lo suficientemente astuta para usar este regalo sabiamente.

Mientras me preparo para irme, echo un último vistazo a la bella durmiente. Adelaide Black, la chica que podría cambiarlo todo. Puede que sea joven para ser un djinn, pero sé lo suficiente como para reconocer un momento crucial cuando lo veo. Sea lo que sea que suceda a continuación, va a ser un viaje de locos.

Con una sonrisa, me desvanezco, mi forma disipándose en humo mientras cierro la dimensión de bolsillo y viajo en la niebla de vuelta a mi habitación, mi mente ya está corriendo con posibilidades. ¿Cómo reaccionará Adelaide a mi regalo? ¿Qué hará con la chispa de poder que le he dado? ¿Y cómo puedo posicionarme para estar justo en medio del caos cuando todo se desenvuelva?

De vuelta en mi habitación, me materializo completamente, estirando mi forma corpórea. Mi habitación es una mezcla de tecnología moderna y artefactos antiguos, un reflejo de mi lugar único en el mundo de los djinn. Un equipo de juegos de última generación se encuentra junto a una alfombra persa milenaria... una alfombra voladora, si quieres, protegida por magia y fuerzas invisibles. Mi teléfono —un portal a innumerables deseos esperando ser manipulados— descansa en mi escritorio junto a una lámpara de aceite tradicional.

Me dejo caer en mi cama, mi mente aún zumbando con los acontecimientos de la noche. Observar a Adelaide, unirla a mí, dejar la botella... es una intervención más directa de lo que jamás he intentado antes. Mis padres estarían furiosos si lo supieran. Pero, de nuevo, nunca me han entendido realmente.

Para ellos, ser un djinn se trata de mantener el equilibrio y jugar a largo plazo. No entienden por qué me molesto con las redes sociales, los videojuegos o cualquiera de los adornos de la vida moderna. *Somos seres atemporales. ¿Por qué preocuparte por los caprichos pasajeros de los mortales?*

Pero esa es exactamente la razón por la que me encanta. El ritmo rápido, el cambio constante, el flujo interminable de deseos y anhelos que revolotean por el éter digital. Es un patio de juegos para mí, lleno de oportunidades para causar travesuras y caos.

Tomo mi teléfono, desplazándome por mis varias redes sociales. Cada publicación, cada

comentario, cada me gusta es un pequeño deseo esperando ser concedido o retorcido. La chica esperando que su crush note su último selfie. El chico deseando que su ingenioso tuit se vuelva viral. El influencer desesperado por alcanzar el siguiente hito de seguidores.

Con unos pocos toques y una pizca de magia djinn, pongo en marcha algunas ruedas. El crush notará el selfie, pero solo porque un detalle vergonzoso en el fondo se vuelve viral. El ingenioso tuit explotará, pero desencadenará una controversia para la que el autor no estaba preparado. El influencer obtendrá una afluencia masiva de seguidores, pero todos serán bots que destruirán sus tasas de engagement.

Pequeñas cosas, pero caos al fin y al cabo. Es para lo que vivo.

Encuentro mis pensamientos volviendo a Adelaide. Ella es diferente de los mortales habituales con los que trato. Sus deseos y anhelos son más profundos y complejos. No quiere fama o fortuna o validación pasajera. Quiere comprensión, control y un lugar al que pertenecer.

Es refrescante, en realidad. Y desafiante. ¿Cómo concedes un deseo así? ¿Cómo retuerces algo tan puro y enfocado completamente en uno mismo? Es ensimismamiento en su máxima expresión, pero no de una mala manera. Ella está sola, verdaderamente sola, por lo que las personas y las cosas a su alrededor no significan nada.

Aún.

Una vez que mi vínculo haya crecido en fuerza, ella me tendrá a mí.

Simplemente no lo sabe.

Me acuesto con una sonrisa mientras continúo pasando por mi teléfono.

—Cuidado, MistHallow —murmuro—. No tienen ni idea de lo que se avecina.

ADELAIDE

ME DESPIERTO SOBRESALTADA, desorientada y aturdida. El libro que estaba leyendo yace abierto sobre mi pecho, y me doy cuenta de que debo haberme quedado dormida mientras estudiaba. Frotándome los ojos, me incorporo y miro el reloj. Ya es tarde en la noche. Debo haber dormido durante horas.

Cuando me estiro, algo se siente extraño. Hay una sensación rara que tira de mí, como un hilo invisible que me jala suave pero insistentemente. No puedo identificar exactamente qué es o de dónde viene, pero está ahí, una presencia constante al borde de mi conciencia.

—¿Qué demonios? —murmuro, sacudiendo la cabeza como si pudiera deshacerme de la sensación. Pero persiste, un sutil tirón en mi alma. Supongo que estar aquí en MistHallow está transformando mi cuerpo de más formas de las que me doy cuenta.

Tratando de ignorar la sensación, balanceo mis piernas sobre el borde de la cama y me pongo de pie. Es entonces cuando noto una pequeña botella ornamentada sobre mi escritorio. Frunzo el ceño, segura de que no estaba ahí antes de que me quedara dormida.

Con cautela, me acerco al escritorio. La botella es hermosa, hecha de lo que parece ser vidrio ahumado con intrincados diseños plateados grabados en su superficie. Dentro, puedo ver remolinos de niebla de algo. Es hipnótico, y extendiendo la mano para tocarla antes de que pueda detenerme.

Cuando mis dedos rozan el frío vidrio, siento una descarga de poder y magia. No estoy segura, pero hace que la extraña sensación de tirón se intensifique por un momento antes de volver a su nivel anterior.

—Está bien, esto es oficialmente espeluznante —le digo a Orby, que flota cerca tan despreocupadamente como puede hacerlo una esfera mágica—. ¿De dónde salió esto? ¿Y qué diablos es?

Al darle la vuelta, no hay etiqueta, ni instrucciones, nada que indique su propósito u origen. Pero algo en ella se siente familiar. Como si estuviera destinada a mí, de alguna manera.

Sacudiendo la cabeza, vuelvo a dejar la botella. Ya tengo suficientes misterios que resolver ahora mismo sin añadir un misterioso artefacto mágico.

Volviendo a mi cama, recojo el libro de la biblioteca que estaba leyendo antes de quedarme dormida. "Vampiros: Una guía completa de los hijos de la noche". Claro. Porque esa es mi vida ahora. Estudiando lo que soy, o al menos, la mitad de lo que soy.

Paso las páginas, tratando de concentrarme en las palabras, pero esa persistente sensación de tirón sigue distrayéndome. Es como una picazón que no puedo rascar, un pensamiento que no puedo captar del todo.

Decidida a ignorar la sensación, me sumerjo de nuevo en el estudio. Leo sobre las fortalezas

de los vampiros: velocidad, fuerza y sentidos mejorados. No es que haya notado nada de eso en mí misma todavía.

Luego están las debilidades menos conocidas. La plata quema al contacto. No uso joyas, pero guardo esta información de todos modos, por si acaso.

Miro el reloj cuando mi estómago gruñe. Ya es mucho después de la hora de la cena, y esa sangre, aunque fue particularmente satisfactoria en su momento, no me llenó. Necesito comida humana. Supongo que voy a tener que encontrar un equilibrio. Pastel de carne acompañado de una taza de sangre. O tal vez un filete poco hecho sería increíble. Cortar esa jugosa bondad con la sangre escurriendo por todo el plato. Se me hace agua la boca, y me pongo de pie dirigiéndome hacia la puerta. Desafortunadamente, no hay otra opción. Voy a tener que enfrentarme al comedor de nuevo. La idea me pone nerviosa. Después de mi último encuentro con Corvus y Zephyr, no estoy precisamente ansiosa por ponerme en su camino otra vez.

Pero el hambre vence a la precaución.

Oyendo el suave golpeteo de la lluvia en las ventanas, agarro mi abrigo, recordando la tarjeta negra guardada en mi bolsillo, y me dirijo a la puerta. Antes de salir, mi mirada cae de nuevo sobre la misteriosa botella. Sin pensarlo realmente, la tomo y la meto en mi bolsillo. Algo me dice que no debería dejarla atrás.

Los pasillos de MistHallow están zumbando de actividad, lo que me hace sentir más segura, de alguna manera. Encontrando el comedor fácilmente esta vez, empujo las puertas, aliviada de encontrarlo ocupado pero no abarrotado. Algunos estudiantes están dispersos, algunos encorvados sobre libros, otros charlando en voz baja. No hay señales de Corvus o Zephyr.

Me dirijo al área de servicio, examinando la selección. Casi como si supiera que estaba pensando en un filete poco hecho, uno aparece en un plato frente a mí con papas fritas y una guarnición de verduras. Entrecerrando los ojos con sospecha, me encojo de hombros, ansiosa por hincarle el diente, y lo llevo a una mesa en la esquina.

Me quito el abrigo y me acomodo en mi asiento, manteniendo la espalda contra la pared para poder ver toda la sala. Mientras corto el filete, el rico aroma hace que se me haga la boca agua. El primer bocado es el cielo, la carne prácticamente derritiéndose en mi lengua mientras la sangre llena mi boca. Cierro los ojos, saboreando la delicia.

—¿Disfrutando tu comida?

Mis ojos se abren de golpe al escuchar la voz desconocida con el acento extraño, pero ligero. ¿Es australiano? Un chico está de pie junto a mi mesa, con una sonrisa amistosa en su rostro. Sus ojos ámbar parecen brillar ligeramente en la tenue luz del comedor, y su cabello escarlata está artísticamente despeinado.

—Eh, sí —murmuro, tomada por sorpresa—. Está bueno.

Él sonríe más ampliamente. —¿Te importa si me uno? Soy Ignatius, por cierto.

Antes de que pueda responder que no, preferiría que no lo hiciera, ya se está deslizando en el asiento frente a mí.

—Adelaide —digo secamente, esperando que capte la indirecta y se vaya.

No tengo tanta suerte. Ignatius se inclina hacia adelante, sus ojos brillando con interés. Supero mi molestia una fracción ante la pura ternura de este chico. Es adorable. —Así que, Adelaide. Estás causando bastante revuelo por aquí, ¿sabes?

Frunzo el ceño, apuñalando un trozo de filete con más fuerza de la necesaria. —No estoy tratando de causar nada.

Él se ríe. —A veces, solo existir es suficiente para sacudir las cosas, especialmente cuando eres la hija de Randall Black.

Me pongo rígida al escuchar el nombre de mi padre. ¿Cómo es que todos parecen saber quién soy? —¿Sabes quién soy? —pregunto de todos modos, enojándome.

Ignatius sonríe, con un brillo travieso en sus ojos ambarinos. —Todo el mundo sabe quién eres, Adelaide. La misteriosa hija de uno de los fundadores de MistHallow aparece de repente después de haber estado escondida durante años. Eres el tema más candente del campus.

Genial. Justo lo que necesitaba: ser el centro de atención. ¡Espera! ¿Qué? ¿Uno de los fundadores de MistHallow? Vaya, bien que se lo calló el muy cabrón. Aunque supongo que tiene sentido, considerando cómo ha logrado meterme aquí, darme lo que creo que es la mejor habitación y este orbe del que Lyra estaba tan envidiosa.

Doy otro bocado al filete, masticando lentamente mientras considero mi respuesta. —Solo estoy aquí para aprender —digo finalmente—. No me interesa agitar las cosas ni ser tema de chismes.

—Es justo —dice Ignatius—. Pero puede que no tengas mucha opción en el asunto. Especialmente con ciertas personas interesándose por ti.

Entrecierro los ojos. —¿Ciertas personas como Corvus y Zephyr, te refieres?

Asiente, pareciendo impresionado. —Captas rápido. Sí, esos dos normalmente no prestan mucha atención a los nuevos estudiantes. Pero tú los tienes intrigados.

—Qué suerte la mía —murmuro sarcásticamente—. Supongo que eso te convierte en el, ¿cómo era? Ah, sí, "elemental de fuego realmente lindo".

Ignatius ríe, un sonido cálido y genuino. —Aww, ¿quién te habló de mí? —Mientras habla, noto que el aire a su alrededor parece temblar ligeramente, como las ondas de calor que se elevan del pavimento en un día caluroso de verano.

—Me advirtieron sobre ti —le corrijo—, y eso no es asunto tuyo.

—Si alguien está hablando de mí, quiero saber quién es. —Sus ojos ambarinos taladran los míos.

—¿Ah, sí? Bueno, ahora sabes cómo se siente.

Sonríe. —Oh, touché, señorita Black. Eres todo un petardo, ¿no? —Extiende su mano y chispas bailan alrededor de sus dedos.

—Y tú eres un poco presumido —afirmo, metiéndome el último trozo de filete en la boca antes de levantarme mientras aún estoy masticando. El plato desaparece, y recojo mi abrigo y me lo pongo de nuevo, sintiendo el peso de la botella en mi bolsillo.

Ignatius también se levanta, sus ojos ambarinos brillando con diversión. —Oh, vamos, no te vayas. Justo empezábamos a divertirnos.

Pongo los ojos en blanco. —Tu idea de diversión y la mía probablemente sean muy diferentes, piromaniaco.

Se acerca, bajando la voz. —Prodigio. Gran canción, pero yo no estaría tan seguro de eso, Adelaide. Creo que podríamos divertirnos mucho juntos.

El aire a nuestro alrededor parece chisporrotear con energía, y siento una oleada de calor que no tiene nada que ver con sus poderes elementales. Por un momento, me siento tentada a quedarme, a ver adónde podría llevar este intercambio. Pero el recuerdo de la compulsión de Corvus y el toque de Zephyr me hace ser precavida.

—Gracias, pero no, gracias —digo, dando un paso atrás—. Ya he tenido suficiente "diversión" con seres sobrenaturales por hoy.

Ignatius levanta las manos en señal de rendición fingida. —Es justo. Pero recuerda, no todos somos como Corvus y Zephyr. Algunos de nosotros realmente sabemos jugar limpio.

—Lo tendré en cuenta —murmuro, girándome para irme. Mientras me alejo, puedo sentir sus

ojos sobre mí, esa extraña sensación de tirón en mi pecho haciéndose más fuerte por un momento antes de volver a disminuir a un suave hervor.

Fuera del comedor, respiro profundamente, tratando de aclarar mi mente. Entre Corvus, Zephyr, Zaiah y ahora Ignatius, parece que no puedo ir a ninguna parte sin meterme en problemas. Solo quiero centrarme en mis estudios y averiguar qué demonios soy, no quedar atrapada en cualquier juego que estos seres sobrenaturales estén jugando.

—¿Por qué no estás más preocupado por todo esto? —murmuro a Orby, que flota felizmente a mi lado—. ¿Percibes peligro? ¿O solo eres una guía mágica, barra compañero, barra llave de mi habitación?

Como era de esperar, no me responde.

Mientras me dirijo de vuelta a mi habitación, no puedo quitarme la sensación de que me están observando. Los pasillos parecen más oscuros, las sombras más profundas. Acelero el paso, ansiosa por volver a la relativa seguridad de mi habitación.

IGNATIUS

ADELAIDE SALE DEL COMEDOR, su largo cabello negro balanceándose detrás de ella mientras se aleja a zancadas. Sonrío mientras saboreo el calor persistente de nuestro encuentro. Ciertamente no es lo que esperaba, y eso ya es decir mucho, dados los rumores que circulan por MistHallow sobre la misteriosa hija de Randall Black.

Mientras regreso a mi mesa, repaso nuestra conversación en mi mente. Su ingenio rápido, las respuestas agudas, la forma en que no se echó atrás ni se derritió ante mis coqueteos como tantos otros lo hacen. Es refrescante. Intrigante.

Me acomodo en mi silla, conjurando distraídamente una pequeña llama en mi palma. El fuego baila entre mis dedos, un reflejo de mis pensamientos inquietos. Adelaide Black. Una fuerza a tener en cuenta por derecho propio, independientemente de quién sea su padre.

El calor de la llama es una extensión de mi piel, una sensación reconfortante que me ha acompañado desde que descubrí mis habilidades por primera vez. Soy un elemental de fuego, pero no cualquier piroquinético del montón. No, provengo de una larga línea de manipuladores del fuego, mi linaje se remonta a los antiguos chamanes que primero aprendieron a dominar el poder crudo de la llama.

Cierro el puño, apagando la llama visible, pero el calor permanece, corriendo por mis venas como lava. Siempre está ahí, una presencia constante que me reconforta y me impulsa. Algunos días, siento que mi piel apenas puede contener el infierno en mi alma. Esos son mis días más... erráticos. Algunos podrían llamarlos destructivos.

Pero todo se reduce a la naturaleza frente a la crianza.

Creciendo en una comunidad remota escondida en lo profundo del interior de Australia, nuestro clan, los Emberkin, ha vivido allí durante generaciones, perfeccionando nuestras habilidades y manteniendo nuestra existencia en secreto para el mundo exterior. Recuerdo la primera vez que invoqué fuego en mis manos. Apenas tenía cinco años y ya mostraba más potencial que muchos adultos en nuestro clan.

Los ancianos estaban encantados. Me veían como el cumplimiento de una antigua profecía, el que guiaría a nuestro pueblo hacia una nueva era. Pero con esa emoción vinieron presiones y expectativas que a veces sentía que me aplastarían bajo su peso.

Flexiono mis dedos, sintiendo el familiar hormigueo de calor justo debajo de la superficie de mi piel. Incluso ahora, a miles de kilómetros de la tierra tostada por el sol de mi tierra natal, todavía puedo sentir la conexión con mis raíces, con la fuerza primordial del fuego que ha moldeado a mi gente durante milenios.

La despedida de Adelaide, llamándome "incendiario", me trae una sonrisa irónica al rostro. Si solo supiera cuán acertado es realmente ese apodo. No soy solo alguien que puede crear y

controlar el fuego; soy el fuego encarnado. Las llamas responden a mi voluntad de maneras que incluso otros elementales encuentran difíciles de comprender.

Bajo la mirada hacia mis brazos, trazando con los ojos los intrincados patrones de mis tatuajes del clan. Para los no iniciados, parecen simples diseños tribales. Pero cada espiral y línea son un conducto para mi poder, mejorando mi control y permitiéndome empujar los límites de lo que debería ser posible con la manipulación del fuego.

Con un pensamiento, activo uno de los tatuajes en mi antebrazo. La tinta cobra vida, brillando con una luz interior mientras el calor se extiende por mi brazo. De repente, el aire a mi alrededor tiembla con el calor, y sé que si alguien me tocara ahora mismo, retrocedería por la temperatura abrasadora de mi piel.

Esta es solo una de las muchas habilidades que he perfeccionado a lo largo de los años. Puedo elevar la temperatura de mi cuerpo a niveles casi imposibles, crear y moldear fuego a voluntad, e incluso imbuir objetos con energía ígnea. Pero quizás lo más impresionante es que puedo absorber y redirigir el calor y las llamas, haciéndome inmune a los ataques basados en fuego.

Por supuesto, estas habilidades vienen con su propio conjunto de desafíos. Controlar tal poder crudo requiere un enfoque y disciplina constantes. Un desliz, un momento de emoción descontrolada, y fácilmente podría incendiar todo el campus. Es una responsabilidad que pesa mucho sobre mí, un recordatorio constante de por qué necesito mantener oculto mi verdadero potencial, y por qué los ancianos del clan me enviaron a MistHallow.

Me reclino en mi silla, dejando que mi mirada vagabundee por el comedor. Los otros estudiantes, incluso los otros usuarios de fuego, no tienen idea del infierno que arde dentro de mí. Para ellos, soy solo Ignatius, el encantador y coqueto elemental de fuego con un don para los trucos de llamas impresionantes pero en última instancia inofensivos.

Es un papel que interpreto bien, una máscara cuidadosamente construida que me permite mezclarme mientras destaco lo suficiente para satisfacer mi ego. Pero encuentros como el que tuve con Adelaide han desenterrado una emoción en mí que no creía posible: la necesidad de alguien que pueda ver más allá del acto y apreciar la verdadera profundidad de quién soy.

Cierro los ojos, concentrándome en mi fuego interior. Con cada respiración, puedo sentirlo pulsando, creciendo, extendiéndose por mi cuerpo hasta que estoy lleno de un calor cómodo y envolvente. Este es mi centro, mi verdadero yo. El fuego que arde eternamente, que define quién soy en mi núcleo más profundo.

Cuando abro los ojos de nuevo, el mundo parece más nítido y vívido. Mis sentidos mejorados, otro regalo de mi naturaleza elemental, se activan al máximo. Puedo sentir las sutiles variaciones de temperatura en toda la habitación y ver las débiles firmas térmicas dejadas por aquellos que han pasado por aquí.

Es en estos momentos, cuando me permito abrazar plenamente mi naturaleza, que me siento más vivo. El poder que vibra a través de mí, la conciencia elevada del mundo que me rodea... es embriagador. Pero también es aislante, porque ¿cómo puedo conectarme verdaderamente con otros cuando tengo que mantener tanto de mí mismo oculto?

Con la llegada de Adelaide, no puedo sacudirme la sensación de que las cosas están empezando a encajar. Hay algo en ella, algo más allá de su ingenio rápido y su obvia belleza... un poder, quizás, o un destino que está entrelazado con el mío de maneras que no puedo comprender.

Pero lo sé.

Me pongo de pie, listo para volver a mi habitación. Mientras camino, dejo que un poco de mi

poder se filtre, elevando la temperatura a mi alrededor lo suficiente para hacer que el aire tiemble. Es una pequeña indulgencia, una diminuta liberación de la presión constante de contener mi verdadera naturaleza.

De vuelta en mi habitación, me despojo de mi cuidadosamente mantenida persona pública. Aquí, en la privacidad de mi propio espacio, puedo ser verdaderamente yo mismo. Las paredes están revestidas con materiales resistentes al fuego, una precaución necesaria dado mi tendencia a literalmente encenderme cuando mis emociones se desbordan.

Me muevo al centro de la habitación y cierro los ojos, concentrándome en mi respiración. Inspiro y espiro, cada exhalación llevando consigo un hilo de humo. Siento el fuego dentro de mí, siempre ardiendo, siempre hambriento. Con un pensamiento, lo libero.

Las llamas brotan de mi piel, envolviéndome en un capullo de fuego. Pero no siento dolor ni miedo. Este es mi elemento, mi verdadera forma. El fuego baila a mi alrededor, respondiendo a mi voluntad y moldeándose en patrones y formas intrincadas.

Abro los ojos, observando el juego de luz y sombra en las paredes. Esta es la parte de mí mismo que nunca puedo mostrar a los demás, el poder crudo y primordial que me define. Es hermoso y aterrador, un recordatorio constante de mi potencial y la responsabilidad que conlleva.

Mientras las llamas retroceden, hundiéndose de nuevo bajo mi piel, me muevo hacia la ventana, mirando los terrenos de MistHallow bañados por la luz de la luna. En algún lugar ahí fuera, Adelaide está tratando de encontrar su lugar en este mundo de magia y misterio. Nuestros caminos están destinados a cruzarse de nuevo, para bien o para mal.

Seguiré vigilando a Adelaide e intentando desentrañar el misterio que la rodea. No solo por curiosidad o atracción, sino porque tengo la sensación de que ella será clave para lo que está por venir.

Y sea lo que sea ese algo... es grande.

ADELAIDE

—¿QUÉ pasa con los chicos de este lugar? —murmuro mientras uso a Orby para abrir la puerta de mi habitación en la torre—. Mejor dicho, ¿qué pasa con *todos* en este lugar? —Lyra tampoco era precisamente digna de confianza, no es que yo sea la persona más confiada del mundo. Todo lo contrario, pero por aquí, la única persona... criatura... en la que siento que puedo confiar un poco, tal vez, es el profesor Blackthorn. Él conoce a mi padre y ha sido amable y servicial. No ha intentado engañarme, envidiarme o meterse en mis pantalones.

Suspirando mientras cierro la puerta y me apoyo en ella, miro fijamente hacia la noche. Siento que mi energía aumenta y todo mi ser cobra vida. Este es mi momento, y finalmente entiendo por qué.

Me quito el abrigo, lo coloco en una silla cerca del armario y luego saco el vial para mirarlo de nuevo. Se siente cálido al tacto, lo que me parece un poco extraño, considerando que es solo una niebla arremolinada en su interior. Lo deslizo bajo mi almohada, me quito la camisa y luego me pregunto cómo lavar mi ropa. Debe haber un lugar, y el mapa me lo mostrará. Lo saco de mi mochila y lo miro fijamente. —Lavandería —murmuro.

Sonrío cuando aparece un punto rojo brillante y asiento. Afortunadamente, no está lejos de aquí. No me hacía ilusión desfilas con mi ropa sucia por medio campus. Vuelvo a guardar el mapa, me endezco en sujetador y entonces se me corta la respiración. Surge el impulso desde lo más profundo de mi interior, el impulso que intento mantener a raya para no asustar a mi madre o a la gente que me rodea. Pero mi madre no está aquí, y tampoco hay nadie más. Sin siquiera pensarlo, alcanzo mi bolsa de viaje, que aún está medio llena, y meto la mano hasta el fondo, debajo del inserto cubierto de plástico que mantiene firme la base, y saco el cuchillo que tengo escondido allí. Lo miro fijamente, dudando.

—Espera —murmuro y lo lanzo sobre la cama, cruzando hacia el libro abierto sobre vampiros—. Curación rápida...

Nunca he tenido eso antes, solo viejas costras y cicatrices normales. He bebido una taza de sangre hoy y he comido ese filete poco hecho... ¿podría ser algo que se active ahora que estoy aquí y hago cosas que hacen los vampiros?

—Solo hay una forma de averiguarlo y matar dos pájaros de un tiro —murmuro mientras vuelvo al cuchillo y lo recojo. Un pequeño cuchillo de caza, que es todo lo que pude permitirme, no es nada especial, pero cumple su función. La hoja brilla a la luz de la luna mientras lo levanto. Mi corazón late con anticipación y un toque de miedo. He hecho esto antes, pero nunca con la posibilidad de una curación rápida.

Respirando profundamente, presiono la punta del cuchillo contra mi antebrazo. El familiar ardor al romper la piel me provoca una oleada de adrenalina. Arrastro la hoja lentamente,

observando cómo la sangre brota a su paso.

El dolor es exquisito, apaciguando mis bordes irregulares de una manera que nada más puede. Por un momento, todas mis preocupaciones sobre este extraño nuevo mundo se desvanecen. Solo existe esto: la aguda mordedura de la hoja, el calor de mi sangre.

Espero, observando atentamente. Al principio, nada parece diferente. El corte sangra constantemente, las gotas ruedan por mi brazo. Trago saliva y entonces pego un salto del susto cuando algo golpea mi habitación con un fuerte golpe, asustándome de muerte.

—¿Qué demonios? —exclamo, mirando a Orby como si él debiera saber qué está pasando, mientras me dirijo a la puerta y miro por la mirilla. No puedo ver nada, así que abro la puerta una rendija y me quedo mirando al enorme murciélago en el suelo, que ante mis propios ojos se transforma en un hombre bien vestido con un rostro que podría lanzar mil barcos y una sonrisa maliciosa que brilla cuando me mira.

—Adelaide —dice Corvus—. Olí sangre. ¿Todo bien ahí dentro?

Trago saliva y me aseguro de que la puerta cubra mi brazo tanto como sea posible, olvidando por un segundo que estoy de pie en sujetador. Cuando esa realización me golpea, me congelo como un ciervo ante los faros.

—¿Adelaide? —insiste Corvus, su rostro frunciéndose en un ceño.

Para su mérito, no se queda mirando mis pechos, solo mis ojos con un enfoque láser que es inquietante, y tengo la sensación de que está tratando de obligarme a decir algo. Apartar mi mirada de la suya es como intentar empujar una montaña sobre una montaña más grande. Me hace jadear por el esfuerzo, y siento que mis rodillas se doblan.

Corvus extiende la mano y me agarra para estabilizarme antes de que su rostro se vuelva pétreo. Me suelta, con las manos en alto, y retrocede. Pero, ¿cómo entró en mi habitación en primer lugar? ¿No se supone que los vampiros necesitan una invitación? Ahora que lo pienso, no he visto nada que mencione esto todavía y yo, claramente, puedo ir a donde quiera.

Hmm.

—Gracias —baluceo, ya que evité que me desplomara, a pesar de haberme puesto las manos encima. Retrocedo tambaleándome y bajo el brazo, que ahora me duele por haber sido cortado y mantenido en un ángulo antinatural mientras intentaba ocultarlo.

La mirada de Corvus se posa en la herida abierta de mi brazo, y se congela como un conejo aturdido.

Vaya par que somos esta noche.

—Ya veo —dice—. ¿Me permites?

Extiende la mano, levantándola lentamente para no sobresaltarme.

—¿Por qué? —susurro. *¿Quiere beber de mí?*

—Puedo ayudar a curarla —murmura, con los ojos entrecerrados por la curiosidad.

Bueno, supongo que he revelado mi secreto. No hay una chica vampiro normal aquí. —¿Cómo? —murmuro.

Levanta la mano más alto, y asiento una vez, dándole permiso para tocarme. Es como si mi voluntad fuera despojada, pero no creo que me esté obligando esta vez. Su fría mano agarra mi brazo detrás del codo, y lo levanta hasta sus labios. Deja escapar un gemido que, por la expresión mortificada en su rostro, no tenía intención de dejar escapar.

Bajando su boca hacia el corte, jadeo cuando su lengua se asoma y prueba mi sangre. Pero entonces se detiene y levanta la cabeza con una lenta sonrisa. —Parece que no me necesitas después de todo —murmura.

Miro hacia abajo y veo que el corte se está curando. Lentamente se va uniendo hasta que mi

piel está intacta sin cicatriz a la vista.

—Joder —murmuro.

—Así que definitivamente medio vampiro —murmura Corvus—. ¿Y tu otra mitad es... humana, verdad? Eres una Vesperidae.

No es una pregunta, sino una afirmación directa. No le respondo. Me dijeron que esto debía ser un secreto. No conozco a Corvus; ni de coña confío en él. Pero lo cierto es que ahora está siendo amable conmigo, como una... ¿cómo me llamó Zephyr? Una muñeca de porcelana.

Respiro hondo, tratando de calmarme. Corvus sigue ahí de pie, con sus intensos ojos azules fijos en mí. Soy muy consciente de que estoy medio desnuda, pero de alguna manera, eso parece menos importante que el hecho de que ahora sepa lo que soy.

—No puedes decírselo a nadie —digo, con voz baja y urgente—. Sobre... lo que soy. Se supone que es un secreto.

Corvus arquea una ceja, con una pequeña sonrisa jugando en las comisuras de su boca. —Tu secreto está a salvo conmigo, Adelaide. Pero deberías tener más cuidado en el futuro. No todos aquí son tan... discretos como yo.

Resoplo ante eso. —Claro. Porque hasta ahora has sido la viva imagen de la discreción.

Me dedica esa sonrisa exasperante. —Buen punto. Pero lo digo en serio: no le diré a nadie sobre tu naturaleza Vesper. Tienes mi palabra.

Lo miro con escepticismo. —¿Y por qué debería confiar en tu palabra?

Corvus se acerca, sus ojos clavados en los míos. —Porque, Adelaide, te guste o no, ahora estamos conectados. Tu sangre me llama de una manera que nunca antes había experimentado, y eso te hace muy, muy interesante para mí.

Un escalofrío recorre mi columna ante sus palabras. No estoy segura si es miedo o algo más.

—Eso no me hace sentir precisamente mejor —murmuro.

—No pretendía hacerlo —dice Corvus con una sonrisa maliciosa—. Pero es la verdad, y en este lugar, la verdad es una mercancía escasa.

Doy un paso atrás, de repente muy consciente de mi desnudez parcial y vulnerabilidad. —Bien. Gracias por la ayuda. Creo que estaré bien ahora.

Los ojos de Corvus me recorren, deteniéndose en la piel recién curada de mi brazo antes de fruncir el ceño. —La autolesión no es la respuesta, Adelaide, ya no. Hay otras formas de lidiar con el hambre, con la intensidad de lo que estás sintiendo.

Me erizo ante su presunción. —No sabes nada sobre mí ni sobre lo que siento.

—Tal vez no —concede—. Pero si alguna vez quieres hablar de ello —dice—, o si necesitas ayuda para descubrir tus habilidades, ya sabes dónde encontrarme.

Resoplo. —Claro. Porque hasta ahora has sido de gran ayuda.

Se ríe. —¿Qué puedo decir? Estoy intentando dar vuelta a la hoja. Dame una oportunidad, Adelaide. Podrías sorprenderte.

Antes de que pueda responder, da un paso hacia el pasillo. —Dulces sueños, pequeña muñeca —murmura antes de convertirse de nuevo en murciélago y salir volando por la tronera en la pared de la torre.

—Así que así es como entraste, bicho raro. —Cierro la puerta de golpe y me apoyo en ella, levantando mi brazo para mirarlo con asombro—. Vale, así que súper velocidad de curación no, pero definitivamente más rápido que antes. —¿Dependerá eso de la cantidad de sangre y de qué tipo? ¿Sintética versus real? Y si es así, ¿dónde consigo sangre real por aquí?

Resoplando de frustración, apuesto a que Corvus lo sabe, y acabo de dejarlo ir. *Bien hecho para hacer amigos e influir en la gente, imbécil.*

Gimiendo porque quiero llamarlo de vuelta y hacerle estas preguntas, pero no tengo idea de adónde fue, me deslizo por la puerta y miro fijamente mi brazo. —¡Tú! —le espeto a Orby, sobresaltándolo—. ¿Cuál es tu verdadero propósito, eh? ¿Por qué estás aquí?

Orby se balancea en el aire, aparentemente imperturbable ante mi arrebato. Por supuesto, no responde. Es solo una esfera mágica, después de todo. No un ser sensible. ¿Verdad?

¿Verdad?

Suspiro, pasándome una mano por el pelo. —Esto es ridículo. Estoy hablando con una bola flotante y esperando respuestas.

Me levanto, camino hasta mi cama y me dejo caer en ella, mirando al techo. Los acontecimientos del día dan vueltas en mi mente: el encuentro en la biblioteca, la misteriosa botella, Ignatius en el comedor, y ahora Corvus descubriendo mi secreto. Es demasiado. Este día ha sido una mierda, y me siento mal porque ni siquiera he intentado contactar con mi madre todavía.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —murmuro para mí misma—. No pertenezco a este mundo de magia y monstruos.

Pero incluso mientras lo digo, sé que no es cierto. Sí pertenezco aquí, de una manera en la que nunca pertenezco al mundo humano.

Me giro hacia un lado, mi mirada cae sobre el cuchillo tirado en el suelo donde lo dejé caer cuando el chico murciélago golpeó mi puerta. El impulso de cortarme sigue ahí, un picor constante bajo mi piel. Pero ahora sé que no me dará la liberación que busco. Las heridas simplemente sanarán, dejándome insatisfecha.

Tendré que encontrar otras formas de lidiar con la intensidad. Parece que voy a tener que buscar a Corvus mañana y pedirle que me muestre esas otras formas. Descanso mi mano en la parte posterior de mi codo donde me tocó. No vomité. No huí. No encontré repulsivo el contacto de piel con piel. ¿Por qué? ¿Por qué es así cuando solo mi madre ha sido capaz de tocarme, y aun así, en cortos períodos de tiempo? No siempre fui así. De niña, era reservada y asustadiza, pero no me daba asco activamente que alguien me tocara. Luego me vino la regla, ese día que vi a Randall por primera vez y las cosas cambiaron.

Parpadeando, alcanzo mi teléfono para comprobar la fecha. Mi período. Debía llegarme hoy. ¿Seguiré teniéndolo ahora que mi verdadera naturaleza se está revelando? ¿Y qué tiene que ver con todo esto? ¿Es todo una gran coincidencia que empezara a sentirme realmente fuera de lugar en mi decimotercer cumpleaños? ¿O hay algo más siniestro en juego aquí?

Agotada por mis pensamientos, marco el número de mi madre.

El teléfono se corta y suspiro. Obviamente, no funciona aquí. Estamos en un universo paralelo donde la red móvil no tiene cobertura. Sin embargo, he visto criaturas con sus teléfonos. Entonces, ¿cómo me conecto a su red?

Otra cosa más que averiguar mañana. Solo espero que Randall le haya dicho a mi madre que llegué sana y salva. Pero ahora mismo, necesito seguir leyendo y adaptarme completamente a un horario nocturno antes de que empiecen las clases la semana que viene.

CORVUS

MIENTRAS VUELO por el cielo nocturno en mi forma de murciélago, el sabor de la sangre de Adelaide aún persiste en mi lengua. Es embriagador, diferente a cualquier cosa que haya experimentado antes. En el momento en que capté el aroma de su sangre, fui atraído hacia su torre tan inevitablemente como la marea a la orilla. No podría haberme detenido aunque lo hubiera intentado.

Apuntando hacia mi ventana abierta, vuelo dentro de mi habitación y me transformo de nuevo en mi forma humana. Mi mente está acelerada, tratando de procesar lo que acaba de suceder y que mis sospechas fueron confirmadas.

Adelaide Black. Una Vesper. Mitad vampiro, mitad humana. Explica tanto y, sin embargo, plantea aún más preguntas.

Me quito la chaqueta y aflojo mi corbata, despojándome de mi camisa. El impulso de volver a la habitación de Adelaide, de probar su sangre de nuevo, es casi abrumador. Pero me resisto. Ella vendrá a mí. Lo sé. Le di más que suficiente en qué pensar, y ese era el plan.

La forma en que su sangre me llama, la feroz determinación en sus ojos, la vulnerabilidad que intenta ocultar con tanto esfuerzo, todo forma un atractivo al que me resulta cada vez más difícil resistirme. Es un enigma que estoy desesperado por resolver.

Me detengo frente al espejo ornamentado que cuelga en la pared. Mi reflejo me devuelve la mirada —un privilegio de ser un sangre pura—. Mis ojos azules brillan con una intensidad que me sorprende. Siempre me he enorgullecido de mi control, de mi capacidad para mantenerme distante y desapegado. Pero Adelaide ha sacudido ese control de una manera que nunca esperé. Intento ordenar mis pensamientos confusos.

El hecho de que sea una Vesper es significativo, por supuesto. Los Vesper son raros. No es de extrañar que Randall Black la haya mantenido oculta todos estos años.

Pero es más que eso. Hay algo en Adelaide que me atrae, me hace querer protegerla incluso cuando estoy tentado a llevarla a sus límites. Es una combinación peligrosa, una que podría llevar a problemas si no tengo cuidado. Pero entonces, esa es parte de la diversión.

Volviéndome hacia la ventana, miro los terrenos iluminados por la luna de MistHallow. Adelaide probablemente aún está tratando de entender sus habilidades de curación recién descubiertas. Debería haberme quedado y explicado más, pero la intensidad de mi reacción a su sangre me asustó.

Mi familia estaría horrorizada si supiera lo mal que he resbalado. Los Sanguine son uno de los linajes de vampiros más antiguos y respetados. No nos alteramos por chicas bonitas, sin importar cuán única sea su sangre. Ciertamente no hacemos promesas de guardar secretos ni ofrecemos ayuda sin esperar algo a cambio. *Quid pro quo, siempre.*

Pero nunca he sido de los que siguen el libro de jugadas familiar muy de cerca. Crecer en la grandeza opresiva de la Mansión Sanguine en una zona desierta del Distrito de los Lagos, las interminables lecciones sobre historia y política vampírica, y la constante presión por ser el heredero sangre pura perfecto eran sofocantes, y me rebelé contra ellas a cada paso.

Pero Adelaide... No quiero que le importe nada de eso. Quiero que me mire y vea más allá de la fachada cuidadosamente construida, del acto del príncipe vampiro encantador.

Me dirijo a mi escritorio, saco mi diario encuadernado en cuero y lo abro en la página reservada para Adelaide y añado:

- La sangre sabe extraordinaria
- ¿Tendencias a la autolesión?
- Se hace más fuerte con su consumo de sangre sintética (pudo resistir la compulsión)
- ¿Vínculos?

No sé qué significa eso, pero hay un vínculo —uno extraño que tienes simplemente por ser de la misma especie, pero también más que eso—. No puedo entenderlo del todo, lo cual me está volviendo loco.

Hay mucho más que quiero saber. ¿Qué otras habilidades tiene? ¿Qué tan fuerte es comparada con un vampiro completo? Y lo más intrigante, ¿por qué ha estado oculta todo este tiempo?

Cierro el diario, deslizándolo de vuelta a su escondite. Lo inteligente sería mantener la distancia, observar a Adelaide desde lejos y recopilar información sin involucrarme personalmente. Eso es lo que mi familia esperaría de mí.

Pero, ¿desde cuándo he hecho lo inteligente?

Una sonrisa se extiende por mi rostro mientras tomo mi decisión. Voy a ayudar a Adelaide a descubrir sus habilidades y enseñarle sobre el mundo vampírico del que la han mantenido alejada durante tanto tiempo, y en el proceso, tal vez descubra por qué me afecta tan fuertemente.

Cruzando hacia la estantería que ocupa una pared de mi habitación, paso mis dedos por los lomos de antiguos tomos y textos modernos. Saco un volumen polvoriento sobre el folclore vampírico, hojeándolo hasta que encuentro la sección muy corta y muy breve sobre Vesperidae.

La información es escasa, principalmente especulación y mito. Los Vesper son tan raros que pocos han tenido la oportunidad de estudiarlos en profundidad. Esta es mi oportunidad de ampliar ese conocimiento. La idea de que tendré esta ventaja sobre mi familia me da una emoción difícil de negar, y sonrío lentamente, sabiendo que las cosas están a punto de cambiar, no solo por aquí, sino también de vuelta en casa.

ZEPHYR

LA NIEBLA CUELGA pesada en el aire, una espesa manta gris que amortigua el sonido y oscurece la visión. Es temprano por la mañana, y el bosque que rodea MistHallow está inquietantemente silencioso, salvo por el suave golpeteo de la lluvia sobre las hojas y el ocasional canto lejano de un pájaro.

Me muevo silenciosamente entre los árboles, mi naturaleza Fae me permite navegar por la densidad con facilidad. El frío no me molesta, tampoco la humedad que se filtra en mi ropa, adhiriéndose a mi piel como una segunda capa.

Mientras me acerco a un pequeño claro, diviso una figura familiar apoyada contra un enorme roble. Ignatius, con su cabello rojo fuego brillante en la mañana gris, mira fijamente a la distancia, aparentemente perdido en sus pensamientos.

—Un poco húmedo para un elemental de fuego, ¿no? —le grito.

Ignatius se gira, sus ojos ámbar se iluminan con diversión.

—Zeph. No esperaba ver a nadie más lo suficientemente loco como para estar fuera con este clima.

Me encojo de hombros, moviéndome para pararme junto a él bajo el relativo refugio de las ramas del roble.

—Ya me conoces. Vivo para el drama de todo esto.

Resopla, una pequeña llama bailando entre sus dedos mientras habla.

—Eres una reina del drama, sin duda.

—Dice el tipo que acaba de regresar de hacer erupcionar un volcán —replico, alzando una ceja.

Ignatius sonríe.

—Ah, Feeore. Fue una liberación de energía tan magnífica. Hablando de cosas magníficas... ¿qué opinas de nuestra nueva llegada?

No tengo que preguntar a quién se refiere. Adelaide Black ha sido el tema de conversación en MistHallow desde que llegó, y no ha abandonado mis pensamientos en absoluto.

—Me tiene intrigado.

—Tuve una pequeña charla con ella en el comedor anoche. Tiene chispa, esa chica.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo fue eso? *Espero que mejor que mis interacciones con ella.*

Se ríe.

—Tan bien como podrías esperar. Me llamó presumido y se fue enfadada.

A pesar de mí mismo, me río.

—Suenas apropiado. No parece ser alguien que caiga en nuestros encantos habituales.

—No, no lo es —concierda Ignatius, con expresión pensativa—. Lo que la hace aún más

desconcertante, ¿no crees?

Asiento, sin confiar en mí mismo para hablar. Ignatius siempre ha sido perceptivo, y no quiero revelar demasiado de mi propio interés en Adelaide, al menos no todavía.

Nos quedamos en un silencio amistoso por un rato, escuchando la lluvia y observando la niebla arremolinarse a nuestro alrededor. Son momentos como estos los que atesoro: camaradería silenciosa con alguien que entiende el peso de las expectativas y el destino.

—Sabes —dice Ignatius de repente—, creo que ella podría ser buena para nosotros.

Sin mirarlo, pregunto:

—¿A qué te refieres?

—Hemos estado en la cima de la cadena alimentaria aquí durante tanto tiempo, Zeph. Es fácil olvidar lo que se siente al ser desafiado, tener que trabajar por la atención o el respeto de alguien.

Reflexiono sobre sus palabras, encontrando un grano de verdad en ellas.

—No puedo discutir eso.

Antes de que pueda responder, un movimiento en el borde del claro llama mi atención. Una figura emerge de la niebla, y sonrío.

Adelaide.

Está vestida para el clima con un impermeable negro, su cabello oscuro recogido en un moño desordenado. Aún no nos ha notado, su atención está enfocada en algo en su mano, ¿una brújula, tal vez?

A mi lado, siento que Ignatius se tensa ligeramente.

—Vaya, hablando del rey de Roma —murmura—. ¡Buenos días, Adelaide! Un poco temprano para dar un paseo, ¿no?

La cabeza de Adelaide se levanta de golpe, sus ojos se ensanchan cuando nos ve. Por un momento, parece que podría salir corriendo. Pero entonces su mandíbula se tensa en una línea determinada, y comienza a caminar hacia nosotros.

—Podría decir lo mismo de ustedes —responde, su voz llevándose claramente a pesar del efecto amortiguador de la niebla—. Parecen estar conspirando, o merodeando.

—¿No puede ser ambas cosas? —pregunto.

A medida que se acerca, puedo ver la cautela en sus ojos. Es comprensible, dados nuestros encuentros anteriores.

Adelaide nos mira, su expresión es de diversión reprimida. Es un comienzo.

—Podría ser, pero eso no lo hace mejor, solo más peligroso.

—Y ahí radica toda la diversión.

—Hmm. —Se da vuelta para irse, pero Ignatius da un paso adelante.

—Espera —dice Ignatius, su voz inusualmente suave—. ¿Qué te trae aquí tan temprano, Adelaide?

Ella duda, mirándonos con sospecha. Casi puedo ver el debate interno desarrollándose detrás de sus ojos. Finalmente, suspira.

—Estoy tratando de mantener un registro de los cambios —admite, levantando lo que ahora veo que efectivamente es una brújula—. Este lugar es confuso. Sigo desorientándome.

Asiento, comprendiendo.

—Se aburre y se mueve mucho.

—¿Se aburre? —Me da una mirada desconcertada.

Asiento.

—Se aburre. Una vez que las cosas se animen por aquí, se asentará.

—Y por animarse te refieres a... —Parece preocupada, y debería estarlo.

—Se refiere a cuando el semestre comience oficialmente —interviene Ignatius antes de que pudiera elaborar una respuesta seductora.

Le lanzo una mirada a Ignatius, pero él solo se encoge de hombros, una pequeña llama bailando entre sus dedos. Los ojos de Adelaide se mueven entre nosotros, su cautela claramente aumentando.

—Bien —dice, dando un paso atrás—. Bueno, probablemente debería irme. Hay mucho que explorar antes de que comiencen las clases.

Me muevo hacia adelante, mis movimientos fluidos y depredadores.

—¿Por qué tanta prisa, Adelaide? —Mi voz es baja, casi un ronroneo—. Apenas hemos tenido la oportunidad de conocernos.

Ella se tensa, su mano apretando la brújula.

—Creo que nos conocemos lo suficiente, gracias.

—¿Lo somos? —pregunto, rodeándola lentamente mientras Ignatius se sienta para observarme trabajar—. No creo que me conozcas en absoluto, Adelaide. No realmente.

Ella se gira, manteniéndome en su campo de visión. Chica lista. —Sé lo suficiente —dice, su voz firme a pesar de su evidente inquietud—. Eres impredecible. Eso significa problemas.

Me río, el sonido afilado y frío. —¿Impredecible? ¿Así es como lo llaman ahora? —Me inclino cerca, mi aliento rozando su oreja—. Prefiero salvaje. Tiene un bonito sonido, ¿no crees?

Adelaide se aparta bruscamente, con los ojos muy abiertos. —Aléjate —advierte, pero ahora hay un temblor en su voz.

La energía oscura crepita a mi alrededor, las sombras parecen profundizarse a pesar de la luz temprana de la mañana. —¿Acaso sabes lo que soy, Muñequita?

—¿Por qué me llamas así? Y no, no lo sé, ni deseo saberlo.

Con un movimiento de mi muñeca, las sombras se unen a nuestro alrededor, dejándonos en una burbuja de oscuridad. Puedo oír su respiración en cortas y pánicas bocanadas.

—¿Qué estás haciendo? —exige, su voz alta por el miedo.

La rodeo de nuevo, dejando que zarcillos mágicos recorran su brazo. Se estremece pero no se aparta. Eso me dice mucho sobre su aversión al contacto, como esperaba. —Fae Oscuro —murmuro.

Las sombras pulsan a nuestro alrededor, tomando formas monstruosas. Puedo ver el terror en los ojos de Adelaide mientras las observa, incapaz de apartar la mirada.

—¿Fae? —murmura—. ¿Como las hadas?

—No. No somos tus criaturas de cuentos de hadas —continúo, mi voz un susurro seductor—. No somos espíritus benevolentes ni bromistas traviesos. Somos los monstruos que acechan tus pesadillas más oscuras.

La respiración de Adelaide es entrecortada ahora, sus ojos moviéndose frenéticamente. —Déjame ir —suplica.

Por un momento, considero presionar más. El miedo que emana de ella es embriagador, despertando las partes más oscuras de mi naturaleza.

Pero hay tiempo para eso más tarde. Con un suspiro, libero la magia. Las sombras se disipan, devolviéndonos al claro brumoso. Adelaide me mira con miedo, temblando. Sin decir una palabra, se da la vuelta y corre, desapareciendo en la niebla.

Ignatius se ríe. —Bueno, eso fue interesante, pero la hiciste correr.

—Bien —digo, con voz baja—. Deja que corra. Hará que la persecución sea mucho más satisfactoria.

Ignatius niega con la cabeza, pero puedo ver la diversión en su expresión. —Estás jugando

un juego peligroso, Zeph.

—¿Acaso no lo hago siempre? —respondo, lanzándole una sonrisa malvada.

—Ella es más fuerte que eso —dice Corvus, uniéndose a nosotros aparentemente de la nada.

—¿Estabas acechando?

—Merodeando —dice con una amplia sonrisa.

Resoplo. —Espiendo.

—Protegiendo. Adelaide es especial.

—Oh, soy consciente —murmuro. Este encuentro solo ha acelerado lo que sea que estaba sintiendo por ella. Soy una criatura de sombra y caos, heredero de la Corte Oscura. No estoy hecho para relaciones ni nada más que un romance casual, pero Adelaide ha despertado algo profundo dentro de mí. Una bestia que se está desenrollando y estirando sus garras, hambrienta de más. Está claro que Corvus sabe algo sobre ella que nosotros no. O cree que lo sabe. De cualquier manera, esto no es una competencia. Quien llegue a ella primero, la obtiene para todos nosotros. Todos lo sabemos. Ni siquiera necesitamos discutirlo. Es un acuerdo tácito entre nosotros. La emoción de la persecución, el desafío de ganársela, es embriagador.

ADELAIDE

TROPIEZO A TRAVÉS DEL BOSQUE BRUMOSO, con el corazón acelerado. El encuentro con Zephyr me ha dejado consternada.

Fae Oscuros.

Los monstruos que acechan tus peores pesadillas.

Sus palabras resuenan en mi mente, enviando escalofríos hasta mi alma. Nunca había oído hablar de los Fae Oscuros hasta ahora, pero sé que necesito investigar. Necesito saber cuáles son sus poderes y qué puede hacerme.

Al salir repentinamente de la línea de árboles, me encuentro de alguna manera de vuelta en los terrenos de MistHallow. La imponente estructura gótica se alza ante mí, amenazante y reconfortante a la vez en su solidez. Me inclino, con las manos en las rodillas, tratando de recuperar el aliento y calmar mis pensamientos acelerados.

¿Qué demonios acaba de pasar? En un minuto, estaba dando un paseo matutino, intentando orientarme en este lugar confuso, y al siguiente, estaba atrapada en una burbuja de oscuridad con un tipo que afirmaba ser una especie de criatura de pesadilla.

Me resulta preocupante que haya algo innegablemente atractivo en Zephyr. La forma en que se mueve es fluida y depredadora. La energía oscura crepitando a su alrededor. Incluso mientras estaba aterrorizada antes, una parte de mí quería inclinarse hacia esa oscuridad, dejar que me envolviera.

—Mierda —murmuro, pasando una mano por mi cabello húmedo—. ¿Qué me pasa?

—Señorita Black —la voz del profesor Blackthorn me llega de la nada—. ¿Está todo bien?

Me enderezo. —Sí, profesor. Salí a correr.

Asiente lentamente, con los ojos entrecerrados, no muy convencido por mi mentira. —En efecto. Hoy se llevará a cabo la elección de Casa para los estudiantes que ya están aquí, en aproximadamente una hora. Será en el Salón Principal.

—¿Oh? ¿Necesito llevar algo?

—Solo a usted misma —dice con una sonrisa amistosa.

Asiento rápidamente, tratando de mantener la compostura. —Gracias, profesor. Estaré allí.

Mientras Blackthorn se aleja, respiro profundamente. La elección de Casa. ¿Qué significa eso? Es otro paso en este extraño nuevo mundo en el que me he encontrado. Una parte de mí está emocionada, curiosa por ver dónde terminaré. Pero otra parte está aterrorizada. ¿Y si no encajo en ningún lugar? ¿Y si me miran y se dan cuenta de que no pertenezco aquí después de todo?

Sacudo la cabeza, tratando de alejar los pensamientos negativos. No puedo dejarme caer en espiral de esta manera.

Dirigiéndome de vuelta a mi habitación, intento calmarme. Tengo una hora antes de la

elección. Tiempo suficiente para una ducha rápida y un cambio de ropa. Mientras me meto bajo el agua caliente, dejo que lave parte del miedo de mi encuentro en el bosque.

Limpia y vestida con ropa fresca, respiro profundamente y cuadro los hombros.

—Puedes hacerlo, Addy —murmuro—. Pertenece aquí tanto como cualquier otro.

Dirigiéndome al Salón Principal con la ayuda del mapa, ya que Orby está extrañamente ausente, siento un aleteo de nervios en el estómago. Los pasillos están ahora bulliciosos con otros estudiantes que se dirigen a esta elección. Capto fragmentos de charlas emocionadas mientras me quedo a un lado, sintiéndome como una pieza sobrante.

Corvus, Zephyr, Zaiah e Ignatius entran paseando, como uña y carne, susurrando entre ellos, lo que me pone aún más nerviosa.

Al entrar en el Salón Principal, todos los pensamientos de mi encuentro anterior con Zephyr se desvanecen momentáneamente. La pura grandeza del espacio me deja sin aliento.

El techo se eleva muy por encima, una obra maestra de la arquitectura gótica. Intrincadas bóvedas de nervaduras se extienden a lo largo de la expansión, encontrándose en hermosos medallones tallados. Ventanas de vidrieras alineadas en las paredes representan escenas de varias mitologías e historias sobrenaturales. La tenue luz del sol que se filtra a través de ellas proyecta un caleidoscopio de colores sobre el suelo de piedra pulida.

Enormes candelabros cuelgan del techo, sus cristales captando y refractando la luz. Pero estas no son lámparas ordinarias: las llamas que bailan en ellas parecen cambiar de color, desplazándose por el espectro en una exhibición hipnótica.

En el extremo más alejado del salón se encuentra un estrado elevado, sobre el cual hay una larga mesa. Los profesores ya están sentados allí, sus rostros solemnes. En el centro, el profesor Blackthorn se levanta, su presencia exigiendo atención inmediata.

—Bienvenidos, estudiantes de MistHallow —su voz se proyecta sin esfuerzo por todo el salón—. Hoy nos reunimos para la ceremonia preliminar de elección de Casas.

Un silencio cae sobre la multitud mientras Blackthorn continúa.

—Como algunos de ustedes ya saben, y para beneficio de nuestros nuevos estudiantes, la Casa en la que son colocados cambia cada año. Esto es para fomentar la diversidad, para desafiarlos a adaptarse y para prevenir el estancamiento.

Hace un gesto hacia cuatro grandes estandartes que cuelgan detrás del estrado, cada uno con un símbolo y color diferente.

—Nuestras cuatro Casas son Cartago, representada por el azul; Atenas, en verde; Roma, en rojo; y Troya, en dorado. Cada Casa valora diferentes cualidades, y cada una les ofrecerá oportunidades únicas de crecimiento y aprendizaje.

Me inclino hacia adelante, intrigada a pesar de mis persistentes nervios.

—La elección no es aleatoria, ni se basa únicamente en sus propias preferencias —explica Blackthorn—. Tiene en cuenta sus cualidades inherentes, su potencial y qué entorno fomentará mejor su crecimiento este año.

Hace una pausa, su mirada recorriendo a los estudiantes reunidos. —Cuando llame su nombre, por favor, den un paso al frente. El emblema de la Casa que brille será su hogar para este año académico.

Mi corazón comienza a acelerarse mientras Blackthorn empieza a llamar nombres. Observo cómo estudiante tras estudiante da un paso al frente, cada uno recibido por un emblema brillante y una ronda de aplausos de sus nuevos compañeros de casa.

—Corvus Sanguine —llama Blackthorn.

Me tenso, con la mirada fija en el enigmático vampiro.

Corvus avanza con paso arrogante, luciendo inusualmente rígido. Por un momento, no sucede nada. Luego, el emblema azul de Cartago comienza a brillar.

—Cartago le da la bienvenida, señor Sanguine —anuncia Blackthorn.

Mientras Corvus se dirige a la sección de Cartago, su mirada se cruza con la mía brevemente pero con intensidad.

—Zephyr Nightshade.

—Nightshade —susurro—. Un nombre bonito para una cara bonita.

Zephyr se mueve con gracia fluida, pero puedo ver la tensión en sus hombros. El emblema verde de Atenas se ilumina, y el rostro de Zephyr permanece impassible mientras se une a sus nuevos compañeros de casa.

—Ignatius Emberkin.

El iniciador de fuego da un paso adelante, con una sonrisa en su rostro. El emblema rojo de Roma brilla intensamente, e Ignatius levanta el puño con aparente satisfacción.

—Zaiah Wishmaster.

El djinn prácticamente flota hacia el frente, con una expresión de diversión distante. El emblema dorado de Troya cobra vida, y Zaiah hace una reverencia teatral antes de unirse a las filas troyanas.

Mis palmas están sudando ahora. Tiene que ser mi turno pronto.

—Adelaide Black.

Todas las miradas se vuelven hacia mí, y me quedo paralizada por un momento, luego me obligo a moverme hacia adelante. El pasillo parece imposiblemente largo, mientras cientos de estudiantes y profesores me observan mientras me dirijo al frente. Llego al profesor y me giro para enfrentar los emblemas, con el corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que todos pueden oírlo.

¿Y si ninguno de ellos se ilumina? ¿Y si soy una marginada? ¿Sin casa? ¿Me desterrarán?

No sucede nada durante lo que parece una eternidad. Luego, lentamente, el emblema azul de Cartago comienza a brillar.

—Cartago le da la bienvenida, señorita Black —dice Blackthorn, con un atisbo de sonrisa en su rostro.

Inspirando profundamente, me dirijo a la sección de Cartago. Al pasar junto a Corvus, me guiña un ojo de una manera que hace cosas a mi alma.

Lo ignoro y me concentro intensamente en Blackthorn mientras continúa asignando casas a todos.

Cuando no quedan más estudiantes, Blackthorn se vuelve hacia nosotros mientras los otros profesores se levantan y se separan en las diversas casas.

—A nuestros nuevos cartagineses —comienza Blackthorn, su mirada se detiene en mí por un momento—, soy vuestro jefe de casa para este año. Habéis sido elegidos por vuestra resiliencia, vuestra adaptabilidad y vuestro potencial de liderazgo. Cartago valora a aquellos que pueden levantarse de la adversidad, que pueden reconstruirse y reinventarse.

Sus palabras resuenan profundamente dentro de mí, tocando cuerdas que ni siquiera sabía que existían.

—Los cartagineses son los fénix de nuestro mundo —la voz de Blackthorn resuena, clara y fuerte—. Os levantáis de las cenizas de la adversidad, más fuertes y decididos que nunca. Vuestra resiliencia es vuestra mayor fortaleza.

Me pongo un poco más erguida, sintiendo una chispa de orgullo encenderse en mi pecho.

—En Cartago, valoramos la adaptabilidad —continúa—. El mundo está en constante cambio,

y aquellos que pueden doblarse sin romperse siempre sobrevivirán. Sois el agua que da forma a la roca, el viento que redirige la llama.

Recuerdos de todas las veces que he tenido que adaptarme, cambiarme para encajar o sobrevivir, pasan por mi mente. Por una vez, no siento vergüenza de estos recuerdos, sino una sensación de logro.

—El liderazgo en Cartago no se trata de gobernar a los demás —los ojos de Blackthorn parecen encontrarse con los míos por un momento—. Se trata de inspirar el cambio, de ver potencial donde otros ven ruina. Vosotros sois los visionarios, los que pueden construir imperios desde cero.

Pienso en mi madre, en cómo siempre me ha animado a defenderme, a forjar mi propio camino. Quizás tengo más potencial de liderazgo del que me di cuenta.

—Por encima de todo —la voz de Blackthorn se suaviza ligeramente—, Cartago valora la integridad. En un mundo de lealtades cambiantes y agendas ocultas, vosotros sois las constantes. Vuestra palabra es vuestro vínculo, vuestras acciones hablan más alto que cualquier proclamación.

Se me forma un nudo en la garganta. Integridad. Es algo por lo que siempre me he esforzado, incluso cuando habría sido más fácil mentir.

Tal vez este es el lugar al que pertenezco. Tal vez aquí, rodeada de otros que valoran las mismas cosas que yo, pueda finalmente empezar a entender quién soy realmente. En Cartago, quizás encuentre no solo una casa, sino un hogar.

—Vuestro color de casa es el azul —continúa Blackthorn—, representando el vasto océano que Cartago una vez dominó. Como el mar, se espera que seáis profundos, poderosos y capaces de grandes cambios.

Mientras Blackthorn continúa, miro a mi alrededor a mis nuevos compañeros de casa. Hay una mezcla de expresiones: emoción, nerviosismo, orgullo. Corvus me mira y me lanza su sonrisa exasperante.

Genial. Todo un año lidiando con él de cerca y personal.

Pero mientras escucho a Blackthorn describir las cualidades de Cartago, siento una sensación de pertenencia.

—Ahora —dice Blackthorn con una lenta sonrisa—. ¡Empecemos esto con una misión! ¿Quién está listo para el desafío?

Corvus levanta la mano, sin apartar sus ojos de mí. Yo levanto la mía, y frunzo el ceño por un momento, pero creo que esto es todo yo. ¿Cómo podré estar segura alguna vez?

Pero esto es. Este es un nuevo capítulo en mi vida en MistHallow, y será mejor que me acostumbre rápido o me quedaré atrás.

ADELAIDE

MIENTRAS BLACKTHORN RECORRE con la mirada las manos levantadas, asiente con aprobación. —Excelente. Ahora agrúpense.

Mi corazón se acelera mientras me muevo para pararme junto a Corvus. Él se inclina ligeramente mientras susurra: —¿Lista para una aventura, muñeca?

Reprimo un escalofrío, sin estar completamente segura si es por inquietud o emoción. —Nací lista —murmuro en respuesta, manteniendo mis ojos fijos en Blackthorn mientras hurgo en el bolsillo de mis vaqueros en busca de una goma para el pelo. Encuentro una y recojo mi cabello, enroscándolo en un moño apretado en la parte superior de mi cabeza con una facilidad nacida de años de clases de ballet cuando era niña. Ignoro los ojos de Corvus sobre mí mientras me concentro en Blackthorn.

Los ojos del profesor brillan con algo que podría ser diversión mientras se dirige a nosotros. —Vuestra misión es recuperar el Cáliz de Cartago del Laberinto de las Sombras.

Un jadeo colectivo recorre la multitud. No tengo ni idea de lo que eso significa, pero claramente, esta no es una tarea pequeña.

—El Laberinto de las Sombras —continúa Blackthorn— es una construcción mágica que cambia y se transforma. Está diseñado para poner a prueba vuestras habilidades físicas, vuestra fortaleza mental y el trabajo en equipo. El cáliz está escondido en su corazón.

Hace una pausa, su mirada se intensifica. —Estad advertidos: el laberinto está lleno de ilusiones y trampas. Confiad en vuestros instintos, pero más importante aún, confiad los unos en los otros. Tenéis hasta la puesta del sol para completar vuestra misión.

Con un movimiento de su mano, aparece un portal brillante a nuestra izquierda. A través de él, puedo ver la entrada de lo que debe ser el Laberinto: un arco imponente de piedra oscura, más allá del cual se encuentra una niebla impenetrable.

—Buena suerte —dice Blackthorn, con un atisbo de sonrisa en sus labios—. Y recordad, en Cartago, nos elevamos ante cada desafío.

Corvus se vuelve hacia mí, sus ojos azules brillando de emoción. —¿Vamos, compañera?

Respiro hondo, cuadrando los hombros. —¿Compañera? ¿Desde cuándo?

Él se encoge de hombros. —Mejor emparejarnos. ¿No te has dado cuenta de que somos los únicos vampiros en la Casa este año?

Miro alrededor pero no encuentro nada. No puedo distinguir a un vampiro de un cambiaformas en forma humana. —Me pregunto por qué será —murmuro.

—Oh, se me ocurren algunas buenas razones —murmura Corvus en respuesta—. ¿Vamos? —Se inclina ligeramente, dejándome pasar para atravesar el portal detrás de todos los demás.

La magia cosquillea contra mi piel cuando pasamos bajo el arco de piedra, la niebla

arremolinándose a nuestro alrededor, fría y húmeda. El portal desaparece detrás de nosotros, dejándonos solos en el silencio fantasmal del Laberinto.

—Bueno —dice Corvus, su voz anormalmente alta en la quietud—, esto es acogedor.

Pongo los ojos en blanco, pero agradezco su intento de humor. La atmósfera opresiva del lugar ya está empezando a afectarme.

Avanzamos, la niebla se aparta a regañadientes ante nosotros, solo para cerrarse de nuevo detrás. Las paredes del Laberinto se alzan a ambos lados, hechas de la misma piedra oscura que el arco de entrada. Parecen absorber la poca luz que hay, haciendo difícil ver más allá de unos pocos metros por delante.

—¡Eh! —digo de repente—. ¿Dónde está todo el mundo?

Corvus mira alrededor, con los ojos entrecerrados. —Nos ha separado.

—¿Y por qué haría eso? —replico, creciendo mi ansiedad porque este idiota Laberinto me ha forzado a una proximidad solitaria y cercana con una criatura en la que no confío ni un poco.

Él se encoge de hombros otra vez, sin preocuparse. —Concentrémonos en la misión, ¿vale? Esto es ahora una carrera para encontrar el cáliz primero.

—¿Así que nos separó a propósito? ¿Cómo es eso trabajo en equipo?

No me responde, sus ojos escaneando nuestro entorno.

—¿Alguna idea de cómo navegar por este lugar? —pregunto, tratando de mantener mi voz firme.

—En un laberinto normal, diría que mantuviéramos una mano en la pared y la siguiéramos. Pero algo me dice que este lugar no juega con reglas normales.

Como para probar su punto, la pared a nuestra derecha de repente cambia, derritiéndose para revelar un nuevo pasaje.

—Vale —murmuro—, eso es desconcertante.

—¿Todavía tienes esa brújula contigo, muñeca?

—No.

—No lo creía. Vamos —dice Corvus con determinación—. Sigamos moviéndonos. Quedarnos quietos no nos llevará a ninguna parte.

Continuamos, tomando giros aparentemente al azar. El Laberinto está cambiando constantemente a nuestro alrededor, los pasajes aparecen y desaparecen, a veces incluso mientras caminamos a través de ellos. Es mareante y más que un poco aterrador.

Después de lo que parece horas de vagar, doblamos una esquina y nos encontramos cara a cara con... nosotros mismos.

Parpadeo, sobresaltada. Es como mirar en un espejo, excepto que el reflejo se mueve independientemente. La otra Adelaide y Corvus nos miran con las mismas expresiones sorprendidas que estoy segura de que estamos usando.

—¿Qué coño? —suelto.

Corvus sisea. —Es una ilusión. No te involucres con ella.

¿Ella?

Pero cuando intentamos pasar, nuestros dobles se interponen en nuestro camino.

—¿Estás seguro de eso? —dice el otro Corvus, su voz idéntica a la del real—. Tal vez nosotros somos los reales, y vosotros sois las ilusiones.

Siento un escalofrío recorrer mi columna vertebral. La otra Adelaide me mira con lástima y desprecio que se siente incómodamente familiar.

—No perteneces aquí —dice, haciendo eco de mis miedos más profundos—. No eres especial, eres solo un error. Una mestiza fenómeno que no encaja en ningún lado.

Me estremezco, las palabras dando en el blanco más fuerte de lo que me gustaría admitir. A mi lado, Corvus me está mirando mientras las duras palabras de la otra Adelaide me afectan más de lo que quisiera.

—No les escuches —dice.

Por instinto, extendiendo la mano y agarro la suya. Su piel está fría contra la mía, pero hay una chispa de electricidad en el contacto.

Su agarre suelto en mi mano se aprieta después de una vacilación que dice mucho. —Solo están jugando con nuestras inseguridades. Somos reales, estamos aquí, y vamos a completar esta misión.

Aprieto su mano. —Tienes razón. Buen intento, otros nosotros, pero no vamos a caer en eso.

Con un sonido como de cristal rompiéndose, los dobles se disuelven en niebla. El pasaje adelante está despejado.

Sonriéndonos el uno al otro, avanzamos, aún cogidos de la mano. Ninguno de los dos lo menciona, pero por una vez en mi vida, agradezco el contacto. Es un recordatorio de que no estoy sola en este mundo extraño y cambiante. Se siente natural, lo cual es lo más antinatural del mundo para mí. Intento no pensar demasiado en ello y me concentro en lo que estoy haciendo.

Mientras navegamos por los retorcidos pasadizos, el Laberinto parece decidido a ponernos a prueba a cada paso. Doblamos una esquina y, de repente, el suelo bajo nuestros pies comienza a desmoronarse.

—¡Adelaide, salta! —grita Corvus, apretando su mano contra la mía.

Salto hacia adelante justo cuando el suelo cede por completo, revelando un pozo de sombras retorciéndose debajo. La velocidad vampírica de Corvus le permite lanzarse hacia adelante y atraparme en el aire, llevándome a un lugar seguro al otro lado del abismo.

Nos quedamos allí por un momento, con los corazones acelerados, mientras miramos fijamente el vacío donde hace segundos había suelo firme.

—Gracias —suspiro, aún aferrada a su brazo—. Parece que mi mitad vampira es lenta para reaccionar.

Corvus asiente, sus ojos escaneando el camino por delante, ignorando mi comentario.

—Tenemos que ser más cuidadosos. Este lugar está activamente tratando de eliminarnos.

Apenas han salido las palabras de su boca cuando escuchamos un rugido bajo. Las paredes a ambos lados comienzan a moverse, cerrándose lenta pero inexorablemente.

—Oh, tienes que estar bromeando —murmuro, mirando frenéticamente alrededor en busca de una ruta de escape.

Corvus toma mi mano de nuevo.

—¡Por aquí! —grita, arrastrándome hacia adelante a la carrera.

Corremos por el pasillo que se estrecha, las paredes rozando nuestros hombros mientras avanzamos. Su velocidad vampírica me arrastra en su estela, y mis pies son incapaces de mantener el ritmo. Tropiezo, pero él no disminuye la velocidad. En cambio, parece que me elevo del suelo y floto detrás de él mientras me tira. Es la experiencia más surrealista que he tenido jamás, y me deja sin aliento.

Adelante, puedo ver que el pasaje termina en una pared sólida.

—¡Corvus, es un callejón sin salida! —grito, con el pánico subiendo por mi garganta.

Pero él no disminuye la velocidad. En su lugar, se gira en medio de la carrera y me rodea la cintura con un brazo y grita:

—¡Agárrate fuerte!

Usando su fuerza vampírica, Corvus salta hacia arriba justo cuando llegamos al final del

corredor.

—¡Aaaah! —grito mientras nos elevamos por el aire, y me mantiene en su lugar con solo un brazo.

Sus dedos se aferran a la parte superior de la pared y, con un gruñido de esfuerzo, nos impulsa a ambos hacia arriba y por encima.

Caemos al suelo del otro lado, rodando lejos del borde justo cuando las paredes se cierran de golpe con un estruendo atronador.

Por un momento, nos quedamos ahí tumbados, recuperando el aliento. Entonces Corvus empieza a reír. Sin miedo, sin agotamiento, sin pánico, solo alegría.

—Bueno —dice, sentándose y sacudiéndose el polvo de la ropa—, eso fue emocionante.

—¡Estás jodidamente loco! —replico, pero me uno a su risa, la liberación de la tensión se siente casi eufórica—. ¿Siempre es así una vez que comienza el semestre? —pregunto.

Corvus sonríe, ayudándome a ponerme de pie.

—Solo en los buenos días.

Me suelta y lamento la pérdida del contacto de su piel fría con la mía. Parece aliviar la comezón que siento justo debajo de la superficie.

Mientras continuamos, me vuelvo más consciente de los trucos del Laberinto. Cuando una sección del suelo delante de nosotros se vuelve repentinamente translúcida, revelando otro pozo de sombras, soy yo quien lo nota primero.

—¡Espera! —grito, agarrando la parte trasera de la chaqueta del traje de Corvus para tirar de él hacia atrás—. Mira el suelo.

Él asiente aprobatoriamente.

—Buena atrapada. Pero ¿cómo cruzamos?

Aparto el pensamiento molesto de que me dejó tener esa victoria y miro alrededor, notando una serie de piedras sobresalientes en la pared junto a nosotros.

—Agarraderas —digo, señalando—. Podemos trepar para cruzar.

Corvus levanta una ceja.

—Arriesgado, pero podría ser nuestra única opción. ¿Las damas primero?

—Oh, qué amable, ¿así puedes ver si caigo a mi muerte primero?

—Eres inmortal. Sobrevivirás —se burla.

—Vete a la mierda —gruño y tomo un profundo respiro, preparándome. Luego, extendiendo la mano, agarro la primera agarradera y comienzo a cruzar la pared. Es lento, y mis brazos pronto están doloridos por el esfuerzo, pero me obligo a seguir moviéndome.

A mitad de camino, mi pie resbala. Por un momento que me detiene el corazón, estoy colgando solo de las puntas de mis dedos sobre el pozo de sombras.

—¡Adelaide! —grita Corvus, con alarma clara en su voz.

Pero algo dentro de mí se niega a rendirse. Con un gruñido de esfuerzo y una fuerza que no sabía que tenía, balanceo mi cuerpo, logrando enganchar mi pie de vuelta en un agarre. Apretando los dientes, continúo, finalmente alcanzando el otro lado.

—Lado vampiro, activado —grita Corvus—. Buen trabajo.

Tan pronto como mis pies tocan suelo firme, me doy la vuelta para ver a Corvus hacer el cruce. Se mueve rápida y graciosamente, mostrando sus habilidades sobrenaturales mientras cruza la distancia rápidamente.

Aterrizo a mi lado, con una nota de genuina admiración en su voz.

—¿Lo sientes?

Sonrío, sintiendo una oleada de orgullo.

—Más o menos. Sí, en ese momento, no tanto ahora.

Él asiente como si entendiera, pero ¿cómo puede hacerlo cuando ni siquiera yo lo entiendo?

A medida que avanzamos más profundamente en el Laberinto, los desafíos se vuelven cada vez más peligrosos. Doblamos una esquina y nos enfrentamos inmediatamente a un largo corredor lleno de agujeros de aspecto ominoso en las paredes.

—No me gusta el aspecto de esto —murmuro, mirando el pasaje con cautela.

Corvus asiente, su cuerpo tenso.

—Mantente alerta. Algo no está bien aquí.

Damos un paso cauteloso hacia adelante y, de repente, un chorro de llamas erupciona de uno de los agujeros, casi chamuscando mi cabello.

—¡Atrás! —grita Corvus, empujándome contra la pared mientras más llamas salen disparadas en rápida sucesión.

El calor es intenso, el rugido del fuego ensordecedor. Puedo sentir el sudor formándose en mi frente mientras nos apretamos contra la piedra fría.

—Tenemos que cronometrar esto perfectamente —dice Corvus, sus ojos moviéndose de un lado a otro, estudiando el patrón de las llamas—. Hay una fracción de segundo entre las explosiones. Tendremos que correr y esquivar.

Asiento, con el corazón acelerado.

—De acuerdo, pero ¡no soy tan rápida como tú!

Él sonríe y extiende su mano. Alargo la mía y la tomo, temblando incontrolablemente.

Corvus cuenta regresivamente:

—Tres... dos... uno... ¡Ahora!

Corremos hacia adelante, agachándonos y esquivando mientras chorros de llamas erupcionan a nuestro alrededor. El calor es abrumador, y puedo oler tela chamuscada cuando una llama alcanza el borde de mi manga. Pero no hay tiempo para detenerse. Seguimos corriendo, guiados por los agudos sentidos vampíricos de Corvus y mis propios instintos en desarrollo.

Justo cuando llegamos al final del corredor, una última explosión de llamas sale disparada directamente en nuestro camino. Corvus me agarra y me empuja hacia abajo en un deslizamiento. Nos deslizamos por el suelo de piedra, las llamas pasando inofensivamente por encima de nosotros, y caemos rodando en la siguiente cámara, él encima de mí, aplastándome con su peso.

Por un momento, yacemos ahí, jadeando, mirándonos a los ojos. Sus labios están a milímetros de los míos, y dejo escapar un pequeño jadeo. Su mirada se detiene en mi boca y se demora por un latido. Una descarga eléctrica me recorre. Pero entonces parpadea, y el momento pasa. Rápidamente se aparta de mí y se pone de pie, ofreciéndome una mano para ayudarme a levantarme.

—¿Estás bien? —pregunta, con la voz un poco más ronca de lo habitual.

Asiento, tratando de ignorar la persistente frescura donde su cuerpo había presionado contra el mío. —Sí, estoy bien. Solo un poco chamuscada —examino con pesar el borde quemado de mi manga.

Corvus extiende la mano y toca suavemente la tela quemada, sus dedos fríos rozando mi piel. —Eso estuvo demasiado cerca —murmura, luego parece darse cuenta y da un paso atrás.

Pero nuestro respiro es de corta duración. La habitación a nuestro alrededor comienza a cambiar. El suelo se inclina bruscamente hacia un lado, luego hacia el otro. Las paredes parecen girar, el techo se convierte en el suelo y viceversa.

—¿Qué demonios? —jadeo, luchando por mantener el equilibrio mientras la habitación gira

a nuestro alrededor, haciéndome querer vomitar por el mareo.

Corvus se agarra a una piedra saliente, anclándose. —¡La gravedad está cambiando! ¡Necesitamos adaptarnos rápidamente!

Mientras habla, el "suelo" sobre el que estamos parados de repente se convierte en una pared. Empiezo a caer, pero Corvus extiende la mano, atrapando la mía. Nos balanceamos ahí por un momento antes de que la habitación cambie de nuevo, y luchamos por encontrar apoyo en lo que antes era el techo.

—¡Esto es una locura! —grito, mi mente luchando por dar sentido a la orientación en constante cambio.

—¡No pienses en ello! —me responde Corvus—. ¡Solo reacciona! ¡Confía en tus instintos! Tienes un vampiro fuerte dentro de ti, Adelaide. Déjalo tomar el control.

Respirando profundamente, intento dejar de lado mis preconceptos sobre arriba y abajo. Me relajo y hago que el vampiro dentro de mí tome el control. Mientras la habitación continúa cambiando, me muevo con ella, saltando de pared a techo a suelo mientras la gravedad se realinea.

Corvus y yo navegamos por la cámara como en una danza bizarra, saltando y girando, a veces atrapándonos mutuamente, a veces usando el impulso de los cambios para impulsarnos hacia adelante. Es mareante y emocionante, y para cuando finalmente llegamos a la salida, ya no estoy segura de cuál es la dirección correcta.

Nos tambaleamos hacia el siguiente corredor, desplomándonos mientras esperamos que el mundo deje de girar.

—¿Te importa si vomito? —suelto, cerrando los ojos y agarrándome la cabeza.

—Solo si te importa que yo lo haga —replica.

Antes de que pueda responder, el aire a nuestro alrededor parpadea. De repente, estamos rodeados por múltiples versiones de nosotros mismos, cada una señalando un camino ramificado diferente. —No otra vez —gimo mientras nos ponemos de pie.

—¡Por aquí! —gritan todos simultáneamente, sus voces coincidiendo perfectamente con las nuestras.

Me quedo paralizada, sin saber hacia dónde girar. —¿Corvus? —susurro, buscando su mano.

Pero cuando miro, hay múltiples, cada uno instándome a seguir un camino diferente. El pánico comienza a subir por mi garganta. ¿Cuál es el real? ¿Cómo puedo saberlo?

—Adelaide —dicen todos—, confía en mí. Este es el camino correcto.

Cierro los ojos, tratando de bloquear la confusión visual. Recuerdo lo que Corvus dijo antes sobre confiar en mis instintos. Respirando profundamente, extendiendo mis sentidos, tratando de sentir al verdadero Corvus.

Cerca de mí, escucho un pulso débil, un aroma familiar y una atracción en cierta dirección. Sin abrir los ojos, extendiendo la mano y agarro una mano. —Por aquí —digo con firmeza, tirando del verdadero Corvus por uno de los caminos.

Mientras avanzamos, escucho las ilusiones desmoronándose detrás de nosotros. Cuando finalmente abro los ojos, estamos solos en un corredor normal por una vez.

Corvus me mira con algo demasiado suave para mi gusto. —¿Cómo lo supiste?

Me encojo de hombros, sintiéndome un poco sorprendida yo misma. —Lo sentí. Algo en los otros no se sentía bien.

Asiente lentamente, una sonrisa maliciosa curvando sus labios. —Me conoces, muñeca. Me conmueve.

Lo golpeo en el brazo tan fuerte como puedo, luego grito, sacudiendo mi puño. —Eres un

imbécil, ¿lo sabías? —espeto.

—Me han llamado cosas peores —se ríe—. Ven. Terminemos con esto.

No puedo evitar la oleada de orgullo. Estamos enfrentando estos desafíos juntos, sí, pero también estoy descubriendo fortalezas que nunca supe que tenía. Por primera vez desde que llegué a MistHallow, estoy empezando a ver por qué estoy aquí.

—Estas pruebas parecen estar diseñadas para vampiros —murmuro.

—Definitivamente. Por eso nos separó, para probarnos con desafíos contruidos para cada especie.

—Este laberinto es un cretino.

—No lo digas muy alto, aún no estamos fuera de peligro.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad de pruebas y trampas, doblamos una esquina y nos encontramos en una gran cámara circular. Un reluciente cáliz de plata se encuentra en el centro sobre un pedestal de mármol negro.

—El Cáliz de Cartago —susurra Corvus, con los ojos muy abiertos.

Nos acercamos con cautela, atentos a cualquier trampa final. Pero nada sucede mientras nos acercamos. El cáliz está ahí, brillando inocentemente en la tenue luz.

—¿Debería...? —pregunto, con la mano flotando vacilante.

Corvus asiente. —Adelante. Te lo has ganado con creces.

—¿Parece demasiado fácil?

—¿Después de lo que acabamos de pasar? Has visto demasiadas películas de Indiana Jones —bromea.

—O tal vez no las suficientes —murmuro, pero tomo el salto de fe y extendiendo la mano.

Cuando mis dedos se cierran alrededor del frío metal del cáliz, hay un repentino destello de luz azul. Las paredes del Laberinto se desvanecen, y nos encontramos de vuelta en el Salón Principal de MistHallow.

Blackthorn se acerca, con una sonrisa orgullosa en su rostro. —Felicitaciones —dice—. Han completado con éxito su búsqueda y se han probado como verdaderos cartagineses.

Miro el cáliz en mis manos, luego a Corvus. Está sonriendo, su cabello usualmente perfecto despeinado, y su ropa ligeramente desaliñada por nuestra aventura. Me doy cuenta de que probablemente me veo igual de desastrosa, pero no me importa.

—Lo logramos —digo, una lenta sonrisa extendiéndose por mi rostro.

Corvus asiente, sus ojos brillando con algo que podría ser admiración. —Hacemos un buen equipo, muñeca.

—Adelaide, Corvus —dice Blackthorn, tomando el cáliz de mis manos—. Han demostrado un valor, ingenio y trabajo en equipo excepcionales hoy. Estas son las cualidades que más valoramos en Cartago. Pero más que eso, han demostrado la capacidad de enfrentar sus miedos y superarlos. Adelaide, depositaste tu confianza en Corvus y dejaste que te guiara, y Corvus, asumiste el papel de mentor para ayudar a Adelaide. Son todo un equipo. Estas son las verdaderas marcas de un cartaginés. El Cáliz de Cartago es más que un simple trofeo. Es un símbolo del potencial dentro de cada uno de ustedes. Así como ustedes dos trabajaron juntos para recuperarlo, todo Cartago debe trabajar unido este año para enfrentar los desafíos que nos esperan.

Mientras Blackthorn termina su discurso, mi mirada se dirige hacia Corvus. Está escuchando atentamente, pero hay una suavidad en su expresión que no había visto antes. Cuando me sorprende mirándolo, me da una pequeña sonrisa genuina que hace que mi corazón se salte un latido.

Aparto la mirada rápidamente, sintiendo cómo el rubor sube por mis mejillas. ¿Qué me pasa? Este es Corvus, el arrogante e irritante Corvus que intentó controlarme. No debería estar sintiendo lo que sea que esto es. ¿O sí?

Pero no puedo negar que algo ha cambiado entre nosotros. Enfrentar juntos los desafíos del Laberinto, vernos en nuestros momentos más vulnerables ha creado un vínculo que no estoy segura de cómo definir.

Cuando Blackthorn nos despide, Corvus se inclina cerca de mí.

—Entonces, compañera. ¿Te apetece ir a comer algo? No sé tú, pero las experiencias cercanas a la muerte siempre me dejan hambriento.

Me río a pesar de mí misma. —Claro, ¿por qué no? Podría comerme un caballo después de todo esto.

—Bueno, no puedo prometerte un caballo, pero estoy seguro de que podemos encontrar algo para satisfacer tu apetito —dice con un guiño.

Mientras nos dirigimos hacia el comedor, me encuentro lanzando miradas furtivas a Corvus. La forma en que se mueve, confiado pero relajado. Cómo se le arrugan ligeramente las comisuras de los ojos cuando sonrío. Cómo parece estar siempre consciente de dónde estoy, ajustando su paso para igualar el mío.

Es desconcertante, pero no del todo desagradable.

Tomamos nuestra comida —un filete poco hecho para mí, una taza de sangre sintética para Corvus— y encontramos un rincón tranquilo para sentarnos.

—Así que —dice Corvus mientras nos acomodamos—, esa fue toda una aventura, ¿no?

Asiento, cortando mi filete. —Fue intenso. Nunca había experimentado nada parecido antes.

—Te manejaste bien —dice, y hay una nota de genuina admiración en su voz que me hace levantar la mirada—. La mayoría de la gente se habría derrumbado al enfrentarse así a sus miedos más profundos.

Me encojo de hombros, tratando de restarle importancia al cumplido. —Estoy segura de que tú has enfrentado cosas peores.

Corvus se queda callado por un momento, haciendo girar su taza pensativamente. —Te sorprenderías —dice finalmente—. Todos tenemos nuestros demonios, Adelaide. Incluso aquellos de nosotros que parecemos tenerlo todo bajo control.

Hay una vulnerabilidad en su voz que me toma por sorpresa. Por un momento, veo más allá del exterior arrogante, a la persona que hay debajo: alguien que, como yo, está tratando de encontrar su lugar en un mundo que no siempre tiene sentido.

—Bueno, me alegro de que hayamos enfrentado nuestros demonios juntos.

Corvus me mira, sorprendido. Luego sonrío, una sonrisa real y cálida que transforma su rostro.

—Yo también, Dollie —dice suavemente—. Yo también.

ADELAIDE

PASANDO por la biblioteca de camino a mi habitación, busco libros sobre hadas oscuras en el catálogo de magia y encuentro la sección en el tercer piso. Subiendo rápidamente las escaleras, localizo el enorme área en la esquina del piso y comienzo mi búsqueda de Introducción a la Magia de las Hadas Oscuras. Quiero saber exactamente qué poderes tiene Zephyr para poder armarme la próxima vez. Sacando el pesado tomo, bajo las escaleras y salgo a la creciente noche. Para alguien que se supone que debe mantener un horario nocturno, estoy fuera y activa más durante el día que nunca. Mañana, planeo rectificar esto.

Antes de que pueda alcanzar la puerta de la Torre Norte, me detengo en seco cuando Zaiah aparece frente a mí, haciéndome saltar.

—Hola, preciosa —dice—. Me enteré de que ganaste el Cáliz de Cartago.

—Las noticias viajan rápido —murmuro, mirando fijamente sus ojos blancos—. Y no, antes de que digas algo más, no deseo nada. Nunca desearé nada. ¿De acuerdo?

Se ríe y levanta las manos.

—Vale, tranquila. No iba por ahí. ¿No vas a preguntarme si gané el Cáliz de Troya?

—Bueno, no lo iba a hacer, pero supongo que te mueres porque te lo pregunte, así que, Zaiah, ¿ganaste el Cáliz de Troya?

—¡Pues sí, lo hice! ¡Gracias por preguntar, Adelaide! —Me sonrío radiante, y yo me río como una tonta. Todo esto es tan normal que olvido lo peligrosos que pueden ser los genios... bueno, los djinn, en su caso. Todos sabemos que los deseos no son tan simples como eso. Tiene que haber un equilibrio.

—Bueno, felicidades —digo, tratando de rodearlo—. Realmente debería volver a mi habitación ahora.

Pero Zaiah se mueve conmigo, bloqueando mi camino. Su sonrisa sigue siendo amistosa, pero la intensidad en su mirada me hace sentir incómoda.

—¿Todo bien, Adelaide?

Aprieto el libro contra mi pecho, sintiendo que mi corazón se acelera.

—Estoy cansada —miento—. Ha sido un día largo.

Zaiah da un paso más cerca, y yo instintivamente retrocedo, encontrándome presionada contra la pared de la torre. No me toca, pero está lo suficientemente cerca como para que pueda sentir las ondas de poder emanando de su cuerpo.

Mi respiración se entrecorta mientras el pánico comienza a apoderarse de mí. Ahora mismo, con Zaiah tan cerca, siento como si mi piel se estuviera erizando. Pero en realidad no me ha tocado, y una pequeña parte de mi cerebro reconoce que está teniendo cuidado de no hacerlo. Es entonces cuando me doy cuenta de que mi piel no está picando por alejarse de él, sino todo lo

contrario.

Zaiah coloca sus manos en la pared a ambos lados de mi cabeza, encerrándome sin hacer contacto. Sus ojos blancos penetran los míos, y de repente, siento ese extraño tirón en mi alma otra vez. Es como si un hilo invisible nos conectara, atrayéndome hacia él a pesar de mi miedo.

—¿Qué me estás haciendo? —susurro, con la voz temblorosa.

Inclina la cabeza, con una expresión curiosa en su rostro.

—¿Lo sientes?

Es aterrador y emocionante, pero me siento conectada a Zaiah en un nivel fundamental, como si nuestras almas se estuvieran reconociendo mutuamente. La parte racional de mi cerebro me grita que corra, que lo empuje, pero otra parte —una parte que ni siquiera sabía que existía— quiere acercarse más, aún más cuando veo que él también lo siente. ¿Qué significa eso?

Mis emociones son un torbellino. Miedo, curiosidad, atracción y algo más profundo, más primario, se arremolinan juntos hasta que no puedo distinguir dónde termina uno y comienza otro. El libro en mis manos se siente como un ancla, lo único que me mantiene anclada a la realidad.

La mirada de Zaiah se suaviza, y se inclina ligeramente.

—Adelaide —suspira, mi nombre sonando como una caricia en sus labios.

De repente, algo dentro de mí se rompe. Antes de que pueda pensar en lo que estoy haciendo, extendiendo mi mano libre, agarro un puñado de la camisa de Zaiah y lo atraigo hacia mí. Nuestros labios chocan en un beso profundo, apasionado y completamente inesperado.

Por un momento, Zaiah se queda congelado por la sorpresa. Luego, con un gemido bajo, responde, sus labios moviéndose contra los míos con una habilidad que hace que mis rodillas se debiliten. Es el mejor beso que he tenido jamás. Es como fuego y hielo, dulce y picante, suave y duro a la vez.

Mis emociones explotan en un caleidoscopio de sensaciones. El miedo sigue ahí, pero está eclipsado por una oleada de deseo tan intensa que me deja sin aliento. Mi sexo está húmedo, y me siento poderosa y vulnerable, asustada y excitada. Es abrumador e intoxicante, y por un momento, me olvido de todo lo demás.

Pero entonces, tan repentinamente como comenzó, termina. Zaiah se aparta bruscamente, dejándome tambaleando ligeramente. Abro los ojos, confundida y un poco herida, solo para verlo con el brazo extendido, la palma hacia afuera.

Mi mirada sigue el brazo de Zaiah, y siento que mi cuerpo se congela de terror cuando escucho un chillido agudo que me hiela la sangre.

Flotando en el aire, atrapada en la magia de Zaiah, hay una criatura salida directamente de una pesadilla. Es como un águila de gran tamaño, pero con elementos claramente sobrenaturales. Sus plumas brillan con un resplandor iridiscente de otro mundo, y sus ojos resplandecen con una inteligencia antinatural. Pero lo que mantiene mi atención son sus garras: afiladas como navajas y claramente destinadas a cortar y rebanar.

La criatura lucha contra el agarre de Zaiah, su chillido aumentando de tono hasta que quiero cubrirme los oídos. Pero no puedo moverme. Estoy congelada en mi lugar, con la espalda aún contra la pared de la torre, el libro apretado contra mi pecho como un escudo.

Mientras miro fijamente a la bestia, con la mente dando vueltas por el abrupto cambio de un beso apasionado a un peligro mortal, un pensamiento logra atravesar el pánico:

¿Qué demonios es esta cosa?

ZAIAH

LO SENTÍ SEGUNDOS antes de separarme de Adelaide. Percibí el peligro. Fue como un cambio en el aire, una perturbación en el tejido mágico de MistHallow. Reaccioné por puro instinto, extendiendo mi mano para atrapar a la criatura en pleno vuelo.

El Strix lucha contra mi magia mientras Adelaide deja escapar un grito de pánico. Sus garras afiladas como navajas se agitan inútilmente en el aire. Su chillido perfora la noche, y sé que no tenemos mucho tiempo antes de que lleguen más.

Sin dudarlo, rodeo la cintura de Adelaide con un brazo, ignorando su sorprendido jadeo. —Agárrate fuerte —murmuro, y en un parpadeo, ya no estamos en el patio sino en mi habitación.

Suelto a Adelaide y me muevo rápidamente hacia las ventanas, cerrándolas y corriendo las pesadas cortinas. La habitación se sumerge en una semioscuridad, iluminada solo por el suave resplandor de orbes encantados que flotan cerca del techo.

—Zaiah, ¿qué demonios...? —empieza Adelaide, con voz temblorosa.

—Shh —la interrumpo, levantando una mano. Cierro los ojos, concentrando mi energía. En voz baja, murmuro una llamada que resuena a través de las frecuencias mágicas de MistHallow.

—Zephyr, Corvus, Ignatius. Venid.

Momentos después, cuando abro los ojos, el aire parpadea y Zephyr se materializa en la habitación con Corvus firmemente agarrado. Ignatius aparece en una torre de llamas que se disipa para revelar su rostro preocupado. Sus expresiones cambian de confusión a alerta mientras asimilan la escena.

—Strix —digo a modo de explicación—. Al menos uno, más en camino.

Los ojos de Corvus se entrecierran. —¿Strix? ¿Aquí? ¿Cómo es posible?

—¿Qué es un Strix? —pregunta Adelaide, con voz pequeña y asustada.

Me giro hacia ella, observando su rostro pálido y sus manos temblorosas. El libro que llevaba aún lo tiene aferrado como si fuera a salvarla. —Es un asesino sobrenatural —explico con suavidad—. Y parece que alguien los ha enviado para... bueno, para decirlo sin rodeos, acabar contigo.

Los ojos de Adelaide se abren de par en par por la conmoción. —¿Conmigo? ¿Por qué no contigo?

—No tengo tantos enemigos.

—Yo tampoco —sisea ella.

—Que tú sepas. Eres nueva en este mundo, pequeña muñeca —murmura Corvus.

—Entonces, ¿quién...? —Se interrumpe, viéndose aún más asustada.

—Esa es la pregunta del millón, ¿no? —dice Zephyr, con su energía oscura chisporroteando a su alrededor—. Los Strix no son enviados por cualquiera. Alguien de alto rango.

—¿Qué? —Adelaide niega con la cabeza, pareciendo perdida—. No lo entiendo. No conozco a nadie que quiera verme muerta. ¡Acabo de llegar aquí!

Observo cómo Corvus se acerca a ella, con movimientos lentos y no amenazantes. Roza su mejilla con el dorso de la mano. —Oye, está bien —dice suavemente—. No vamos a dejar que te pase nada.

En un instante, estoy a su lado, apartando su mano de un manotazo. —No la toques —gruño.

Los ojos de Corvus brillan brevemente en rojo, pero se calma al instante y retrocede.

Adelaide respira hondo, sus hombros relajándose ligeramente mientras lo mira.

Una punzada de celos me atraviesa, sorprendente por su intensidad. Nuestro beso aún está fresco en mis labios, nuestro vínculo ahora más fuerte que nunca, aunque ella aún no sepa lo que es.

Pero ver cómo responde a Corvus despierta algo primario y posesivo dentro de mí.

Aparto ese sentimiento, centrándome en el asunto entre manos. —Necesitamos averiguar quién envió a los Strix y por qué —digo, con la voz quizás un poco más afilada de lo necesario.

Ignatius, que ha estado inusualmente callado, interviene. —Más importante aún, necesitamos mantener a Adelaide a salvo hasta que podamos resolver esto.

Un fuerte golpe contra la ventana hace que Adelaide salte, dejando escapar un pequeño grito. Otro golpe le sigue, y luego otro. Los Strix están intentando entrar.

Me acerco a las ventanas y abro las cortinas una fracción. Los Strix están pegados contra la ventana, sintiendo la presencia de su objetivo aquí dentro. Están contenidos por ahora, pero eso no durará.

Me muevo instintivamente, colocándome entre Adelaide y la ventana. —Necesitamos llevarla de vuelta a su torre —digo—. Está protegida.

Adelaide, aún de pie cerca de Corvus, niega con la cabeza. —Pero Corvus pudo entrar —dice—. ¿Cómo es eso seguro?

Corvus sonrío, con un brillo malicioso en sus ojos. —No está protegida contra mí, muñeca —dice.

Zephyr da un paso adelante, su expresión más curiosa que otra cosa. —Iremos todos —dice—. Para asegurarnos de que Adelaide esté a salvo.

Asiento, aunque una parte de mí quiere protestar. El vínculo que comparto con Adelaide —el que he estado fortaleciendo sutilmente desde que llegó— pulsa con la necesidad de protegerla. Pero sé que ahora mismo, su seguridad es más importante que mis deseos.

—Pero si está protegida, ¿cómo entraremos? —pregunta ella, con voz temblorosa.

—Puedo crear dimensiones de bolsillo. Nos permitirá entrar en la habitación, pero luego tú tendrás que ser quien nos atraiga adentro.

—¿Qué? ¡No puedo hacer eso! —dice ella, su tono subiendo varios tonos.

—Puedes y lo harás —le digo—. Es la única forma de llevarte de vuelta a tu habitación sin pasar por ellos. —Agito la mano hacia la ventana.

—Joder —murmura—. ¡Joder!

Pongo una mano suavemente sobre el hombro de Adelaide. El contacto me envía una descarga, y veo cómo sus ojos se abren de par en par en respuesta. No hay duda ahora: ella también siente el vínculo.

Con un pensamiento, nos transporto a todos a la habitación de la torre de Adelaide, a un pequeño mundo dentro de este mundo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Adelaide, mirándonos a todos apiñados en la dimensión de bolsillo.

—Da un paso fuera —murmuro.

Ella da un paso vacilante y la burbuja se rompe.

—Ahora —digo, encontrando su mirada—, averiguaremos quién quiere que mueras y por qué. Te mantendremos a salvo hasta que lo hagamos.

Al pronunciar estas palabras, hago un juramento silencioso. Quienquiera que esté detrás de esto, sean cuales sean sus razones, no lo logrará. Protegeré a Adelaide con todo lo que tengo, no solo por el vínculo, no solo por el beso, sino porque ahora sé que la fuerza que me atraía hacia ella no era un mero capricho o una curiosidad punzante. El vínculo que creé entre nosotros es real y está creciendo cada segundo que estoy en su presencia como resultado.

Zephyr deja de caminar de un lado a otro mientras los Strix, claramente visibles a través de las ventanas del suelo al techo de la habitación de la torre de Adelaide, dan vueltas como buitres. —No tiene sentido —dice—. Adelaide acaba de llegar a MistHallow. ¿A quién podría haber enfadado lo suficiente como para justificar un intento de asesinato?

—¿Con quién has hablado desde que llegaste aquí? —pregunta Corvus.

—Con vosotros, Blackthorn y una chica llamada Lyra. Ah, y la señora de Agua Azul en la recepción. ¡Orby!

—¿Eh? —murmuro mientras me giro para mirar hacia donde ella se ha apresurado. La esfera mágica está zumbando, vibrando intensamente mientras ella se acerca.

—¿Dónde estabas antes? —pregunta ella.

La cosa no responde. No puede. Es consciente hasta cierto punto, por lo que puedo deducir. Entiende pero no puede responder con palabras. Rebota por la habitación con tanto vigor que todos nos cubrimos, excepto Ignatius, que está un poco lento hoy. La esfera se dirige hacia su cabeza y rebota en ella, haciéndole gemir mientras nos reímos de su situación.

—Ay —gruñe—. Pequeña mierda.

—¡Orby, cálmate! —Adelaide se acerca a ella y la agarra del aire. Prácticamente la arrastra hasta la ventana y tiembla en su mano—. Lo sé —murmura, acariciándola suavemente. Me maravillo de cómo está muerta de miedo, pero aun así se toma el tiempo para calmar a la mascota esfera, que se ha vuelto un poco loca.

—Adelaide —murmura Corvus.

Ella se gira para mirarlo y niega ligeramente con la cabeza.

Él sabe algo que no están compartiendo.

—Sea lo que sea, necesitamos saberlo. Esas criaturas son malas noticias, nena. Tienes que ser sincera.

—No puedo. El profesor Blackthorn dijo que debe permanecer en secreto —murmura y arroja el pesado libro que ha estado aferrando todo este tiempo sobre la cama.

Inmediatamente capta la atención de Zephyr, y sonrío con suficiencia. —¿Aprendiendo sobre mí, Muñequita?

—Deja de llamarme así —sisea ella—, y sí. *Tú* eres malas noticias. Quiero saber a qué me enfrento, y algo me dice que preferiría arriesgarme ahí fuera con ellos —Extiende la mano para indicar a los Strix.

La sonrisa de Zephyr se ensancha. Es lenta y siniestra, y yo suspiro. Esto acaba de pasar de ser una mala situación a una mucho, mucho peor.

ZEPHYR

LA TENSIÓN en la habitación de la torre de Adelaide acaba de subir un nivel. El aire está cargado de magia y miedo. Puedo saborearlo en mi lengua, dulce y embriagador. Los Strix que revolotean fuera de la ventana son una amenaza, pero también una oportunidad. Una oportunidad para mostrarle a Adelaide exactamente de lo que soy capaz.

Camino hacia ella, con movimientos suaves e intimidantes. Se tensa, sus ojos se agrandan mientras me ve acercarme. Está cautelosa, y con razón.

—¿Quieres saber a qué te enfrentas, pequeña muñeca? —ronroneo, con voz baja y seductora. La energía oscura crepita en el aire a mi alrededor, las sombras bailan a mis pies—. ¿Estás segura de que puedes manejarlo?

Adelaide da un paso atrás. El miedo en sus ojos es hipnotizante, pero hay curiosidad. Incluso deseo. Me provoca un escalofrío.

—No te tengo miedo —dice, pero su voz tiembla ligeramente.

Me inclino más cerca, mis labios casi rozando su oreja. —Deberías —susurro.

Los demás en la habitación se desvanecen en el fondo mientras me enfoco completamente en Adelaide. Puedo sentir su corazón acelerado y oler la adrenalina que corre por sus venas. Es embriagador.

—Nos alimentamos del miedo, el dolor y el deseo. Podemos moldear la realidad misma —murmuro, con sombras arremolinándose a nuestro alrededor—. Doblegamos la luz y la oscuridad a nuestra voluntad. Tu mente, tu mismísima alma, son juguetes para nosotros.

Extiendo la mano, trazando una sombra oscura a lo largo de su mandíbula. Ella se estremece. —Qué cosita tan delicada —reflexiono—. Tan frágil. Tan tentadora.

—Zephyr —la voz de Corvus interrumpe—. Ya es suficiente.

Lo ignoro, mi atención completamente en Adelaide. —¿Quieres ver más, pequeña? —pregunto, con voz seductora—. ¿Quieres saber cómo se siente el verdadero poder?

Adelaide traga saliva con dificultad, el conflicto claro en sus ojos. El miedo lucha contra la curiosidad, la precaución contra el deseo. Es una visión deliciosa.

—Yo... —comienza, luego se detiene, lamiéndose los labios nerviosamente.

Me inclino más cerca, mis labios casi rozando los suyos. —Solo di la palabra —susurro—. Puedo mostrarte maravillas más allá de tus sueños más salvajes. O horrores que te perseguirán por la eternidad. La elección es tuya.

En un momento fugaz, solo somos nosotros dos. Sus ojos se cierran, y hay una atracción magnética entre nosotros, mi poder llamando a algo dentro de ella. Una pequeña parte de ella anhela rendirse a la oscuridad. Su anhelo es tentador.

Pero luego abre los ojos, y la realidad vuelve de golpe. —No —afirma con firmeza—. No

seré parte de eso.

Doy un paso atrás. Una lenta y malvada sonrisa se extiende por mi rostro. —¿Estás segura de eso, pequeña? —pregunto—. Porque creo que una parte de ti está muy curiosa.

Adelaide me fulmina con la mirada, su miedo transformándose en ira. —Tienes razón —escupe—. Soy curiosa. Curiosa sobre cómo protegerme de bastardos manipuladores como tú.

Sus palabras duelen más de lo que me gustaría admitir, pero no lo demuestro. En cambio, río, el sonido oscuro y rico. —Oh, Adelaide. Puedes intentar resistirte todo lo que quieras. Pero ambos sabemos la verdad. La oscuridad te llama. Y tarde o temprano, responderás.

—Ya es suficiente, Zephyr —dice Zaiah, interponiéndose entre nosotros—. Tenemos asuntos más urgentes que atender ahora mismo, por si lo habías olvidado.

Retrocedo, mis ojos nunca dejando los de Adelaide. Está conmocionada, pero hay un fuego en sus ojos que no estaba allí antes. Es intrigante.

—Por supuesto —digo suavemente, volviéndome para enfrentar a los demás—. Los Strix. ¿Alguna idea de cómo lidiar con nuestro pequeño problema de plagas que no implique que yo salga allí y los aniquile a todos en una masacre digna de los lugares más oscuros que MistHallow?

—Parece bastante jodidamente oscuro aquí para mí —murmura Adelaide, haciéndome sonreír. Luego eleva la voz—. Si puedes matarlos, ¿qué estás esperando?

—Los Strix no son simples asesinos sobrenaturales —digo. Mi voz es baja, pero lleva una corriente subyacente de poder que exige atención—. Son criaturas antiguas, nacidas de la sombra y la malicia. Se alimentan del miedo.

—Como tú —sisea.

Mis ojos se fijan en los de Adelaide. —En muchos aspectos, no son tan diferentes de los Fae Oscuros. Nos entendemos mutuamente, se podría decir.

Adelaide frunce el ceño. —¿Quieres decir que podrías controlarlos?

Me río, el sonido rico y oscuro. —¿Controlar? No, pequeña. Los Strix no se inclinan ante nadie excepto su amo.

—¡No quiero que nadie muera, aunque estén tratando de matarme!

—Y es ahí donde necesitas cambiar, Adelaide. ¿No ves que eres tú o ellos? No hay negociación.

Antes de que pueda responder, se escucha un fuerte estruendo, y todos nos volvemos hacia las ventanas. La Orden de la Sombra Carmesí está lidiando eficientemente con los Strix. —Ya era hora —murmuro.

—Ni que lo digas —coincide Ignatius—. Disculpen, el deber llama. —Sonríe y, con un movimiento de su mano, usa magia para abrir la ventana, luego se transforma en un ave de fuego, volando hacia la abertura y lanzándose al suelo.

—¿Qué demonios? —chilla Adelaide mientras corre hacia las ventanas. Extiendo la mano y cierro la ventana de golpe cuando un Strix ve su oportunidad y se lanza en picada directamente hacia nosotros.

—Hoy no, imbécil —murmuro mientras se estrella contra el cristal protector.

—¡Ah! —grita Adelaide cuando explota, salpicando carne y plumas por todo el cristal en todas direcciones—. ¿Qué es esto? ¿Qué mierda es este lugar?

—Esto, Adelaide, es el mundo en el que has entrado. Oscuro, peligroso y completamente cautivador.

Adelaide retrocede tambaleante de la ventana, con el rostro pálido. —No me apunté para esto —susurra.

—Oh, pero sí lo hiciste —interviene Corvus, con voz sorprendentemente suave—. En el momento en que aceptaste tu lugar aquí, te convertiste en parte de este mundo. Para bien o para mal.

Observo cómo Adelaide procesa esto. El miedo en sus ojos está siendo reemplazado lentamente por algo más: quizás determinación, o resignación. De cualquier manera, es fascinante presenciarlo.

—¿Y ahora qué? —pregunta, con la voz más firme que antes—. ¿Cómo detenemos a estos... Strix?

—No lo hacemos —dice Zaiah, dando un paso adelante—. La Orden se encargará de ellos ahora. Nuestro trabajo es mantenerte a salvo y averiguar quién los envió.

Adelaide asiente lentamente, luego se gira para mirarme. —¿Y qué hay de ti? —pregunta, con los ojos entrecerrados—. ¿Vas a ayudar o simplemente seguirás intentando asustarme?

No puedo evitar sonreír ante su audacia. —Oh, Pequeña Muñeca. Siempre estoy ayudando. Puede que simplemente no te gusten mis métodos.

Ella pone los ojos en blanco, pero percibo el ligero escalofrío que recorre su cuerpo. Le afecto, aunque no quiera admitirlo.

Y eso... es progreso.

IGNATIUS

MIENTRAS SURCO EL AIRE NOCTURNO, con mi forma de ave fénix en llamas, siento una oleada de emoción. La Orden de la Sombra Carmesí finalmente ha llegado, y es hora de hacer lo que mejor sabemos: mantener el equilibrio en el mundo sobrenatural.

Diviso a mis compañeros de la Orden en el suelo, ya enfrentándose a los Strix. Keira, con su cabello plateado brillando bajo la luz de la luna, blande un bastón que chisporrotea con energía eléctrica. A su lado, Roran invoca enredaderas espinosas que azotan el aire, atrapando Strix a diestra y siniestra. Vex utiliza zarcillos de oscuridad que se agitan a su alrededor, atacando a los Strix con mortal precisión.

Y luego estoy yo. El fuego personificado.

Me lanzo en picada hacia ellos, mi forma ígnea iluminando el cielo nocturno. Al acercarme, dejo escapar un chillido que es en parte grito de batalla, en parte saludo.

—¡Ya era hora, maldita sea! —grito, después de volver a mi forma humana en una explosión de llamas.

—Perdón por la demora —sonríe Keira—. Tuvimos algunos problemas para llegar aquí.

Roran gruñe mientras lanza otra enredadera contra un Strix que se abalanza. Lanzo una bola de fuego a un Strix que se lanza en picada hacia Vex. Explota en el aire, duchándonos con cenizas y plumas.

—Las preguntas para después —nos llama Vex, su voz tranquila a pesar del caos que nos rodea—. Pero esto es información crucial.

Tiene razón. Lo es. Necesitamos saber quién demonios envió a estos cabrones. Pero ahora mismo, me concentro en la batalla, dejando que la familiar descarga de adrenalina se apodere de mí. El fuego danza en las puntas de mis dedos, respondiendo a mi voluntad tan fácilmente como respirar.

Los Strix son oponentes formidables. Sus garras y picos afilados como navajas son una amenaza constante, y su habilidad para moverse a través de las sombras los convierte en objetivos escurridizos. Pero nosotros tampoco somos unos debiluchos.

Envío una ola de fuego que barre el patio, arreando a un grupo de Strix hacia Keira. Ella sonríe ferozmente, su bastón girando en un borrón de movimiento. Rayos de electricidad surgen de su punta, golpeando a los Strix con precisión milimétrica.

Roran ha creado un verdadero bosque de enredaderas espinosas, atrapando a varios Strix. Envío chorros de llamas a través de las enredaderas. Los Strix explotan, ya no más vivos.

—¡Vex, a tu derecha! —grito, viendo a un Strix lanzarse hacia su punto ciego.

Reacciona al instante, un muro de sombras alzándose para recibir a la criatura. El Strix se estrella contra él, desorientado, y los zarcillos de oscuridad de Vex lo envuelven, aplastándolo.

hasta la nada.

—Gracias —asiente, ya moviéndose para enfrentar a su próximo oponente.

Un Strix particularmente grande se separa de repente del grupo principal, dirigiéndose directamente hacia la torre de Adelaide. Maldigo entre dientes. —¡Cubridme! —grito a los demás, ya transformándome de nuevo en mi forma de ave de fuego.

Me lanzo hacia la torre, esforzándome por volar más rápido que nunca antes. Puedo ver al Strix acercándose a la ventana, con las garras extendidas, listo para destrozarse el cristal o morir en el intento.

Colisiono con el Strix en el aire, mi forma ígnea envolviéndolo. Rodamos por el aire, una bola de fuego y sombra. Puedo escuchar sus chillidos de dolor y furia en mi alma, sentir sus garras arañando mi piel llameante.

El suelo se acerca rápidamente. En el último segundo, me separo del Strix, extendiendo mis alas para atrapar una corriente ascendente. El Strix, desorientado y gravemente quemado, no tiene tanta suerte. Se estrella contra el suelo con un crujido escalofriante.

Aterrizo cerca, volviendo a mi forma humana. El Strix se retuerce débilmente, luego se disuelve en sombras, sin dejar más que una marca de quemadura en la hierba.

—¡Ignatius! —me llama Vex, corriendo hacia mí—. ¿Informe de estado?

Asiento, jadeando ligeramente. —Operativo. Ligeramente chamuscado por los bordes —bromeo con pesar—. ¿Situación actual?

Echa un vistazo alrededor, sus ojos oscuros evaluando el campo de batalla. —Creo que ese fue el último de ellos. Keira y Roran están haciendo un barrido final para confirmarlo.

Mientras caminamos de vuelta hacia Keira y Roran, me pregunto quién los envió. La aparición de los Strix es inquietante, por decir lo menos. Alguien poderoso quiere a Adelaide muerta o capturada, y no tiene miedo de hacer un movimiento audaz.

Pero al mismo tiempo, no puedo negar la emoción de todo esto. Es por esto que me uní a la Orden en primer lugar: para estar en la primera línea, protegiendo el equilibrio de nuestro mundo.

La expresión de Vex es seria. —Este nivel de agresión no tiene precedentes. Alguien está haciendo una declaración. ¿Siquiera sabemos quién es el objetivo?

—Adelaide Black —murmuro, mirando hacia la torre.

Eso capta la atención de todos. —¿La hija de Randall?

—La única y original... que sepamos —replico—. La pregunta es, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Keira hace girar su bastón, la electricidad crepitando a lo largo de su longitud. —Lo que sea necesario, chico de fuego.

Vex asiente en acuerdo. —Mantendremos la vigilancia, pero a distancia por ahora. Nuestra prioridad debería ser rastrear estos Strix hasta su origen. Nuestra presencia aquí es disruptiva.

—La presencia de los Strix es más disruptiva —murmuro, pero Vex tiene razón. La Orden de la Sombra Carmesí es una fuerza de guerreros de élite que opera en las sombras, y nuestra presencia en MistHallow podría plantear preguntas incómodas.

—¿Algo especial sobre Adelaide Black que deberíamos saber? —pregunta Vex.

Niego con la cabeza. —Nada que sepamos. Tiene un padre poderoso que tiene más de un milenio de edad. Estoy seguro de que no necesito decir que es probable que tenga más enemigos que amigos.

Vex resopla. —Muy probable, de hecho. Ahora, será mejor que vayamos a ver a Ellis. Va a tener preguntas.

—Buena suerte con eso —murmuro y los veo desaparecer para hablar con el director de MistHallow. Estoy exento de tal informe a menos que me llamen. Como estudiante, mi trabajo es estar aquí si la Orden me necesita en el campus. Estoy bastante seguro de que llegarán al fondo de esto. Después de todo, eso es lo que la Orden hace mejor. Encontramos la verdad, sin importar cuán profundamente esté enterrada.

Algo me dice que la verdad sobre Adelaide Black y quién quiere verla muerta va a ser toda una revelación.

ADELAIDE

UNA SIRENA suena por todo el campus de MistHallow, y un altavoz crepita.

—*Todos de vuelta a sus habitaciones asignadas. Estamos en confinamiento temporal mientras aseguramos el campus.*

La adrenalina del ataque de los Strix está empezando a desaparecer, dejándome exhausta y más que un poco abrumada.

—Bueno, eso fue emocionante —dice Zaiah, con un tono demasiado alegre para mi gusto—. No hay nada como una experiencia cercana a la muerte para animar tu primera semana en la escuela, ¿eh?

Le lanzo una mirada fulminante.

—¿Esto es normal en MistHallow? Porque si lo es, creo que tendré que reconsiderar mis opciones educativas.

Corvus se ríe.

—Créeme, muñeca, esto no es normal. Ni siquiera para nosotros.

—Cierto —añade Zephyr, sus ojos púrpuras escaneando la habitación como si buscara amenazas ocultas—. Alguien se ha tomado muchas molestias para llegar a ti, Adelaide. La pregunta es, ¿por qué?

Me hundo en mi cama, sintiéndome de repente muy pequeña y muy sola.

—No lo sé —murmuro.

Zaiah resopla.

—Oh, vamos. Eres la hija de Randall Black. Eso por sí solo te convierte en un objetivo.

—No ayudas, Zaiah —murmura Corvus.

Los miro.

—Entonces, ¿qué hago ahora?

—Por ahora, te quedas aquí —dice Zephyr—. El confinamiento dará tiempo a la Orden para registrar el campus y asegurarse de que no haya más sorpresas desagradables al acecho.

Como si fuera una señal, una voz crepita por el sistema de intercomunicación como si nos hablara específicamente a nosotros. —*Atención a todos los estudiantes y profesores. MistHallow está en confinamiento temporal. Por favor, vuelvan a sus habitaciones asignadas hasta nuevo aviso. Esto no es un simulacro.*

Zaiah se estira, sus movimientos lánguidos y felinos.

—Bueno, por mucho que me gustaría quedarme a charlar, nos están echando indebidamente.

Se mueve hacia mí, y por un momento, pienso que va a intentar tocarme, incluso besarme. Pero se detiene justo antes, guiñándome un ojo en su lugar.

—Mantente a salvo, nena. Intenta no extrañarme demasiado.

Con eso, desaparece en una nube de humo, dejando tras de sí el más leve aroma a especias exóticas y una punzada en mi corazón por su ausencia.

Corvus pone los ojos en blanco.

—Presumido —murmura. Luego se vuelve hacia mí, suavizando su expresión—. ¿Vas a estar bien, muñeca?

Asiento, tratando de proyectar más confianza de la que siento.

—Sí, estaré bien. Será mejor que te vayas.

Duda por un momento, luego asiente.

—Si necesitas algo...

—Sé dónde encontrarte —termino por él, aunque eso no sea estrictamente cierto.

Asiente y se dirige a la puerta. La abre y se transforma en murciélago para volar a través de la saetera.

Eso deja solo a Zephyr. Ha estado inquietantemente silencioso, su energía oscura arremolinándose a su alrededor como una capa.

—Supongo que tú también deberías irte —digo, sin estar segura de si quiero que se quede o se vaya.

Zephyr sonríe, y no es una expresión reconfortante. Da un paso más cerca, y tengo que forzarme a no retroceder.

—Qué lástima —murmura—. Me fascinas, Adelaide Black. Me gusta proteger lo que me fascina.

—Entonces, ¿qué significa eso exactamente?

—Significa que eres mía, pequeña muñeca. —Sus ojos ahora están completamente negros, y con eso, se funde en la oscuridad, sin dejar rastro.

Me quedo sola en mi habitación, con el corazón acelerado. El silencio, después de todo el caos, es casi ensordecedor.

—Por el amor de Dios —murmuro—. Esto es ridículo. Randall Black, tienes mucho que explicar.

Veo el libro sobre magia de los Fae Oscuros que había tirado en la cama antes. Bueno, al menos el confinamiento me da la oportunidad de ponerme al día con algo de lectura, y finalmente establecer un horario nocturno adecuado.

Mientras la oscuridad cae fuera de mi ventana, me acomodo con el libro. Las palabras bailan ante mis ojos al principio, mi mente aún dando vueltas por los eventos del día. Pero gradualmente, empiezo a concentrarme.

El libro, "Introducción a la Magia de los Fae Oscuros", es mucho más completo de lo que había pensado inicialmente. No es solo un libro de texto árido; es una ventana a un mundo que nunca supe que existía. Las páginas están llenas de intrincadas ilustraciones de Fae Oscuros en varias formas, desde inquietantemente hermosos hasta terriblemente grotescos. Puedo ver ambos en Zephyr. Por mucho que odie admitirlo, él también me fascina, y la idea de ser *suya* no es tan desagradable como debería ser.

El primer capítulo profundiza en los orígenes de los Fae Oscuros, rastreando su linaje hasta la oscuridad primordial que existía antes de la luz. Es un relato poético, casi mitológico, pero el autor insiste en que está basado en evidencia factual.

A medida que sigo leyendo, me veo envuelta en la compleja jerarquía de la sociedad de los Fae Oscuros. Hay cortes y reinos, alianzas y feudos que han durado milenios con apuestas más altas de las que puedo imaginar. Hay un retrato a color del Rey de los Fae Oscuros, que ha estado en el poder durante siglos. Es majestuoso y salvaje. Puedo decirlo por la cruel sonrisa burlona en

su rostro. Paso mi dedo ligeramente sobre él y veo una familiaridad que despierta mi interés.

—¿Qué estás ocultando, Zephyr de los Fae Oscuros?

La sección sobre las habilidades de los Fae Oscuros es particularmente fascinante. Habla de su poder sobre las sombras y la oscuridad, su capacidad para manipular emociones y sueños. Algunos Fae Oscuros, afirma el libro, incluso pueden doblar la realidad misma a su voluntad. He visto a Zephyr hacer eso, lo que plantea aún más preguntas sobre quién es realmente.

Hay todo un capítulo dedicado a los Fae Oscuros y sus relaciones con otros seres sobrenaturales. Vampiros, hombres lobo, brujas - cada uno tiene su propia historia compleja con los Fae Oscuros. No puedo evitar preguntarme dónde encajan los Vesperidae como yo en esta intrincada red.

Mientras me adentro más en el libro, me siento a la vez aterrada y extrañamente emocionada. Este mundo de oscuridad y sombras, de poder y magia antigua, es tan nuevo, pero de alguna manera se siente familiar. Como si una parte de mí siempre hubiera sabido que esto existía, siempre hubiera estado esperando descubrirlo.

Estoy tan absorta en mi lectura que cuando suena un golpe en mi puerta, casi salto de mi piel.

Con el corazón acelerado, me acerco a la puerta con cautela.

Al mirar por la mirilla, me sorprende ver al profesor Blackthorn de pie allí, luciendo tan calmado y sereno como siempre.

—¿Profesor? —llamo, sin abrir la puerta todavía—. ¿Cómo entró aquí? Pensé que la torre estaba protegida.

Escucho una risita del otro lado de la puerta. —Ah, señorita Black. Siempre haciendo las preguntas correctas. Yo mismo establecí las protecciones en esta torre, querida. Me reconocen.

Bueno, eso no es sospechoso en absoluto.

Dudo, con los ojos entrecerrados, no convencida. —¿Cómo sé que es realmente el profesor Blackthorn?

—Bueno —llega la divertida respuesta—, ayer tuvimos una conversación bastante interesante sobre su herencia única. La dejé en la biblioteca para que investigara.

Sabiendo que todo eso es cierto, sigo siendo cautelosa, pero abro la puerta y retrocedo para dejarlo entrar.

El profesor Blackthorn entra, sus ojos escaneando rápidamente la habitación antes de posarse en mí. —Confío en que está ilesa, señorita Black.

Asiento, cerrando la puerta detrás de él. —Sí. ¿Qué eran esas cosas? —Mejor escucharlo del profesor mientras está aquí.

—Strix. Asesinos sobrenaturales enviados solo por los maestros más poderosos.

—¿Y eso sería...?

—Lo que necesitamos averiguar. —Me mira fijamente por un momento, haciéndome sentir incómoda—. Parece que ya se está formando un círculo protector bastante fuerte a su alrededor.

—Si tan solo supiera por qué —suspiro.

—Bueno, Corvus, lo entiendo... él puede enseñarle, guiarla... pero tenga en cuenta que estos hombres son problemáticos, señorita Black. No entre en una alianza a ciegas.

—¿Alianza?

Él asiente. —Necesitamos trabajar en desarrollar sus habilidades. —Chasquea los dedos y aparece una bandeja en la cómoda con una fuente de plata cubierta y un gran frasco de plata—. En el frasco encontrará sangre humana —murmura—. Esto no es algo que permitamos en el campus, así que manténgalo en secreto por ahora, si no le importa. Pero creo que esta es la clave para activar sus habilidades dormidas.

—¿Oh?

—Tome pequeños sorbos con frecuencia. No intente beber todo de una vez, por muy tentador que pueda ser. Necesitamos un aumento gradual, no un arrebató repentino y abrumador. Mañana por la noche nos reuniremos y veremos si sus habilidades se han manifestado en absoluto. Esperaba que estar en el Laberinto bajo circunstancias de presión con Corvus hubiera desencadenado algo, pero me temo que no fue así.

—¿Me tendió una trampa? ¡Fue jodidamente peligroso allí dentro! —exclamo, enojada porque podría haberme matado.

—Corvus no habría permitido que eso sucediera —dice con desdén—. Y todos los estudiantes tienen que pasar por ello al comienzo de cada año. Si la hubiéramos retenido, se habrían hecho más preguntas.

Gruño suavemente, pero no discuto. Después de todo, no se equivoca. —¿Tiene alguna idea de por qué los Strix me perseguían? —pregunto.

Me da una lenta sonrisa que no me reconforta en absoluto. —¿Quién dijo que iban tras usted, señorita Black?

Nuestras miradas se mantienen por unos segundos antes de que desaparezca de la vista de una manera que me hace pensar que en realidad nunca estuvo aquí.

—¿Quién dijo que iban tras de ti? Buen punto, joder. Los chicos lo dijeron. Zaiah, en particular, insistió en que no era él.

Me hundo de nuevo en mi cama, sintiéndome de repente muy cansada. —No entiendo nada de esto. Me duele la cabeza.

Orby se acerca y me acaricia, ofreciéndome algo de consuelo en esta tormenta en la que he descendido.

—Gracias, Orby. Ojalá pudieras hablar.

Mi mente da vueltas con preguntas y posibilidades. Miro hacia abajo al libro sobre magia de los Fae Oscuros, aún abierto en la cama a mi lado.

Bueno, dicen que el conocimiento es poder, así que tengo mucho que leer. Sea lo que sea que venga por mí, o no; sea lo que sea que esté destinada a ser, o no; estoy decidida a seguir adelante. He pasado veintiún años sin saber quién era realmente en mi piel. Ahora lo sé, y necesito dar un paso adelante. Estas habilidades dormidas necesitan salir a la superficie, y necesito demostrarle a todos en MistHallow que la chica nueva no es una pusilánime.

Especialmente a estos chicos que han mostrado tanto interés en mí. Por muy seductores que sean, por muy hermosos que sean, por mucho que me hagan sentir viva y no como una vieja marchita esperando marchitarse y morir, *debo* ser cautelosa con ellos. Son los más peligrosos de todos.

Gimiendo, me dejo caer de nuevo en la cama y luego me acurruco de lado, apoyando el libro para seguir leyendo. Los vampiros, más o menos los tengo claros. La verdad no está tan lejos del mito en la mayoría de los casos, pero el resto? No tengo ni puta idea. La biblioteca y yo nos vamos a volver muy cercanas en los próximos días mientras aprendo sobre estas criaturas que han puesto sus ojos en mí.

ADELAIDE

LA LUNA ESTÁ DESAPARECIENDO, trayendo consigo el amanecer. Han sido unos días infernales en MistHallow, pero tengo la sensación de que esto no es nada nuevo. Mi cerebro clama por descanso de todos estos pensamientos que no me dejan en paz sobre los chicos, los Strix, yo misma.

Aparto el libro mientras la niebla se arremolina afuera, la lúgubre luz apenas un parpadeo.

Me quedo dormida casi al instante, sumergiéndome directamente en lo más profundo del olvido.

Mis ojos se abren de golpe, y estoy completamente despierta en mi habitación de la torre, excepto que es diferente. Está cargada de una energía que vibra contra mi piel. El aire es denso con un aroma oscuro y dulce que me envuelve como una manta.

Mi corazón se acelera. Las sombras se aferran a las esquinas, observando, esperando. Se siente como si la habitación estuviera viva y hambrienta, y coincide con el deseo que crece dentro de mí.

Gimo mientras el deseo me inunda. Estoy sola, pero no se siente así. Hay una presencia aquí, familiar y que llama a la parte sobrenatural de mí que ha estado agitándose bajo mi piel toda mi vida y más aún desde que aprendí lo que soy.

—¿Quién está ahí? —murmuro, desafiando a las sombras, sintiendo otra presencia.

La expectación crece, densa e irresistible. Casi puedo saborearla, y sabe a poder, a secretos compartidos en la oscuridad de la noche. Es embriagador.

Zaiah aparece con esos ojos que prometen problemas. —Sabía que eras tú —murmuro, pero antes de que pueda decir más, su presencia me rodea, atrayéndome como un imán.

Su voz es una caricia que pone mis nervios de punta. —Las cosas buenas llegan a quienes saben esperar, Adelaide.

—Al diablo con esperar.

Él sonríe, afilado y rápido. —Como deseas.

—No es un deseo —murmuro mientras se acerca, lo suficientemente cerca como para sentir su calor. Es antinatural, esta atracción entre nosotros, pero es tan real como el suelo bajo mis pies. Sus dedos recorren mi brazo, ligeros pero ardientes.

—Joder —exhalo, mi piel cobrando vida bajo su toque.

—¿Eso es una invitación? —Zaiah bromea, pero sus ojos contienen un hambre que me dice que habla en serio.

—Tal vez —le devuelvo, tratando de mantener mi voz firme. Puedo sentir al Vesper dentro de mí respondiendo a su magia de djinn, elevándose a la superficie. Está ahí, lo sé.

Su mano se cierne cerca de mi mejilla, y mi cuerpo reacciona, arqueándose hacia él. Mi

respiración se entrecorta, escapándoseme un gemido. —Déjame tocarte, Adelaide. Puedo hacerte sentir cosas que nunca has experimentado antes.

—Por favor —jadeo, preguntándome en el fondo de mi mente por qué estoy permitiendo esto—. Zaiah... —No termino porque su toque borra cada pensamiento de mi mente cuando acuna mi mejilla, y jadeo.

—Shh —dice, ahora cerca—. Solo siente, Adelaide. No más palabras.

La habitación cambia, convirtiéndose en un exuberante jardín bajo un cielo iluminado por la luna. Es como un oscuro Edén, lleno del aroma del jazmín que nos envuelve, denso y embriagador.

—¿Dónde estamos? —susurro, girando en un círculo para contemplar la maravilla a mi alrededor.

—En un lugar perfecto —murmura Zaiah.

La visión me deja sin aliento. Es como un dios oscuro desnudo, con líneas poderosas y una belleza impresionante. Mis dedos anhelan tocarlo, para confirmar que es real.

Extiendo la mano, recorriendo su pecho con mis manos. Su calor me quema. Puedo sentir su latido, el ondular de sus músculos. Miro hacia abajo mientras la brisa acaricia mi piel sensible, y noto que yo también estoy desnuda.

¿Cómo pasó eso?

—Sigue tocándome, Adelaide. Se siente tan bien.

Cada toque envía ondas de choque de deseo a través de mí que me eran desconocidas hasta ahora. He tenido sexo. Dos veces. He besado a algunos chicos aquí y allá. Ser adversa al tacto hace que sea difícil querer estar con alguien de esta manera, pero Zaiah está derribando esos muros sin siquiera hacer nada realmente excepto estar ahí, desnudo, caliente, con un miembro del tamaño de... Trago saliva. Ni siquiera puedo compararlo con nada.

Sus brazos me rodean, atrayéndome contra él. El contacto es eléctrico cuando mis pechos se aplastan contra su pecho.

—Zaiah —murmuro, pero suena más como una súplica que otra cosa—. ¿Qué me estás haciendo?

—Solo lo que tú quieres —susurra en mi oído—. Solo lo que siempre has querido.

—Zaiah —exhalo, mi voz temblando. Él sonríe, esa curva maliciosa de sus labios prometiendo problemas.

—Mi Adelaide —murmura, y luego su boca está sobre la mía. El beso no es solo un encuentro de labios; es un choque de quiénes somos: Vesper y djinn, unidos por susurros nocturnos y secretos no dichos. Sus labios aplastan los míos, arrancándome una respuesta que es tanto primitiva como nueva.

No sé cómo navegar esto, cómo dejarme llevar sin perderme. Pero mientras nuestras bocas se mueven al unísono, me doy cuenta de que no necesito saberlo. Se trata de confiar en él, de ahogarme en el momento.

Sus dedos trazan fuego por mi columna, cada toque una chispa. El jardín se desvanece, el aroma del jazmín solo un eco detrás de la tormenta que está agitando dentro de mí.

—Joder —jadeo contra su boca, y él se ríe, el sonido vibrando a través de mí. Sus manos vagan posesivamente, avivando las llamas aún más alto.

—Déjalo arder, Addy —susurra Zaiah, su voz impregnada de pecado—. Deja que te consuma.

Cuando nos guía hacia abajo, estoy de vuelta en mi cama, las sábanas frescas son bienvenidas contra el calor de la piel de Zaiah mientras se presiona contra mí. Sus caderas se

mueven contra las mías, arrancando gemidos entrecortados desde lo más profundo de mi alma.

—Joder, Zaiah —jadeo—. No pares.

—Nunca —gruñe, con la voz ronca.

Hunde su polla dentro de mi coño de una sola estocada, y grito, arqueando la espalda y levantando las caderas. Es duro y rápido, luego dolorosamente lento, llevándome al límite. Cada embestida aviva el fuego en mi sangre, la parte Vesper en mí está viva y arañando la superficie.

—Addy —susurra Zaiah, sus labios rozando mi oreja—. Se siente tan jodidamente bien.

Sus palabras son una caricia mientras nos doy la vuelta, necesitando tomar el control. Sus manos exploran cada centímetro de mí, ahuecando mis pechos y pellizcando mis pezones. La habitación es un borrón mientras muevo mis caderas en círculos, volviéndonos locos a ambos.

—Eso es, Addy. Hazme correr como un buen chico.

Mis ojos se abren de golpe ante estas palabras murmuradas que han encendido un fuego completamente nuevo en mí. —Joder —jadeo.

—Más —suplica sin vergüenza—. Dame más.

Respondo capturando su boca en otro beso, silenciando sus súplicas mientras acelero el ritmo, cabalgándolo duro y rápido.

—Dios, estás tan apretada —murmura. Sus dedos encuentran mi clítoris, acariciando lentamente, lo que me lleva al borde.

Pero no lo quiero todavía. Quiero que esto dure.

—Móntame con tu velocidad de vampiro —jadea—. Dame todo.

Dudo. No tengo velocidad de vampiro.

Pero incluso mientras lo pienso, sé que no es cierto. Puedo sentirlo burbujear. Puedo sentir mis caderas moviéndose más rápido.

Mi enfoque se agudiza, y un dolor en mis dientes me hace jadear. Al pasar mi lengua por mis dientes superiores, silbo cuando me corto la lengua. —Joder —murmuro. Mis uñas se han afilado convirtiéndose en garras, y las clavo en su pecho.

Él gime, su polla se sacude salvajemente dentro de mí mientras lo excito. —Eso es, Ama. Hazme daño, hazme sangrar por ti.

—Zaiah... —Su nombre es un mantra, una plegaria, mientras me pierdo en la sensación. No hay espacio para pensar, solo sentir: la vara de su polla enterrada profundamente dentro de mí, la presión de sus dedos, la acumulación implacable de placer.

—Córrete para mí, Addy —urge Zaiah, su voz desesperada por mi liberación—. Necesito sentirte.

Mi respuesta es un grito ahogado, mi cuerpo se tensa mientras convulsiono, mi coño apretando su polla mientras me deshago. Los gemidos de Zaiah se mezclan con los míos, crudos y sin filtrar.

—Joder, sí —jadeo, cabalgando las olas de mi clímax.

Zaiah agarra mis caderas y, con un movimiento rápido, me empuja de vuelta a la cama, embistiéndome tan fuerte que creo que podría romperme.

Sus movimientos se vuelven erráticos, dando paso a algo primario. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más profundamente, y con una última embestida, se tensa sobre mí mientras se descarga dentro de mí, llenando mi coño con tanto semen que puedo sentirlo deslizarse hacia afuera.

Jadeando, me aferro a Zaiah, nuestros cuerpos empapados de sudor presionados uno contra el otro mientras ambos alcanzamos ese borde demoledor. Su polla pulsa dentro de mí, cada

embestida enviando ondas de choque a través de mi centro.

—Addy —gruñe, y el sonido de mi nombre en sus labios es como una chispa en la yesca.

—Zaiah, yo... —Las palabras me fallan; son inútiles cuando cada parte de mí está concentrada en este crescendo de placer. Pero no es solo el orgasmo. Es el toque. La intimidad del momento, la conexión de nuestras almas. Las lágrimas llenan mis ojos cuando el pensamiento de que me deje es agonizante.

Por un momento, el tiempo se detiene. Estamos congelados en el tiempo, con los pechos agitados, el único sonido nuestras respiraciones entrecortadas sincronizándose en el silencio.

Pero entonces lo que sé que es la realidad, se filtra de vuelta. El agarre del sueño se afloja, pero la intensidad de lo que hemos compartido persiste, atándome a Zaiah con un hilo invisible.

—Joder, no quiero que esto termine —susurro, sintiendo que el mundo del sueño se escapa mientras me aferro con fuerza a sus fuertes brazos para mantenerlo conmigo.

Los dedos de Zaiah trazan mi mandíbula, una promesa silenciosa en el gesto. —Nunca estoy lejos, Addy.

Y luego es solo oscuridad, el recuerdo de su toque ardiendo en mi piel. Me quedo jadeando por aire, anhelando más, sabiendo que cuando abra los ojos, la habitación estará vacía, pero la conexión, ese vínculo feroz y ardiente que ahora sé que es el tirón en mi alma, permanecerá.



—¡No!

Mi grito me sobresalta. Mis ojos se abren de golpe, me encuentro con el frío vacío de mi habitación en la torre. Mi piel hormiguea con el calor persistente, el toque de Zaiah está grabado en cada terminación nerviosa. Las sábanas debajo de mí están húmedas, y estoy desnuda y dolorida.

—Joder —murmuro, con el corazón aún acelerado. La sensación de los labios de Zaiah sobre los míos se aferra obstinadamente, negándose a desvanecerse con el resto del sueño.

Pero no fue un sueño. Sé que no lo fue.

Mi cuerpo se rebela contra la soledad que desciende. El anhelo está arañando mis entrañas. La necesidad de estar con Zaiah, de tener sus brazos a mi alrededor, sus labios sobre los míos, su polla dentro de mí. La parte lógica de mi cerebro quiere creer que solo fue un sueño, pero la parte cruda y primaria susurra que fue algo más: una conexión, un vínculo que se extiende más allá del reino físico.

Mis manos tiemblan mientras paso los dedos por mi pelo, y paso la lengua por mis dientes normales con aplastante decepción. —¿Qué me has hecho?

Balanceo las piernas fuera de la cama y subo las escaleras hacia el baño para limpiarme.

Al ver la sangre mientras me limpio, gimo. —Timing perfecto, como siempre —murmuro y alcanzo los tampones cuando una gran figura negra golpea contra la ventana de la torre, de alguna manera aferrándose al cristal liso, la forma de sus alas mostrándome que es un murciélago.

—Corvus —murmuro y bajo la mirada—. ¡Oh, por la mierda! ¿Es una broma?

ZAIAH

LOS PRIMEROS RAYOS del alba se cuelan por mi ventana mientras me materializo de vuelta en mi habitación, mi cuerpo hormigueando con la energía residual del encuentro con Adelaide. La conexión onírica que compartimos se siente más real que el mundo físico que me rodea, y por un momento, tengo que apoyarme contra la pared para mantener el equilibrio.

—Mierda —murmuro, pasándome una mano por el pelo. El aroma a jazmín aún se aferra a mí, un recordatorio fantasmal del jardín que creamos en ese paisaje onírico compartido. Es tan vívido, tan tangible, que por un momento, me pregunto si he traído un pedazo de ese mundo conmigo.

Me dirijo a la ventana, mirando los terrenos de MistHallow. La niebla de la madrugada apenas comienza a levantarse, revelando los árboles antiguos y los extensos jardines que han sido hogar de innumerables seres sobrenaturales a lo largo de los siglos. Todo parece tan ordinario, tan mundano en comparación con lo que acaba de suceder. Pero yo sé que no es así. Nada volverá a ser ordinario jamás, no después de conectar con Adelaide a un nivel tan profundo.

El vínculo entre nosotros, el que he estado nutriendo desde que ella llegó, se ha vuelto exponencialmente más fuerte. Puedo sentirlo pulsando en lo que existe como mi alma, un cable vivo que conecta nuestras esencias. Es emocionante y aterrador. Cuando creé este vínculo por primera vez, nunca imaginé que podría convertirse en algo tan intenso. Estaba destinado a ser una forma de jugar con ella, de hacer que me deseara. Nunca esperé que se convirtiera en algo que me consumiera.

¿Sentirá ella lo mismo?

Siempre me he enorgullecido de mi control, de mantener mis emociones a raya. Es una necesidad cuando eres tan poderoso como yo. Un desliz, un momento de emoción descontrolada, y las consecuencias podrían ser catastróficas. Pero Adelaide ha destrozado ese control con un solo toque, un solo beso.

Mi mente corre, reviviendo cada momento de nuestro encuentro. La forma en que respondió a mi toque, el fuego en sus ojos, la necesidad cruda en su voz. Era más que una simple atracción física. Fue un encuentro de almas, un reconocimiento de algo más profundo. Algo antiguo y poderoso, algo que va más allá del vínculo que creé.

Es el destino.

—Joder —gimo, apoyando mi frente contra el frío cristal. Estoy metido en algo que me supera, y lo sé. Nunca he sentido esto por nadie ni por nada antes. Nunca he necesitado a nadie de esta manera. Duele estar sin ella. Lo que comenzó como una travesura se ha vuelto en mi contra de una manera que me ha tomado por sorpresa.

Me aparto de la ventana, caminando de un lado a otro de mi habitación. La energía que corre por mí se niega a asentarse. Es como si mi propia esencia estuviera buscando la presencia de Adelaide. Puedo sentir su confusión, su deseo, su fuerza, incluso desde esta distancia. Es enloquecedor y embriagador.

Lo que siento por Adelaide va más allá de la simple atracción o curiosidad. Es una atracción tan fuerte, tan omnipresente, que me asusta. Y eso, más que nada, es lo verdaderamente aterrador. Su fuerza, su vulnerabilidad y la forma en que está abrazando su ser sobrenatural es poderosa. Hay algo en el poder que posee. Es suficiente para hacer que mi cabeza dé vueltas. Puedo sentirlo, justo debajo de la superficie, esperando ser desatado. El potencial es asombroso. Pero no sé por qué. ¿Qué más hay en ella que pueda causar esto?

Me estoy enamorando de ella, y no hay una maldita cosa que pueda o quiera hacer al respecto.

El pensamiento flota en el aire, cargado de implicaciones. Este es un territorio peligroso. ¿Un djinn y una vampira? Es algo inaudito. Hay reglas y límites que no deberían cruzarse. La misma tela de la realidad podría estar en juego si llegáramos a combinar completamente nuestros poderes.

Pero, ¿desde cuándo me han importado las reglas?

El vínculo entre nosotros vibra con potencial. Puedo sentirlo haciéndose más fuerte con cada momento que pasa, acortando la distancia entre nosotros incluso ahora. Lo que comenzó como mi creación se ha convertido en algo real, algo vivo. Ya no es solo una construcción mágica; es una conexión viva y respirante entre nuestras almas.

Me hundo en mi cama. Mientras cierro los ojos, alcanzo a través de nuestro vínculo. Incluso desde esta distancia, puedo sentirla: su confusión, su deseo, su fuerza. Puedo sentirla lidiando con lo que sucedió entre nosotros, tratando de entender la profundidad de nuestra conexión.

Por un momento, considero ir a buscarla. Quiero abrazarla, sentir su calor contra mí, perderme en sus ojos, explicárselo todo y ayudarla a entender lo que está pasando entre nosotros.

Pero no. Todavía no. Ella necesita tiempo para procesar lo que sucedió entre nosotros y para aceptar la intensidad de nuestro vínculo. Necesito poner mi cabeza en orden. Necesito averiguar cómo navegar esta nueva realidad que hemos creado.

El mundo parece más brillante y vibrante. Los colores son más intensos y los sonidos más claros. Es como si Adelaide hubiera despertado algo en mí que ha estado dormido toda mi vida.

Intento calmar mis pensamientos acelerados, pero todo lo que puedo ver es Adelaide: su piel sonrojada, sus labios entreabiertos, la forma en que se retorció contra mí. El recuerdo de su toque envía electricidad por todo mi cuerpo.

—Joder —murmuro, abriendo los ojos. Esto se está saliendo de control. Necesito recuperar algo de control.

Me levanto abruptamente, necesitando moverme, hacer algo. Mis poderes están arremolinándose justo debajo de la superficie, suplicando ser usados. Podría conceder mil deseos ahora mismo y remodelar la realidad en un abrir y cerrar de ojos. Pero el único deseo que quiero conceder es el mío: estar con Adelaide de nuevo.

Pero esa es la ironía aquí. No puedo desear nada. Estoy obligado a ver cómo se cumplen los caprichos de otros, a crear desequilibrio mientras lo hago, pero para mí, un deseo está tan lejos como las estrellas.

CORVUS

ME AFERRO A LA VENTANA, intentando desesperadamente no resbalar por el cristal y caer a la cubierta varios cientos de pies más abajo. Tratando de obtener una mejor vista del interior, veo a Adelaide acercarse, envolviendo una toalla firmemente alrededor de su cuerpo. Su aroma me golpea de nuevo, más fuerte ahora, y tengo que luchar para mantener la compostura. El olor de su sangre es hipnotizante, despertando algo primitivo en mi alma vampírica.

Ella entreabre la ventana, con expresión molesta. —Corvus, ¿qué demonios estás haciendo? —susurra—. ¿No se supone que este lugar está en cuarentena?

No puedo responder en esta forma, pero agito mis alas y me cuelo dentro, haciéndola chillar de sorpresa. Una vez dentro, me transformo de vuelta a mi forma humana, aterrizando suavemente en el suelo del baño.

—Disculpa por la entrada dramática —digo, tratando de mantener mi voz firme a pesar del abrumador aroma de su sangre—. Se levantó hace unos minutos, y luego olí tu sangre.

—¿Otra vez? ¡Me estás asustando seriamente con eso! —espeta.

—No puedo evitarlo. Eres como una droga para mí —murmuro, escaneando su cuerpo de arriba a abajo sin ver ningún daño.

Los ojos de Adelaide se ensanchan ligeramente, y se ajusta la toalla con más fuerza. —Estoy bien —dice entre dientes.

Me toma un momento leer entre líneas, y cuando lo hago, me siento como un completo idiota. —Oh —digo elocuentemente—. Cierto. Lo siento, no quise... entrometerme.

Adelaide pone los ojos en blanco, pero ahora hay un toque de diversión en su expresión. —Está bien. Aunque quizás la próxima vez, intenta tocar en lugar de estamparte contra mi ventana, ¿vale?

Me río, agradecido por la ruptura de la tensión. —Anotado. Aunque en mi defensa, los murciélagos no son conocidos por sus aterrizajes elegantes.

Ella sonríe, con diversión bailando en esas profundidades negras. —¿Crees que yo pueda convertirme en murciélago?

Sonriendo de vuelta, me encojo de hombros. —Tal vez en medio murciélago. ¡Oh, quizás como una cabeza humana pero con cuerpo de murciélago! O...

—Oh, cállate —se ríe, arrojándome su esponja de baño—. Blackthorn dice que se supone que eres mi mentor, no un payaso que se burla de mí.

Atrapo la esponja con facilidad, mis reflejos vampíricos activándose. —Puedo ser ambas cosas —digo con un guiño—. Un mentor con sentido del humor. Es un paquete completo.

Adelaide sacude la cabeza, pero puedo ver la sonrisa tirando de sus labios. —Qué suerte la mía —dice con sarcasmo.

El aire entre nosotros cambia, cargándose con algo más que simple broma juguetona. Soy agudamente consciente de su estado de desnudez, la delgada toalla apenas ocultando sus curvas. El aroma de su sangre sigue siendo fuerte, mezclándose con el persistente olor de su excitación. Es embriagador.

—Corvus —dice suavemente, su voz adoptando una calidad ronca que envía una descarga de lujuria directamente a mi polla—. Probablemente deberías irte.

Sé que tiene razón. Debería irme, darle privacidad, mantener alguna apariencia de decoro en este momento de humanidad para ella. Pero cada instinto en mi cuerpo me grita que me quede, que cierre la distancia entre nosotros, que la pruebe.

—Lo sé —murmuro, dando un paso más cerca en lugar de retroceder—. Pero no quiero hacerlo.

La respiración de Adelaide se entrecorta, su pulso acelerándose. Puedo oírlo, el correr de su sangre en sus venas, su corazón latiendo con fuerza.

—Esto es una mala idea —susurra, pero no se aleja. Si acaso, se inclina ligeramente, su cuerpo traicionando sus palabras.

Las palabras de Adelaide quedan suspendidas en el aire entre nosotros, pero ninguno de los dos se mueve. Puedo oír cómo se acelera su corazón, ver el rubor que se extiende por su cuello.

—Probablemente —estoy de acuerdo, con voz baja—. Pero, ¿cuándo me ha detenido eso?

Sus ojos se desvían hacia mis labios, luego vuelven a encontrarse con mi mirada. —Corvus —respira, y es tanto una advertencia como una invitación.

Me acerco más, atraído por su aroma, su calor. Ahora estamos a escasos centímetros. —Dime que me vaya —murmuro—. Dime que no quieres esto, y me iré.

Adelaide traga con dificultad. Sus dedos agarran el borde de la toalla con fuerza. —Yo... no puedo —admite.

Eso es todo el permiso que necesito. En un fluido movimiento, cierro la distancia entre nosotros, capturando sus labios con los míos. Ella jadea en el beso, su cuerpo derritiéndose contra el mío. Sus labios son suaves, pero hay un hambre subyacente que impulsa aún más excitación a mi polla.

Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola contra mí. La delgada toalla hace poco para ocultar el calor de su cuerpo. Los brazos de Adelaide se enrollan alrededor de mi cuello, sus dedos enredándose en mi cabello.

Profundizo el beso, mi lengua buscando entrada. Ella se abre para mí voluntariamente, un suave gemido escapando de ella. Su sabor es embriagador, mejor de lo que podría haber imaginado.

Pero hay algo más que definitivamente no es ella.

Zaiah.

El djinn ha estado con ella recientemente. Su aroma está por todas partes. Gruño, pero no por celos. No, es por un anhelo de haberlos visto envueltos el uno en el otro...

Rompo el beso, jadeando ligeramente. Los ojos de Adelaide se abren con un parpadeo, confusión y deseo luchando en sus profundidades.

—¿Qué pasa? —pregunta, con voz ronca.

Paso mi pulgar por su labio inferior, saboreando la suavidad. —Zaiah ha estado aquí, ¿verdad?

Los ojos de Adelaide se ensanchan, un rubor subiendo por sus mejillas. —Yo... ¿cómo lo supiste?

—Puedo olerlo en ti —explico, con voz baja—. Su aroma está por todas partes en ti.

Ella desvía la mirada, un destello de culpa cruzando su rostro. —Fue solo un sueño —susurra—. Al menos, eso creo.

Tomo su barbilla, girando suavemente su rostro hacia mí. —No un sueño, muñeca. Una distorsión de la realidad. Es un pequeño cabrón. ¿Lo deseabas?

—Sí —dice instantáneamente, y eso es todo lo que necesito saber—. Pero también te deseo a ti... ¿qué dice eso de mí?

—Dice que tienes espacio para más de uno en tu corazón, muñeca. Tu vampiro está estirando sus músculos.

—¿Es cosa de vampiros? —pregunta con el ceño fruncido, y puedo adivinar exactamente lo que está pensando.

Me río entre dientes. —Lo es, y si te estás preguntando si tengo a alguien más en mi vida aparte de ti, la respuesta es no.

—¡No estaba pensando eso! Y aunque lo tuvieras, esto entre nosotros es...

—¿Es qué?

—No lo sé —suspira ella.

Mis manos descansan suavemente sobre sus caderas de nuevo, y aprieto el agarre, atrayéndola más cerca. —Déjame saborearte —murmuro.

—No estoy lista para eso. Morder es... no estoy lista para eso.

—¿Quién ha dicho nada sobre morder? —murmuro y le quito la toalla.

Ella jadea al comprender mi intención y niega con la cabeza.

—No.

—Sí —murmuro.

—Corvus, no —Levanta las manos, pero las agarro suavemente y me arrodillo—. Joder. No. Eso es asqueroso. Es... ¡no!

Sonriéndole, ejerzo una pequeña compulsión sobre ella. No lo suficiente como para que no pueda mandarme al infierno, pero sí lo suficiente para reducir sus inhibiciones.

—Corvus —su voz tiembla mientras sus rodillas se estremecen.

Suelto sus manos y coloco las mías en sus caderas de nuevo, bajando mi boca hacia su sexo.

Ella gime de vergüenza cuando saco la lengua y la saboreo.

—Joder —gruño—. Adelaide.

—Dios mío —murmura, con las manos sobre su rostro—. Esto es... —Echa la cabeza hacia atrás cuando mi lengua presiona su clítoris.

Sus manos se enredan en mi cabello, y me doy un festín con ella ávidamente, lamiendo la sangre que se acumula en su sexo, agradecido de haberla alcanzado antes de que detuviera el flujo con el tampón que yace inútilmente en el suelo junto a nosotros.

Adelaide jadea mientras mi lengua se adentra más, explorando cada centímetro de su perfecto sexo. Sus dedos se tensan en mi cabello, manteniéndome contra ella mientras sus caderas comienzan a moverse. El sabor de su sangre mezclado con su excitación es irresistible, volviéndome loco de deseo.

—Corvus —gime, su voz entrecortada y desesperada—. Oh, Dios...

Gruño contra ella, las vibraciones la hacen estremecerse. Mis manos agarran su trasero, atrayéndola más cerca mientras la devoro. Su aroma me rodea, llenando mis sentidos hasta que no hay nada más que Adelaide.

Sus piernas comienzan a temblar mientras me concentro en su clítoris, rodeándolo con mi lengua antes de succionarlo suavemente. Adelaide grita, arqueando la espalda mientras se frota contra mi cara.

—No pares —jadea—. Por favor, no pares.

No tengo intención de parar. No cuando sabe tan divinamente, no cuando su placer está aumentando de manera tan hermosa.

Los gemidos de Adelaide se vuelven más fuertes, más desesperados. Sus caderas se mueven erráticamente mientras suplica por su clímax. Puedo sentir lo cerca que está, saborearlo en la inundación de humedad que cubre mi lengua.

—¡Corvus! —grita mientras se corre, su cuerpo temblando. La sostengo firmemente, lamiendo cada gota mientras las olas de placer la invaden.

Cuando sus temblores disminuyen, me pongo de pie. Los ojos de Adelaide están nublados por el placer, sus mejillas sonrojadas. Ella actúa de inmediato, entregándome la esponja que me había arrojado antes.

Resoplando, la tomo y me limpio. —Gracias —me río.

Adelaide parpadea. —Eso fue intenso —suspira.

—Espera a que realmente pueda saborearte —digo, pasando mi lengua por mis colmillos.

Ella se estremece y no dice nada, pero hay un ardor en su mirada que me dice que sucederá. Pronto.

—Nos vemos esta noche —murmuro, sabiendo que es hora de irme antes de que la arrastre a su cama y la clave en ella con mi verga, lo quiera o no.

—Hasta luego —murmura y espera mientras me transformo de nuevo en mi forma de murciélago. Echo un último vistazo a Adelaide y emprendo el vuelo por la ventana abierta, aún saboreando su sangre en mi lengua. Eso fue lo más erótico en lo que he estado involucrado, y eso ya es decir mucho.

Perdido en mis pensamientos, casi no noto las dos figuras que acechan en las sombras cerca de la base de la torre de Adelaide, pero son difíciles de pasar por alto con su presencia tan evidente aquí.

Giro bruscamente, transformándome en el aire y aterrizando con gracia en el suelo. —Lucian. Asher —gruño en advertencia—. Estamos un poco lejos de vuestras habitaciones, ¿no?

Lucian da un paso adelante, esa mueca viciosa haciendo su cara aún más fea. —Corvus —arrastra las palabras—. Qué casualidad encontrarte aquí. ¿Vigilando a la chica nueva, eh?

Asher se ríe, un sonido desagradable que me pone los dientes de punta. —Sí, muy noble de tu parte, Corvus. Estoy seguro de que a la facultad le encantaría saber sobre tus visitas nocturnas a la habitación de una estudiante.

—Adelante. Blackthorn sabe que estoy aquí. Pero vosotros dos... sí, no tanto.

Lucian se encoge de hombros, fingiendo inocencia. —Solo estamos tomando el aire nocturno y vigilando las cosas. Ya sabes cómo es, Corvus. Hay que asegurarse de que todos sigan las reglas.

La amenaza en sus palabras es clara. Están buscando suciedad, cualquier excusa para meterme en problemas. Pero están ladrando al árbol equivocado. No mentí. Blackthorn sí sabe que estoy aquí.

—Escuchad con atención —digo, mi voz bajando a un susurro peligroso mientras muestro mis colmillos y siseo—. Adelaide Black está bajo mi protección. Si tan solo sospecho que estáis planeando hacerle daño, o usarla para llegar a mí, os haré gritar con tanta agonía que desearéis poder morir. ¿Está claro?

Asher da un paso adelante, sus colmillos brillando bajo la luz de la luna. —¿Es eso una amenaza, Corvus?

Sostengo su mirada firmemente. —Es una promesa. Nadie se mete con ella. Corred la voz.

Por un tenso momento, nos quedamos ahí de pie, el aire cargado de desafíos no expresados.

—Dulces sueños, Corvus —llama Lucian mientras él y Asher retroceden—. Dale nuestros saludos a la encantadora señorita Black la próxima vez que la veas.

Espero hasta estar seguro de que se han ido antes de volver a alzar el vuelo, dirigiéndome a mi habitación. Adelaide está protegida en esa torre. Solo Blackthorn y yo podemos entrar sin invitación. O una dimensión de bolsillo a otro mundo... maldito djinn.

Aterrizo con gracia en mi habitación y me transformo de nuevo en forma humana. El encuentro con Lucian y Asher me ha dejado inquieto. Su presencia cerca de la torre de Adelaide no fue una coincidencia, y sus amenazas apenas veladas hacen que mis problemas de ira tengan problemas de ira.

Intento calmar la rabia que crece dentro de mí porque eso no llevará a nada bueno, y lo más probable es que termine golpeándome a mí mismo. Algo me dice que ella no estará de acuerdo con quedar encerrada en su torre, así que está a salvo de idiotas como Lucian y Asher, sin mencionar a los Strix y, más importante aún, al maestro de esos asesinos.

El sabor de Adelaide aún perdura en mi lengua, un recordatorio agridulce de lo que acaba de suceder entre nosotros. Pero ahora, ese momento de felicidad está ensombrecido por la amenaza inminente y el creciente impulso de mantener a salvo a esta Vesper, no solo por lo que es, sino por quien se está convirtiendo para mí.

ADELAIDE

ME QUEDO AHÍ en shock durante varios momentos después de que Corvus se va, mi cuerpo aún hormigueando por su contacto. ¿Qué demonios acaba de pasar?

Primero ese sueño increíblemente vívido, o no-sueño con Zaiah, ¿y ahora esto con Corvus? Mi cabeza da vueltas. Siento que estoy perdiendo el control, como si me estuvieran jalando en múltiples direcciones a la vez. Y la parte más aterradora es que de alguna manera me gusta.

Me veo en el espejo y apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada. Mis mejillas están sonrojadas, mis labios hinchados, mis ojos brillantes con un hambre que nunca antes había visto. ¿Es así como se ve abrazar mi lado vampiro? Porque si es así, definitivamente necesito explorar más.

Pero primero necesito ordenar mi lado humano. Me agacho para recoger el tampón aún en su envoltorio y me pongo manos a la obra.

Después de una ducha rápida, mis piernas aún tiemblan un poco mientras me pongo un pijama limpio. Estos dos hombres sobrenaturales me han hecho sentir cosas hoy que nunca antes había experimentado, y quiero más.

Mirando a través de la niebla de la madrugada, mi estómago gruñe y me alejo de la ventana hacia la cómoda donde me espera el frasco de sangre humana. Aún no lo he probado. Me acobardé varias veces durante la noche, pero necesito hacerlo porque el profesor Blackthorn espera que haya bebido todo este frasco y dijo que en dosis pequeñas y frecuentes.

Con mano temblorosa, lo tomo y desenrosco la tapa. El aroma me golpea y gruño suavemente. Mis colmillos descienden, cortando mi lengua y labios. Es algo automático. No tengo control sobre ellos.

Respiro profundamente, armándome de valor. El olor de la sangre es abrumador, haciendo que mi cabeza dé vueltas. Pero necesito hacer esto. Necesito abrazar quien soy.

Lentamente, levanto el frasco a mis labios. El primer sabor es indescriptible. Rico, metálico, potente. Mi cuerpo vibra con energía mientras trago, sintiendo la sangre deslizarse por mi garganta.

—Joder —susurro, lamiéndome los labios.

Tomo otro sorbo, más grande esta vez. El efecto es instantáneo. Mis sentidos se agudizan, los colores se vuelven más vívidos. Puedo escuchar el crujido de las hojas fuera de mi ventana con una claridad cristalina.

Mis colmillos duelen, queriendo más. Se requiere toda mi fuerza de voluntad para no beberme todo el frasco de un tirón. Pero recuerdo las palabras de Blackthorn sobre ir a mi propio ritmo. A regañadientes, vuelvo a enroscar la tapa y dejo el frasco.

Mi reflejo llama mi atención de nuevo. Hay una ferocidad en mi apariencia, un brillo

depredador que me aterrera. ¿Es esto lo que realmente soy?

Sacudo la cabeza, tratando de librarme de los pensamientos salvajes que descienden. Quiero cazar, alimentarme, sentir mis colmillos hundirse en una vena cálida...

—A la mierda —murmuro y agarro el frasco de nuevo y lo abro. Tomo otro sorbo, tan lentamente como puedo, que se convierte en un trago y otro. Con un jadeo, aparto mi boca de la parte superior y me obligo a tapanlo de nuevo. Lo golpeo de vuelta en la cómoda y cruzo al otro lado de la habitación, necesitando alejarme de él.

—¿Sabías que esto pasaría? —murmuro, mirando fijamente el frasco—. ¿Sabías que querría perder el control?

Mi confianza en Blackthorn baja un escalón o dos. Debe haberlo sabido.

Metiendo las manos en mi cabello, me arrastro de vuelta a la cama y tomo el libro sobre los Fae Oscuros para seguir leyendo sobre Zephyr. La próxima vez que nos encontremos, tendré una mejor idea de lo que es capaz. No es que pueda hacer mucho al respecto, pero al menos no me tomarán por sorpresa.

Intento concentrarme en las palabras frente a mí, pero mi mente sigue volviendo a Zaiah y Corvus. La intensidad de esos encuentros me ha dejado aturdida. Una parte de mí quiere atribuirlo a algún extraño instinto de apareamiento vampírico, pero sé que es más que eso. Se está formando una conexión entre nosotros, algo que no puedo explicar del todo pero que es muy real y muy intenso.

El libro se cae de mis manos cuando otra ola de hambre me invade. Mi mirada se dirige al frasco en la cómoda. Solo un sorbo más...

No. Aprieto los puños, luchando contra el impulso. Necesito mantener el control.

Me levanto de la cama y llevo mi almohada y el libro a la ventana donde me acurruco en el pequeño parche de débil luz solar que lucha por atravesar la mañana brumosa. Instantáneamente, siento que me golpea el letargo. Es como cerrar un par de cortinas. Bostezo y me acomodo para seguir leyendo.

Pero cuanto más tiempo me siento ahí, peor se vuelve el cansancio. Bostezando de nuevo, siento que mis ojos se cierran.



ME DESPIERTO DE GOLPE, DESORIENTADA. EL LIBRO SE HA CAÍDO AL SUELO Y LA LUZ DEL SOL SE ha alejado de la ventana, pero todavía hay luz afuera. Debo haberme quedado dormida por un rato.

Gimiendo, me estiro y miro la hora. He dormido la mayor parte del día, lo cual supongo que es lo que necesito hacer para acostumbrarme a un horario nocturno completo. El frasco de sangre llama mi atención. Sin pensarlo, me levanto, lo agarro y tomo otro largo trago antes de que pueda convencerme de lo contrario. El efecto es inmediato: una oleada de energía y sentidos agudizados.

—Joder —murmuro, volviendo a tapar el frasco. Necesito tener más cuidado con esta cosa. Es demasiado fácil perder el control.

Dejo el frasco, tratando de ignorar el sabor persistente de la sangre en mi lengua. Mi mente está más clara ahora, la niebla del sueño se disipa. Necesito prepararme para mi reunión con el profesor Blackthorn. Mientras me visto con jeans y una camiseta y reúno mis cosas, no puedo evitar pensar en Zaiah y Corvus. La intensidad de esos encuentros aún persiste, haciendo que mi piel hormiguee al recordarlo.

Pero no hay tiempo para pensar en eso ahora. Tengo responsabilidades, clases a las que asistir, todo un nuevo mundo de lo sobrenatural que aprender. No puedo dejar que me distraiga, por más tentador que pueda ser. Necesito mantenerme enfocada. Tengo mucho que aprender, y estoy determinada a aprovechar al máximo mi tiempo en MistHallow ahora que estoy aquí.

Orby aparece a mi lado. Parece estar entrando y saliendo en este momento y me doy cuenta de que lo extraño cuando no está. —Vamos entonces —le digo—. Empecemos esta fiesta.

Agarro el frasco y lo meto en mi mochila, pero luego lo pienso mejor y lo saco. Blackthorn dijo que no se permitía sangre humana en el campus. Los vampiros podrán olerla a kilómetros de distancia.

Mientras bajo las escaleras de la torre, me preparo para lo que la noche pueda traer cuando abra la puerta de la torre.

Sobresaltada, me encuentro cara a cara con una criatura corpulenta, que yo diría que es un vampiro, pero podría estar muy equivocada. —Hola —digo mientras cierro la puerta detrás de mí.

No está merodeando como tal, pero tampoco está simplemente pasando. —Hola, Adelaide, ¿verdad? Soy Lucian.

—Hola, Lucian y sí, Adelaide.

Él sonríe, pero hay algo depredador en su mirada que me pone en guardia. —Un placer conocerte al fin. Todos hemos estado muy curiosos sobre la nueva vampira de tercer año en el campus.

Fuerzo una sonrisa, tratando de mantener un tono ligero. —Bueno, aquí estoy. Nada demasiado emocionante, me temo.

Lucian da un paso más cerca, invadiendo mi espacio personal. —Oh, yo no diría eso. Una vampira que llega tan tarde es bastante fascinante, si me preguntas.

Mis instintos me gritan que me aleje de él, pero me mantengo firme. —Supongo. Mira, tengo una reunión con el profesor Blackthorn, tengo que irme.

—Por supuesto —dice suavemente, pero no se mueve—. Solo quería presentarme. Tal vez podríamos tomar algo alguna vez. Me encantaría saber más sobre cómo no sabías que eras una vampira hasta hace poco.

—¿Quién dice que no lo sabía? —pregunto con suspicacia.

Esa sonrisa se ensancha. —Los rumores por el campus.

—Bueno, gracias por la oferta, pero estoy bastante ocupada instalándome —respondo, tratando de esquivarlo.

La mano de Lucian sale disparada, agarrando mi brazo. No es doloroso, pero es lo suficientemente firme como para detenerme en seco y darme la mayor repugnancia de toda mi vida. Mi piel quiere encogerse y desmoronarse ante su toque a través de mi chaqueta. —Vamos, no seas así. Todos somos amigos aquí en MistHallow.

Entrecierro los ojos, sintiendo una oleada de ira. —Suéltame —espeto.

Por un momento, parece que Lucian va a discutir, pero entonces un borrón negro y morado pasa zumbando junto a mí y estrella a Lucian contra la pared de la torre, arrancándolo de mí y haciéndome tropezar.

—Zephyr —murmuro al ver al Fae Oscuro gruñendo al vampiro que tiene en su agarre.

—No la toques *nunca* —declara Zephyr, todo frialdad y calma mientras mi corazón late como un pájaro salvaje tratando de escapar de mi caja torácica.

—Solo nos estábamos conociendo —replica Lucian.

—No —dice Zephyr y mueve los dedos hacia Lucian.

La magia del Fae Oscuro, una sombra negra de pura malevolencia, se envuelve alrededor de la garganta de Lucian, asfixiándolo. Sus ojos se agrandan en pánico mientras araña la fuerza invisible.

Zephyr se gira hacia mí, sus ojos brillando con una luz sobrenatural. Por un momento, veo el verdadero poder del Fae Oscuro, y es inquietante. —¿Estás bien?

Incapaz de hablar, simplemente asiento, aunque mi brazo se siente magullado por el toque.

Zephyr se vuelve hacia Lucian, que sigue ahogándose con la magia. —Te atreviste a tocarla —gruñe, su tono como hielo—. Necesitas aprender tu lugar, vampiro.

La cara de Lucian se está volviendo morada, sus luchas cada vez más débiles.

—Zephyr —murmuro, pero no es para detenerlo. Mi lado vampírico se está deleitando con esta oscuridad y es un estímulo.

Sin embargo, Zephyr me ignora, su atención completamente en Lucian. —¿Crees que puedes tocar lo que es mío? —declara, moviendo su mano suavemente y enviando cortes a través de la cara de Lucian que lo hacen chillar de dolor.

Estoy cautivada. Hay una seducción oscura en el salvajismo de Zephyr, y una parte primitiva de mí responde a su brutalidad.

Los ojos de Lucian se ponen en blanco, su cuerpo quedando flácido. Zephyr lo suelta, dejándolo desplomarse en el suelo. Se vuelve hacia mí, sus ojos aún brillando con esa luz inquietante. —Nadie te toca —declara fríamente.

Hay una parte de mí que quiere rebelarse contra su posesividad, afirmar mi independencia. Pero hay otra parte, una parte más oscura, que está excitada por sus palabras.

Nuestras miradas se encuentran y el resto del mundo se desvanece a mi alrededor.

Los ojos de Zephyr buscan los míos, el brillo desvaneciéndose ligeramente. —No tienes miedo —murmura.

Niego con la cabeza. —No, no lo tengo.

Él da un paso más cerca, su mano extendiéndose para acariciar mi mejilla. Su toque es suave. —Me permites tocarte. Eso te hace mía para proteger —murmura, su pulgar acariciando mi piel.

Antes de que pueda responder, se inclina, sus labios rozando los míos en un beso suave y fugaz. Termina antes de que pueda reaccionar, dejándome atónita y sin aliento.

Zephyr retrocede, su mirada perforando la mía. —Mía —dice, y luego se ha ido, desapareciendo en las sombras tan rápido como apareció.

Me quedo allí por un momento, mis dedos tocando mis labios donde me besó. Mi mente es un torbellino de pensamientos y emociones, tratando de procesar lo que acaba de suceder.

Un gemido de Lucian me devuelve a la realidad. Lo miro, aún desplomado en el suelo. Se ve patético, toda su bravuconería anterior desaparecida.

—Lárgate de aquí —espeto, empujándolo con el pie—. Y si alguna vez te acercas a mí de nuevo, dejaré que Zephyr termine lo que empezó, *después* de que yo haya terminado contigo.

Lucian se pone de pie tambaleándose, dándome un amplio margen mientras se aleja. Lo veo irse, una sensación de satisfacción me invade. Nunca me había defendido así antes, nunca había tenido el poder para respaldar mis palabras. Se siente bien. Me río y siento que se levanta un peso de mis hombros que no sabía que me estaba aplastando.

Aceptación por quien realmente soy.

Respiro profundamente mientras camino hacia la oficina de Blackthorn. Zephyr es una contradicción, un rompecabezas que quiero resolver. Su salvajismo, su posesividad, su inesperada gentileza. Y ese beso... joder, apenas fue algo, pero me dejó anhelando más.

Sacudo la cabeza, tratando de aclararla. Necesito concentrarme. Tengo esta reunión con

Blackthorn y necesito estar en mi mejor forma. Pero mientras Orby me guía a la habitación donde Blackthorn y yo nos reunimos antes, no puedo sacudirme la sensación de que mi mundo acaba de cambiar, que he dado un paso por un camino oscuro del que no hay vuelta atrás.

Pero no quiero volver.

Blackthorn abre la puerta, sus ojos escaneándome de pies a cabeza. —Señorita Black —saluda, haciéndose a un lado para dejarme entrar—. Se ve diferente.

Levanto una ceja mientras entro en su oficina. —¿Diferente cómo?

Cierra la puerta detrás de mí, su mirada persistiendo en mi rostro. —Más viva —dice finalmente—. Más usted.

Sonrío, tomando asiento frente a su escritorio. —Me siento más yo —admito—. Como si finalmente estuviera despertando después de un largo sueño.

Blackthorn asiente, tomando su propio asiento. —Bien. Eso significa que está abrazando su verdadera naturaleza. Ahora, cuénteme sobre su progreso con la sangre.

Me remuevo en mi asiento. —Es intenso —digo, eligiendo mis palabras con cuidado—. Puedo sentir el poder en él, la energía. Es un anhelo que me resulta difícil resistir. —Lo expongo para ver si puedo saber si él sabía que esto me pasaría.

Blackthorn se inclina hacia adelante, sus ojos intensos mientras ignora mi pregunta. —¿Y cómo te hace sentir? ¿Física y emocionalmente?

Pienso en la oleada de energía, los sentidos agudizados, el hambre salvaje. —Fuerte. Como si pudiera hacer cualquier cosa.

Una sonrisa lenta se extiende por el rostro de Blackthorn. —Excelente. Así es exactamente como debería sentirse. Estos anhelos, ¿los estás resistiendo?

Asiento. —Sí, pero es difícil. Siempre quiero más. Pero lo estoy controlando, no dejando que me controle.

—Bien —dice Blackthorn, reclinándose en su silla—. Muy bien. Termina el frasco y luego cambia a sangre sintética. Puedes beber tanta como quieras de esa.

—Bueno saberlo —murmuro, ya planeando pasar por el comedor para conseguir un poco después de esto.

Por dentro soy una masa arremolinada de deseos oscuros y poder recién descubierto.

—Ahora, señorita Black, es momento de que discutamos sus habilidades únicas. Como Vesper, posee poderes que van más allá de los de un vampiro ordinario. Uno de estos, como mencioné antes, es la capacidad de potenciar los poderes de otros.

—¿Cómo funciona exactamente?

—Eso es lo que estamos aquí para averiguar —dice Blackthorn, poniéndose de pie. Se dirige a un gabinete y saca una pequeña caja ornamentada—. Esto contiene un artefacto mágico. Por sí solo, tiene un rango de influencia limitado. Quiero que lo sostengas y te concentres en potenciar su poder.

Coloca la caja frente a mí. Está hecha de madera oscura, con intrincados grabados adornando su superficie. Extiendo la mano con vacilación, mis dedos rozando la madera fría.

—Adelante —me anima Blackthorn—. Levántala y concéntrate. Imagina que su poder crece, se expande.

Respiro profundamente y levanto la caja. Es sorprendentemente ligera. Cierro los ojos, tratando de sentir la magia. Al principio, no hay nada. Luego, lentamente, me doy cuenta de un débil pulso, como un latido.

—Puedo sentir algo —murmuro, con los ojos aún cerrados—. Está pulsando.

—Bien —la voz de Blackthorn viene de algún lugar a mi izquierda—. Ahora, concéntrate en

ese pulso. Haz que crezca más fuerte, que se expanda.

Frunzo el ceño, concentrándome intensamente. En mi mente, imagino el pulso creciendo, expandiéndose desde la caja en ondas. De repente, siento una oleada de energía. Mis ojos se abren de golpe.

La caja en mis manos está brillando, una suave luz azul emanando de los grabados. Blackthorn está de pie a unos metros de distancia, sus ojos abiertos de emoción.

—Sorprendente —respira—. El alcance del artefacto se ha duplicado.

Miro fijamente la caja brillante, asombro y temor me invaden. —¿Esto es normal?

Blackthorn niega con la cabeza. —No, señorita Black. Esto es extraordinario. Su capacidad de potenciación es mucho más potente de lo que anticipé. Con práctica, ¿quién sabe de qué podría ser capaz?

Dejo la caja cuidadosamente, observando cómo se desvanece el brillo. —¿Qué más puedo hacer?

Los ojos de Blackthorn brillan de emoción. —Averigüémoslo, ¿le parece? Tengo algunas pruebas más preparadas. —Saca una pequeña piedra iridiscente del cajón de su escritorio—. Este es un encantamiento de protección básico —explica, colocándolo en mi palma—. Normalmente, puede proteger al portador de hechizos menores dentro de un radio de aproximadamente un metro. Veamos si puedes expandir su alcance.

Cierro los ojos, concentrándome en la superficie lisa de la piedra. Imagino su poder como una burbuja brillante, latiendo suavemente. Concentrándome intensamente, hago que la burbuja crezca, que se estire hacia afuera. Una sensación de hormigueo se extiende desde mi mano hasta mi brazo.

—Extraordinario —murmura Blackthorn. Abro los ojos para verlo caminando por los bordes de la habitación, agitando una varita que emite chispas—. El encantamiento ahora está protegiendo toda la oficina. Has aumentado su poder diez veces.

Luego, produce un vial de líquido verde arremolinado. —Una simple poción curativa —dice—. Típicamente, puede curar cortes y moretones menores. Quiero que potencies su eficacia.

Acuno el vial en ambas manos, imaginando la poción en su interior volviéndose más brillante, más vibrante. El líquido comienza a brillar, su color profundizándose hasta un rico esmeralda.

Blackthorn toma el vial, examinándolo de cerca. —Fascinante. Esto ahora podría curar huesos rotos, posiblemente incluso lesiones internas graves. Las implicaciones para la medicina mágica son asombrosas.

Para la prueba final, Blackthorn se para frente a mí, su expresión seria. —Voy a lanzar un simple hechizo de iluminación —dice—. Quiero que intentes potenciar mi producción mágica.

—Espera —digo—. ¿Tienes magia? Pensé que eras un vampiro.

Sonríe pero no responde a mi pregunta, lo que me hace estar aún más cautelosa con esta criatura ahora, pero definitivamente me está ayudando a darme cuenta de mi potencial. Así que lo dejo de lado e intento concentrarme en lo bueno.

Mientras comienza a murmurar el encantamiento, imagino su poder como una llama brillante. Mentalmente avivo esa llama, haciendo que arda más brillante y caliente.

De repente, la habitación se inunda de una luz cegadora. Me cubro los ojos, con manchas bailando en mi visión. Cuando el resplandor se desvanece, veo a Blackthorn mirando sus manos con asombro.

—En todos mis años —susurra—, nunca he producido una magia tan poderosa.

Estoy empapada en sudor, mi cuerpo temblando por el esfuerzo. La oleada de poder es

embriagadora, pero ha cobrado su precio. Me desplomo en mi silla, respirando pesadamente.

—Has superado todas las expectativas, señorita Black —dice Blackthorn, luciendo tanto impresionado como ligeramente preocupado—. Pero recuerda, con un gran poder viene una gran responsabilidad, y un gran riesgo.

Asiento débilmente, demasiado agotada para hablar. A pesar del cansancio, hay una profunda sensación de satisfacción asentándose en mis huesos. Por primera vez, siento que estoy rozando la superficie de mi verdadero potencial. Es emocionante pero al mismo tiempo, me asusta más que cualquier cosa que haya encontrado aquí en MistHallow hasta ahora. —Gracias, creo. Entonces, ¿qué sucede ahora?

Blackthorn se sienta de nuevo detrás de su escritorio, su expresión volviéndose seria. —Ahora, comenzamos tu verdadero entrenamiento. Necesitas aprender a controlar estas habilidades, a usarlas efectivamente, y más importante aún, necesitas aprender cuándo no usarlas.

Asiento, entendiendo la gravedad de sus palabras. —Estoy lista —digo, y lo digo en serio. A pesar del agotamiento, me siento más viva que nunca.

Blackthorn me da una pequeña sonrisa. —Creo que lo estás, pero ten cuidado. Un poder como el tuyo... puede ser embriagador. No dejes que te consuma.

Mientras salgo de la oficina de Blackthorn, mi mente da vueltas. La extensión de mis habilidades, el potencial que poseo, me hace sentir como si estuviera al borde de algo masivo, algo que podría cambiarlo todo.

Pero mientras me dirijo al comedor, con Orby rebotando a mi lado, toco mis labios, recordando el beso de Zephyr, la oscura emoción que sentí al verlo torturar a Lucian. Pienso en la oleada de la sangre, el poder que sentí al potenciar esos objetos mágicos.

Estoy caminando por una línea fina, entre el control y el caos, entre la luz y la oscuridad. Légère y Black.

Estoy convencida de que eso significa algo más que solo dos nombres al azar. Simplemente necesito descubrir qué.

IGNATIUS

EL COMEDOR bulle de actividad cuando entro, la cacofonía de voces y el tintineo de platos me envuelve. Mis ojos escanean la sala, un hábito nacido de años de estar hiperconsciente de mi entorno. Es entonces cuando la veo de pie cerca del dispensador de sangre sintética, con una mirada de concentración mientras llena un gran vaso.

Mi corazón da ese estúpido brinco que parece dar cada vez que la veo. Es ridículo. Soy un poderoso elemental de fuego, por el amor de Dios. No debería estar alterándome como un adolescente enamorado.

Pero Adelaide es diferente. Especial.

Sea lo que sea lo que la hace única está presionando mis sentidos, instándome a averiguar todo lo que pueda sobre ella. Corvus ya lo sabe, pero no está hablando. Así que eso significa que tengo que hacer la investigación yo mismo.

Me dirijo hacia ella, tratando de parecer casual.

—Hola —digo, alcanzando un vaso de agua—. ¿Cómo estás después del asunto de los Strix?

Me estremezco internamente. Qué maldita cosa para preguntarle.

Ella se gira hacia mí con una suave risita, y me impacta de nuevo lo hermosa que es. Su cabello oscuro cae liso por su espalda, y sus ojos parecen brillar con un fuego interior que no estaba allí antes. Está cambiando, entrando en su poder, y es un espectáculo digno de ver.

—Vaya, hola, iniciador de fuegos australiano de la misteriosa Orden —dice, sus ojos iluminándose—. Creo que estoy bien.

Asiento, entendiendo esa confusión demasiado bien.

—Es mucho para asimilar, estoy seguro. Especialmente para alguien que no creció en este mundo —ese es un comentario para tantear, pero es tan claro como la nariz en mi cara que ella no lo hizo.

Adelaide toma un sorbo cauteloso de su sangre. Noto cómo sus ojos se cierran brevemente, saboreando el gusto. Cuando los abre de nuevo, hay un toque de vergüenza en su expresión.

—Sí, parece que esa es la noticia del día. Todo el mundo está hablando de ello, de mí.

Me río, recordando mis primeros días en MistHallow.

—Las primeras semanas siempre son las más difíciles. Pero parece que te estás adaptando bien.

Nos movemos a una mesa cercana, sentándonos uno frente al otro. Soy hiperconsciente de su presencia, de la forma en que se mueve, de los sutiles cambios en su expresión. Es como si mis sentidos estuvieran al máximo a su alrededor.

—He querido preguntarte algo. Sobre tus poderes, de hecho.

Levanto una ceja, intrigado.

—¿Oh? ¿Qué te gustaría saber?

Ella duda por un momento, como si estuviera reuniendo sus pensamientos.

—Bueno, sé que eres un elemental de fuego. Pero ¿qué significa exactamente eso? ¿Qué puedes hacer? —Baja la voz para preguntar—. ¿Y qué es eso de la Orden?

Considero sus preguntas. No es frecuente que discuta mis habilidades, pero con Adelaide, me encuentro queriendo abrirme.

—Bueno —comienzo—, no puedo decir nada sobre la Orden, pero como elemental de fuego, tengo una conexión profunda con el elemento del fuego. Puedo crear y controlar llamas, manipular el calor e incluso sentir la energía térmica a mi alrededor.

Para demostrarlo, extendiendo mi mano, con la palma hacia arriba. Con un pensamiento, una pequeña llama cobra vida sobre mi piel. Adelaide se inclina, fascinada.

—Eso es asombroso —susurra—. ¿Duele?

Niego con la cabeza, sonriendo.

—En absoluto. El fuego es parte de mí. Es tan natural como respirar.

Con un movimiento de mi muñeca, extingo la llama.

—Pero no se trata solo de crear fuego —continúo—. También puedo absorber calor y llamas, haciéndome prácticamente a prueba de fuego. Y en situaciones extremas, incluso puedo transformar mi cuerpo en una llama viviente.

Los ojos de Adelaide se agrandan.

—Vaya. Eso suena increíblemente poderoso.

Asiento, mi expresión se vuelve seria.

—Lo es. Pero el fuego es volátil. Puede calentar y nutrir, pero también puede destruir si no se controla adecuadamente.

Ella asiente, un destello de comprensión en sus ojos.

—Estoy empezando a darme cuenta de eso yo misma, y a veces es abrumador.

Siento una punzada de simpatía, recordando mis luchas con el control cuando era un niño pequeño, donde estallaba en llamas involuntariamente.

—Se volverá más fácil —le aseguro—. Solo necesitas tiempo y práctica.

Caemos en un silencio cómodo, Adelaide bebiendo su sangre mientras yo tomo un trago de agua. La estudio, notando los sutiles cambios en su postura, la forma en que se mantiene con más confianza ahora.

—¿Puedo preguntarte yo algo ahora?

Ella parpadea y asiente.

—Es justo.

—¿Qué eres? Realmente.

—Cuéntame sobre tu Orden, y yo te diré lo que realmente soy —contraataca con tanta facilidad que me atraganto con mi risa.

—Vaya, mierda. Eres una negociadora dura, ¿no?

Adelaide me sonríe, con un brillo travieso en sus ojos.

—Estoy aprendiendo a jugar el juego.

—Touché. Está bien, ¿qué te parece esto? Te diré una cosa sobre la Orden, y tú me dirás una cosa sobre ti. Es un intercambio de secretos, si quieres.

Ella lo considera por un momento, luego asiente.

—Trato hecho. Tú primero, ya que yo pregunté primero.

Me inclino más cerca, bajando la voz.

—La Orden de la Sombra Carmesí es antigua, más antigua que la mayoría de las razas

sobrenaturales. Estamos encargados de mantener el equilibrio en el mundo mágico.

Adelaide asiente lentamente, y puedo ver los engranajes girando.

—Interesante. Supongo que es mi turno —Toma un respiro profundo y baja la voz a un susurro—. Soy una Vesper, mitad vampiro, mitad humana.

Ahora es mi turno de sorprenderme.

Impactado, en realidad.

Los Vesper son increíblemente raros, casi míticos.

—Eso es... vaya, de acuerdo. Esto definitivamente no es lo que esperaba que dijeras... —Frunzo el ceño hacia ella—. Ese es un secreto de los gordos, chica.

—Sí, lo sé. Pero tengo la sensación por lo que *no* dijiste que el tuyo también lo es, así que estamos a mano, ¿verdad?

La estudio por un momento.

—Chica lista —murmuro, impresionado de que leyera entre líneas, pero también ligeramente preocupado. Tampoco esperaba eso. De hecho, esta mujer está llena de sorpresas—. Sí, estamos a mano.

—Tienes un acento muy mono, ¿sabes? —dice ella, poniéndose de pie y llevándose su taza—. Me dan ganas de saber más.

—¿Entonces a dónde vas?

—Tengo que aprender un montón de cosas. Nos vemos luego, chico de fuego.

—Hasta luego, listilla.

Ella suelta una carcajada y me hace un gesto de despedida con los dedos.

La veo alejarse, con una mezcla de emociones arremolinándose en mi interior. Intriga, atracción y un toque de inquietud. Una Vesper. Solo había leído sobre ellas en textos antiguos. Se supone que son increíblemente poderosas, con habilidades que superan a muchas criaturas sobrenaturales cuando se desarrollan por completo.

Mientras sigo sentado, reflexionando sobre nuestra conversación, me doy cuenta de que su secreto está a salvo conmigo. Saldrá a la luz eventualmente. Tiene que hacerlo. Es demasiado grande para mantenerlo oculto, pero ningún cabrón lo oír de mi boca.

Termino mi agua y me pongo de pie, con la mente acelerada. Necesito hablar con Corvus y averiguar si esto es lo que él sabe. Si es así, podemos discutirlo y estar preparados para lo que sea que eso pueda significar.

Me teletransporto en llamas fuera del comedor y aparezco frente a la habitación de Corvus, donde golpeo con fuerza. Él abre la puerta, entrecerrando los ojos al verme. —Iggy. ¿Qué pasa?

Pongo una mano ligeramente sobre su camisa para apartarlo de mi camino y entrar en su habitación, sin esperar una invitación. —Tenemos que hablar sobre Adelaide.

Corvus cierra la puerta detrás de mí. —¿Qué pasa con ella?

Me giro para mirarlo. —¿Sabes lo que es?

Él parpadea. —¿Tú lo sabes?

Bien. No lo ha soltado sin más. Eso es bueno. Significa que la protegerá. Incluso de mí.

—Sí, ella me lo acaba de decir.

Él se burla. —No me lo creo ni por un segundo.

—¿Por qué? Te lo dijo a ti, si es que dices la verdad sobre saberlo.

—En realidad, lo deduje yo mismo. —Me lanza una mirada de superioridad.

—Pues muy bien por ti —murmuro—. Así que si lo sabes, sabes que tenemos que asegurarnos de que este secreto permanezca oculto el mayor tiempo posible.

—No me digas.

—No creo que lo sepas —lo desafío.

—Bueno, yo tampoco creo que *tú* lo sepas —replica.

Me encojo de hombros. —Mira, tú sabes algo, yo sé algo. No quiero decirlo por si no tienes todos los datos.

—Lo mismo digo.

Nos miramos fijamente.

—¿A la de tres? —sugiero como una trampa.

—Oh, por favor. ¿Esperas que caiga en eso?

—Nah, en realidad no. Bueno, mira, sé que es muy rara.

—Muchísimo.

—¿Cómo vamos a superar esto?

—Tráela aquí y preguntémosle.

Considero la sugerencia de Corvus por un momento. Traer a Adelaide aquí para confirmar lo que sabemos podría funcionar, pero también se siente como una violación de su confianza. Ella compartió esa información conmigo en confidencia.

—No —digo finalmente—. No podemos hacerle eso. Ya está lidiando con suficientes cosas, tratando de adaptarse a todo esto. No deberíamos ponerla en esa situación.

Corvus levanta una ceja. —¿Desde cuándo te preocupan tanto sus sentimientos?

Siento un destello de irritación por su tono. —Desde el día que hablé con ella por primera vez.

Me estudia por un largo momento, sus ojos oscuros indescifrables. Finalmente, dice: —Te importa. —No es una pregunta.

No lo niego. No tiene sentido. —¿Y a ti no?

Un destello de emoción cruza su rostro. —Sí. Mucho. Pero lo que yo sienta es irrelevante. Lo que importa es mantenerla a salvo.

Asiento, aliviado de que al menos estemos de acuerdo en eso. —De acuerdo. Entonces, ¿qué hacemos?

Corvus camina por la habitación, pensando. —La vigilamos. La protegemos cuando podamos. Y mantenemos lo que sabemos para nosotros mismos, incluso entre nosotros.

—Trato hecho —digo, y nos damos la mano porque la cosa se ha puesto seria, y puedo ver que esto va a escalar rápidamente una vez que se sepa el secreto. Siempre pasa.

ADELAIDE

DESPUÉS DE MI informativa charla con Ignatius, sé que tengo mucha investigación por hacer, como si no tuviera ya suficiente. Es como ponerme al día con veintiún años de estudios sobrenaturales perdidos. Mi mente zumba con pensamientos de fuego y la calidez de la sonrisa de Ignatius. De los cuatro hombres con los que he llegado a familiarizarme, bueno, cinco si incluyo a Lucian, él es el menos amenazante. Es dulce, inteligente y muy guapo. Siento que se está gestando una amistad, y me gusta.

Los muros de piedra parecen absorber la luz parpadeante de las antorchas mientras camino por el patio hacia la biblioteca. El aire es fresco y ligeramente húmedo, trayendo consigo el aroma del bosque y algo más, algo distintivamente mágico que huele a ozono.

Casi choco con el profesor Blackthorn mientras marcha por el patio, perdido en sus pensamientos. Su figura alta e imponente se alza de repente ante mí, y tengo que sofocar un grito de sorpresa.

—Señorita Black —dice.

—Profesor —murmuro, pero entonces se me ocurre una idea, superando mi vergüenza—. De hecho, me alegro de haberme topado con usted. Quería preguntarle antes. Me preguntaba... ¿hay alguna manera de obtener una señal mágica en mi teléfono? Me gustaría mucho llamar a mi madre. He visto a estudiantes con sus teléfonos, así que hay una manera, ¿verdad?

Blackthorn sonrío.

—Por supuesto. ¿Su teléfono?

Lo saco de mi mochila y se lo muestro. Él coloca su mano sobre él y, con un *zumbido*, se calienta pero luego se estabiliza rápidamente.

—Ahí lo tiene —dice—. Ahora debería tener señal. Puede contactar con su madre en el exterior, pero ella no puede contactar con usted. ¿De acuerdo?

Asiento, apretando el teléfono contra mi pecho como si fuera un salvavidas.

—Gracias, profesor. Lo entiendo.

Mientras Blackthorn se aleja, sus túnicas rozando suavemente el suelo, me hundo en un banco bajo cerca del borde del patio, mis dedos temblando ligeramente mientras marco el número de mi madre.

Suena unas cuantas veces, y luego mi madre contesta.

—¿Hola?

—Mamá, soy yo.

—Adelaide —La voz de mi madre me llena de una oleada de nostalgia tan intensa que casi duele—. Oh, cariño, ¿eres realmente tú?

—Sí, mamá —digo, con la voz cargada de emoción. Tengo que aclarar mi garganta antes de

poder continuar—. Sí, soy yo. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, amor. Pero olvídate de mí. ¿Estás bien tú? ¿Está todo bien allí?

Puedo escuchar la preocupación en su voz, y hace que mi pecho duela.

—Estoy bien, mamá. Es diferente aquí, pero me estoy adaptando. Pero realmente necesito saber que *tú* estás bien. ¿No ha habido rarezas o extraños apareciendo?

Ella se ríe, y yo frunzo el ceño.

—No, nada de rarezas ni extraños. Tu padre se está asegurando de que esté bastante segura.

Mi boca se abre, bueno, no exactamente de sorpresa, pero un poco de asco, creo. La forma en que lo dijo fue... no buena para mis oídos.

Se oye un crujido, y luego Randall se pone al teléfono.

—Adelaide. Conseguiste señal. Bien. ¿Cómo van las cosas?

—Bien —murmuro—. ¿Mamá está realmente bien?

Hay una pausa, y casi puedo ver a mis padres intercambiando miradas, probablemente decidiendo cuánto contarme. El silencio se extiende por un momento demasiado largo, y siento que la ansiedad crece en mi pecho.

—Sí, está perfectamente bien —dice Randall—. ¿Y tú? ¿Luke ya ha comenzado tu entrenamiento?

—¿Luke? —grazno.

—Blackthorn.

—Ah, bueno, sí, *Luke* y yo nos hemos reunido un par de veces para entrenar.

—Excelente —Exhala lo que suena como un suspiro de alivio y le devuelve el teléfono a mamá.

—Addy, hablaremos contigo pronto.

¿*Hablaremos?* ¿Desde cuándo se convirtieron en un "nosotros"?

—De acuerdo, mamá. Llamaré pronto.

—Adiós, amor.

—Adiós, mamá.

Colgamos justo cuando Lyra cruza el patio, dirigiéndose directamente hacia mí.

—Hola, Adelaide —dice, con un tono amistoso pero cauteloso.

Sonrío, tratando de mantener una expresión neutral mientras me levanto.

—Hola, Lyra —Después de nuestra última conversación, soy cautelosa con Lyra, pero me recuerdo a mí misma que necesito aliados aquí en MistHallow. Tal vez la juzgué demasiado duramente el otro día.

—Así que —digo, forzando una sonrisa y buscando un tema neutral—, ¿cómo van las cosas?

—Bien —dice ella—. ¿Te enteraste de que van a nombrar al Capitán de Casa esta noche? Todos los estudiantes están aquí, así que va a suceder.

—¿Oh? No, no lo sabía, pero eso es bueno. ¿En qué Casa terminaste?

—Troy —dice con una sonrisa radiante—. Esperaba eso este año. Necesito expandir mis alas de liderazgo.

—Bien, bien.

—Sí, quiero ser Capitana de Casa —dice—. Ha sido un chico durante los últimos cinco años seguidos. Quiero demostrarles que las chicas también pueden ser capitanas.

—Oh, joder, sí —digo con una sonrisa mientras ella se ríe y levanta su mano para que choque los cinco—. ¡Totalmente de acuerdo! —Cuando nuestras manos se conectan, siento una cálida sensación de, no exactamente camaradería, pero algo, tal vez *poder femenino*. No sé. Algo positivo, de todos modos. Tal vez esto pueda dar un giro, y podríamos terminar siendo amigas.

Lyra comienza a charlar sobre su horario de clases mientras nos dirigimos al Salón. Las puertas masivas están abiertas, derramando luz cálida y el zumbido de voces emocionadas en el pasillo. Al entrar, me impresiona nuevamente la pura grandeza de la sala. El techo parece extenderse imposiblemente alto, encantado para reflejar el cielo nocturno exterior. Las estrellas parpadean sobre nosotros, ocasionalmente puntuadas por el destello de un cometa o el suave resplandor de una nebulosa.

La sala está zumbando de emoción y especulación mientras esperamos de pie mientras el Salón se llena. Veo a Corvus al otro lado de la sala, inmerso en una conversación con un grupo de otros vampiros. Él me mira y me hace un rápido asentimiento, que devuelvo con una pequeña sonrisa.

El director Ellis, supongo, ya que nunca lo he visto antes, se pone de pie en el podio y aplaude. Las velas encantadas que flotan sobre nosotros parecen atenuarse ligeramente, centrando toda la atención en él.

—Buenas noches, estudiantes —comienza, su voz resonando por el Salón con un poder que parece vibrar en mis propios huesos—. Esta noche, estamos buscando a nuestros nuevos Capitanes de Casa. En el espíritu de cooperación entre Casas, llevaremos a cabo una serie de actividades entre Casas.

Un murmullo recorre la multitud. Veo a Ignatius al otro lado de la sala, y me dedica una pequeña sonrisa y un saludo que me inunda de calidez. Le devuelvo el saludo con una sonrisa y luego vuelvo a centrarme en Ellis.

—Para nuestra primera actividad —continúa Ellis, sus ojos recorriendo a los estudiantes reunidos—, se os emparejará con un estudiante de otra Casa para una búsqueda del tesoro mágica. Las parejas han sido seleccionadas al azar para garantizar la equidad.

Mi estómago se revuelve de emoción, pero también de ansiedad mientras Ellis comienza a leer las parejas. Los nombres pasan sobre mí, sin significado, hasta que escucho uno familiar.

—Adelaide Black de Cartago —anuncia Ellis, y contengo la respiración—. Serás emparejada con Zephyr Nightshade de la Casa de Atenas.

Se me corta la respiración. La protección de Lucian y ese beso cruzan por mi mente mientras Zephyr se acerca a mí con una sonrisa astuta.

—Adelaide.

—Zephyr —murmuro mientras un miembro de la facultad que reconozco como la Dama del Agua Azul nos entrega un sobre con nuestra tarea dentro.

Cuando levanto la mirada, el familiar tirón en mi alma se intensifica, y miro alrededor. Mis ojos se encuentran con los de Zaiah. Está de pie junto a una chica de cabello dorado, pero su mirada está fija únicamente en mí. Sonríe, y siento esa inexplicable atracción hacia él. Es como una fuerza física que me atrae.

Sin pensarlo, doy un paso en su dirección, atraída por lo que sea que está creciendo entre nosotros. Pero antes de que pueda moverme más, una mano fuerte y fría se cierra alrededor de mi garganta, deteniéndome en seco.

—No tan rápido, princesa —murmura la voz grave de Zephyr en mi oído.

Me quedo inmóvil, mi cuerpo tensándose ante su toque. El agarre de Zephyr no es doloroso, pero es lo suficientemente firme como para recordarme el poder que posee. Puedo sentir la fuerza inhumana en sus dedos, la magia apenas contenida vibrando a través de él.

—Escucha con atención, Muñequita. Quiero ser el Capitán de la Casa de Atenas, y dado que eres mi compañera, vas a ayudarme a conseguirlo.

Giro la cabeza, mi rostro neutro de toda expresión mientras mi mirada se clava en la suya.

Afloja un poco su agarre sobre mí.

—Sí, bueno, yo quiero ser la Capitana de la Casa de Cartago, y te haré personalmente responsable si no lo consigo.

Se ríe, pero es una risa oscura y mortal.

—Entonces será mejor que seas buena en las búsquedas del tesoro.

Me suelta, y resisto el impulso de frotarme la garganta. Todavía puedo sentir la presión fantasma de sus dedos, un recordatorio del peligro que representa.

—Supongo que lo averiguaremos —murmuro, volviéndome para enfrentarlo.

ZEPHYR

EL AIRE nocturno es fresco contra mi piel mientras Adelaide y yo cruzamos los terrenos iluminados por la luna de MistHallow. El aroma de la magia flota denso en el aire, mezclado con el olor terroso del bosque circundante. Puedo sentir el poder pulsando a través de mí, ansioso por ser desatado. Es una sensación familiar, esta energía inquieta, pero esta noche se siente diferente. Más intensa. Me pregunto si tiene algo que ver con la mujer que camina a mi lado.

Lanzo una mirada de reojo a Adelaide. Está tratando de ocultarlo, pero puedo ver la energía nerviosa que irradia en oleadas. Sus ojos se mueven rápidamente, absorbiendo las sombras y el extraño resplandor etéreo que parece impregnar MistHallow por la noche. Es casi entrañable.

—Bien, princesa —digo, rompiendo el silencio. Mi voz corta el aire nocturno como un cuchillo—. Veamos a qué nos enfrentamos.

Saco el sobre que contiene nuestra lista de tareas, deleitándome con la forma en que Adelaide se eriza ante el apodo. Sus ojos destellan con molestia, una chispa de desafío que me produce un escalofrío. Tengo que admitir que es una mirada atractiva en ella.

—No me llames así, y ya que estamos, tampoco me llames Dollie —espeta, arrebatándome el sobre de la mano. Sus dedos rozan los míos por un momento, y siento una descarga de algo. Electricidad estática, quizás. O algo más.

Me río, bajo y oscuro.

—Yo no recibo órdenes tuyas, *princesa*. Además, hay cosas que aún no sabes sobre ti misma. —Me inclino cerca—. Puede que seas una vampira con extras, pero aún eres nueva en este mundo. Harías bien en recordarlo.

Me mira con furia.

—¿Y qué es lo que no sé sobre mí misma todavía? ¿Que soy capaz de patearte el trasero?

Resoplo, tomado por sorpresa por su descaro.

—¿Sabes quién soy yo?

Sus ojos se entrecierran.

—Un gilipollas Fae Oscuro.

Las ganas de reír y besarla apasionadamente luchan entre sí.

—Príncipe Gilipollas para ti.

Entrecierra los ojos aún más y chasquea los dedos ruidosamente frente a mi cara.

—Lo sabía —sisea—. Te pareces mucho a tu padre.

Levanto una ceja.

—¿Oh? ¿Desde cuándo lo has conocido?

—Está en el libro que estoy leyendo sobre tu especie. Entonces, Príncipe Gilipollas, ¿por dónde empezamos?

—Empezamos con que yo te llame princesa y no pienses que es solo un apodo cariñoso, Pequeña Dollie —replico, pero no por enojo o frustración. Quiero que sepa exactamente lo que quiero decir.

Me mira con enojo pero no dice nada, en su lugar se concentra en la lista de objetos que necesitamos encontrar. Observo cómo sus ojos se abren ligeramente, asimilando la tarea casi imposible que tenemos por delante. La luz de la luna se refleja en sus ojos, haciéndolos brillar con una luz sobrenatural. Por un momento, quedo cautivado.

—Una pluma de la cola de un fénix —lee en voz alta—. Un vial de lágrimas de sirena. Un libro que se escribe solo. Un espejo que muestra el futuro. Una llave que abre cualquier cerradura. Una flor que florece solo con la luz de la luna. Una piedra que susurra secretos. Una copa que nunca se vacía. —Me mira, con una mezcla de incredulidad y emoción en sus ojos—. ¿Cómo se supone que vamos a encontrar todo esto en una noche?

Sonrío, sintiendo la familiar oleada de adrenalina que viene con un desafío. Esto es por lo que vivo: la emoción de lo imposible, la oportunidad de demostrar mi poder y astucia.

—Eso, princesa, es donde comienza la diversión. Ahora, empecemos con algo fácil, ¿de acuerdo? La flor que florece solo con la luz de la luna.

Sin esperar su respuesta, me dirijo hacia el borde del campus, donde el muro de piedra se encuentra con los imponentes árboles. La hierba está resbaladiza por el rocío bajo mis pies, pero me muevo con la gracia de un depredador, seguro y silencioso. Puedo oír a Adelaide apresurándose para mantenerse a mi ritmo, sus pasos rápidos y ligeros sobre el suelo. No se mueve como una vampira. No es sigilosa y suave. Esta cosa sobre ella me está molestando. ¿Cómo es que no sabía que era una vampira? ¿Cómo es posible que no lo supiera durante todo este tiempo? ¿Qué es ese *extra* que la hace no ser una vampira sino algo más?

Vamos, Zeph, descífralo. No es propio de ti ser tan ajeno a los hechos.

—¿Y exactamente cómo es eso fácil? —pregunta, interrumpiendo mis pensamientos, ligeramente sin aliento. Puedo escuchar la frustración en su voz.

Me detengo abruptamente, volviéndome para encararla. Casi choca conmigo, y tengo que resistir el impulso de sostenerla. En su lugar, me inclino cerca, bajando mi voz a un susurro. La proximidad me permite captar su aroma que me atrae, y que no he podido sacar de mis fosas nasales desde que la conocí. Jazmín y sangre. Es una combinación embriagadora que enciende la lujuria en mí como nada más lo ha hecho jamás.

—Porque, princesa —murmuro, mis labios casi rozando su oreja—, resulta que sé exactamente dónde encontrar una.

Puedo ver la curiosidad luchando contra la cautela en sus ojos. Es delicioso, y quiero empujarla más lejos, ver hasta dónde llegará. Hay algo en Adelaide que me atrae, a pesar de mi mejor juicio. Es un rompecabezas que me pica por resolver.

—Sígueme —digo, sumergiéndome en la oscuridad del bosque.

Los árboles se alzan sobre nosotros, sus ramas extendiéndose como dedos nudosos. Las sombras danzan a nuestro alrededor, tomando formas extrañas, casi sensibles mientras paso. Navego por los senderos sinuosos con facilidad, mi naturaleza de Fae Oscuro en su elemento en este reino de sombras y secretos. Adelaide tropieza detrás de mí, maldiciendo en voz baja mientras tropieza con raíces y se enreda en arbustos espinosos.

—No eres muy grácil, ¿verdad? —digo, sin molestarme en ocultar mi diversión.

—Que te jodan —masculla, pero puedo oír la determinación en su voz. Es impresionante, debo admitir. La mayoría estaría temblando de miedo a estas alturas, mientras nos adentramos en lo que solo puede describirse como un reino oscuro de la naturaleza, pero Adelaide sigue

adelante, con la barbilla erguida en una línea obstinada.

Llegamos a un pequeño claro, bañado por la luz plateada de la luna. En el centro, una única flor se alza orgullosa, con sus pétalos cerrados firmemente. El aire aquí se siente diferente, cargado de una magia antigua que se filtra en mi alma.

—Allí —digo, señalando—. El Lirio Lunar. Solo florece a la medianoche.

Adelaide mira su reloj, frunciendo el ceño. —Eso es en dos minutos. ¿Cómo sabías que estaría aquí?

Me encojo de hombros, con una sonrisa jugueteando en mis labios. —Es parte de mi encanto. —No le cuento sobre las horas que he pasado explorando estos bosques, aprendiendo sus secretos. El conocimiento es poder, después de todo, y no voy a revelar mis ventajas.

Mientras esperamos, puedo sentir cómo la magia en el aire se intensifica. El bosque parece contener la respiración, anticipando el momento. Incluso los sonidos habituales de la noche —el ulular de los búhos, el crujir de las pequeñas criaturas en la maleza— han quedado en silencio.

De repente, un rayo de luz lunar atraviesa el dosel, cayendo directamente sobre la flor. Como si fuera a cámara lenta, los pétalos comienzan a desplegarse, revelando una flor de tal belleza exquisita que incluso yo quedo momentáneamente aturdido. Los pétalos son de un plateado brillante, bordeados con el más tenue toque de azul. Parecen brillar desde dentro, pulsando suavemente al ritmo de algún compás inaudible.

Adelaide jadea a mi lado, con los ojos abiertos de asombro. —Es hermosa —susurra, su voz llena de admiración.

Asiento, extendiendo la mano para arrancar la flor. Cuando mis dedos rozan el tallo, siento un agudo pinchazo. Sangre, de un rojo tan oscuro que casi es negra, brota de un pequeño corte, y maldigo por lo bajo. Las espinas del Lirio Lunar son tan mortales como hermosas, al parecer.

Adelaide sisea, y cuando me giro hacia ella, sus colmillos brillan a la luz de la luna. *Definitivamente una vampira entonces, pero aún así, queda ese "algo más" por descubrir.*

En un destello de gracia y velocidad que he estado esperando de ella todo este tiempo, agarra mi mano y levanta mi dedo hacia sus labios. Lo succiona en un movimiento tan jodidamente erótico que mi polla se pone en posición de firmes, dura como una barra de acero.

—Joder —murmuro mientras la observo beber mi sangre. No tengo ni idea de lo que esto le hará. Probablemente la emborrache. Mi sangre es donde reside mi poder, como en la mayoría de las criaturas sobrenaturales. Está a punto de recibir una dosis masiva de esto, pero el bajón será... interesante.

—Bueno —digo, rompiendo la tensión. Mi voz suena tensa incluso para mis oídos—. Eso es nuevo.

Ella levanta la cabeza y suelta mi mano inmediatamente, con una expresión de absoluto horror en su rostro. —¡Mierda! —exclama—. ¡Lo siento, eso fue una violación total! Lo siento, Zephyr, no sé qué me pasó...

—Hey —digo, acercándome a su espacio frenético y acunando su rostro para que se detenga y me mire—. Está bien. Puedes tomar mi sangre cuando quieras, princesa. Pero creo que en pequeñas dosis. ¿Sientes el subidón?

Ella traga saliva. —Lo hice sin tu consentimiento —murmura—. Yo, de entre todas las personas, debería saber que eso no se hace. ¿Puedes perdonarme?

—No hay nada que perdonar, princesa —murmuro, pero ella todavía se ve tan afligida que rompe mi frío y muerto corazón. ¿Qué. Coño. Pasa? —Sí —rectifico, apretando mi agarre sobre ella—. Te perdono.

Sonríe tristemente. —Gracias. No lo volveré a hacer, tienes mi palabra. No es excusa, pero

estoy teniendo problemas de control.

—Una excusa perfectamente válida si me lo preguntas.

Su sonrisa se desvanece. —Estás siendo demasiado amable conmigo.

—Y tú estás siendo demasiado dura contigo misma. —Guardo el Lirio Lunar a salvo en mi bolsillo, listo para seguir adelante y tomar su mano—. ¿Continuamos?

Ella asiente, y nos abrimos paso de vuelta fuera del bosque, el aire entre nosotros cargado de preguntas no expresadas y tensión latente. Puedo sentir la mirada de Adelaide sobre mí, curiosa y cautelosa. Me está reevaluando. Justo como yo la estoy reevaluando a ella.

—Lo siguiente en la lista —digo, consultando el papel. La escritura parece brillar a la luz de la luna, las letras reacomodándose como si estuvieran vivas—. Un vial de lágrimas de sirena. Esto debería ser interesante.

Adelaide levanta una ceja, un atisbo de emoción se cuela en su voz. —¿Cómo vamos a conseguir eso?

Sonrío, ya formando un plan en mi mente. La emoción de la cacería corre por mis venas, haciéndose aún más potente por los desarrollos inesperados de la noche. —En el Lago Negro. Y sé exactamente cómo conseguir lo que necesitamos. Tenemos que acelerar esto ahora, princesa. ¿Ya superaste tu fiesta de autocompasión?

Ella jadea, con los ojos muy abiertos, pero luego se ríe. —Solo si realmente me perdonas.

—De verdad, locamente, profundamente.

—Vete a la mierda —murmura, pero se relaja de nuevo y se apresura junto a mí mientras la guío hacia el vasto y oscuro lago.

Nos acercamos a la orilla. La superficie es como un espejo, reflejando el cielo estrellado. Es hermoso, de una manera inquietante. Pero conozco los peligros que acechan bajo esa plácida superficie.

Suelto su mano y cierro los ojos, extendiendo mis poderes. El mundo a mi alrededor se desvanece, reemplazado por un paisaje de energía y vida. Puedo sentir las criaturas bajo el agua, sus fuerzas mágicas pulsando como faros en las profundidades. Las sirenas están ahí abajo, sus energías brillantes y complejas. Y algo más... algo antiguo y poderoso, durmiendo en la parte más profunda del lago.

—Observa y aprende, princesa —murmuro, abriendo los ojos. Puedo sentir el poder oscuro arremolinándose a mi alrededor, respondiendo a mi llamada.

Levanto mis manos, la magia arremolinándose alrededor de mis dedos como humo viviente. Con un movimiento rápido, sumerjo mi poder en el lago. El agua comienza a agitarse, espumando y burbujeando como si estuviera hirviendo. La plácida superficie estalla en olas, la noche pacífica destrozada por el rugido de las aguas perturbadas.

De repente, una sirena irrumpe en la superficie, sus escamas brillando a la luz de la luna. Es hermosa de una manera sobrenatural, con escamas iridiscentes y largo cabello ondulante que parece moverse por cuenta propia. Pero su rostro está contorsionado por la ira, sus ojos destellando peligrosamente.

—Fae Oscuro —sisea, su voz como cristal roto. Hace eco a través del agua, llena de poder antiguo y rabia apenas contenida—. ¡Cómo te atreves a perturbar nuestras aguas!

Sonrío, frío y cruel. Esta es una danza que conozco bien, un juego de poder e intimidación. —Vamos, vamos. ¿Es esa forma de saludar a un aliado?

Los ojos de la sirena se estrechan, y muestra sus dientes afilados. Brillan a la luz de la luna, afilados como navajas y mortales. —No somos aliados, Zephyr Nightshade. Di a qué has venido y márchate.

Puedo sentir a Adelaide tensándose a mi lado, lista para pelear. Su mano roza la mía, y siento una descarga de energía que de alguna manera envía mi magia a un estado de caos frenético. Es distractor, pero no puedo permitirme perder el enfoque ahora. Quiero ese puesto de Capitán. Nada más importa.

—Necesitamos un vial de lágrimas de sirena —digo, con voz suave como la seda. La impregno con un toque de mi poder, una sutil compulsión a la que la mayoría de las criaturas encuentran difícil resistirse—. Seguramente no es mucho pedir, ¿verdad?

La sirena ríe, un sonido áspero y chirriante que envía ondas por la superficie del agua. —¿Y por qué te daríamos nuestras lágrimas, ser oscuro? Son preciosas, no para ser desperdiciadas en los caprichos de los habitantes de la tierra.

Sonrío, dejando entrever un atisbo de mi verdadera naturaleza. El aire a mi alrededor se oscurece, las sombras retorciéndose a mis pies como seres vivos. La temperatura cae, formándose escarcha en la hierba al borde del agua. —Porque si no lo haces —digo, con voz baja y mortal—, congelaré este lago por completo y a todas las criaturas que hay en él.

Los ojos de la sirena se abren de miedo, y puedo ver el momento en que se da cuenta de que no estoy fanfarroneando. Mira a Adelaide, quizás esperando alguna intervención, pero mi preciosa Muñequita permanece en silencio, observando el intercambio con fascinación horrorizada.

—Muy bien —dice la sirena, con voz ligeramente temblorosa. Levanta una mano palmeada hacia su ojo, y una sola lágrima nacarada cae en el vial que sostengo. Brilla tenuemente, conteniendo magia inconmensurable.

—Un placer hacer negocios contigo —digo, guardando el vial. La sirena desaparece bajo las olas sin decir una palabra más, dejando solo ondas a su paso.

Mientras nos alejamos del lago, puedo sentir los ojos de Adelaide clavados en mí. El peso de su mirada es casi físico, lleno de preguntas no formuladas y emociones conflictivas. Me giro para enfrentarla, esperando ver asco o miedo. En su lugar, veo curiosidad y admiración, y una creciente comprensión de las dinámicas de poder en juego en este mundo en el que se ha visto inmersa.

—Eso fue interesante —dice, con voz baja. Hay un ligero temblor en ella, pero no puedo decir si es por miedo o emoción.

Me encojo de hombros, tratando de parecer indiferente. —A veces hay que ser cruel para ser amable, princesa. O, en este caso, cruel para ganar. —Hago una pausa, estudiando su rostro.

Asiente lentamente, y puedo ver los engranajes girando en su cabeza. Está aprendiendo, adaptándose a este mundo más rápido de lo que le había dado crédito. Es tanto impresionante como ligeramente preocupante.

—¿Qué sigue? —pregunta, con una nueva determinación en su voz.

Sonrío, sintiendo una oleada de algo que podría ser orgullo. —Ahora, vamos a cazar un fénix.

Mientras nos dirigimos hacia el aviario, siento un creciente respeto por Adelaide. Es más dura de lo que parece, esta Muñequita mía, y a medida que avanza la noche, también crece mi interés por ella.

Nos acercamos a la imponente estructura del aviario, sus torres alcanzando el cielo estrellado. El edificio es una maravilla de arquitectura mágica, diseñado para albergar criaturas voladoras desde las mundanas hasta las míticas. Puedo oír el susurro de las plumas y los suaves arrullos de las aves dormidas mientras nos acercamos.

—Entonces, ¿cómo vamos a hacer esto exactamente?

—Un simple caso de arrancar y correr —sonrío, rebosante por la emoción de lo peligroso que es esto. Pero quiero ponerla a prueba.

—¿Arrancar y correr? —repite con incredulidad—. Jesús. Tengo un mal presentimiento sobre esto.

—Jesús no te ayudará aquí, princesa. ¿Lista?

—¿Lista?

Agarro su mano, y corremos hacia el aviario, la risa burbujeando mientras nos dirigimos directamente hacia el fénix dormido. Arranco una pluma de su cola, ganándonos un fuerte graznido mientras salimos corriendo, gritando de alegría porque ya tenemos tres objetos y vamos haciendo un tiempo excelente.

ADELAIDE

MI CORAZÓN aún late con fuerza por nuestro encuentro con el fénix mientras Zephyr y yo cruzamos los terrenos iluminados por la luna de MistHallow. La pluma en mi bolsillo se siente cálida, casi viva, y me maravillo ante los eventos de la noche hasta ahora. El fresco aire nocturno trae consigo el aroma de la magia y la posibilidad, y me emociona lo que pueda venir después, tanto con la cacería como con Zephyr.

—¿Qué sigue en la lista? —pregunto, tratando de mantener mi voz firme a pesar de la adrenalina que corre por mis venas. Mis sentidos vampíricos se han activado a gran escala tras beber la sangre de Zephyr. Puedo captar el susurro de todas las hojas, cada cambio en las sombras, cada movimiento de las criaturas del bosque... cada latido del corazón de Zephyr. Es lento. Casi como si estuviera demasiado frío para latir más rápido. Tiene sentido. Su sangre estaba fría al beberla, no cálida como la sangre sintética o la sangre humana del frasco. Me ha dado un subidón que sé que será difícil resistir buscar de nuevo.

Zephyr saca la lista, sus extraordinarios ojos brillando a la luz de la luna. La forma en que la luz plateada ilumina sus facciones lo hace aún más cruelmente hermoso. —Un libro que se escribe solo —lee, con voz baja y melodiosa—. Ahora eso sí que es un desafío interesante.

Frunzo el ceño, pensando. La parte lógica de mi cerebro, la parte que aún se aferra a la normalidad de mi antigua vida, quiere descartar la idea como imposible. Pero después de todo lo que he visto desde que llegué, estoy empezando a creer que todo es posible en este nuevo mundo. —¿Seguro que no será difícil de encontrar en este lugar?

—Te sorprenderías. Eso es magia de otro nivel.

—¿De otro nivel? —murmuro—. ¿Como a nivel de profesorado? —Mi voz se quiebra al final, y eso atrae la atención de Zephyr lejos de la lista.

Sus ojos se entrecierran, pero la sonrisa que curva sus labios es perversa. —¿Qué sabes, princesa?

—La biblioteca —murmuro, recordando algo que vi mientras buscaba el libro sobre los Fae Oscuros.

Zephyr asiente, tomándome en serio, lo que me sorprende. Pensé que me descartaría a mí y a mis ideas. Hay mucho más en esta criatura que su exterior salvaje, pero sería una tonta si olvidara las cosas que le he visto hacer.

Mientras nos dirigimos a la biblioteca, estudio a Zephyr por el rabillo del ojo. Me siento atraída hacia él de maneras que, antes de venir aquí, habría dicho que eran imposibles. Pero sintiendo lo que siento por cierto djinn y cierto vampiro, realmente no puedo decir que esto esté mal o sea irracional. Se *siente* correcto. Quizás incluso más con él que con los otros, si es posible. La forma en que manipula las sombras, la exhibición casual de poder... está excitando

tanto mi cuerpo como mi mente. No puedo explicarlo, y no quiero resistirme.

Me acerco un poco más, lo suficiente para que no lo note, y rozo mi mano contra la suya. Hay una chispa de electricidad, como un mini rayo. Siseo y retiro mi mano mientras él frunce el ceño mirando la suya. Sin mirarme, extiende la mano y agarra mis dedos con fuerza. Reprimo el gemido de innegable lujuria que me recorre ante su contacto.

La biblioteca se alza ante nosotros, una estructura masiva de piedra y magia. Sus torres se elevan hacia el cielo estrellado, y al acercarnos, puedo ver la tenue escritura luminosa que recorre las paredes, palabras antiguas en lenguajes hace tiempo olvidados. Las puertas se abren en silencio, dándonos la bienvenida. Dentro, el aire está cargado con el aroma de libros viejos y magia antigua.

Me encanta. Es mi nuevo lugar favorito.

—Entonces, ¿cómo encontramos un libro que se escribe solo en este laberinto? —susurra.

Estoy asombrada por las interminables filas de estanterías que se extienden en la oscuridad. La inmensa escala de conocimiento contenido aquí es abrumadora, y siento un deseo repentino e intenso de explorar cada rincón, de absorber cada fragmento de conocimiento mágico que pueda.

—Por aquí —digo, guiándolo más profundo en la biblioteca.

Serpenteamos entre las estanterías, las sombras pareciendo apartarse ante Zephyr. Los libros susurran en sus estantes mientras pasamos, compartiendo secretos entre ellos. Extiendo la mano para tocar los lomos, sintiendo la magia contenida en cada tomo. Es fascinante, y me encuentro deseando más.

Finalmente, llegamos a un pequeño nicho donde un solo libro descansa sobre un pedestal. Sus páginas se voltean solas, palabras apareciendo y desapareciendo en una danza vertiginosa. El aire a su alrededor brilla con magia, y puedo sentir el poder que irradia.

—Esto fue escrito por Ellis —susurro—. Lo vi el otro día, pero desapareció antes de que pudiera echarle un buen vistazo. Algo sobre él... no sé. ¿Qué piensas?

—Creo que tienes razón —murmura Zephyr, su mirada volviéndose hacia mí con una expresión de admiración—. Ahora, solo necesitamos convencerlo de que venga con nosotros.

Doy un paso adelante, guiada por un instinto que no comprendo del todo. Cuando extiendo la mano para tocar el libro, esta vez me lo permite, y siento una oleada de poder surgir. Es como nada que haya experimentado antes, un calor que comienza en mi núcleo y se extiende hasta las puntas de mis dedos. —¿Podemos pedirte prestado para nuestra búsqueda? —pregunto suavemente.

Para mi asombro, las páginas del libro revolotean en lo que casi parece un acuerdo. Flota suavemente hacia mis manos extendidas, su peso a la vez sustancial y etéreo. Puedo sentir la magia pulsando desde él, respondiendo a mi toque.

Las cejas de Zephyr se alzan, con genuina sorpresa grabada en sus facciones. —Vaya, vaya. Parece que tienes un don con las palabras, princesa. Y más poder del que te das cuenta.

Le sonrío, sintiendo una sensación de logro y una creciente confianza en mis habilidades. —Cuatro menos, faltan cuatro —digo—. ¿Qué sigue?

—Un espejo que muestra el futuro —lee Zephyr, sus ojos escaneando el pergamino—. Ese podría ser complicado. La magia de adivinación es notoriamente impredecible.

Mientras salimos de la biblioteca, noto que Zephyr me observa con un creciente deseo en sus ojos.

Puedo relacionarme con eso.

Estoy a punto de olvidarme de la búsqueda y llevármelo a mi habitación para devorarlo. Lo único que me detiene es saber que estoy con el período. Algo me dice que a él no le excitará

tanto como a Corvus. O mejor dicho, no estoy dispuesta a averiguarlo.

—Eres más fuerte de lo que crees, Adelaide.

El uso de mi verdadero nombre, en lugar de uno de sus apodos, me toma por sorpresa. Lo miro, buscando en su rostro algún indicio de burla, pero solo encuentro sinceridad. Es una faceta de Zephyr que no había visto antes, y hace que mi alma anhele su contacto. Todo este tiempo, alejando a la gente, sin querer que me tocaran, de repente tiene una razón. Estaba esperando a estos cuatro idiotas. Es algo tan claro para mí como nada lo ha sido antes.

Pero no lo entiendo del todo. ¿Por qué estos cuatro en particular y nadie más?

Llegamos a un pequeño patio, donde una fuente ornamentada se alza silenciosa bajo la luz de la luna. La superficie del agua está perfectamente quieta, reflejando las estrellas como un espejo. Toda el área brilla con una energía sobrenatural.

—Aquí —dice Zephyr, con voz baja e intensa—. Se dice que esta fuente muestra visiones del futuro en ciertas noches. Tal vez podamos convencerla de que funcione para nosotros.

Me acerco a la fuente, sintiendo la magia vibrando en el aire a su alrededor. Es diferente de la magia de la biblioteca o del Lirio Lunar, más antigua, más salvaje, menos predecible. Sin pensar, extendiendo la mano para tocar el brazo de Zephyr. Cuando nuestra piel hace contacto, siento una oleada de poder fluyendo entre nosotros.

Él jadea suavemente, con la mirada fija en la mía. La magia de Hada Oscura de Zephyr es fría y potente, mezclándose con mis crecientes habilidades Vesper. La combinación es poderosa, llenándome de una sensación de potencial ilimitado.

El agua de la fuente comienza a arremolinarse, formando y reformando imágenes en su superficie. Veo destellos de futuros posibles: algunos brillantes y esperanzadores, otros oscuros y amenazantes, y en muchos de ellos, nos veo a Zephyr y a mí, lado a lado. Luchando juntos contra enemigos invisibles. Riendo en momentos de alegría. De pie ante una multitud, líderes de algún gran cambio.

Cuando las visiones se desvanecen, levanto la mirada y encuentro a Zephyr mirándome con una intensidad que me deja sin aliento. Sus ojos brillan tenuemente, y puedo sentir la energía mística aún crepitando entre nosotros.

—¿Qué viste? —pregunta.

Trago saliva, aún procesando las imágenes. —Muchas cosas —respondo, con voz temblorosa—. Algunas buenas, otras malas. Pero en muchas de ellas, estábamos juntos. Luchando, liderando, cambiando las cosas. Fue intenso.

La expresión de Zephyr es indescifrable, pero siento que su mano se aprieta alrededor de la mía. —¿Ahora ves por qué te llamo princesa? —murmura.

Parpadeo, incapaz de responder a esa pregunta cargada.

El momento se rompe por el tañido de una campana distante, que marca la mitad del tiempo. Zephyr sacude la cabeza, como despejando telarañas, y consulta la lista de nuevo. —Toma un vial de eso, ¿quieres?, y seguiremos adelante. Una llave que abre cualquier cerradura —lee mientras yo tomo el vial que conjuré y que flota en el aire cerca de mi cara, y hago lo que me pide—. Eso sí que va a ser un desafío.

—¿Acaso no lo son todos? —digo con sarcasmo, haciéndolo reír.

Nos dirigimos hacia el centro del campus, cargados con nuestros objetos, donde se encuentran los edificios administrativos. La arquitectura aquí es más imponente, con ángulos agudos y superficies brillantes. Puedo sentir la magia protectora vibrando en el aire, advirtiendo a los que no pertenecen.

—La llave que buscamos se guarda en la oficina del director —explica Zephyr mientras nos

acercamos al edificio principal—. Es uno de los artefactos más protegidos en MistHallow. Llegar a ella no será fácil.

Miro el edificio con cautela. —¿Cómo se supone que pasaremos toda la seguridad mágica?

Zephyr sonríe, con un brillo travieso en los ojos. —Con un poco de astucia de Hada Oscura y mucho de lo que sea que tengas ahí. ¿Estás lista para poner a prueba tus límites, princesa?

Respiro hondo, preparándome. —¿Y cuáles serían esos límites, exactamente?

—Tú potencias mi magia —murmura, alzando la mano para apartar un mechón de cabello de mi rostro—. Lo sentí en el lago, y de nuevo antes. Sé lo que eres, princesa.

—¿Qué soy?

Me da esa sonrisa maliciosa. —No lo diré en voz alta. Hay una razón por la que tú y el profesorado lo mantienen en secreto.

—Confío en ti —suelto de repente.

Su mirada se suaviza, y esa sonrisa siniestra se vuelve genuina por primera vez. —Eso lo significa todo, pequeña muñeca.

—Tenías que arruinarlo, ¿verdad? —murmuro.

Él se ríe. —Tengo que recordarte a quién perteneces.

—No necesito el recordatorio.

Las palabras quedan flotando; las no dichas gritan más fuerte.

Zephyr se aclara la garganta. —Continuará... ahora mismo, necesitamos concentrarnos en esto. Voy a usar mis poderes para crear una distracción y colarnos más allá de las defensas exteriores. Pero una vez dentro, necesitaremos tu habilidad para potenciar mis poderes lo suficiente como para romper las barreras finales. Es arriesgado, pero es nuestra mejor oportunidad.

Asiento, con miedo y emoción recorriendo mi cuerpo. —Hagámoslo.

Zephyr cierra los ojos, concentrándose. Las sombras a nuestro alrededor se intensifican, fusionándose en formas que parecen criaturas vivientes. Con un gesto, las envía corriendo hacia el edificio, creando una danza caótica de oscuridad que atrae la atención de las protecciones mágicas y me hace jadear de asombro.

—Ahora —susurra, agarrando mi mano. Corremos hacia la entrada, deslizándonos a través de las defensas momentáneamente distraídas.

Dentro, el aire está cargado de magia protectora. Puedo sentirla presionando contra nosotros, tratando de expulsarnos. Zephyr nos guía por pasillos sinuosos, manteniéndonos siempre un paso adelante de la creciente conciencia del edificio sobre nuestra presencia.

Finalmente, llegamos a la oficina del director. La puerta está sellada con capas y capas de cerraduras mágicas, cada una más compleja que la anterior.

—Aquí es —dice Zephyr, con la voz tensa por el esfuerzo—. Necesito que potencies mis poderes, Adelaide. Concéntrate en la conexión entre nosotros, en amplificar mi magia. ¿Puedes hacer eso?

Asiento, colocando mi mano sobre la suya. Él sisea mientras saltan chispas, y el espacio entre nosotros se calienta. Cierro los ojos, concentrándome en el flujo de energía entre nosotros como lo hice con Blackthorn. La magia de Zephyr es fría y poderosa, completamente opuesta a la de Blackthorn, y me concentro en hacerla más fuerte, empujando mi propia energía hacia ella.

El efecto es inmediato y abrumador. Zephyr gruñe. Sus ojos ahora brillan intensamente, llenos de un poder que debería asustarme, pero lo único que hace es hacerme jadear de deseo por él. Levanta las manos, con las mías aún presionadas contra las suyas, y las sombras a nuestro alrededor cobran vida, atacando las cerraduras mágicas con una precisión que es hermosa de ver.

Una a una, las barreras caen. El edificio se estremece bajo el asalto de nuestro poder combinado. Pero justo cuando pienso que no podemos tener éxito, el último cerrojo se rompe con un sonido como de cristal quebrándose.

Tropezamos al entrar en la oficina, respirando con dificultad. En el centro de la habitación, en una caja abierta, hay una pequeña llave de aspecto común. Parece ordinaria, pero es todo menos eso. Está esperándonos.

Zephyr la agarra, sonriendo triunfalmente. —Lo hicimos, princesa. Estuviste magnífica.

Antes de que pueda responder, oímos pasos acercándose. —Es hora de irnos —dice Zephyr, tomando mi mano de nuevo.

Corremos por los pasillos, mi velocidad mejorada que ha surgido nos permite mantenernos justo por delante de nuestros perseguidores. Cuando salimos del edificio, Zephyr me acerca a él, envolviéndonos a ambos en sombras. Por un momento, el mundo desaparece, reemplazado por un vacío frío y oscuro. Luego estamos de vuelta en los terrenos, lejos de los edificios administrativos.

—Caminar entre sombras —explica Zephyr, viendo mi expresión confundida—. Útil para escapadas rápidas.

Asiento, aún recuperando el aliento. La adrenalina se está disipando, dejándome agotada pero eufórica. —Eso fue una locura.

Zephyr ríe, un sonido de pura alegría que nunca antes le había escuchado. —Estuviste increíble allí dentro, Adelaide. Tu habilidad es asombrosa. Ten mucho, mucho cuidado a quién se la das.

—¿Incluyéndote a ti?

Su rostro se vuelve mortalmente serio mientras se acerca y acuna mi cara, rozando mi labio inferior con su pulgar. —Especialmente a mí.

Bajo la mirada y me muerdo el labio en un esfuerzo por no chupar su pulgar y cortar su piel con mis colmillos para poder beber de él otra vez. —Hacemos un buen equipo —digo suavemente en su lugar.

—No me sorprende, princesa.

Nos quedamos allí por un momento, el aire nocturno fresco en mi piel acalorada, el peso de lo que acabamos de lograr asentándose sobre nosotros. Soy muy consciente de lo cerca que estamos, de la electricidad que aún chisporrotea entre nosotros.

Finalmente, Zephyr se aclara la garganta, rompiendo el hechizo. —Deberíamos seguir moviéndonos —dice, su voz ligeramente ronca—. Aún nos quedan dos objetos por encontrar.

Asiento, tratando de ignorar cómo mi corazón late aceleradamente. —¿Qué sigue?

—Una piedra que susurra secretos —lee Zephyr de la lista—. Y después de eso, una copa que nunca se vacía.

Mientras nos ponemos en marcha en busca de nuestro próximo objetivo, no puedo evitar sentir que algo ha cambiado fundamentalmente entre nosotros. La conexión que formamos en la oficina del director, la forma en que nuestros poderes se entrelazaron... fue increíble. Poderoso, adictivo.

Le echo un vistazo a Zephyr mientras caminamos, aferrando el libro que se ha convertido en parte de mi alma desde que lo recogí. Ha vuelto a su yo arrogante, pero hay una nueva calidez en la forma en que me mira, un respeto que no estaba allí antes.

La temperatura ha bajado mientras Zephyr y yo nos dirigimos hacia el antiguo círculo de piedras cerca del borde de los terrenos de MistHallow. La niebla está descendiendo de nuevo, y nuestro aliento forma pequeñas nubes frente a nosotros. Puedo sentir el peso de los objetos que

hemos recolectado, y me muevo incómodamente. Estamos tan cerca de terminar la búsqueda, pero aún no ha terminado.

—Una piedra que susurra secretos —murmuro, repitiendo el siguiente objeto de nuestra lista—. ¿Alguna idea de dónde podríamos encontrar eso?

Los ojos de Zephyr brillan a la luz de la luna mientras señala hacia un grupo de piedras erguidas en la distancia. —Allí. Las Piedras Susurrantes. Son antiguas, más viejas que MistHallow mismo. Si alguna piedra puede susurrar secretos, será una de esas.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunto mientras nos acercamos al círculo de piedras. Siento un escalofrío que recorre mi espalda y que no tiene nada que ver con el frío. El aire aquí se siente diferente, cargado con una energía que hace que se me erice el vello de la nuca. Las piedras se alzan sobre nosotros, sus superficies grabadas con símbolos que no puedo descifrar.

—Ten cuidado —advierte Zephyr, con voz baja—. Estas piedras son poderosas. No entregan sus secretos fácilmente. Todo es naturaleza. Todo ha sido muy explorado por mí y por los que vinieron antes que yo. Mi padre tiene mapas de mapas relacionados con este lugar. Quedan muy pocos rincones y recovecos que no hayan sido cartografiados ya.

Frunzo los labios. —Así que sabías sobre el libro.

Él sonríe. —Por supuesto que sí. Pero estabas emocionada por contribuir.

—¿Contribuir? ¿Cómo te atreves? No podrías haber llegado tan lejos sin mí. Somos un equipo, ¿recuerdas?

—No necesito que me lo recuerdes. —Su tono casual es exasperante, pero ese es el punto. Lo está haciendo a propósito.

Resistiendo el impulso de gruñirle, asiento rápidamente, moviéndome con cuidado entre los imponentes monolitos. Al pasar junto a cada uno, escucho susurros débiles, como voces justo al borde de la audición. Algunos suenan tentadores, otros amenazantes. Trato de concentrarme, de encontrar el que necesitamos.

De repente, me siento atraída por una piedra más pequeña cerca del centro del círculo. A diferencia de las otras, su superficie es lisa, sin marcas. Mientras me acerco, los susurros se vuelven más fuertes, más claros.

—Esta —le digo a Zephyr, extendiendo la mano para tocar la piedra.

Cuando mis dedos rozan su superficie, me golpea una avalancha de imágenes y sensaciones. Secretos del pasado, presente y futuro se arremolinan en mi mente. —¡Ahh! —grito cuando me abruma y se vuelve demasiado. Estoy peligrosamente cerca de perder el control de la realidad cuando la mano de Zephyr se cierra sobre la mía, anclándome.

—Concéntrate, Adelaide —dice, su voz cortando a través del caos en mi mente—. Necesitamos una piedra que susurre secretos, no los secretos en sí.

Con esfuerzo, me recupero, concentrándome en la tarea. Siento que la piedra bajo mi palma comienza a cambiar, y cuando retiro mi mano, una pequeña piedra pulida descansa en mi palma. Todavía puedo escuchar débiles susurros provenientes de ella, pero ahora están contenidos, manejables.

—¿Habilidades empáticas? —murmura Zephyr, mirándome como si acabara de salir arrastrándome de las rocas que nos rodean.

Ni siquiera sé lo que quiere decir, así que lo ignoro, guardando la piedra de forma segura con nuestros otros objetos. —Queda uno más. La copa que nunca se vacía. Terminemos con esto.

Nos dirigimos de vuelta hacia los edificios principales de MistHallow, ambos escaneando nuestro entorno en busca de cualquier cosa que pueda llevarnos a nuestro último objeto. Mientras pasamos por el comedor, se me ocurre una idea.

—Espera —digo, agarrando el brazo de Zephyr—. ¿Y si está ahí dentro? Una copa que nunca se vacía sería bastante útil en un comedor, ¿no?

Zephyr lo considera por un momento, luego sonrío. —Princesa, creo que podrías estar en algo. Vamos a comprobarlo.

Nos deslizamos en el comedor y miramos alrededor. —La estación de recarga —murmuro y me dirijo directamente hacia ella con Zephyr pisándome los talones.

Le empujo el libro y él lo agarra mientras yo miro detrás del dispensador de bebidas y me río. —Te tengo. Tú, mi amigo, estarás fuera de servicio por un tiempo. —Lo agarro justo cuando Lyra y Corvus irrumpen en el comedor, escaneando el área en busca de lo que sea que estuvieran buscando. Aparentemente, es el mismo objeto que ahora estoy agitando en señal de triunfo.

—Es hora de largarnos —murmura Zephyr mientras Corvus y Lyra se abalanzan sobre nosotros.

—¡Oye! —grito cuando Zephyr me agarra del brazo y nos transporta a través del tiempo y el espacio hasta el salón principal, donde aparecemos como un destello, provocándome náuseas.

Todos en la sala se giran hacia nosotros. El profesor Ellis está de pie al frente, con una expresión de sorpresa en su rostro mientras nos acercamos con nuestra colección de objetos mágicos.

—Bueno —dice, su voz resonando por todo el salón en silencio—. Parece que tenemos a nuestros ganadores. Felicitaciones al señor Nightshade y a la señorita Black.

Se escucha un tímido aplauso, algunos genuinos, otros a regañadientes. Veo llegar a Lyra y Corvus. Él está enfadado, pero no conmigo. Me lanza una sonrisa y yo le devuelvo el gesto, esperando que las cosas estén bien entre nosotros.

—Y ahora —continúa Ellis, mientras el resto de los grupos llegan detrás de nosotros—, es momento de anunciar a nuestros nuevos Capitanes de Casa.

Mi corazón empieza a acelerarse. Este es el momento para el que hemos estado trabajando. Ni siquiera sabía que existía un Capitán de Casa hasta que Lyra lo mencionó, y ni siquiera lo quería hasta que Zephyr me amenazó. Pero ahora lo sé, y lo deseo tanto que casi puedo saborearlo.

—Para la Casa de Atenas —dice Ellis—, el nuevo Capitán es Zephyr Nightshade.

Me giro hacia Zephyr, sonriendo. Él acepta el título con un asentimiento regio, pero puedo ver el orgullo brillando en sus ojos.

—Y para la Casa de Cartago —continúa Ellis, y contengo la respiración—, el nuevo Capitán es Corvus Sanguine.

Por un momento, estoy segura de haber oído mal. Pero cuando veo a Corvus dar un paso adelante, aceptando el título con una sonrisa amable, la realidad me golpea. No fui elegida. A pesar de todo lo que he hecho, todo lo que he logrado esta noche, no fue suficiente.

Siento una mano en mi hombro y me giro para ver a Zephyr, con preocupación grabada en sus facciones.

—Adelaide —empieza, pero yo niego con la cabeza.

—Está bien —digo, forzando una sonrisa—. Felicidades por tu capitanía.

—Lyra Scott, Capitana de Troya.

La multitud aplaude mientras yo aplaudo sin entusiasmo.

—Y nuestro Capitán de Roma es Asher Stanton.

Corvus gruñe sonoramente, pero lo ignoro y me doy la vuelta, derrotada y avergonzada. ¿Por qué Zephyr lo consiguió y yo no? Ambos trabajamos duro en esta cacería, y ganamos. Juntos. No tiene sentido.

Mientras la multitud comienza a dispersarse, me escabullo, necesitando estar sola. La noche que había comenzado con tanta promesa ahora se siente vacía. Me he probado a mí misma de tantas maneras esta noche, he llevado mis habilidades más allá de lo que jamás creí posible. Pero al final, no fue suficiente. Sola en la fría oscuridad de la noche, mientras regreso a mi habitación, me pregunto si alguna vez será suficiente.

ZAIAH

MIENTRAS RECORRO los terrenos de MistHallow, con los pies apenas rozando la tierra, me estremezco. Algo se acerca. Algo oscuro, algo poderoso y algo que activa mis sentidos como nada más lo ha hecho.

La búsqueda del tesoro acaba de terminar, y siento la emoción y la decepción emanando de los estudiantes que regresan a sus habitaciones. Pero hay una emoción que se destaca entre todas las demás, aguda y dolorosa: la decepción de Adelaide.

Nuestro vínculo, aún nuevo y no completamente formado, pulsa con su angustia. Es una sensación a la que todavía me estoy acostumbrando, esta constante conciencia de sus emociones. Su dolor me llama, atrayéndome hacia ella, imposible de ignorar.

Al acercarme a su habitación, me detengo, considerando mis opciones. No puedo entrar a menos que ella me invite por los canales normales, sin embargo, yo soy todo menos normal. En su lugar, cierro los ojos, concentrándome en la dimensión de bolsillo que creé en su habitación hace unos días. Con un pensamiento, me deslizo en el espacio entre realidades, observando a Adelaide sin ser visto.

Está sentada en su cama, aún con la ropa de la búsqueda, el cabello despeinado y los ojos enrojecidos. En sus manos, juega con el pequeño y ornamentado frasco que le dejé. Se me corta la respiración mientras observo sus dedos trazar los intrincados diseños en su superficie.

¿Lo abrirá? La pregunta flota en el aire, cargada de posibilidades. He estado esperando este momento, preguntándome si daría este paso, si estaría lista para lo que podría significar.

Adelaide da vueltas al frasco en sus manos, su expresión llena de curiosidad y temor. Puedo ver la batalla que se libra en su interior. La cautela que la ha mantenido a salvo, luchando contra la sed de conocimiento y poder que la ha traído hasta aquí.

Finalmente, con una profunda respiración que visiblemente la calma, descorcha el frasco.

El efecto es inmediato y asombroso. Una suave luz dorada emana del frasco, envolviendo a Adelaide en su cálido resplandor. Observo, fascinado, cómo la luz se filtra en su piel, sus ojos destellando con poder.

El cambio en ella es sutil pero profundo. Su postura se endereza y sus ojos se vuelven más agudos, más conscientes. Puedo sentir cómo sus habilidades se expanden, creciendo de formas que probablemente ni siquiera se da cuenta todavía. Es una visión embriagadora, que me llena de cauteloso orgullo.

He visto lo que el poder puede hacer a las personas, cómo puede corromper y retorcer. Pero con Adelaide, hay una fuerza en ella que va más allá de la mera habilidad mágica.

Mientras la luz dorada se desvanece, Adelaide mira alrededor de su habitación, su mirada parece penetrar el tejido de la realidad. Por un momento, pienso que podría haber sentido mi

presencia en la dimensión de bolsillo. Pero luego sus ojos se mueven y me relajo.

Es hora, decido. No puedo seguir observando desde las sombras. Ella merece más que eso.

—Adelaide —llamo suavemente, mi voz resonando en el espacio entre dimensiones—. ¿Puedo entrar?

Ella se sobresalta, sus ojos se abren mientras busca la fuente de mi voz.

—¿Zaiah? —pregunta, confundida—. ¿Dónde estás?

—Sí —confirmo—. Estoy en la dimensión de bolsillo conectada a tu habitación que creé el otro día. Puedo entrar si me das permiso.

Hay un momento de duda, y contengo la respiración, esperando su decisión.

—Sí —dice—. Puedes entrar. ¿Estabas acechando? —Su acusación viene acompañada de brazos cruzados y una expresión de molestia realmente adorable.

Con un pensamiento, salgo de la dimensión de bolsillo y entro en su habitación. El aire resplandece a mi alrededor mientras me materializo, y veo cómo los ojos de Adelaide se agrandan ante la muestra de magia.

—¿Quién, yo? —pregunto con una sonrisa destinada a desarmarla—. Yo nunca acecho, nena.

—Humph —murmura, pero abandona su postura defensiva.

—Hola —digo suavemente, sintiéndome de repente incómodo ahora que estoy cara a cara con ella—. Sentí que estabas molesta. Quería ver cómo estabas.

La expresión de Adelaide se suaviza, una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de su boca.

—¿Lo sentiste? ¿A través de nuestro... vínculo? ¿Es esa la palabra correcta?

Asiento lentamente, acercándome a ella.

—Sí. Se está haciendo más fuerte. Puedo sentir tus emociones más claramente ahora, especialmente cuando son intensas.

Ella mira el frasco en sus manos, y luego vuelve a mirarme.

—¿Viste...?

—Sí —admito—. Te vi abrir el frasco. ¿Cómo te sientes?

Adelaide respira profundamente, considerando la pregunta.

—Diferente —dice finalmente—. Más fuerte, de alguna manera. Más consciente. ¿Esto vino de ti? ¿Qué había en él, Zaiah?

Me siento a su lado en la cama, lo suficientemente cerca para sentir el calor de su cuerpo que se ha atenuado un poco desde la última vez que estuve cerca de ella. Se está convirtiendo más en una vampira y menos en una... quiero decir humana, pero eso no puede ser correcto, ¿verdad? Una Vesperidae entre nosotros es inesperado. Aunque, de nuevo, también lo es un djinn, así que supongo que estábamos destinados el uno para el otro.

—Se llama Esencia del Despertar —explico—. Es un elixir muy raro y poderoso que mejora las habilidades mágicas latentes. Solo funciona en aquellos que considera dignos.

—¿Y tú crees que soy digna? —pregunta Adelaide, su voz pequeña e insegura.

—No yo —digo, tocando el frasco—. Aunque no estaría en desacuerdo con la evaluación del elixir.

Tomo sus manos entre las mías. El contacto envía una descarga eléctrica a través de mí, nuestro vínculo zumbando con energía.

—Adelaide —digo, mi voz sincera—, eres más que digna. Eres extraordinaria. Tu potencial es como nada que haya visto antes.

Ella se sonroja, mirando nuestras manos unidas.

—No me siento extraordinaria —murmura—. Ni siquiera pude convertirme en Capitana de

Casa.

Ah, así que eso es lo que la molestó. Aprieto suavemente sus manos.

—Adelaide, mírame —digo, esperando hasta que encuentra mi mirada—. Que te hayan pasado por alto para Capitana de Casa no define tu valía ni tus habilidades. Has logrado tanto en tan poco tiempo. Completaste la búsqueda del tesoro, ¿no es así?

Ella asiente, un destello de orgullo cruzando su rostro. —Sí, Zephyr y yo encontramos todos los objetos. Él obtuvo Capitán, y yo no.

—¿Pero quién lo obtuvo en tu lugar?

Frunce los labios y suspira con fastidio. —Corvus.

—¿Y no crees que lo merezca?

—¡No, no es eso! Pero ganamos, Zephyr y yo, y él lo obtuvo, y yo no. —Parpadea y luego gruñe—. Me doy cuenta de que sueño como una niña petulante. Obviamente, Corvus lo merece. Ha estado aquí más tiempo, tiene más experiencia, ¡por Dios, ha sido un vampiro toda su vida!

—Tú también.

—No —dice, sacudiendo la cabeza—. No, no lo he sido. No realmente. Y ni siquiera soy una vampira de verdad. Solo la mitad de una.

—Pero una mitad poderosa. Tu otro lado lo hace posible.

Su mirada se eleva para encontrarse con la mía. —¿Lo sabes?

—Eso creo.

Se inclina ligeramente hacia mí, y la rodeo con un brazo, atrayéndola cerca. Nos quedamos así por un rato, el silencio cómodo y cargado de sentimientos no expresados.

—Zaiah —dice Adelaide finalmente, su voz amortiguada contra mi pecho—. ¿Qué me está pasando? Con estos poderes, con nosotros?

Tomo una respiración profunda, considerando cómo responder. —Tu naturaleza Vesperidae está despertando —susurro—. La Esencia del Despertar está acelerando el proceso, trayendo tus habilidades latentes a la superficie. En cuanto a nosotros... —me detengo, inseguro de cómo expresar en palabras el complejo enredo de emociones y conexiones místicas entre nosotros.

Adelaide se echa hacia atrás ligeramente, mirándome con esos ojos penetrantes. —Me siento atraída hacia ti —admite—. Hacia ti, hacia Corvus, Ignatius y Zephyr. Es como si hubiera hilos que nos conectaran, atrayéndonos. ¿Eso es normal?

Rio suavemente. —¿Normal? No. Pero entonces, nada sobre ti es normal, Adelaide. Eres especial. Única. La conexión que sientes es real. Es un vínculo mágico, uno que es increíblemente raro.

—¿Pero por qué? —pregunta, con frustración colándose en su voz—. ¿Por qué yo? ¿Por qué nosotros?

Alzo la mano, colocando suavemente un mechón de cabello detrás de su oreja. El simple toque envía un escalofrío a través de ambos. —No tengo todas las respuestas —admito—. Pero creo que es porque estás destinada a grandes cosas, Adelaide. Y nosotros - Corvus, Ignatius, Zephyr y yo - estamos destinados a ayudarte, a apoyarte en tu viaje.

Se queda callada por un momento, procesando esto. —Es mucho —dice finalmente—. A veces siento que me estoy ahogando en todo esto - la magia, las expectativas, estos sentimientos.

La atraigo cerca de nuevo, apoyando mi barbilla sobre su cabeza. —Lo sé —murmuro—. Pero no estás sola, Adelaide. Estoy aquí para ti.

Nos quedamos así por mucho tiempo, el calor de nuestro abrazo manteniendo a raya el frío de la noche. Puedo sentir a Adelaide relajándose contra mí, su angustia anterior desvaneciéndose en un contentamiento tranquilo que resuena a través de nuestro vínculo.

—Zaiah —dice después de un rato, su voz suave y somnolienta—. ¿Te quedarás?

—Por supuesto —digo, moviéndonos para que estemos acostados en su cama, Adelaide acurrucada contra mi costado—. Me quedaré todo el tiempo que me necesites.

Adelaide se queda dormida cuando amanece. Yo permanezco despierto, maravillándome de cómo ha cambiado mi vida. Nunca me he permitido formar conexiones profundas. Pero ahora, con Adelaide, me siento anclado. Como si finalmente hubiera encontrado un lugar - un ser - que cuidará de mi esencia cuidadosamente guardada.

Los crecientes poderes de Adelaide traerán desafíos y peligros que aún no puedo prever. El vínculo entre nosotros - entre todos nosotros - será puesto a prueba de maneras que no podemos imaginar. Pero mientras estoy aquí acostado, sosteniendo a esta criatura extraordinaria en mis brazos, me lleno de un sentido de esperanza y propósito que no había sentido antes.

Mientras Adelaide duerme pacíficamente a mi lado, miro por la ventana al cielo que se aclara. Los primeros rayos del amanecer comienzan a asomarse sobre el horizonte, pintando las nubes en suaves tonos rosados y dorados. Es una vista hermosa, pero mi mente está en otra parte.

Sus poderes están creciendo rápidamente. La Esencia del Despertar ha acelerado su desarrollo, que es lo que yo quería, pero eso fue antes de saber quién era ella realmente. Pero puedo sentir esa cosa acechando. Peligro.

No sé cómo, cuándo o en qué forma, pero sé que protegeré a Adelaide con mi último aliento si es necesario. Este vínculo se está volviendo más intenso cuanto más tiempo me quedo aquí con ella, y sé que pronto, no podré estar sin ella cerca.

ADELAIDE

MIS SENTIDOS COBRAN VIDA GRADUALMENTE mientras emergo de un profundo sueño lleno de los más magníficos sueños. Lo primero que noto es calor: una presencia sólida y reconfortante a mi lado en la que me acurruco instintivamente. Al abrir los ojos, parpadeando contra la suave luz de la tarde que se filtra a través de mis cortinas, me encuentro con el rostro dormido de Zaiah.

Por un momento, me impacta lo pacífico que se ve. La intensidad habitual que marca sus facciones se suaviza en el sueño, y me recuerda lo místicamente hermoso que es. Resisto el impulso de trazar la línea de su mandíbula con mi dedo. Mi corazón se hincha de emoción. Afecto, deseo y algo más profundo, más intenso.

Nuestro vínculo, aún nuevo y no del todo comprendido, pulsa suavemente entre nosotros, como algo vivo. Puedo sentir su presencia no solo físicamente sino a nivel espiritual, como si nuestras almas estuvieran entrelazadas. Es una sensación que debería asustarme por su intensidad, pero en su lugar, la encuentro reconfortante. Como encontrar una parte de mí que sabía que faltaba todo este tiempo.

Mientras yago allí, observando a Zaiah dormir, reflexiono sobre los extraños giros que ha dado mi vida. Hace solo unas semanas, era una veinteañera más o menos normal, apática hacia la mayoría de las cosas de la vida, y ahora soy una medio vampira con habilidades mágicas en crecimiento. Lo absurdo de todo esto me golpea, y tengo que ahogar una risa para evitar despertar a Zaiah.

¿Es esto el destino? ¿Algún gran diseño que apenas estoy empezando a ver y experimentar? La idea es descabellada pero también reconfortante. Nunca he sido de las que creen en el destino, pero ¿cómo más puedo explicar la atracción que siento hacia estos cuatro, la forma en que nuestras vidas parecen estar inexorablemente entrelazadas?

Un fuerte golpe en mi ventana interrumpe mis reflexiones. Frunciendo el ceño, me desenredo cuidadosamente de Zaiah, tratando de no despertarlo. Mientras me dirijo a la ventana, me sorprende lo diferente que me siento: más fuerte, más grácil, más consciente. La Esencia del Despertar que Zaiah me dio parece haber agudizado todos mis sentidos.

Para mi sorpresa, veo a Zephyr y Corvus de pie abajo. Zephyr lanza otra pequeña piedra a la ventana. El patio de abajo está sombreado por los enormes árboles que lo cubren, y sonrío y saludo con la mano.

Abro la ventana, inclinándome ligeramente hacia afuera. —¿Qué hacéis vosotros dos aquí? —les grito, no muy fuerte, consciente de que Zaiah todavía duerme detrás de mí.

—Comprobando cómo estás —dice Corvus, su voz se eleva fácilmente en el tranquilo aire de la tarde. Hay preocupación en sus ojos, y siento un calor que se extiende por mi cuerpo al darme cuenta de que se preocuparon lo suficiente como para venir—. ¿Podemos subir?

Dudo por un momento, mirando hacia atrás a la forma dormida de Zaiah. Una parte de mí quiere mantener este momento privado, permanecer en la burbuja de paz que he encontrado con Zaiah. Pero la preocupación en sus ojos me convence. —Está bien —digo.

—Voy a necesitar más que eso, princesa —dice Zephyr con una pequeña sonrisa—. A tu torre no le caigo bien.

—A mí me cae bastante bien —afirma Corvus y abre la puerta para entrar.

Me río de la mueca de Zephyr. —Sí, puedes subir, mi príncipe.

Sus ojos se ensanchan, y la mirada ardiente en su rostro me hace sonrojar. —Está aprendiendo —dice y desaparece por la puerta abierta, cerrándola detrás de él con un fuerte golpe.

Unos momentos después, hay un suave golpe en la puerta de mi habitación. La abro, y sus ojos inmediatamente se posan en Zaiah, aún dormido en mi cama. Veo un destello pasar entre ellos, pero no puedo descifrar su significado antes de que ajusten sus expresiones.

—Pasad —digo, haciéndome a un lado para dejarlos entrar. De repente, la habitación se siente más pequeña con todos ellos aquí, el aire cargado de una energía que no puedo definir del todo.

—¿Cómo estás? —pregunta Corvus, su voz suave—. Después de lo de anoche, quiero decir.

Me encojo de hombros, tratando de parecer tranquila aunque todavía siento una punzada de decepción al recordar que no fui elegida como Capitana de la Casa. —Estoy bien. Felicidades por convertirte en Capitán de la Casa, por cierto. Te lo mereces.

Corvus sonríe, pero hay un toque de preocupación en sus ojos. —Gracias. Pero ¿estás segura de que estás bien? Estábamos preocupados por ti. Parecía que te lo habías tomado un poco mal.

—De verdad, estoy bien —insisto, conmovida por su preocupación pero también sintiéndome un poco abrumada por ella—. Fue decepcionante, pero estoy aprendiendo que hay mucho más en todo esto que títulos y posiciones.

Corvus mira su reloj, frunciendo ligeramente el ceño. —Deberíamos irnos —dice—. Las clases empiezan pronto, y todos necesitamos prepararnos.

El tiempo parece moverse de manera diferente aquí en MistHallow, o tal vez es solo el efecto de estar rodeada de estos seres extraordinarios. —Cierto, las clases. Se me echaron encima.

—El tiempo hace eso aquí —murmura Zaiah, claramente despierto detrás de mí ahora.

Mientras Corvus y Zephyr se van, prometiendo verme más tarde, me vuelvo hacia Zaiah. Por un momento, mientras me mira, veo una vulnerabilidad en su mirada que me deja sin aliento.

—Hola —digo suavemente, sentándome en el borde de la cama—. ¿Has dormido bien?

Sonríe, extendiendo la mano para tocar mi rostro con suavidad. Sus dedos están cálidos contra mi piel. —Mejor de lo que he dormido en mucho tiempo —murmura—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —digo, y me sorprende darme cuenta de que es cierto. A pesar de la decepción de anoche, a pesar de la confusión y la incertidumbre de mi nueva vida, me siento viva. Vibrante—. Diferente, pero bien. Fuerte.

Zaiah asiente, sus ojos escudriñando mi rostro. Hay una intensidad en su mirada que me hace sentir como si estuviera mirando mi alma. —La Esencia del Despertar está haciendo su magia. Tus habilidades seguirán creciendo. Ten cuidado, Adelaide. Y recuerda, estamos aquí para ti.

Con una última caricia en mi mejilla, Zaiah se levanta. —Debería irme. Necesitas prepararte para las clases. Pero te veré pronto.

Cuando se marcha a través de la dimensión de bolsillo, me invade una sensación de pérdida, como si una parte de mí se alejara. El vínculo entre nosotros tira de mi corazón, y tengo que

resistir el impulso de llamarlo para que vuelva. Pero lo sacudo, centrándome en prepararme para mi primera noche de clases en MistHallow. Subo al baño y abro la ducha para que se caliente mientras me desvisto y me cambio el tampón. Me sorprende ver que mi período ha terminado. — Bueno, no te echaré de menos si esto es un efecto secundario de ser vampiro —murmuro mientras lo envuelvo y lo tiro a la basura antes de entrar en la ducha.

El agua caliente cae sobre mí, lavando los últimos restos de sueño. Mientras me enjabono, repaso mentalmente los acontecimientos de los últimos días. La intensidad de mis conexiones con Zaiah, Corvus, Zephyr e Ignatius, aunque este último es más difícil de descifrar. No parece estar abiertamente interesado en mí, por lo que puedo decir. No como los demás. Tal vez solo busca una amiga. Definitivamente tiene una en mí.

La última decepción por no haber sido elegida como Capitana de Casa se va por el desagüe, y me concentro en las extrañas nuevas sensaciones que recorren mi cuerpo mientras termino.

Salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla, limpiando el vapor del espejo. Jadeo cuando, por un momento, nada me devuelve la mirada, pero luego veo mi rostro, pálido como un fantasma, casi translúcido. Levanto la mano hacia mi cara, asegurándome de que todavía soy corpórea. La ilusión en el espejo es escalofriante. Mis ojos son de un rojo brillante, mis colmillos están expuestos, mis dedos curvados como garras.

No es un reflejo en absoluto, pero sí soy yo.

—¿Quién eres? —murmuro.

—Crimson —sisea ella en respuesta—. Crimson Sha-

Salto hacia atrás, tropezando con mis montones de ropa, rompiendo el reflejo. Jadeando, con el corazón acelerado, miro desde el suelo para ver que la versión aterradora de mí ha desaparecido. —Joder —murmuro, hundiendo las manos en mi cabello—. ¿Qué demonios ha sido eso?

No hay respuesta, pero no me muevo. Todavía no. Espero a que mi corazón se calme antes de recoger mi ropa y ponerme de pie. Me arriesgo a mirar en el espejo, pero nada me devuelve la mirada. —Bueno, te echaré de menos si esto es un efecto secundario de ser vampiro. Mi pelo va a parecer un nido de pájaros por toda la eternidad ahora.

Suspirando, bajo las escaleras e intento ponerme en orden. Me visto con unos vaqueros negros y una camiseta con un cárdigan negro encima. Mientras me ato las botas planas negras, veo a Orby pasar zumbando junto a mí.

—Tú otra vez. Eres como un gato en una feria, amigo.

Él sube y baja y frota mi mejilla cariñosamente. Me río y le doy unas palmaditas. —Vamos a tener que ir a la lavandería después de clase —le digo—. Me estoy quedando sin ropa interior limpia.

Se menea de lado a lado en señal de acuerdo, y sonrío mientras recojo mi mochila. No tengo ningún material, así que espero que los proporcionen en algún sitio. Mientras tanto, al menos tengo mi teléfono para tomar notas si es necesario.

Bajando las escaleras, cruzo el patio y veo a muchos otros estudiantes haciendo lo mismo, algunos en grupos, otros solos como yo. Saco mi horario de la mochila y veo que mi primera clase es Historia y Cultura Vampírica. Esto debería ser interesante e informativo.

Orby parece saber a dónde va, así que lo sigo por los pasillos del edificio principal de la academia, emocionada pero nerviosa. Los pasillos están llenos de estudiantes de todo tipo: vampiros, brujas, cambiantes y seres que ni siquiera puedo comenzar a identificar. El aire está cargado de misticismo, y puedo sentirlo vibrar a mi alrededor.

Llego a mi primera clase, ansiosa por aprender más sobre este mundo del que ahora formo

parte. Al entrar en el aula, me sorprende inmediatamente la diversidad de los estudiantes. Pensé que todos serían vampiros, pero Lyra está aquí —quien definitivamente no es vampira, aunque su estatus aún está por verse— junto con un puñado de otras criaturas que no se parecen en nada al vampiro típico, que, por todas las apariencias, se ve humano.

Esperaba que Corvus estuviera aquí, pero supongo que él no necesita esta clase, así que tomo asiento cerca de la parte de atrás, tratando de no llamar la atención mientras Orby se acomoda en mi mochila. Un cuaderno y un bolígrafo aparecen mágicamente en el escritorio frente a mí, para mi alivio. Cuando el profesor comienza a hablar, me inclino hacia adelante, pendiente de cada palabra. Nos sumergimos en los antiguos orígenes de los vampiros, los diferentes linajes y sus rasgos únicos, y la compleja política que ha moldeado la sociedad vampírica durante milenios. La familia Sanguine aparece como un estudio de caso de antiguas familias vampíricas y sus afiliaciones políticas dentro de la comunidad vampírica. Ahora entiendo por qué Corvus no está aquí. Conflicto de intereses, o como quiera que lo llamen.

A medida que avanza la clase, siento una extraña sensación creciendo. Es como si el conocimiento no solo entrara en mi mente, sino que se filtrara en mi ser. Puedo sentir cómo mi conciencia se expande, mis sentidos se agudizan. Cuando termina la clase, me siento más vampira que nunca. Bueno, supongo que esto es lo que se siente, no teniendo mucho con qué comparar.

Echando un vistazo a mi horario, sigo a Orby, saludando rápidamente a Lyra, quien me devuelve el saludo y se dirige en la dirección opuesta. Me pregunto si debería haberme acercado y sentado con ella, pero ese es un comportamiento extrovertido, y yo soy todo menos eso. Ahora me preocupa que se haya ofendido y piense que la estoy evitando. Me muerdo el labio y miro por encima del hombro, pero ella ya se ha ido, y Orby está corriendo hacia mi siguiente clase, así que lo olvido y me apresuro para alcanzarlo.

Mi siguiente clase se llama simplemente Magia de Sangre. No estoy segura de por qué estoy aquí, ya que Blackthorn dijo que no tengo *poderes*, solo habilidades. Asumí que eso significaba que no podía hacer magia. Al entrar en el aula, veo a Corvus haciéndome señas para que ocupe un asiento vacío a su lado. Sonrío, agradecida por la cara familiar en esta clase, que estoy bastante segura es una asignación errónea para mí.

—¿Cómo va tu primera noche de clases? —pregunta mientras me siento, su voz baja y cálida.

—Intensa —admito, pasándome una mano por el pelo—. Pero increíble. Siento que finalmente estoy empezando a entender quién y qué soy.

Corvus asiente, con una mirada de comprensión en sus ojos. —Se volverá más fácil, y más complicado.

—Sí. —Miro alrededor y luego vuelvo a mirarlo—. Aunque no sé qué hago aquí. No tengo poderes mágicos.

Él frunce el ceño. —Sí los tienes. Todas las criaturas sobrenaturales los tienen de alguna forma. Tú, como vampira, tienes acceso a la Magia de Sangre.

—¿En serio? —Le devuelvo el ceño fruncido. Blackthorn me dijo que no tengo poderes. Entonces recuerdo su habilidad mágica. ¿Era eso Magia de Sangre? Tengo que asumir que sí, pero ¿por qué me dijo que no tengo poderes? Tal vez lo asumió porque soy solo mitad vampira. Pero eso plantea la pregunta de por qué estoy en esta clase entonces.

—Estás pensando demasiado en algo —murmura Corvus—. ¿Qué pasa?

Centrándome en él, sacudo la cabeza y fuerzo una sonrisa. —Nada. No es nada.

Nos giramos hacia el frente cuando el profesor comienza la lección, y noto a un vampiro que

me mira con odio desde el otro lado del aula. Sus ojos son fríos, llenos de un rencor que no comprendo. Trato de ignorarlo, concentrándome en cambio en los complejos rituales de sangre que estamos aprendiendo.

Tengo la impresión de que voy muy por detrás de todos los demás aquí. Parece que están asimilando todas las palabras como si las entendieran, y yo estoy aquí sentada con la boca abierta como un pez dorado, sin que me entre nada en la cabeza.

—Puedo darte clases particulares, no te preocupes —murmura Corvus mientras mantiene la mirada en el profesor, que nos pide que nos emparejemos para las prácticas.

—Mierda —mascullo, mirando a Corvus—. No sé qué estoy haciendo.

—Yo sí. No te preocupes.

—Sigues diciendo eso, pero voy a suspender.

—No vas a suspender. Confía en mí. Es innato. Lo conseguirás, y cuando lo hagas, no habrá quien te pare.

El profesor acaba de terminar de demostrar el hechizo de invocación de sangre, y ahora es nuestro turno de intentarlo. Me pincho el dedo con una pequeña daga ornamentada, observando cómo se forma una gota carmesí en mi piel. Concentrando mi energía, empiezo a recitar el encantamiento en la hoja de hechizos que tengo delante.

Al principio, no ocurre nada. Luego, lentamente, la gota de sangre tiembla. Se eleva de mi piel, flotando en el aire. Animada, intensifico mi concentración, deseando que la sangre se mueva.

De repente, la gota explota en una niebla escarlata. Se arremolina a mi alrededor, respondiendo a mis pensamientos y movimientos. Con un movimiento de muñeca, envío la niebla danzando por la habitación, serpenteando entre los compañeros de clase sorprendidos.

—Adelaide —murmura Corvus mientras me observa.

Pero ignoro la advertencia en su tono.

A medida que crece mi confianza, también lo hace la cantidad de sangre que puedo controlar. Más gotas se elevan de mi dedo, uniéndose a la niebla arremolinada. Es embriagador sentir la conexión entre mi voluntad y la sangre.

Pero entonces, algo cambia. La niebla pulsa con vida propia, volviéndose más densa y agitada. Siento que me arrastra, drenando mi energía. El pánico sube por mi garganta al darme cuenta de que estoy perdiendo el control.

Justo cuando la niebla de sangre está a punto de abrumarme, la mano de Corvus se cierra sobre la mía. Su energía fluye hacia mí, estabilizando mi poder. Juntos, contenemos la magia salvaje, condensando la niebla de nuevo en una sola gota que cae inofensivamente sobre el escritorio.

Conmocionada, miro a Corvus, quien me dedica una pequeña sonrisa. —¿Ves ahora lo poderosa que eres?

—Vaya —suspiro mientras el profesor nos despide y nos levantamos para salir del aula—. Eso ha sido aterrador.

—Por eso, la próxima vez que te llame por tu nombre, escúchame —me reprende con suavidad.

—Anotado —respondo con un saludo burlón.

Se ríe, pero se convierte en un gruñido cuando el vampiro que me miraba con odio antes se nos acerca en el pasillo.

—Vaya, vaya —se burla, su voz destilando desprecio—. Si no es la novata y su mascota de sangre pura. Qué adorable.

Me tenso, paralizada, pero Corvus se mueve con suavidad, colocándose entre el vampiro desagradable y yo. El movimiento es casual, casi perezoso, pero puedo sentir el poder enrollado en su cuerpo, listo para atacar.

—Aléjate, Asher —dice, con voz baja y peligrosa—. Estás fuera de tu liga aquí.

Los ojos de Asher se entrecierran, con una sonrisa cruel jugando en sus labios. —¿Ah sí? ¿Y quién va a detenerme? ¿Tú? —Se abalanza sobre Corvus, con los colmillos al descubierto, en un borrón de movimiento y furia. Pero Corvus es más rápido, más fuerte. En un instante, tiene a Asher inmovilizado contra la pared, con una mano alrededor de su garganta. La demostración de poder es impresionante y excitante.

—Sí —dice Corvus con calma, como si estuviera discutiendo el tiempo en lugar de sujetar a un vampiro gruñón contra la pared—. Yo lo haré. Ahora, ¿tenemos algún problema aquí?

Asher lucha por un momento, sus ojos desorbitados de rabia y humillación mientras la multitud de espectadores crece, algunos riendo, otros gruñendo, pero nadie más se involucra, afortunadamente. Luego, lentamente, se queda flácido, admitiendo la derrota. Corvus lo suelta y Asher se escabulle, lanzándonos una última mirada venenosa.

Cuando Corvus se vuelve hacia mí, veo un fuego en sus ojos que nunca había notado antes. Es primitivo, posesivo, y me envía un escalofrío por la espalda. Sin previo aviso, me atrae hacia él y me besa.

Es apasionado, reivindicativo, y termina demasiado pronto.

Cuando Corvus se aparta, dejándome sin aliento, oigo los susurros ahogados a nuestro alrededor.

—¿Estás bien? —pregunta suavemente, su mano aún acariciando mi rostro.

Asiento, todavía un poco aturdida por el beso y la confrontación. —Sí —logro decir—. ¿Quién se creía que era ese idiota?

—Un completo imbécil que no sabe cuándo parar —gruñe.

Asiento, de acuerdo con la parte del completo imbécil. Pero mientras una parte de mí está emocionada de que Corvus haya marcado su territorio tan públicamente, otra parte se preocupa por las complicaciones que esto podría traer. ¿He hecho un enemigo de este vampiro con el que nunca he hablado siquiera?

—¿Qué tienes ahora? —pregunta Corvus, interrumpiendo mis preocupaciones.

—Eh —murmuro, revisando mi horario mientras Orby flota cerca—. Un descanso de una hora y luego Vampiros y Mitos.

—¿Te apetece tomar algo? —Su mano encuentra la mía mientras caminamos, y me sorprende lo natural que se siente, lo perfectamente que se entrelazan nuestros dedos.

—Sí, me siento un poco agotada.

—No me sorprende. Lo hiciste genial allí atrás.

—Apenas —resoplo—. Perdí el control.

Se ríe mientras entramos en el comedor para tomar algo de sangre sintética. El hambre que me ha estado carcomiendo desde que me desperté se está intensificando, y mi estómago protesta ruidosamente.

Cogiendo dos vasos para llevar, bebemos mientras salimos al patio, donde vemos a Ignatius haciendo malabares con bolas de fuego. La visión es hermosa y ligeramente aterradora, las llamas bailando entre sus manos con vida propia.

—¡Adelaide! —nos llama, sonriendo al vernos acercarnos—. Corvus. ¿Qué tal las clases?

—Movidas —digo, observando las llamas bailar entre las manos de Ignatius—. Casi pierdo el control de una niebla de sangre en la clase de Magia de Sangre.

Ignatius extingue las bolas de fuego con un chasquido de dedos. —¿Ah, sí?

Me encojo de hombros, todavía sintiéndome inquieta por lo sucedido. —Fue más aterrador que impresionante. Si Corvus no hubiera estado allí...

—Te lo dije, eres poderosa —dice Corvus, apretando mi mano—. Solo necesitas aprender a controlarlo.

Ignatius asiente, sus ojos brillando con interés. —Me encantaría ver lo que puedes hacer alguna vez. ¿Quizás podríamos practicar juntos?

—¿Tú haces Magia de Sangre?

—Hago todo tipo de magia —responde con una sonrisa.

—Vaya, qué bien —me río.

—¿Qué puedo decir? Soy un perfeccionista.

—Y dulce con un acento adorable, además. Eres el paquete completo.

—No lo olvides.

Nos reímos mientras Corvus observa esta interacción con interés.

—Bueno —digo—. Supongo que será mejor que me vaya a mi siguiente clase. No quiero llegar tarde.

—Te acompaño —dice Corvus—. Si Asher aparece de nuevo, no le hagas caso, ¿de acuerdo? Aléjate y cuéntamelo. Yo me encargaré de él.

—No necesito que me protejas de los matones —murmuro.

—Sé que no lo necesitas. Pero aprenderás, muñeca, que yo protejo lo que es mío.

Suena familiar.

No digo nada mientras nos dirigimos al siguiente edificio, esperando que esta sea una clase normal sin magia ni matones.

IGNACIO

LOS PASILLOS de MistHallow bullen de actividad mientras me dirijo al aula de conferencias de Magia Elemental, mi última clase de la noche. Al doblar la esquina, el aroma de hojas otoñales y humo de leña llena el aire, el olor de la magia elemental que impregna esta parte de la academia. Las paredes de piedra aquí están adornadas con intrincados murales que representan los cuatro elementos —tierra, aire, fuego y agua— entrelazándose en una espiral eterna. Es impresionante, y me detengo para admirar la maestría artística.

Percibiendo cierta energía en el aire, me giro a medias y veo a Adelaide de pie junto a la puerta del aula, luciendo un poco perdida y más que un poco abrumada. Su cabello oscuro está ligeramente despeinado, como si hubiera estado pasando sus manos por él nerviosamente, y hay una arruga entre sus cejas que encuentro encantadora.

—¡Adelaide! —la llamo, acelerando el paso para alcanzarla—. Qué casualidad verte aquí. Magia Elemental, ¿verdad?

Ella se vuelve al oír mi voz, el alivio inundando sus facciones. La sonrisa que ilumina su rostro me envía una calidez que no tiene nada que ver con mi magia de fuego.

—Hola, iniciador de fuegos. Sí, Magia Elemental. Ni siquiera estoy segura de por qué estoy en esta clase. Pensé que los vampiros solo se dedicaban a la Magia de Sangre.

Sonrío, caminando a su lado mientras entramos en el aula. La sala es circular, con estaciones de trabajo dispuestas en círculos concéntricos alrededor de un estrado central. Cada estación está equipada con varias herramientas y materiales: cristales, cuencos de agua, pequeñas plantas en macetas y curiosos orbes de cristal vacíos que sospecho son para la manipulación del aire.

—Ah, pero ahí es donde te equivocas, querida —digo, guiándola hacia dos asientos vacíos cerca del centro de la sala—. Los vampiros, como todos los seres mágicos, tienen el potencial de acceder a la magia elemental. Simplemente no es tan instintivo para ellos como lo es la Magia de Sangre.

—Bueno, estoy aquí para aprender de qué va ser un vampiro, así que supongo que... ¡adelante con lo que sea!

—Ese es el espíritu, Addy.

Ella sonríe cuando acorto su nombre, y le hago un gesto para que tome el asiento junto a la ventana. Noto cómo la luz de la luna juega con sus facciones. Es hermosa, de una manera que va más allá de la apariencia física. Hay una chispa en ella, un potencial que solo espera ser liberado.

—Entonces —digo, inclinándome ligeramente, nuestros hombros casi tocándose—, ¿cómo han sido tus clases hasta ahora aparte del incidente de la Magia de Sangre?

Adelaide gime, enterrando su rostro en sus manos. Tengo que resistir el impulso de estirar la mano y colocar un mechón de cabello rebelde detrás de su oreja.

—Ni me lo recuerdes. Pero el resto han estado bien. No más magia y no más matones.

—¿Matones? —pregunto más duramente de lo que pretendía.

—Uf, un vampiro llamado Asher. Era un verdadero imbécil.

—Hmm, sí. Está empeñado en ir a por Corvus, así que supongo que te viste atrapada en el fuego cruzado.

Ella me fulmina con la mirada.

—Oh, genial, gracias por contarme esa parte. Él no mencionó nada de eso.

Me río entre dientes.

—Yo no me preocuparía por Asher o Lucian. Ambos son idiotas.

—Lucian —murmura ella—. También se metió conmigo el otro día. Zephyr se encargó de él.

—Los vampiros son raros. Yo no me preocuparía por eso.

—No me digas —murmura.

Los ojos de Adelaide se encuentran con los míos, y por un momento, me pierdo en sus profundidades. El aire entre nosotros se siente cargado, como el instante antes de que caiga un rayo.

Antes de que pueda responder, el profesor entra en la sala, llamando al orden a la clase. Es un hombre alto y esbelto con cabello del color de las hojas otoñales y ojos que parecen cambiar como el mercurio. Cuando comienza la conferencia, su voz resuena con poder, cada palabra pareciendo vibrar con energía elemental.

Soy hiper consciente de la presencia de Adelaide a mi lado. La forma en que se inclina hacia adelante, pendiente de cada palabra. El pequeño surco que aparece entre sus cejas cuando se concentra. La manera en que su mano ocasionalmente roza la mía mientras tomamos notas, enviando pequeñas chispas de electricidad a través de mí cada vez.

A mitad de la clase, el profesor anuncia que nos emparejaremos para un ejercicio práctico.

—Hoy nos centraremos en la manipulación del fuego —dice, sus ojos brillando con una llama interior—. Nada demasiado avanzado, solo crear y controlar una pequeña llama.

Me vuelvo hacia Adelaide, con una sonrisa traviesa en mi rostro.

—Vaya, vaya. Parece que estás de suerte, compañera. El fuego resulta ser mi especialidad.

—Supongo que sí es mi día de suerte, o quien se hubiera quedado atrapado conmigo se habría llevado una gran decepción cuando fracasara estrepitosamente.

Con un floreo, extiendo mi mano, palma hacia arriba. Convoco una pequeña llama, no más grande que la de una vela. Baila en mi palma, proyectando un cálido resplandor sobre nuestros rostros. El fuego responde a mi voluntad, moldeándose en intrincados patrones: una flor que se abre, una mariposa que revolotea, una galaxia giratoria de chispas.

Los ojos de Adelaide se abren de asombro, la luz del fuego reflejada en sus profundidades.

—Eso es asombroso —susurra, inclinándose más cerca para observar la exhibición—. ¿Cómo lo haces? ¿Y cómo demonios se supone que yo haga eso?

—Todo se trata de enfoque e intención —explico, con voz suave. La proximidad de su rostro al mío es distractora, pero me esfuerzo por continuar—. Tienes que sentir el calor dentro de ti, la chispa de vida que arde en cada ser viviente. Luego, la atraes hacia afuera, le das forma y propósito.

Tomo suavemente su mano, guiándola para que se cierna sobre la mía. Su piel está fría como la de un vampiro contra mi palma calentada por el fuego, pero no sisea y se aparta como esperaba a medias.

—Cierra los ojos —le indico, con voz baja e íntima—. Siente el calor de la llama. Ahora, imagina que ese calor se extiende a través de ti, desde las puntas de tus dedos hasta la parte

superior de tu cabeza.

Los ojos de Adelaide se cierran suavemente, su rostro una máscara de concentración. Observo, fascinado, cómo un tenue resplandor comienza a emanar de su piel. Es sutil, apenas perceptible para alguien que no lo esté buscando. Pero para mí, es como ver el amanecer. El aire a nuestro alrededor se vuelve más cálido, cargado de potencial.

—Eso es —la animo, mi pulgar trazando inconscientemente círculos en el dorso de su mano—. Ahora, imagina que ese calor se reúne en tu palma. Dale forma, hazlo existir con tu voluntad.

Por un momento, no sucede nada. Entonces, muy lentamente, una pequeña chispa aparece en la palma de Adelaide. Titila con incertidumbre, apenas más que una brasa. Pero está ahí, un testimonio de su potencial sin explotar.

Los ojos de Adelaide se abren de golpe, con una expresión de pura alegría en su rostro. La chispa en su palma crece ligeramente, alimentada por su emoción. —¡Espera! ¿Qué? ¿Cómo?

Su emoción es contagiosa, y sonrío como un tonto. —Eres una natural, Adelaide.

—No —dice ella, sacudiendo la cabeza y mirando fijamente nuestras manos unidas con un ceño feroz—. No. No soy yo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, siguiendo su mirada.

Sus ojos se disparan hacia los míos, y sonrío rígidamente. —Nada —dice—. Solo estoy sorprendida.

—Sabes —digo, con la voz lo suficientemente baja para que solo ella pueda oír—, hablaba en serio cuando dije lo de practicar juntos alguna vez. Me encantaría ayudarte a explorar más tus poderes si estás interesada, claro.

Adelaide me mira con una sonrisa suave. —Me gustaría eso —dice finalmente, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Bien. Disfruto pasar tiempo contigo, Addy.

Ella agacha la cabeza, concentrándose intensamente en la pequeña llama en su palma. Crece y luego se apaga, y ella suspira con decepción. —Yo también disfruto pasar tiempo contigo, Iggy —murmura.

Iggy. La forma en que lo dice envía mi sangre directamente a mi polla.

El resto de la práctica pasa en un borrón de miradas robadas y toques prolongados. Los intentos de Adelaide de crear fuego no dan resultado, pero lo hizo una vez, puede hacerlo de nuevo.

Mientras recogemos nuestras cosas, me resisto a dejar que este momento termine. La conexión entre nosotros se siente tangible, un delicado hilo que no quiero romper.

—Entonces —digo, tratando de mantener mi voz casual aunque mi corazón late con fuerza—, ¿qué dices de ir a comer algo? Conozco un lugar que hace un gran filete poco hecho.

Ella se ríe, y es el sonido más dulce. —Me gustaría eso —dice.

Sonrío, mi corazón se eleva con su aceptación. —Vamos entonces.

Mientras salimos del aula, coloco mi mano ligeramente en la parte baja de la espalda de Adelaide, guiándola a través de los pasillos llenos de gente. El simple toque envía chispas por mi cuerpo, y tengo que concentrarme para mantener mis poderes bajo control.

Nos abrimos paso a través del patio iluminado por la luna. Adelaide tiembla ligeramente, y sin pensarlo, paso mi brazo alrededor de sus hombros. Ella se inclina hacia mí, su cuerpo encajando perfectamente con el mío.

—Dios, estás tan jodidamente cálido y acogedor —se ríe, mirándome con esos ojos cautivadores.

—Viene con el territorio —murmuro, esperando poder reunir el valor para besarla antes de

que termine la noche.

Entramos en el comedor bullicioso, que nunca parece dejar de zumbiar, y la guío hacia el mostrador de comida. Ella agarra un filete rápidamente, y yo agarro uno también, un poco más cocido, y nos sentamos en una mesa cercana.

Al sentarnos, Adelaide ataca su filete con entusiasmo. No puedo evitar sonreír ante su entusiasmo.

—¿Hambrienta? —bromeo.

Ella levanta la mirada, un poco avergonzada. —Muerta de hambre, en realidad. No me da cuenta de cuánta energía consume la magia.

—Sí que consume mucho —estoy de acuerdo, cortando mi propio filete—. Especialmente cuando estás empezando. Tu cuerpo aún no está acostumbrado a canalizar ese tipo de poder.

Adelaide asiente, tragando un bocado. —Es como conectar con algo antiguo y poderoso.

—Eso es exactamente lo que estabas haciendo —digo, inclinándome ligeramente hacia adelante—. La magia es tan antigua como el universo mismo. Cuando la usamos, nos estamos conectando a esa fuerza primordial.

Ella me mira, sus ojos grandes de asombro. —Es intenso.

—Mucho.

Nos miramos a los ojos, y siento un leve zumbido que golpea contra mi alma. Me levanto a medias, mi mirada aún fija en la suya, y extendiendo la mano para levantar su barbilla. Presiono mis labios contra los suyos.

Adelaide jadea suavemente cuando nuestros labios se encuentran, su aliento fresco mezclándose con el mío. Por un momento, se queda inmóvil, pero luego se derrite en el beso, su mano enredándose en mi cabello. La chispa entre nosotros se enciende en una llama rugiente, y tengo que concentrarme mucho para no estallar en un pilar de fuego.

El beso se profundiza, y puedo saborear el ligero regusto metálico de sangre en su lengua. Es embriagador. La atraigo más cerca, mi mano acunando suavemente su rostro.

De repente, Adelaide se aparta, sus ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. Está respirando pesadamente, y puedo ver un leve rubor subiendo por su cuello.

—Lo siento —digo rápidamente, preocupado de haber arruinado todo—. No debería haber...

—No —me interrumpe, su voz ronca—. No eres tú... —Frunce el ceño y gira la cabeza.

Yo también me giro para ver a Asher y Lucian mirándonos, con destellos de triunfo en sus ojos. —Ah, mierda —murmuro—. Supongo que irán directamente a contárselo a Corvus.

—Yo quería este beso —dice Addy—. No te preocupes por ellos.

—No es eso. A Corvus no le importará que te besara. Le importará que Lucian y Asher estén interfiriendo, y tal vez también intenten darle la vuelta para que parezca mal por tu parte.

Ella suspira, y por un momento, parece que va a convertirse en vampiro y hacer una masacre, pero luego sonríe. —Lo que sea que digan de mí, he escuchado cosas peores.

Mi corazón se duele por ella. Suena tan resignada, como si estuviera acostumbrada a ser herida. Extiendo la mano y tomo la suya, apretándola suavemente.

—Oye —digo suavemente—, no te mereces eso. No importa lo que digan, eres increíble, Adelaide. No dejes que nadie te haga pensar lo contrario.

Ella me da una pequeña sonrisa, pero puedo ver la vulnerabilidad en sus ojos. —Gracias, Iggy. Todavía estoy tratando de averiguar dónde encajo en todo esto.

Asiento, comprendiendo. —Es mucho para asimilar. Pero no estás sola, ¿de acuerdo? Me tienes a mí, y a Corvus, y a Zephyr, y a Zaiiah. Estamos aquí para ti.

La sonrisa de Adelaide se vuelve un poco más brillante. —Lo sé. Es solo que es complicado.

—La vida suele serlo —digo con una sonrisa irónica—. Especialmente cuando metes magia y vampiros en la mezcla.

Ella se ríe, el sonido aligerando el ambiente. —Ni que lo digas.

Terminamos nuestra comida, charlando sobre temas más ligeros, pero mientras salimos del comedor, noto que Asher y Lucian todavía nos observan, sus miradas frías y sus expresiones calculadoras. Sea lo que sea que estén planeando, no va a ser bonito. Tal vez sea hora de que los cuatro les llevemos la pelea y que se jodan las consecuencias. Addy es más importante, y ahora mismo, es un insecto bajo su microscopio. De ninguna manera esto termina bien para ninguno de nosotros.

CORVUS

EL BLOOD BAR ESTÁ EN PENUMBRA, el aire denso con el aroma a cobre y hierro. Me deslizo en un taburete en la barra, mis dedos tamborileando un ritmo impaciente sobre la madera pulida. Ha sido una noche larga, y lo único que quiero es un vaso del buen material para calmar los nervios.

Grim, el camarero, se acerca con su habitual expresión, bueno, *lúgubre*. Sacude la cabeza, un destello de disculpa cruzando sus facciones. —No hay sangre humana esta noche. El personal hizo una limpieza para el inicio del semestre. Es sintética o nada.

Gruño, pasándome una mano por el pelo con frustración. —¿Me estás tomando el pelo, verdad? Por favor, dime que estás bromeando.

Grim simplemente se encoge de hombros, sus hombros subiendo y bajando como el movimiento de una maquinaria antigua. —Ojalá lo estuviera. Las reglas son las reglas, incluso para un Sanguíneo. Dale una semana, y se olvidarán de todo esto de nuevo.

Por un momento, considero irme. La idea de la sangre sintética me revuelve el estómago. La he probado porque Adelaide la está bebiendo. No es agradable, pero la sed me está carcomiendo, y sé que no puedo ignorarla por mucho tiempo. —Vale —murmuro—. Dame esa mierda sintética.

Grim asiente, volviéndose para preparar mi bebida. Mientras lo hace, dejo vagar mi mirada por el bar. Está relativamente tranquilo esta noche, solo unos pocos vampiros dispersos, bebiendo a sorbos sus vasos de sangre sintética. El inicio del semestre siempre trae cierta tensión al ambiente, una mezcla de emoción y aprensión de la que ni siquiera nosotros, los inmortales, somos inmunes.

Mis pensamientos se desvían hacia Adelaide, como suelen hacer estos días. El recuerdo de nuestro beso en el pasillo después de la conferencia me produce un escalofrío. La forma en que me miró, con sus ojos abiertos de sorpresa y algo más profundo, más primario, es suficiente para ponerme duro.

—Aquí tienes —dice Grim, deslizando un vaso de líquido rojo oscuro frente a mí.

Doy un sorbo a regañadientes, haciendo una mueca ante el sabor artificial. Es terrible, muy lejos de lo real. Aun así, calma el borde de la sed, y por eso estoy agradecido.

Mientras estoy bebiendo a sorbos mi trago, la puerta del bar se abre de golpe. No necesito darme la vuelta para saber quién es - puedo sentir su presencia, tan familiar para mí ahora como mi propia sombra. Ignatius, Zaiah y Zephyr se acercan, tomando asiento en los taburetes a mi lado.

—Corvus —me saluda Zaiah, su voz baja y seria. La tensión en su postura me pone inmediatamente en alerta—. Necesitamos hablar.

Levanto una ceja, tomando otro sorbo de mi sangre sintética. —¿Sobre qué?

—Adelaide —interrumpe Zephyr—. Y algo más.

Ignatius se inclina, luciendo serio como la mierda, que es lo único que me hace prestar atención. Los otros dos pueden ser reinas del drama, pero Ig es un tipo de tomar las cosas como vienen. —Zaiah ha sentido algo. Algo oscuro.

Dejo mi vaso, olvidando todos los pensamientos sobre mi bebida insatisfactoria. —¿Algo oscuro? ¿Como qué?

Zaiah sacude la cabeza, su frustración es evidente. —No lo sé exactamente. Pero sé que tiene algo que ver con Adelaide. Hay una sombra cerniéndose sobre su futuro, una amenaza que aún no podemos ver.

Un gruñido se forma en mi garganta, bajo y peligroso. La idea de Adelaide en peligro despierta una feroz protección que me hace querer matar. La sangre sintética en mi vaso queda olvidada mientras las palabras de Zaiah me provocan un escalofrío en la espalda.

—Es como una sombra —murmura Zaiah, sus ojos desenfocados, viendo algo más allá del bar tenuemente iluminado—. Una oscuridad que se arrastra por los bordes de mis sueños. Nunca había sentido nada parecido antes.

Los dedos de Zephyr tamborilean un ritmo impaciente en la barra. —¿Puedes ser más específico? ¿De qué tipo de peligro estamos hablando?

Zaiah niega con la cabeza. —Ese es el problema. No está claro. A veces veo fuego, consumiendo todo a su paso. Otras veces, es una inundación de oscuridad, ahogando toda luz. Pero siempre, en el centro de todo, veo a Adelaide.

—¿Es ella la causa o el objetivo? —pregunta Ignatius, su tono más duro y serio de lo habitual.

—Ambos, quizás —responde Zaiah, con voz apenas audible—. O ninguno. Es como si fuera un punto focal. Un nexo donde todas estas fuerzas oscuras están convergiendo.

Siento un gruñido formándose en mi pecho, mis colmillos ansiosos por descender. —¿Y estás seguro de esto? ¿No es solo una corazonada de djinn?

Los ojos de Zaiah se clavan en los míos, ardiendo con un fuego interior. —Que te jodan. Esto es real. Y está llegando, estemos preparados o no.

—Entonces nos aseguraremos de estar preparados —interviene Zephyr—. La entrenaremos, la protegeremos.

Asiento, mi mente ya corriendo con planes. —Necesitamos decirle...

—No —me interrumpe Zaiah—. Aún no. Apenas está empezando a entender sus poderes. Si le contamos esto ahora, podría abrumarla, incluso empujarla hacia la oscuridad de la que estamos tratando de protegerla.

Un silencio tenso cae sobre nuestro grupo. Puedo ver el peso de este conocimiento asentándose en cada uno de nosotros.

Finalmente, Ignatius rompe el silencio. —Entonces, ¿qué hacemos?

Me reclino, la decisión ya tomada. —Observamos. Esperamos y nos aseguramos de que, sea lo que sea que venga, Adelaide esté lista para ello.

Los otros asienten en acuerdo, y mientras continuamos discutiendo la estrategia en tonos bajos, no puedo deshacerme de la sensación de que esto es solo el comienzo de algo mucho más grande de lo que cualquiera de nosotros podría haber imaginado.

Zephyr asiente. —Tiene poder, más del que ella sabe. Lo he sentido. Necesitamos ayudarla a aprovecharlo más.

¿Lo ha sentido? Eso me provoca una punzada de envidia. He probado su poder en su sangre, pero no es suficiente para tener una idea real de ello. Zephyr lo hace sonar como si supiera

exactamente de lo que ella es capaz.

—Puedo trabajar con ella en su magia elemental —ofrece Ignatius—. Mostró un verdadero potencial en clase hoy.

—¿Qué? —dice Zephyr con el ceño fruncido—. Ella no tiene magia elemental.

—Sí la tiene, lo vi.

—No —dice, negando con la cabeza—. Eso no es posible... —Se calla y se muerde el labio en un gesto extrañamente nervioso para el frío príncipe Fae Oscuro.

—¿Qué estás pensando? —pregunto.

Hace un gesto para que salgamos del bar, y lo seguimos afuera para agruparnos en la noche extrañamente fría. Los pelos de mi nuca se erizan, y ahora creo totalmente que Zaiah está en algo. Esto no es natural. Es sobrenatural, cien por cien.

—Estoy seguro de que todos hemos descubierto a estas alturas lo que ella es —susurra Zephyr.

Asiento, y los otros dos también.

—Así que sabéis que se rumorea que su especie puede amplificar poderes, ¿verdad?

—¿Y qué con eso? —murmuro.

—Ella amplificó los míos para que pudiéramos ganar la búsqueda del tesoro. Fue... joder... nunca he sentido nada igual.

—¿Qué tiene eso que ver con la magia elemental? —espeto, molesto por la mirada de asombro en su rostro.

—Los vampiros no pueden hacer magia elemental —me responde bruscamente—. ¿Puedes tú?

Niego con la cabeza. —No... —Un pensamiento se está formando en mi mente, y trago la preocupación que ha estallado en mi pecho—. Joder.

—Sí.

—Dejad los dos de ser tan crípticos —gruñe Ig—. Ella creó fuego. Lo vi.

—De ti. Tomó tu poder y lo usó —afirmo.

Zephyr asiente en acuerdo.

Ig frunce el ceño y niega con la cabeza. —No, eso no es posible...

—Estoy bastante seguro de que lo es —dice Zephyr—. No sabemos mucho sobre su especie. No sabemos prácticamente nada, y los otros que existen ahora, aparte de ella, son más débiles. Randall Black la engendró. Eso en sí mismo es monumental.

—Joder —dice Ig, sus hombros hundiéndose—. Quiero decir... joder.

—Exactamente. Si ella no sabe que puede hacer esto, lo cual me arriesgo a decir que no lo sabe, eso la hace...

—Peligrosa.

—Sí.

—Joder —dice Zaiah, que ha estado callado mientras discutíamos esto—. Eso significa que tengo razón al decir que ella es el nexo.

—Pero ¿el nexo exactamente a *qué*? —murmuro.

—Eso es lo que necesitamos averiguar —responde.

El recuerdo del poder de Adelaide durante nuestra práctica anterior envía una serpiente helada de incomodidad deslizándose por mi alma. Había sido magnífica pero aterradora en su potencial crudo.

—Tomaré la primera guardia —me ofrezco mientras nuestra reunión llega a su fin—. Podemos vigilarla. Lucian y Asher traman algo, y eso hace que esto sea aún más peligroso para

ella.

—Sobre ellos —comienza Ig y luego se sonroja—. Nos vieron besándonos en el comedor antes.

Parpadeo y luego sonrío con suficiencia. —Bien por ti. Ella besa muy bien.

—Lo hace —murmura Zephyr.

—Mm —comenta Zaiah, y me río.

Es extraño este acuerdo tácito que tenemos sobre Adelaide Black. Somos tan diferentes, cada uno con nuestra propia agenda, nuestros propios sentimientos por Adelaide. Pero en esto, estamos unidos. Todos la deseamos, y todos la conseguiremos. Es solo cuestión de tiempo antes de que ella sepa que no puede escapar de nosotros. Es el destino. No hay otra palabra para ello, no hay otra explicación.

Los demás asienten en acuerdo, y nos separamos, cada uno perdido en sus pensamientos. Respiro profundamente, dejando que los aromas de la academia me envuelvan. Adelaide está haciendo su vida nocturna, felizmente inconsciente de las fuerzas que se reúnen a su alrededor. El impulso de ir a verla, de verla con mis propios ojos, es casi abrumador.

Con un pensamiento, cambio de forma, mi cuerpo encogiéndose y transformándose hasta que ya no soy un hombre, sino un murciélago. Mis alas capturan el aire nocturno, y me elevo en círculos alrededor de la torre de Adelaide. Las luces están encendidas en su habitación, y a través de la ventana, puedo verla moviéndose.

Mientras observo, ella hace una pausa, su mirada volviéndose hacia la ventana. Por un momento, nuestros ojos se encuentran, y veo un destello de reconocimiento cruzar su rostro. Para mi sorpresa, se mueve hacia la ventana, abriéndola de par en par.

—¿Corvus? —llama suavemente—. ¿Eres tú?

Dudo por un momento, luego desciendo en picada, aterrizando con gracia en su alféizar. Con otro pensamiento, vuelvo a mi forma humana, posado precariamente en el estrecho borde.

—Hola —digo, intentando sonar casual y probablemente fallando por mucho—. Linda noche para volar, ¿no?

Ella arquea una ceja, una sonrisa tirando de las comisuras de su boca. —No sabría decirte.

—¿Quieres ver si puedes? —aprovecho eso como una forma de pasar más tiempo con ella, enseñándole, protegiéndola.

Ella se hace a un lado, y yo salto dentro de su habitación. —¿Realmente crees que puedo?

—No veo por qué no. Pero no lo sabremos a menos que lo intentes.

—Buen punto.

El recuerdo de nuestro beso en el pasillo cruza por mi mente, y tengo que resistir el impulso de acercarla y reclamar sus labios de nuevo.

—Entonces —dice ella, cruzando los brazos sobre su pecho—. ¿A qué debo el placer de esta visita nocturna aparte de ofertas para convertirme en murciélago?

Dudo, inseguro de cuánto revelar. Lo último que quiero es asustarla, pero merece saber que podría estar en peligro. —Quería ver cómo estabas —digo finalmente—. Después de lo que pasó con Asher, estaba preocupado. Además, Ig mencionó que Asher y Lucian te vieron antes.

Ella arquea una ceja. —¿Oh? ¿Y cómo te sientes al respecto?

Su pregunta me toma por sorpresa. —Me alegro de que ustedes dos se estén acercando. Todos estamos conectados, Adelaide. Puedes sentirlo. Sé que puedes. —Extiendo la mano para colocar un mechón de cabello rebelde detrás de su oreja, el simple toque envía una descarga eléctrica a través de mí.

Por un momento, nos quedamos allí, atrapados en la mirada del otro. El aire entre nosotros

está cargado, pesado con palabras no dichas y deseos insatisfechos. Entonces, lentamente, Adelaide se inclina, sus labios rozando los míos en un beso suave y tentativo.

No es nada como nuestro beso en el pasillo. Ese había sido todo fuego y pasión, una reclamación pública. Esto es algo completamente distinto. Es gentil, exploratorio, lleno de una ternura que me quita el aliento.

Cuando finalmente nos separamos, las mejillas de Adelaide están sonrojadas, sus ojos brillantes. —He estado deseando hacer eso de nuevo —admite, con una sonrisa tímida jugando en sus labios.

—Yo también —confieso, mi mano acunando su mejilla—. Y mucho más.

—Yo también quiero eso —murmura, bajando la mirada antes de quitarse la camiseta. Su piel está más pálida que antes, lo que muestra que su lado vampírico está emergiendo con fuerza. Es impresionante en todos los sentidos de la palabra.

—Eres hermosa, Adelaide.

—Addy —murmura—. Llámame Addy.

Sonrío y me inclino para besarla de nuevo, deseando morderla, devorarla. Mis colmillos se despliegan y cortan sus labios y lengua. Ella jadea pero no se detiene. Si acaso, profundiza el beso, y mi miembro se endurece, presionando dolorosamente contra mis pantalones.

—Addy —gruño y la levanto, empujándola contra la pared de su habitación.

—¡Ah! —grita mientras mis garras desgarran su sujetador, marcando su piel, sacando sangre. Me inclino para lamerla, y ella gime, dejando caer su cabeza contra la pared. Trazo besos por su cuello, saboreando el gusto de su sangre, y ella se retuerce en mis brazos.

—Corvus —susurra, con voz entrecortada y necesitada—. Por favor.

Escucho el deseo en su voz, y no puedo resistirme más. Desabrocho sus vaqueros y la bajo al suelo. Me mira con esos grandes ojos oscuros, y es más de lo que puedo soportar. Caigo de rodillas y le bajo los vaqueros. Quitándole primero las botas y los calcetines, luego paso mis manos por sus muslos. Mis dedos se enganchan en sus bragas, y corto los lados. Respiro profundamente pero me detengo cuando siento que ha dejado de sangrar.

Retrayendo mis colmillos y garras, introduzco dos dedos profundamente en su coño, haciéndola gritar de sorpresa y placer. Está tan húmeda y cálida, su coño apretándose alrededor de mis dedos mientras los muevo dentro y fuera. Está palpitando contra mi mano, sus caderas moviéndose mientras intenta acercarse más.

—Corvus —jadea, sus uñas clavándose en mi cuello.

Me levanto para besarla de nuevo. Puedo saborear su sangre en sus labios, y solo me hace tener más hambre de ella.

—Sabes tan bien —gruño, mi voz baja y áspera—. Quiero más.

Añado un tercer dedo, estirándola más mientras los giro dentro de ella, golpeando ese punto que la hace gemir aún más fuerte. Puedo sentir que se acerca, su cuerpo tensándose mientras empieza a temblar.

—Córrete para mí, Addy —susurro contra sus labios, mi pulgar encontrando su clítoris y frotando círculos alrededor—. Sé una buena chica para mí y córrete en toda mi mano.

Con un grito, lo hace, su orgasmo inundándola en oleadas mientras se aferra a mí. Mantengo mis dedos dentro de ella, sintiendo cómo pulsa a mi alrededor mientras alcanza el clímax intensamente.

—Joder —respira, sus ojos cerrados mientras se apoya en mí—. Más. Corvus. Te necesito todo.

Con un gruñido bajo, desabrocho mis pantalones y los dejo caer alrededor de mis tobillos.

Ella se estira y empuja mi chaqueta de mis hombros, agarrando los lados de mi camisa y rasgándola con más fuerza de la que le he visto hasta ahora.

Hace que mi miembro se sacuda.

—Joder, sí, nena. —Gimo mientras empujo mi polla profundamente dentro de ella en un solo movimiento rápido. Está tan apretada, tan húmeda, y se siente increíble. Agarro sus caderas, acercándola más mientras empujo profundo y fuerte.

Sus uñas se clavan en mi espalda, sus piernas firmemente envueltas alrededor de mi cintura mientras gime mi nombre. —Corvus, sí. Más fuerte.

Mis movimientos se vuelven más frenéticos mientras me pierdo en la sensación de ella. Es tan perfecta, tan hermosa, tan frágil, y nunca quiero que esto termine. Puedo sentir que me acerco, mi orgasmo construyéndose mientras la embisto más fuerte y rápido.

—Quiero sentirte corriendo en mi polla cuando te muerda, me alimente de ti.

—Sí —susurra, su voz tensa de placer—. Muérdeme, Corvus. Quiero sentirte tomando mi sangre.

No necesito nada más que eso. Me inclino, mis colmillos hundiéndose en la suave carne de su cuello mientras empujo aún más profundo dentro de ella. Grita, su cuerpo temblando mientras se deshace en mis brazos cuando succiono su vena. El sabor de su sangre es dulce e intoxicante. Llena mi boca mientras bebo de ella, mi polla pulsando con la liberación mientras siento su orgasmo a mi alrededor. Gimo, mis caderas sacudiéndose mientras me corro dentro de ella, llenándola con mi semen.

Con mis colmillos aún enterrados en su cuello, su cuerpo presionado contra el mío, trago, bebiendo más de lo que debería pero incapaz de retirarme.

—Corvus —jadea, y me obligo a retirarme, lamiendo la herida para sellarla. Los ojos de Adelaide están abiertos de par en par, su respiración entrecortada.

—¿Estás bien? —murmuro, apartando suavemente el cabello de su rostro.

—Sí —murmura, su voz ronca—. ¿Y tú?

Me río. —No tienes ni idea, y nunca te preocupes por mí, nena. Yo te cuido a ti, no al revés.

Me mira a los ojos por un momento antes de cerrarlos y apoyarse contra la pared. Mi miembro aún está dentro de ella, endureciéndose de nuevo rápidamente.

Ella se ríe.

—¿Es eso cosa de vampiros?

—De la mayoría de los seres sobrenaturales —le respondo riendo—. Pero los vampiros somos extra rápidos.

—No me quejo. Necesito más de ti.

Sonrío, con los colmillos aún expuestos mientras me inclino para mordisquear su lóbulo.

Me muevo de nuevo, más lentamente esta vez, saboreando la sensación de ella envolviéndome. Gime, dejando caer su cabeza contra la pared mientras penetro en ella. Sus caderas se elevan para encontrarse con las mías, su cuerpo respondiendo al mío.

—Eres tan perfecta —susurro, mis labios rozando su cuello—. Podría hacer esto para siempre.

—Quiero que lo hagas —jadea—. Nunca quiero que esto termine.

—No te preocupes, nena. No me voy a ir a ninguna parte.

El vínculo entre nosotros se estrecha. Puedo sentir sus emociones y deseos, y eso solo me hace desearla más.

—Corvus —susurra, su voz llena de necesidad.

Gruño y me aparto de la pared, tambaleándome hacia la cama cuando la suelto para quitarme

el resto de la ropa. Sus piernas están abiertas para mí, y caigo sobre ella, mi miembro regresando a su calidez mientras penetro en su dulce sexo.

—¿Puedes mordirme tú también, nena?

Sus ojos se abren de golpe y asiente.

—Puedo intentarlo.

—¿Quieres hacerlo?

—Sí. Pero no sé si puedo.

—Muérdeme primero con tus dientes. El resto vendrá. Es natural para ti.

Ella asiente y presiona su boca contra mi cuello.

Gimo mientras penetro más profundamente en ella, sintiendo su cuerpo responder al mío. Ella muerde con más fuerza, y siseo al sentir el aguijón de sus dientes perforando mi carne. Duda, pero la animo a continuar.

—Eso es, nena. Muérdeme más fuerte —susurro en su oído, mi voz baja y ronca. Hace lo que le digo, y siento sus dientes hundirse más profundamente en mi piel. Es una sensación extraña, pero también increíblemente erótica.

Puedo sentir mi orgasmo construyéndose de nuevo. Presiono sus caderas mientras arremeto contra ella.

—Aliméntate de mí, Addy.

Ella gime y succiona, su cuerpo temblando incontrolablemente debajo de mí. Debe ser cuando mi sangre toca su lengua, sus colmillos descienden y los siento cortando mi vena. Gimo, y mi miembro explota de placer dentro de ella mientras bebe de mí. Estoy duro de nuevo al instante, necesitando que cada segundo de este tiempo con ella cuente.

La habitación gira mientras la mordida de Addy intensifica cada sensación, cada toque. Puedo sentir su pulso, su latido sincronizado con el mío mientras nos convertimos en uno. Sus uñas arañan mi espalda, sacando sangre.

Me suelta, sus ojos salvajes de lujuria y algo más feral de lo que jamás he visto. Nos doy la vuelta, colocándola encima de mí, su cabello cayendo a nuestro alrededor como una cortina oscura. Me mira con ojos entrecerrados.

—Cabálgame, Addy.

Sus caderas suben y bajan en un movimiento rítmico que me vuelve loco. Puedo sentir sus garras rozando mi pecho mientras me provoca.

Agarro sus caderas, guiando sus movimientos mientras se frota contra mí. Puedo sentir su clímax construyéndose, su cuerpo tensándose a mi alrededor mientras se acerca al borde. Empujo más profundo en ella, mi tercer orgasmo a punto de estallar.

—Corvus —gime, mi nombre una súplica en sus labios. Con un empuje final, ambos caemos al vacío, nuestros cuerpos convulsionando juntos mientras nuestras almas se funden en una.

—Eternamente mía —murmuro, mi mano aferrándose firmemente a la parte posterior de su cuello.

—Eternamente tuya —responde con una lenta sonrisa mientras sus ojos destellan en rojo y la sangre brota de las cuencas, dejándome paralizado.

ADELAIDE

TAN PRONTO COMO las palabras salen de mis labios, siento un dolor repentino y ardiente detrás de mis ojos. El mundo a mi alrededor se vuelve borroso y me invade una abrumadora sensación de terror. Algo anda mal. Es como si una presa se hubiera roto dentro de mi mente, liberando una inundación de sensaciones y emociones que nunca antes había experimentado porque no son mías.

—¿Adelaide? —la voz de Corvus suena distante, amortiguada, como si estuviera bajo el agua. Intento enfocarme en su rostro, pero mi visión está nublada por una neblina roja. Sus facciones, normalmente tan nítidas y claras para mis sentidos vampíricos, ahora están distorsionadas, ondulantes como un espejismo en el desierto.

Parpadeo rápidamente, tratando de aclarar mi vista, pero el rojo no desaparece. Si acaso, se intensifica, profundizándose hasta un carmesí tan oscuro que es casi negro. Un líquido cálido y espeso gotea por mis mejillas. Con mano temblorosa, toco mi rostro y al retirarla, encuentro mis dedos cubiertos de sangre. La visión me llena de pavor.

—Oh, Dios —susurro, con el pánico subiendo por mi garganta como bilis—. ¡Corvus!

Esto no es una fuerza externa atacándome. Viene de lo profundo de mi alma. Soy yo, y sin embargo... no soy yo. Una puerta se ha abierto en mi mente, revelando una habitación que nunca supe que existía, llena de sombras y susurros y un poder que me aterra.

Un recuerdo atraviesa mi mente, vívido y aterrador: el espejo del baño de antes con el reflejo que no era mío. La mujer, la vampira, con ojos rojos como la sangre y una sonrisa cruel. *Carmesí. Carmesí Sha-*. Resuena en mi mente, haciéndose más fuerte con cada repetición hasta ahogar todo lo demás.

Puedo sentirlo ahora, empujando los límites de mi conciencia, tratando de tomar el control. Es como si hubiera otra persona dentro de mi cabeza, abriéndose paso a zarpazos. Su presencia es a la vez familiar y ajena, como un sueño a medias recordado que de repente cobra vida.

—¡No! —grito, agarrándome la cabeza. El dolor se intensifica, como si mi cráneo fuera a partirse en cualquier momento—. No, no, no. Esto no está pasando. Esto no puede estar pasando.

Corvus está diciendo algo, sus manos en mis hombros, sacudiéndome suavemente. Pero apenas puedo oírlo por encima del rugido en mis oídos. La habitación da vueltas, la realidad parece distorsionarse a mi alrededor. Las paredes de mi dormitorio se estiran y se retuercen, las sombras bailan en los rincones de mi visión.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de bloquear el mundo, de concentrarme en rechazar a este otro yo. Pero cuando los abro de nuevo, es como si estuviera viendo a través de un filtro rojo. Todo está bañado en un resplandor carmesí, pulsando al ritmo de mi acelerado corazón.

—Adelaide, mírame —la voz de Corvus finalmente rompe el caos en mi mente. Su rostro

entra en foco, su expresión muestra su preocupación y miedo. Nunca lo había visto asustado antes, y eso solo aumenta mi terror—. ¿Qué está pasando? Háblame.

Abro la boca para responder, para suplicar ayuda, pero no sale nada.

El horror me invade cuando me doy cuenta de lo que está sucediendo. Estoy perdiendo el control, perdiéndome a mí misma ante esta otra entidad. Esta vampira en el espejo. Es como verme desde fuera de mi cuerpo, impotente para detener lo que está ocurriendo.

—No —susurro, luchando por recuperar el control de mi voz. Cada palabra es una lucha, como nadar contra una corriente poderosa—. Corvus, ayúdame. No puedo... no puedo detenerlo.

Me siento como si me estuvieran partiendo en dos, mi mente es un campo de batalla entre las dos partes de mí. Una parte de mí quiere ceder, dejar que esta otra versión más fuerte de mí tome el control. El poder que ofrece es seductor, prometiendo una fuerza más allá de todo lo que he conocido. Pero otra parte, la parte que sigue siendo yo, lucha desesperadamente por mantenerse. No puedo perderme a mí misma. No lo haré.

—¿Detener qué? —pregunta Corvus, con la voz tensa por la tensión. Sus manos están en mi rostro, sus pulgares limpiando la sangre.

—No lo sé —logro decir con dificultad. Cada palabra se siente como vidrio en mi garganta—. Es...

Mis palabras se cortan cuando otra ola de dolor me invade. El flujo de sangre de mis ojos se intensifica, y puedo saborearlo en mis labios, metálico y cálido. Debería disgustarme, pero una parte de mí se deleita con ello.

El alma parece contener la respiración, tambaleándose al borde de un precipicio. Un paso, y podría caer en un abismo de poder y oscuridad.

Con un grito de desafío que parece sacudir los cimientos de la torre, empujo contra la presencia invasora en mi mente. —No —gruño—. ¡Lárgate!

La lucha es intensa. Se siente como si mi alma estuviera siendo despedazada y rearmada. Cada célula de mi cuerpo grita en protesta, atrapada en el fuego cruzado de esta guerra interna. Las imágenes que destellan en mi mente son horripilantes y perturbadoras. Batallas libradas en las sombras, poder ejercido con perfección despiadada, un legado de sangre y oscuridad.

Pero lentamente, dolorosamente, comienzo a recuperar el control. Es como escalar desde un pozo profundo y oscuro, abriéndome camino de vuelta a la superficie, un doloroso centímetro a la vez. La neblina roja empieza a retroceder, el mundo vuelve a enfocarse. El flujo de sangre de mis ojos se ralentiza, luego se detiene por completo. Me desplomo, sintiendo sus labios sobre los míos.

—¿Addy? —murmura contra mis labios, sus brazos apretándose a mi alrededor.

—Estoy bien —digo con voz ronca. El terror de lo que acaba de suceder aún está fresco, dejándome sacudida hasta la médula. Pero estoy aquí. Soy yo. Por ahora, al menos. La habitación deja de girar, las sombras retroceden a sus rincones. Pero aún puedo sentir esta presencia, acechando en los bordes de mi conciencia. Esperando.

—¿Qué pasó? —pregunta Corvus suavemente, su mano acariciando gentilmente mi cabello. La ternura en su toque contrasta con la fuerza que sé que posee, y me ayuda a volver al presente, a recordar quién soy.

—No lo sé —susurro, con la voz ronca—. Era como si hubiera alguien más dentro de mí. Otra versión de mí. Más fuerte, más oscura. —Me estremezco, recordando la intensidad de su presencia. Intento ordenar mis pensamientos, dar sentido a lo que acaba de ocurrir, cuando una repentina ráfaga de viento sacude la ventana. El cristal tiembla violentamente. Una feroz tormenta de truenos y relámpagos ha descendido repentinamente sobre MistHallow.

Pero esta no es una tormenta ordinaria.

—Zephyr —susurro, reconociendo de alguna manera la firma energética única del príncipe Fae Oscuro.

Antes de que pueda moverme, Zaiah e Ignatius salen de la dimensión de bolsillo y entran en mi habitación, donde estoy desnuda encima de Corvus y cubierta de mi propia sangre.

—Adelaide —comienza Zaiah, con sus ojos alternando entre Corvus y yo—. Sentimos algo. ¿Estás bien?

Abro la boca para responder, pero las palabras se atascan en mi garganta. ¿Cómo puedo explicar lo que ni yo misma entiendo?

La ventana se abre de golpe con un estruendo, y un torbellino de hojas y sombras entra en la habitación. Gira a nuestro alrededor, una tempestad en miniatura contenida dentro de las paredes de mi dormitorio. Tan repentinamente como empezó, el viento se calma, fusionándose en la forma de Zephyr.

Sus ojos púrpura y plateados se clavan en los míos. —¿Qué ha pasado? —exige, con una voz tan afilada como una cuchilla.

Miro a los cuatro —Corvus, Zaiah, Ignatius y Zephyr— todos reunidos aquí por mí, porque sintieron que algo iba mal. Su preocupación, su protección, es reconfortante pero abrumadora.

—Yo... —empiezo, pero las palabras no salen. ¿Cómo les cuento sobre la presencia en mi mente? ¿La sangre, las visiones, el terrorífico poder que sentí?

Corvus, percibiendo mi lucha, interviene. —Ocurrió algo extraño —explica lentamente—. Estaba sufriendo, sangrando por los ojos. Dijo que sentía como si hubiera alguien más dentro de ella, intentando tomar el control.

El ceño de Zaiah se frunce, sus antiguos ojos nublados de preocupación. —¿Otra presencia? ¿La reconociste, Adelaide?

Niego con la cabeza, todavía incapaz de encontrar mi voz. El recuerdo de ese otro yo, tan familiar y a la vez tan ajeno, me produce un escalofrío. —No, y sí. Era yo. Era otra yo.

Puedo ver su confusión, pero no tengo otra manera de explicarlo.

Zaiah da un paso adelante. —¿Me permites? —pregunta, con su mano flotando cerca de mi frente.

Asiento, y él coloca su palma contra mi piel. El calor se extiende desde su toque, calmante y reconfortante. Por un momento, siento el poder del djinn fluyendo a través de mí, buscando, sondeando.

Sus ojos se ensanchan ligeramente mientras retira su mano. —Hay algo ahí —murmura—. Un gran poder. Está dormido ahora, pero...

—¿Pero qué? —exige Zephyr, su paciencia claramente agotándose.

Zaiah sacude la cabeza. —No es una amenaza. Al menos no para Addy.

Un pesado silencio cae sobre la habitación. Puedo sentir sus ojos sobre mí, llenos de preocupación, curiosidad y algo más. Miedo, probablemente. Todo esto no es para lo que se apuntaron. Aunque tampoco es para lo que yo me apunté, así que no puedo culparlos si salen corriendo a esconderse.

Pero cuando miro a estos cuatro seres extraordinarios, cada uno poderoso a su manera, cada uno conectado conmigo de formas que apenas empiezo a entender, siento una oleada de emoción. Gratitud, miedo y algo más profundo, más complejo, porque no están huyendo. Están aquí conmigo, y no se van.

Corvus me atrae hacia sí, y siento a los demás reuniéndose a nuestro alrededor. Un círculo de protección, una barrera contra cualquier oscuridad que intente reclamarme.

Pero al cerrar los ojos, sé que esto es solo el principio. La batalla por el control apenas ha comenzado, y lo que está en juego es más importante de lo que cualquiera de nosotros podría imaginar.

En las profundidades de mi mente, en esa habitación oscura recién descubierta, algo se agita. Esperando. Observando. Y sé, con una certeza que me hieló hasta los huesos, que esto está lejos de terminar.

ADELAIDE

LOS CHICOS ME RODEAN. Su preocupación es asfixiante, aunque aprecio sus intenciones. Necesito espacio. Necesito pensar. La habitación se siente más pequeña con todos ellos aquí, su poderosa presencia llenando cada rincón. No estoy acostumbrada a esto. Estoy acostumbrada a mí misma y a lidiar con las cosas por mi cuenta.

—Necesito que todos se vayan —suelto de repente. Siento una punzada de culpa, pero sé que es necesario.

Intercambian miradas, claramente reacios. Puedo ver la preocupación grabada en sus rostros, la tensión en sus cuerpos. Quieren protegerme, pero ahora mismo, necesito protegerme a mí misma.

—Adelaide —comienza Zaiah, sus ojos blancos llenos de preocupación—. ¿Estás segura de que es prudente? Después de lo que acaba de pasar...

—Estoy segura —lo interrumpo, quizás más bruscamente de lo que pretendía—. Por favor. Necesito estar sola.

Corvus me levanta de su regazo y me cubre rápidamente con las sábanas. Se viste antes de alcanzar mi mano. Su toque, tan reconfortante antes, ahora se siente como una intrusión. —Addy, solo estamos preocupados por ti. ¿Y si vuelve a suceder?

Aparto mi mano, arrepintiéndome inmediatamente del dolor que cruza su rostro. Es como una puñalada en el estómago, pero me mantengo firme. —Entonces vuelve a suceder. Pero necesito resolver esto por mi cuenta. Al menos por ahora.

Zephyr, sorprendentemente, es el primero en asentir. —Deberíamos respetar sus deseos —dice. Hay una comprensión en su mirada que no esperaba. De todos ellos, parece entender mejor mi necesidad de soledad. Eso dice mucho de él.

Ignatius parece querer discutir, su naturaleza ardiente claramente en conflicto con la idea de dejarme sola. Pero después de un momento, suspira, rindiéndose. —Está bien. Pero promete que vendrás a nosotros si pasa algo. Cualquier cosa.

Asiento, sintiendo alivio mientras se dirigen hacia la puerta. Es como si el aire volviera a la habitación, permitiéndome respirar de nuevo.

Zaiah crea una dimensión de bolsillo para él e Ignatius, el aire ondulándose mientras la atraviesan. Zephyr se transforma en una ráfaga de viento, su presencia persistiendo por un momento antes de deslizarse por la ventana. Corvus es el último en irse, sus ojos demorándose en mí. La intensidad de su mirada hace que me duela el corazón.

—Ten cuidado —dice suavemente antes de transformarse en murciélago y seguir a Zephyr. Solo cuando me levanto para cerrar la ventana detrás de ellos, me pregunto cómo entraron sin que los invitara. ¿Han fallado las protecciones? ¿O simplemente reconocen a mis compañeros

destinados? Compañeros. ¿Es eso siquiera una cosa? Supongo que sí.

La habitación se siente más grande ahora, menos claustrofóbica, pero el silencio es casi ensordecedor. Puedo oír mi corazón, constante pero rápido, como un tambor en mis oídos.

Corro escaleras arriba hacia el baño, haciendo una mueca al ver mi reflejo en el espejo. Sangre seca cubre mis mejillas, mis ojos están rojos e hinchados. Parezco el infierno. Como si hubiera pasado por una guerra. En cierto modo, supongo que lo he hecho: una interna por mi alma.

Me sobresalto cuando mi reflejo se convierte de nuevo en esa zorra Carmesí, pero la miro fijamente, con mi cuerpo en alerta.

—Tú —sisea ella—. No durarás mucho aquí.

—Y tú —siseo de vuelta, imitando perfectamente su cadencia—. Te largarás de mi vista ahora mismo antes de que rompa este espejo con mis propias manos.

—Adelante —gruñe—. No me voy a ninguna parte.

Sin embargo, desaparece del espejo, pero puedo sentir su presencia presionando mi conciencia.

Abro el grifo y me echo agua fría en la cara, frotando para eliminar la evidencia de lo que sea que está pasando. El agua corre rosada por un momento antes de aclararse. Mientras me seco la cara, miro fijamente mi reflejo, esperando a medias ver ese otro rostro de nuevo. Pero solo soy yo, solo Adelaide.

¿O no lo soy?

¿Sigo siendo yo misma?

Me acerco más al espejo, estudiando mis ojos. ¿Están un tono más oscuros que antes? ¿Hay un toque de rojo en sus profundidades? ¿O solo estoy siendo paranoica?

Sacudiéndome ese pensamiento, vuelvo a mi habitación y me visto. Los mismos viejos vaqueros y camiseta negra que he estado usando toda la noche y mis botas de combate. Sin ropa interior. Pero es práctico. Estoy lista para cualquier cosa. Porque, a estas alturas, cualquier cosa podría pasar.

Necesito respuestas, y sé exactamente dónde empezar a buscar.

Levanto mi mochila y doy un salto cuando Orby sale disparado de ella. Había olvidado que se metió allí durante las clases y parece haber estado dormido todo este tiempo. Al menos, espero que lo estuviera y no fuera un voyeur semi-consciente de Corvus y yo. —Orby —murmuro.

Rebota como de costumbre, así que no creo que haya visto nada que no debiera. Tendré que recordar eso para el futuro.

Bajo las escaleras, cruzo el patio y me dirijo a la biblioteca. Está tranquila a esta hora, cerca del amanecer. Perfecto. No necesito público para esto. El olor a libros viejos y polvo llena mis fosas nasales al entrar, un aroma reconfortante que me sitúa firmemente en la realidad.

Empiezo en la sección de vampiros, sacando todos los libros que puedo encontrar sobre el folclore y la historia de los vampiros. El peso de los libros viejos es reconfortante en mis manos. Seguramente, entre todo este conocimiento, encontraré algo sobre lo que me está pasando.

Pero pasan las horas mientras examino tomos polvorientos y pergaminos antiguos, y no encuentro nada sobre ningún Carmesí. Mis ojos arden por el esfuerzo, pero sigo adelante. No puedo parar. No ahora. No cuando las respuestas podrían estar a solo una página de distancia.

Carmesí. Busco cualquier mención del nombre, cualquier referencia a vampiros con ojos rojos o lágrimas de sangre. Pero no encuentro nada. Hay mucho sobre vampiros, sus poderes, sus debilidades. Historias de linajes antiguos y vampiros legendarios. Pero nada sobre lo que sea que me está pasando.

—¡Mierda! —exclamo, atrayendo la atención de un vampiro que estudia en una mesa cercana. Me mira con el ceño fruncido, pero luego vuelve a su trabajo.

Leo sobre vampiros que pueden controlar mentes, vampiros que pueden convertirse en niebla o animales. Aprendo sobre la política de la sociedad vampírica, las complejas jerarquías y alianzas. Pero en ninguna parte encuentro nada sobre un vampiro con otra presencia dentro de ellos. Un yo más oscuro y poderoso.

Mi frustración me desgarr por dentro mientras devuelvo el último libro a su estante. He estado en esto demasiado tiempo y no estoy ni un paso más cerca de entender lo que está pasando. El sol está alto afuera y me estoy cansando.

Suspirando, recojo mis cosas y me dirijo a la salida. Necesito aire. Necesito pensar. Luego necesito dormir y empezar todo de nuevo después de las clases de esta noche. De repente, la atmósfera sofocante de la biblioteca se siente opresiva, el peso de todo ese conocimiento inútil me aplasta.

Dejándolo atrás, me dirijo hacia el bosque en el borde de los terrenos de MistHallow. La niebla matutina se aferra al suelo, arremolinándose alrededor de mis tobillos mientras camino. Es tranquilo, los sonidos del bosque son un cambio bienvenido del silencio sofocante de la biblioteca.

Mientras camino, mi mente corre. ¿Qué coño me está pasando? ¿Me estoy volviendo loca? ¿Es esto alguna mierda rara de pubertad vampírica que nadie pensó en advertirme? ¿O es algo completamente diferente? ¿Algo más viejo, más poderoso, más peligroso?

Pienso en el espejo del baño, en la cara que vi. Era yo, pero no yo. Tal vez mayor. Más dura. Y esos ojos... rojos como la sangre y llenos de poder. Era como mirar una versión de mí misma de un futuro oscuro, un camino que no estoy segura de querer recorrer.

¿O sí?

No puedo negar que el puro poder que emana de ella es seductor, tentador. Me está llamando, y quiero ceder. Sería más fácil que luchar contra ella.

Carmesí. El nombre resuena en mi cabeza, pero no tiene sentido.

Una rama se rompe bajo mi pie, sacándome de mis pensamientos. He vagado más profundo en el bosque de lo que pretendía. Los árboles son más densos, la niebla más espesa, el frío helado. Por un momento, considero dar la vuelta. Tan lejos de la academia, ¿quién sabe qué tipo de criaturas podrían estar al acecho?

Pero algo me empuja hacia adelante. Una sensación, un instinto que no puedo explicar. Es como si hubiera un hilo conectado a mi núcleo mismo, tirando de mí más profundo en el bosque.

Sigo adelante, el bosque se vuelve más denso a mi alrededor. La niebla se espesa, oscureciendo mi visión. Es como caminar a través de un sueño. Formas surgen de la niebla, convirtiéndose en árboles o rocas antes de desvanecerse de nuevo.

De repente, los árboles se abren, revelando un pequeño claro. En el centro se alza un monolito de piedra, antiguo y desgastado. Es diferente al que estuve con Zephyr la otra noche. Símbolos que no reconozco están tallados en su superficie, apenas visibles bajo años de musgo y líquenes. Se siente viejo. Más viejo que MistHallow, lo cual ya es decir algo.

Mientras me acerco, siento una extraña energía emanando de la piedra. Es familiar de alguna manera, como un sueño medio recordado. Como la presencia que sentí antes, pero diferente. Más vieja. Más primordial.

Sin pensarlo, extiendo la mano y toco el monolito. En el momento en que mis dedos hacen contacto, una descarga de energía me recorre. Imágenes destellan ante mis ojos, demasiado rápido para entenderlas. Sangre. Fuego. Sombras que se mueven con vida propia. Batallas

libradas en la oscuridad, poder más allá de la imaginación esgrimido por figuras envueltas en misterio.

Intento apartar la mano, pero no puedo moverme. La energía se acumula, haciéndose más fuerte, más intensa. Todo mi cuerpo se siente como si estuviera en llamas, cada terminación nerviosa gritando en protesta.

El dolor explota detrás de mis ojos, y me oigo gritar. El sonido resuena por el claro, haciendo que los pájaros se dispersen de los árboles.

—¿Quién eres? —grito, mi voz haciendo eco en el claro—. ¿Qué quieres?

Por un momento, no hay nada más que silencio. El bosque parece contener la respiración, esperando. Luego, una voz. Su voz. Mi voz.

—Soy tú —dice—. Y tú eres yo. Somos una, pequeña zorra. Acéptalo.

Las palabras resuenan a través de mí, sacudiéndome hasta la médula.

—No —gruño, luchando contra el dolor, la intrusión—. Soy Adelaide Légère. Adelaide Black.

La risa resuena en mi mente, fría y cruel. —Oh, pequeña zorra. No tienes idea de lo que eres.

La energía surge de nuevo, y caigo de rodillas, mi mano aún presionada contra la piedra. Puedo sentirla tratando de tomar el control. Es como ser desgarrada en dos, mi alma partiéndose.

—Para —jadeo—. Por favor.

—No puedo parar —dice la voz—. Soy tú. Tu poder. Tu potencial. Tu destino.

—No lo quiero —grito—. Solo quiero ser yo.

La risa vuelve, más suave esta vez. Casi triste. —Oh, Adelaide. No puedes luchar contra lo que eres. Somos la sombra que camina a la luz del día, el poder que fluye por tus venas. Somos Sombra Carmesí.

Con un último estallido de energía, la conexión se rompe. Caigo hacia atrás, mi mano finalmente libre de la piedra. El claro gira a mi alrededor mientras lucho por recuperar el aliento. Todo mi cuerpo duele, cada músculo gritando en protesta.

Mientras mi visión se aclara, veo que los símbolos en el monolito brillan tenuemente. Rojos, como sangre. Como sus ojos. Como mis ojos.

Me pongo de pie tambaleándome, alejándome de la piedra. Mi cabeza está palpitando, todo mi cuerpo doliendo. Pero soy yo. Solo yo.

Por ahora.

¿Qué coño fue eso? ¿Quién es ella? ¿Qué soy yo? Las preguntas giran en mi cabeza, sin respuesta y aterradoras. Pero una cosa está clara: ya no puedo guardarme esto para mí. Necesito ayuda. Necesito hablar con Blackthorn, o tal vez incluso con Randall.

El bosque parece diferente mientras vuelvo sobre mis pasos. Más oscuro, más vivo. Puedo sentir ojos sobre mí, observando desde las sombras. Pero nada ataca. Nada se acerca. Es como si el bosque reconociera algo en mí, algo peligroso.

Tropiezo con una masa enredada de raíces y caigo al suelo, mi tobillo punzando de dolor. —Mierda —gruño mientras me siento y me limpio las manos en los vaqueros—. Que os jodan, raíces. Que te jodan, bosque. Que te jodas, Carmesí. Que se joda todo.

Las lágrimas brotan de mis ojos, y me arrastro hasta un tronco caído, dejando caer la cabeza entre mis manos mientras lloro por todo lo que perdí, todo lo que pensé que no quería, pero que ahora echo de menos como una loca.

ZEPHYR

EL AROMA A TIERRA húmeda y hojas en descomposición llena mis fosas nasales mientras me deslizo por el bosque, con mis pasos amortiguados por la espesa y oscura niebla que se arrastra por el suelo. Esto es inusual. Es como vadear bajo el agua, incapaz de ver tu mano frente a tu cara.

Al doblar una curva en el sendero, la niebla se despeja y diviso a Adelaide. Está sentada en un tronco caído, con los hombros caídos y la cabeza agachada. Incluso desde la distancia, puedo ver la tensión en su cuerpo, la forma en que sus manos están apretadas en su regazo. Se ve tan pequeña y vulnerable que me cuesta todo mi autocontrol no correr hacia ella y envolverla en mis brazos.

En su lugar, aminoro el paso, acercándome con cautela. No quiero sobresaltarla ni hacerla sentir que estoy invadiendo su espacio. A medida que me acerco, veo los tenues rastros de lágrimas de sangre en sus mejillas, y eso congela mi sangre ya helada.

—Princesa —digo suavemente, tratando de mantener mi voz firme—. No deberías estar aquí sola.

Ella levanta la mirada hacia mí, sus ojos enrojecidos y atormentados. —Estoy bien —dice, pero su voz es débil y temblorosa.

—No te creo ni por un segundo. —Me siento a su lado en el tronco, lo suficientemente cerca como para que nuestros hombros se toquen.

—No me importa —murmura.

—Ay. Y yo que pensaba que estábamos llegando a un entendimiento.

—¿De qué, exactamente?

—De quién eres para mí.

Por un momento, nos sentamos en silencio, escuchando los sonidos distantes del bosque. Puedo oír el suave susurro de las hojas, el chapoteo del agua del lago no muy lejos de aquí. Es pacífico, lo cual está tan en desacuerdo con la ansiedad de Adelaide, que me está arañando por dentro, haciéndome retorcerme ligeramente. Estoy conectado a ella a un nivel tan básico que, si me detengo a pensarlo demasiado, me asusta.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera? —pregunto finalmente, rompiendo el silencio.

—Necesitaba algo de aire fresco —dice.

—Es peligroso.

—¿Cómo es más peligroso que estar en mi habitación y ser atacada por mujeres vampiro locas y antiguas?

—Bueno, pero aquí fuera, más que mujeres vampiro locas pueden alcanzarte.

—Te olvidaste de antiguas.

—¿Hmm?

—Mujeres vampiro locas y *antiguas*. Y ni siquiera es así. Es una. Una vampira.

Al escuchar el crujido de una rama, levanto la mirada para ver a Christos acercándose. Le frunzo el ceño. Es mi primo y mi némesis, si queremos ponernos en plan supervillano. No puedo soportar al lameculos, y sé que él me odia tanto como yo a él.

—¿Qué quieres? —le espeto, haciendo que Adelaide levante la mirada.

—Ah, primo —se burla Christos, sus ojos brillando con malicia—. Qué casualidad verte por aquí.

—¿Qué quieres, Christos? —repito, con voz baja y peligrosa.

Sonríe con suficiencia, pasándose una mano por su cabello negro azabache. —Vi a nuestra chica nueva sentada aquí sola y pensé en ver si todo estaba bien, tal vez ofrecerle algo de consuelo.

—No está sola.

—No, ya no —dice arrastrando las palabras—. Qué lástima.

—Lárgate de aquí, Chris. Has elegido seriamente el día equivocado para provocarme.

Christos me mira con furia, su magia chispeando a su alrededor. Está buscando pelea, y estoy completamente preparado para dársela. Me levanto en un movimiento fluido y agarro su camisa.

—Retrocede —gruño. Puedo sentir mi magia arremolinándose a mi alrededor, una nube oscura de poder y autoridad.

Christos intenta librarse de mi agarre, pero lo aprieto más. Puedo sentir su magia vibrando bajo su piel, pero no es rival para la mía. Soy el heredero al trono de los Fae Oscuros, y parece que lo olvida.

—No me das miedo —se burla Chris.

—Deberías tenerlo —digo, con voz fría y dura—. Porque si tan solo la miras de manera equivocada, me aseguraré de que te arrepientas.

—¿Crees que puedes protegerla de mí? Sé lo que es, y está a punto de aprender que no tiene una puta opción cuando se trata de mí y el poder que quiero.

El áspero jadeo de Adelaide al asimilar esa amenaza es algo hermoso. Puedo sentir el poder en mí elevarse exponencialmente. Ni siquiera me está tocando, y aun así está potenciando mi poder.

De repente, Chris se abalanza sobre mí, sus puños volando en un movimiento que no esperaba. Los golpes físicos suelen estar por debajo de nosotros. Pero si quiere ver que mi padre me ha entrenado en *todas* las formas de combate, que así sea.

Esquivo y me muevo, mis movimientos fluidos y precisos. Puedo sentir el poder de mi magia corriendo por mí, impulsado aún más por el poder de Adelaide. Lanzo un puñetazo, y Chris retrocede tambaleándose, su rostro contorsionado de dolor.

Invoca una ráfaga de energía pura que me lanza hacia atrás. Golpeo el suelo con fuerza, pero me pongo de pie en un instante. Puedo ver la sangre goteando por mi cara, pero no me importa. —Oh, ese fue un mal movimiento, primo —gruño, ahora más cabreado que nada.

Carga contra mí de nuevo, pero agarro su brazo, retorciéndolo detrás de su espalda. Deja escapar un grito de dolor, pero no lo suelto. Levanto mi mano y lo golpeo contra el suelo con mi magia, aplastando su pecho con el peso del poder detrás de mí mientras me agacho a su lado.

—Si te acercas a menos de quinientos metros de ella otra vez, te fulminaré donde estés. La única razón por la que te dejo pasar hoy, y me refiero a la *única* puta razón por la que no te estoy cortando en pedacitos para hacer una barbacoa y dársela de comer a los lobos, es porque realmente no puedo molestarme en lidiar con la charla de mi padre sobre la familia. Hoy. Pero no

cometas el error de pensar lo mismo mañana, cabrón. ¿Entendido?

Me mira con furia, sus ojos ardiendo de odio. Pero no tiene a dónde ir. No se lo esperaba. No estamos igualados ni en el mejor de los casos, pero me da un buen entrenamiento. No es ningún incompetente siendo quien es.

—Eres un maldito imbécil —sisea—. Tu padre se enterará de esto.

—Oh, por favor. Te suplico que le informes que estabas a punto de atacar y violar a mi futura esposa. Te reto a que lo hagas.

Su rostro palidece mientras mira a Adelaide, y aprieta la mandíbula.

—Esto no ha terminado. La Vesper está disponible. Puede que creas que es tuya, pero de ninguna manera la conseguirás.

—¡Perdona, qué cojones! —exclama Adelaide de repente, poniéndose de pie y pateando a Christos en los huevos con tanta fuerza que estallo en carcajadas—. Preferiría sacarme los ojos con una cuchara roma antes que estar *jamás* contigo. Lárgate. Y si te acercas a mí de nuevo, Zephyr será el menor de tus problemas, ¿queda claro?

Christos gruñe, y lo dejo levantarse a regañadientes. La bestia dentro de mí me grita que acabe con él, que le arranque las extremidades y me las coma, pero ya se ha ido.

Sonrío mientras miro a Adelaide, mi sonrisa lenta y depredadora. Su ira satisface algo primario en mi alma negra. —Eres mía, Adelaide —murmuro mientras me levanto y voy hacia ella. Agarro su barbilla, justo al borde de la brusquedad—. ¿Lo entiendes?

Espero que se enoje, que se resista contra mi posesividad. Pero en su lugar, veo una emoción oscura en sus ojos, una respuesta instintiva a mis palabras. Ella también lo siente, esta conexión entre nosotros. Es mía, y yo soy suyo.

—¿Qué quieres, Zephyr? —pregunta—. ¿Qué quieres de mí?

—A ti. Te quiero a ti, Adelaide. Toda tú.

—Zephyr —susurra, su voz una súplica, una rendición.

Me inclino, mis labios aplastando los suyos. Esta vez, el beso no es suave, no es fugaz. Es hambriento, exigente, consumidor. Ella se derrite en mí, su cuerpo presionándose contra el mío, sus manos enredándose en mi cabello. Gruño bajo en mi garganta, mis brazos envolviéndola, atrayéndola más cerca. Puedo sentir su deseo, su pasión, su necesidad de mí. Es cruda, primitiva, todo consumidora.

Mi toque es rudo, exigente, dejando marcas en su piel mientras la desnudo usando magia para las partes más complicadas.

—Joder, Adelaide —gimo, mi voz ronca—. Te necesito.

Ella gime en respuesta, su cuerpo arqueándose contra el mío. Puedo sentir la oscuridad en ella, el salvajismo, y llama a la oscuridad en mí. Quiero más. Lo quiero todo.

—Zephyr —jadea, su voz una súplica—. Más. Necesito más.

Gruño de nuevo y la empujo para que se ponga a cuatro patas en medio del bosque donde cualquiera podría acercarse y vernos. Mis manos agarran sus caderas, mis dedos clavándose en su carne. Desabrocho mis pantalones y agarro mi polla dura como una roca.

—¿Es esto lo que quieres, Adelaide? —murmuro—. ¿Quieres que te folle como un animal?

—Sí —gime, empujando hacia atrás contra mí—. Sí, por favor.

Me río, un sonido oscuro y peligroso. —Qué mala eres, pequeña muñeca. —Le doy una palmada en el culo y me hundo en ella, empujando profundamente con un gemido bajo.

Ella grita. Está apretada, pero me toma por completo, su cuerpo estirándose para acomodar mi polla palpitante. Se siente tan bien, tan correcto. Esto es lo que he estado anhelando, lo que he estado necesitando.

Mis caderas se mueven con un ritmo brutal, mi polla golpeando dentro de ella con una fuerza que la deja sin aliento. Mis dedos se clavan en su carne, manteniéndola en su lugar, controlándola completamente.

—Más fuerte —jadea, su voz entrecortada—. Fóllame más fuerte, Zephyr.

Gruño, mi ritmo aumentando, mis embestidas volviéndose más fuertes. Puedo sentir la oscuridad en mí, el salvajismo, la brutalidad subiendo a la superficie y queriendo mostrarle mi verdadero yo. Pero ella no está lista para eso. Aún no.

El placer se acumula, intenso y abrumador. Puedo sentir su orgasmo acercándose, como una tormenta en el horizonte, y cuando llega, es todo consumidor, una ola de placer que se estrella sobre ella, dejándola temblando y sin aliento mientras su coño agarra mi polla posesivamente, haciéndome saber que es mía.

Mi polla pulsa dentro de ella, mi cuerpo estremeciéndose contra el suyo mientras me descargo en ella con un gruñido de pura satisfacción. Nunca me he sentido así por nadie antes, nunca he deseado a alguien tan completamente, tan intensamente. Pero Adelaide es diferente. Es mía y ella lo sabe. Haré lo que sea necesario para protegerla, para mantenerla a mi lado porque sé que mi vida ha cambiado irrevocablemente. He encontrado mi destino, mi igual, mi compañera en la oscuridad, y haré lo que sea necesario para mantenerla a salvo, para hacerla feliz, para darle el mundo que se merece.

Porque esto es quien soy. Esta es mi verdad, mi poder, mi destino. Conquistaremos la oscuridad, abrazaremos el salvajismo y reinaremos supremos en este nuevo mundo de sombras y deseos.

—Joder, Zephyr —jadea Adelaide, aún temblando por su orgasmo. Sonrío ante la visión de ella, desparramada en la naturaleza, con mi polla aún dentro de ella. Es una jodida diosa, mi reina oscura.

Salgo de ella, mi polla aún palpitando por la intensidad de nuestro polvo. Me subo la cremallera de los pantalones y la ayudo a ponerse de pie, mis manos gentiles mientras le quito la tierra de la piel. Ella me mira con una pequeña sonrisa tímida, sus ojos aún llenos de deseo.

—Esto es solo el comienzo, princesa —murmuro.

Ella se estremece al sonido de mi voz, su cuerpo respondiendo instintivamente a la promesa de más.

Me inclino para susurrar en su oído. —Voy a reclamarte, Adelaide. Cada centímetro de ti. Eres mía, y pronto no podrás vivir sin mí. Me necesitarás, me desearás, morirás sin mí.

Ella jadea ante mis palabras, sus ojos abriéndose de sorpresa y lujuria. —Sí —respira—. Quiero eso, Zephyr. Quiero todo eso.

Acaricio su cabello suavemente. —Bien, pequeña muñeca. Te romperé y te volveré a armar para que nadie más pueda tenerte excepto nosotros.

Ella asiente y se apoya en mí con los ojos cerrados, y la sostengo, sabiendo que ahora que su secreto ha salido a la luz, está en más peligro del que se da cuenta. Pero cualquiera que quiera llegar a ella tendrá que pasar por mí primero, y compadezco al imbécil que intente interponerse entre yo y la única criatura que me ha hecho desearla de esta manera.

ADELAIDE

MI PIEL aún hormiguea por nuestro encuentro mientras salgo del bosque con Zephyr. La conexión entre nosotros se siente más sólida, más intensa que nunca. Sus palabras posesivas son salvajes y emocionantes a la vez. *Mi futura esposa*. ¿Es así realmente como me ve? ¿Y qué hay de mi opinión en esto?

Lo miro de reojo mientras caminamos, recordando cómo se sentían sus manos sobre mi piel, el calor de su aliento en mi cuello. El bosque a nuestro alrededor parece diferente ahora, cargado de una energía que no puedo explicar del todo. Se inclina hacia nosotros, siguiendo nuestro camino de una manera protectora y aprobatoria. Es extraño, pero eso es precisamente lo que es. Puedo sentirlo a mi alrededor.

Pero a medida que nos acercamos al campus, un escalofrío recorre mi sangre que no tiene nada que ver con el deseo y todo que ver con la pelea con Christos. Esas palabras resuenan en mi mente ahora, cortando todo lo demás con una calidad láser.

Vesper.

Me llamó Vesper.

El secreto que he estado tratando de guardar con tanto esfuerzo ha salido a la luz. ¿Qué significa esto para mí? ¿Para mi futuro en MistHallow?

Abro la boca para preguntarle a Zephyr al respecto, para buscar algún tipo de consuelo o explicación, pero antes de que pueda formar las palabras, el caos estalla a nuestro alrededor. Los estudiantes corren hacia nosotros, gritando, con sus rostros contorsionados por el miedo y la urgencia. Al principio, pienso que es algún tipo de clase práctica, pero luego veo las expresiones en sus caras, el pánico crudo en sus ojos. Esto es real. Aterradoramente real.

—Zephyr —murmuro, con la voz temblando ligeramente, pero él ya se está moviendo, empujándome detrás de él de manera protectora. Su cuerpo se tensa, listo para la pelea, y puedo sentir su poder acumulándose, listo para ser desatado.

Los rostros de los estudiantes están retorcidos con una agresión que nunca antes había visto. Es como si se hubieran transformado en algo completamente diferente.

—¿Qué está pasando? —grito por encima del creciente caos. Los sonidos de gritos y pies corriendo llenan el aire, creando un caos de alaridos y pánico.

Zephyr no responde. Su cuerpo está tenso como un resorte, una pantera lista para atacar. —Mantente cerca de mí —dice, con voz baja y urgente. Hay una ferocidad en sus ojos que me tranquiliza pero me asusta. Este es un lado de él que apenas he vislumbrado, pero ahora estoy a punto de ver mucho más.

Pero antes de que podamos movernos, antes de que podamos siquiera pensar en encontrar seguridad, el cielo se oscurece. Al principio, creo que es una tormenta que se acerca; el clima en

MistHallow puede ser impredecible en el mejor de los casos. Entonces los veo, y mi sangre se congela.

Strix.

Docenas de ellos, tal vez más. Sus enormes alas bloquean la luz del día mientras descienden sobre nosotros, convirtiendo el día en un inquietante crepúsculo. Sus garras brillan maliciosamente, sus ojos fijos en mí con una intensidad agresiva que me pone la piel de gallina. Nunca he visto nada igual antes, y espero no volver a verlo jamás.

Mi respiración se entrecorta, el miedo apretando mi pecho como una mano helada. Los asesinos sobrenaturales, mortales e implacables, vienen por mí de nuevo, y sé que esta vez me alcanzarán. Son aterradores de una manera que va más allá del simple miedo. Es primario, instintivo.

Zephyr entra en acción, sus movimientos son un borrón de velocidad, gracia y poder. Su rostro está fijado en una máscara de pura ferocidad mientras se enfrenta a la primera ola de atacantes. Su poder es impresionante, inspirador incluso ahora, cuando debería estar corriendo, en cambio, estoy parada en el lugar como una idiota.

Las sombras se doblan a la voluntad de Zephyr, azotando a los Strix como armas sólidas. Es como ver a la bestia de la naturaleza desatada y en un frenesí. Por cada Strix que derriba, dos más parecen tomar su lugar. El aire está lleno del sonido de alas batiendo y chillidos inhumanos, un ruido que me pone los pelos de punta y me eriza la piel.

Quiero ayudar, hacer algo, lo que sea. Pero ¿qué puedo hacer? No tengo poderes, ni forma de defenderme o asistir a Zephyr. Me siento inútil, impotente, una carga en esta pelea que es toda sobre mí.

El primer Strix se lanza en picada, sus alas cortando el aire como una cuchilla. Me agacho instintivamente, sintiendo la ráfaga de aire cuando pasa sobre mí, tan cerca que puedo sentir el viento de sus alas. Por un momento, creo que estoy acabada. Pero entonces Zephyr está ahí en un instante, un borrón oscuro en movimiento.

Sus manos, terminadas en garras negras, se lanzan, atrapando al Strix en pleno vuelo, suspendido con magia. Con un giro brutal de sus manos, desgarran a la criatura en dos, su chillido de dolor se corta cuando su cuerpo golpea el suelo con un golpe húmedo.

Pero no hay tiempo para asimilar el horror de la espantosa visión. Más Strix se acercan, siempre más. Nos rodean como una plaga, sus gritos llenando el aire como un coro de condenados.

Zephyr se mueve como un bailarín, su cuerpo un arma letal. Despedaza a los Strix, tratando de llegar a mí con una salvajada que es hermosa y horripilante. La sangre llueve, pintando el suelo con patrones oscuros y brillantes. Plumas y carne vuelan en todas direcciones, el aire espeso con el olor cobrizo de la sangre y el sabor acre del miedo.

Entonces, un destello de fuego.

Ignatius se ha unido a la pelea.

—¡Llévala adentro!

El grito de Zephyr cae en oídos sordos. Hay demasiada acción, violencia y chillidos para que alguien lo escuche.

Entra.

La voz resuena en mi mente.

Muévete, princesa, antes de que no quede nada de ti para que yo reclame.

—¿Zephyr?

Distraída, un dolor agudo atraviesa mi hombro cuando un Strix hunde sus garras en mi carne.

Grito, tropezando hacia atrás, mi visión nadando con el dolor. El Strix aprovecha su ventaja, su pico chasqueando a meros centímetros de mi cara. Puedo ver el hambre en sus ojos, la promesa de muerte.

Zephyr se lanza en mi dirección, su rugido de furia sacudiendo el suelo bajo nosotros. Sus ojos ahora están completamente plateados, con venas negras corriendo bajo su pálida piel. Arranca al Strix de mí, sus garras hundiéndose profundamente en su carne. Con un brutal tirón, despedaza a la criatura con magia, dejando su cuerpo como un montón sangriento cuando termina. En estado de shock, coloco mi mano en mi hombro, pero la herida ya se ha curado.

Se vuelve hacia la horda que se aproxima. Es una fuerza de la naturaleza, un dios de la guerra. Desgarra a los Strix como un torbellino, su magia desgarrando carne y hueso con facilidad. La sangre salpica en todas direcciones, el suelo está empapado.

—¡Corre! —me grita Zephyr—. ¡Métete dentro, por el amor de Dios!

Dudo por una fracción de segundo, sin querer dejarlo. La idea de abandonarlo para enfrentar solo a esta horda me desgarra. Pero sé que solo soy una distracción, una responsabilidad en esta pelea. Por mucho que lo odie, lo mejor que puedo hacer por todos ahora es quitarme del medio.

Me doy la vuelta y corro, mis pies golpeando contra el suelo. El campus se ha convertido en un campo de batalla. Estudiantes y personal huyen en todas direcciones, algunos luchando contra los Strix con las armas o poderes que tienen a mano.

Pero es caos, puro y simple.

No llego lejos. Una sombra pasa sobre mí, más grande y oscura que las otras. Antes de que pueda reaccionar, antes de que pueda siquiera pensar en esquivar, me levantan del suelo. Unas garras se clavan en mis brazos, lo suficiente para romper mi piel, haciéndome sangrar. El dolor es agudo, inmediato, y grito.

Chillo, pataleando y retorciéndome con todas mis fuerzas, pero es inútil. El Strix es demasiado fuerte, su agarre inquebrantable. Me está llevando lejos, cada vez más alto, hacia el cielo. El suelo se aleja debajo de mí a una velocidad aterradora.

Estiro el cuello, tratando desesperadamente de ver a Zephyr e Ignatius. Todavía están luchando con Zaiyah y otras criaturas que no conozco. Se están haciendo más pequeños, más distantes con cada aleteo del Strix. La distancia entre nosotros crece con cada segundo, y con ella, mi esperanza de rescate.

—¡Zephyr! —grito su nombre, vertiendo todo mi miedo y desesperación en esa única palabra. Pero mi voz se pierde en el viento, tragada por la vasta extensión de cielo a mi alrededor.

El suelo debajo se convierte en un mosaico de verde y gris mientras sobrevolamos el bosque. Mi estómago da un vuelco por la altura, un vértigo mareante que me hace cerrar los ojos con fuerza. Nunca antes había tenido miedo a las alturas, pero esto es algo completamente diferente.

Esto no puede estar pasando. Se siente como una pesadilla, pero el dolor en mis brazos, el viento azotando mi cabello, todo es demasiado real. ¿Qué quieren de mí? ¿A dónde me llevan? Las preguntas giran en mi mente, cada una más aterradora que la anterior.

Intento pensar, idear algún plan de escape. Pero ¿qué puedo hacer? Estoy indefensa, suspendida a cientos de metros en el aire, sin otra forma de bajar que una caída fatal. Soy una Vesper, esta supuesta maravilla del mundo sobrenatural, pero no tengo nada defensivo en mi arsenal. Todo lo que tengo es pasivo.

Que tú sepas.

—No ayudas —digo entre dientes en voz alta, tratando de encontrar valor en lugar de miedo. Pero no es fácil.

El viento azota mi cabello, la niebla creciente golpea mi rostro, helándome hasta los huesos. Tiemblo, de frío y miedo. El agarre del Strix en mis brazos es implacable. Se han entumecido por las garras que se clavan en mi carne lo suficientemente profundo como para llegar al hueso.

La realidad de mi situación me golpea como un puñetazo en el estómago. Estoy sola. Verdaderamente sola. Como siempre.

Sin Zephyr, sin Corvus, sin Ignatius o Zaiah. Nadie que venga a salvarme en el último momento como en las historias. Esto es la vida real, y en la vida real, a veces no hay héroes que vengan al rescate.

Eres todo lo que tienes.

Nunca me he sentido tan vulnerable, tan completamente indefensa, pero siento que surge una ira inútil. Sea lo que sea que esté pasando, sea lo que sea que estos Strix quieran de mí, o mejor dicho, su amo, no tengo forma de luchar. No tengo poderes a los que recurrir, ni trucos bajo la manga. Estoy a su merced.

El Strix que me lleva, de repente gira bruscamente a la izquierda, y mi estómago se revuelve violentamente. Puedo sentir la bilis subiendo por mi garganta, pero la trago con dificultad. Vomitar ahora solo empeoraría las cosas, si es que eso es posible.

Estamos volando sobre una parte del bosque que es más espesa, más densa, visible en la niebla que se disipa. Los árboles aquí son más viejos, más oscuros, sus ramas retorciéndose de maneras que no son naturales. Hay algo ominoso en ellos, como si nos observaran pasar por encima con ojos antiguos y malvados. Un mar interminable de verde, extendiéndose hasta el horizonte en todas direcciones.

Intento moverme, aliviar algo de la presión en mis brazos, pero sus garras solo se aprietan en respuesta. Dejo escapar un gemido, pero se pierde en el rugido del viento.

—¿A dónde me llevan? —grito, mi voz ronca por el miedo y el esfuerzo de tratar de ser escuchada por encima del viento. Pero mis palabras son arrebatadas en el momento en que salen de mi boca, perdidas en la vasta vacuidad del cielo.

El Strix no responde. Por supuesto que no. Si es que pueden hablar en absoluto, no es su trabajo decirme una mierda. En este momento, son simplemente instrumentos de mi secuestro, silenciosos e implacables.

Cierro los ojos de nuevo, tratando de pensar más allá del miedo y el dolor. Tiene que haber una salida de esto. Tiene que haber algo que pueda hacer. Me niego a creer que así es como termina mi historia, justo cuando siento que está comenzando, llevada por criaturas míticas a quién sabe dónde, indefensa y sola.

Pero antes de que pueda se me ocurra algo, antes de que pueda siquiera comenzar a formular un plan, el dolor explota en mi cabeza. Uno de los otros Strix, formando un círculo alrededor nuestro, me ha golpeado con su ala, con fuerza. El golpe llega de la nada, repentino y vicioso.

Mi visión se nubla instantáneamente, el mundo a mi alrededor se convierte en un remolino de colores y formas. La oscuridad se arrastra por los bordes de mi vista. Lucho contra la inconsciencia que se acerca con todo lo que tengo. Tengo que mantenerme despierta. Tengo que hacerlo.

Pero es inútil. La oscuridad es demasiado fuerte, el dolor demasiado intenso. Me siento resbalar, mi agarre en la consciencia debilitándose con cada segundo que pasa.

El mundo se desvanece en la oscuridad, y estoy cayendo, cayendo en un abismo de incertidumbre y miedo.

Mientras la consciencia se desvanece por completo, siento una extraña sensación de paz que me invade. Tal vez es solo la forma en que mi mente lidia con el trauma, pero por un breve

momento, me siento... segura. Protegida. Algo profundo dentro de mí se ha agitado, despertado.
—Carmesí...

ADELAIDE

CON LA CABEZA PALPITANDO, me despierto.

El dolor es intenso, pulsando detrás de mis ojos y dificultándome la concentración.

Todo está borroso. Mi visión es difusa y no logro entender bien mi entorno. El mundo parece nadar entrando y saliendo de foco, haciéndome sentir desorientada y nauseabunda.

¿Dónde estoy? Intento moverme, pero algo anda mal. Mis brazos y piernas no se mueven. Hay resistencia cuando trato de cambiar de posición. Algo me mantiene en mi lugar. Parpadeo rápidamente, intentando aclarar mi visión, pero es como mirar a través de una ola de calor. El aire a mi alrededor parece temblar y ondular, distorsionando mi percepción.

Lentamente, las formas comienzan a definirse, y el fuerte aroma de la naturaleza golpea mi nariz. El olor a tierra húmeda, agujas de pino y aire fresco llena mis fosas nasales. Árboles. Estoy afuera en el bosque.

Mientras mis ojos se ajustan, veo piedras. Un círculo de ellas me rodea, sus superficies rugosas cubiertas de musgo y líquenes. Son grandes, más altas que una persona, y parecen antiguas. Estoy en el medio de este círculo de piedras, acostada sobre algo duro y frío. La superficie debajo de mí es inflexible, probablemente piedra también.

Miro alrededor, captando más detalles de mi entorno, y mi estómago se hunde al darme cuenta. Hay cinco puntos, estratégicamente colocados a mi alrededor. El metal brilla en la tenue luz, y puedo sentir el toque frío de cadenas en mis muñecas y tobillos. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que estoy encadenada a un pentagrama.

¡Mierda! ¡Mierda!

El pánico me golpea como un camión, una oleada de adrenalina inundando mi sistema. Mi ritmo cardíaco se dispara y puedo escuchar la sangre corriendo en mis oídos. Me retuerzo contra las cadenas, el metal mordiendo mi piel. El dolor es agudo, real. Esto no es un sueño. Esto está sucediendo realmente.

—¡Ayuda! —grito, mi voz ronca y desesperada—. ¡Que alguien me ayude!

Mi voz hace eco a través de los árboles, rebotando en el círculo de piedras y desvaneciéndose en la distancia. Nadie responde. El bosque a mi alrededor está mortalmente silencioso. Solo el susurro de las hojas en el viento y el lejano canto de un pájaro rompen el silencio. Es como si el mundo entero me hubiera abandonado.

Me esfuerzo contra las cadenas nuevamente, poniendo toda mi fuerza en tratar de liberarme. Pero están demasiado apretadas, el metal no cede. Apenas puedo moverme una pulgada en cualquier dirección. Las cadenas resuenan ruidosamente en el silencioso bosque, un sonido áspero que solo enfatiza mi impotencia.

—Adelaide, cálmate —la voz del profesor Blackthorn corta a través de mi pánico mientras se

mueve a la vista a mi izquierda. El sonido de su voz familiar en esta situación bizarra es desconcertante. Está de pie sobre mí, su rostro sombrío, sus ojos ensombrecidos—. Necesitas confiar en mí, ¿de acuerdo?

¿Confiar en él? ¿Está bromeando? —¡Me secuestraste y me encadenaste a un pentagrama! —le grito, mi voz aguda e histérica. Estoy impulsada puramente por el pánico y el miedo, incapaz de procesar la situación racionalmente.

—¡Aléjate de ella, Luke!

Conozco esa voz. La reconozco al instante, aunque es nueva para mí.

Mi padre. Randall Black.

Está caminando hacia nosotros, sus pasos pesados en el suelo del bosque. Está sosteniendo algo que brilla en la tenue luz. ¿Un cuchillo? La vista del arma envía una nueva ola de miedo a través de mí.

Blackthorn se gira para enfrentarlo, su cuerpo tensándose como si se preparara para una pelea. —No sabes lo que estás haciendo, Randall.

—Aléjate de ella, Luke —gruñe mi padre de nuevo—. No te lo diré otra vez. —Su voz está llena de agresión mortal, un tono que nunca antes había escuchado. A pesar de la situación, mi estómago se desanuda ligeramente ante la nota protectora en su voz.

—Ni de coña, Randall —replica Blackthorn. De repente, el fuego erupciona de las manos de Blackthorn, las llamas proyectando sombras parpadeantes a través del claro. Al mismo tiempo, las sombras parecen doblarse y retorcerse alrededor de mi padre, la oscuridad misma respondiendo a su voluntad. El aire chasquea con una magia tan oscura y poderosa que casi vomito por la presión que ejerce sobre mi alma.

Observo, congelada por el shock y el miedo, incapaz de hacer nada más que contemplar cómo estos dos hombres se preparan para batallar por mí.

Chocan. Los árboles se astillan y caen mientras las ráfagas de energía fallan sus objetivos, el sonido de la madera rompiéndose haciendo eco a través del bosque. El suelo tiembla debajo de mí con cada impacto, las vibraciones viajando a través de la piedra en la que estoy acostada. La atmósfera es pesada, estática, espesa como sopa. Apenas puedo respirar, el aire presionando sobre mi pecho.

Mi mente corre, tratando de dar sentido a lo que está sucediendo. Nada de esto tiene sentido. ¿Por qué están peleando? ¿Qué quieren de mí? Tiro de las cadenas otra vez, ignorando el dolor mientras cortan mis muñecas. No ceden, el metal tan inflexible como siempre. Estoy atrapada, forzada a ver cómo estos dos seres poderosos pelean por mí.

Ahora sí que la has liado, pequeña zorra.

—Oh, tú sí que puedes callarte la puta boca, grandísima imbécil —le gruño a la voz de Crimson en mi cabeza. Incluso en esta situación aterradora, su presencia es una intrusión indeseada.

Ella se ríe, el sonido lleno de diversión mientras estoy encadenada al suelo en una especie de ritual satánico.

No seas tonta, niña. Esto es puro poder de bruja. Pagano. Los satanistas lo robaron.

—Vaya, gracias por la puta lección de religión, imbécil. ¿Tienes alguna idea para sacarme de aquí?

Se queda callada, sin ofrecer ayuda ni consejo.

—Por supuesto —murmuro, sin sorprenderme por su falta de asistencia.

La pelea se intensifica, atrayendo mi atención de vuelta a la batalla que se desata a mi alrededor. Blackthorn lanza rayos de energía que iluminan el claro como relámpagos, los

destellos cegándome momentáneamente. Mi padre contraataca con olas de oscuridad que parecen tragarse la luz, sumergiendo el área en breves momentos de total oscuridad. No puedo decir quién está ganando. Parecen estar igualados, ninguno capaz de tomar ventaja.

Luz y oscuridad.

Légère y Black.

No sé qué pensar. Mis ojos se mueven rápidamente entre los dos hombres, tratando de encontrar alguna pista sobre cómo salir de aquí. Pero estoy indefensa, incapaz de hacer nada más que observar y esperar.

Mientras los veo chocar de nuevo, un pensamiento aterrador me golpea. No importa quién gane esta pelea, estoy en peligro. Siempre estaré en peligro por lo que soy. Esta realización se asienta sobre mí como una pesada manta, sofocando cualquier esperanza que tuviera de que las cosas volvieran a la normalidad.

Un rayo de energía perdido de la pelea golpea el suelo cerca de mí, cubriéndome de tierra y pequeñas piedras. Grito, los escombros me pican la piel. Intento encogerme para protegerme, pero las cadenas me mantienen extendida en el suelo, dejándome expuesta y vulnerable.

—¡Deténganse! —grito, mi voz está ronca de tanto gritar—. ¡Por favor, solo deténganse!

Pero parece que no me escuchan. O si lo hacen, no les importa. Están demasiado enfocados el uno en el otro, en su batalla por mí. Mis súplicas caen en oídos sordos mientras la pelea continúa arremolinándose a mi alrededor.

Agudizo el oído, tratando de captar fragmentos de lo que se dicen mientras luchan. Sus palabras se pierden en su mayoría en el caos de la batalla, pero logro captar algunos fragmentos.

—Esto es... —Blackthorn es interrumpido cuando un rayo de magia lo golpea directamente en el pecho. El impacto lo envía volando hacia atrás, su cuerpo choca contra una de las piedras en pie con un golpe escalofriante.

Respiro aliviada cuando cae. Tal vez ahora todo esto habrá terminado.

Mirando a Randall mientras se yergue sobre mí, sonrío. Una chispa de esperanza se enciende en mi pecho.

—Gracias por el rescate...

—Lo siento, Adelaide —Randall me interrumpe y luego clava el cuchillo en mi pecho, directamente en mi corazón.

Continúa con *Midnight Reign*, Libro 2

Únete a mi Grupo de Lectores en Facebook para más información sobre mis últimos libros y catálogo: [Eve Newton's Books & Readers](#)

Suscríbete a mi boletín para noticias exclusivas, regalos y concursos: [Eve Newton's News](#)

OTRAS OBRAS DE EVE NEWTON

<https://www.amazon.com.mx/stores/Eve-Newton/author/B009MWXN5Q>